Desde la publicación de este libro en mayo de 2009, nada es como antes en la Santa Sede. «El relevo al frente del IOR [el banco del Vaticano] tiene seguramente algo que ver con la publicación de *Vaticano, S. A.*», *El País*.

Verano de 2008. El periodista Gianluigi Nuzzi sale de Milán en coche al amanecer. Dos maletas de cuarenta kilos le esperan al otro lado de la frontera, en Tesino (Suiza). La entrega fue rápida. El tiempo de tomar un café con una anciana campesina que, por suerte, nunca bajaba al sótano de su casa. Allí se encontraban los más de cuatro mil documentos inéditos contenidos en las maletas. Tras regresar a Italia, el trabajo comenzó...

Por las páginas de esta rigurosa y apasionante investigación periodística encontraremos personajes que ocuparon importantes cargos de responsabilidad dentro de las finanzas del Vaticano y que traicionaron la confianza depositada en ellos; asistiremos a la fundación de asociaciones fantasma contra la leucemia o de ayuda a los niños pobres que no eran más que simples tapaderas; conoceremos a prelados por cuyas manos pasaron ingentes cantidades de dinero sin que diesen ningún tipo de explicación sobre su paradero final; veremos operaciones financieras respaldadas por monseñores cuyo objetivo era fundar un nuevo partido de centro en Italia; descubriremos paraísos fiscales, dobles cuentas... Todo ello gracias a los miles de documentos que componían el archivo secreto de monseñor Renato Dardozzi, una de las figuras más importantes en la gestión financiera de la Iglesia desde 1974 hasta finales de los noventa y uno de los pocos eclesiásticos que tuvieron acceso a las reuniones reservadas a los más estrechos colaboradores de Juan Pablo II.

«Nunca podremos admitirlo, pero este libro hace bien a la Iglesia», cardenal Bagnasco, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana.

MÁS DE 300 000 EJEMPLARES VENDI € 19.90 LIA

022674
9 788427 036529

mr ediciones martínez roca

GIANLUIGI NUZZI

VATICANO, S. A.

VEINTE AÑOS DE SECRETOS FINANCIEROS Y POLÍTICOS DE LA IGLESIA CONTENIDOS EN DOS MALETAS DE CUARENTA KILOS

mr

Gianluigi Nuzzi

Vaticano, S. A.

Veinte años de secretos financieros y políticos de la Iglesia contenidos en dos maletas de cuarenta kilos

mr ediciones martínez roca

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico.**

Primera edición: octubre de 2010

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Vaticano S.p.A.*

© 2009, Gianluigi Nuzzi
© 2010, Barbara Burani, por la traducción
© 2010, Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
www.mrediciones.com
ISBN: 978-84-270-3652-9
Depósito legal: Na. 2.529-2010
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Rotativas de Estella, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

Prefacio 13
Este libro 27

PRIMERA PARTE
LOS DOCUMENTOS SECRETOS DEL VATICANO

Ascenso y caída de Marcinkus 35
El trío Marcinkus, Sindona y Calvi. Después de la quiebra del Banco Ambrosiano, la crisis del IOR. Grave daño para la imagen de la Iglesia.

Firma autorizada: Giulio Andreotti 57
El nuevo prelado De Bonis y el fondo gestionado por cuenta de Andreotti. Las cuentas cifradas del IOR. Depósitos y transferencias: nombres y apellidos.

El IOR paralelo 93
La galaxia oculta de De Bonis. Comisiones ilegales en lugar de beneficencia. El gran negocio de los psiquiátricos.

Enimont. La maxicomisión 107
El dinero de los Ferruzzi y de Bisignani. La operación Manos Limpias. El blanqueo de las comisiones ilegales. Las advertencias de Caloia, el nuevo presidente.

Enimont. La contaminación 141
Documentos filtrados ilegalmente. Lo que se oculta a los magistrados. Miles de millones en comisiones.

Enimont. El encubrimiento 187
Esos 4500 millones que se les escaparon a los jueces. El papel del cardenal Castillo Lara y su poder. Los negocios de Bonifaci.

Estafas y chantajes en los palacios pontificios 215
Un sirio misterioso. El legado de Gerini y los salesianos. Los millones de Lumen Christi. San Francisco y la estafa del siglo.

El dinero del papa y el IOR después de De Bonis 239
Los 72 000 millones del pontífice. La «cura Caloia» y la dotación de 5000 millones de euros. Grandes maniobras en Cariplo.

SEGUNDA PARTE
LA OTRA INVESTIGACIÓN.
EL «GRAN CENTRO» Y EL DINERO DE LA MAFIA

El golpe púrpura 271
Entre 1994 y 1998, el intento de construir el «Gran Centro» con dinero blanqueado. La investigación de Capaldo, entrevistado aquí. La historia del cardenal Giordano.

El IOR, ese dinero para Provenzano 299
Las acusaciones de Mannoia. El testimonio de Massimo Ciancimino. Haciendo cola a las puertas del IOR.

Agradecimientos 317
Notas 319
Índice onomástico 369

Para Edoardo y Valentina

PREFACIO

Desde que este libro se publicó en Italia en mayo de 2009, vendiendo en pocos meses 250 000 ejemplares, en el Vaticano ya nada es como antes. La Iglesia ha puesto en marcha unos cambios sin precedentes en toda su historia, por lo menos en la del siglo pasado. Tras veinte años de dominio absoluto, Angelo Caloia, el banquero que en 1989 sucedió a Paul Casimir Marcinkus a la cabeza del Instituto para las Obras de Religión (IOR), el banco del papa, y uno de los personajes clave de este ensayo, tuvo que «dimitir» antes de tiempo. Fue obligado a abandonar el cargo más de un año antes de la finalización natural de su mandato. El IOR, donde se acumulan los más de 5000 millones de euros ahorrados por órdenes, entidades eclesiásticas y diócesis de todo el mundo, y cuyos beneficios se ponen a disposición directa del pontífice, dejará de ser el banco *offshore* que eludía toda norma de control del crédito y garantizaba la impunidad, como en los tiempos del Ambrosiano de Roberto Calvi, de Marcinkus y de Michele Sindona. Después de la firma de un convenio monetario específico, desde el 1 de enero de 2010 el Vaticano acata todas las normas contra el blanqueo en vigor en la Unión Europea. Un cambio de rumbo histórico que la prensa internacional, empe-

zando por el *Financial Times,* atribuye a los efectos de los hechos desconcertantes reconstruidos en este libro, el primero en contar, sin tesis preconcebidas y a través de miles de documentos internos inéditos de la Santa Sede, de la secretaría de Estado y del IOR, veinte años de corrupción y comisiones ilegales que pasaron por las cámaras acorazadas de los cardenales. Unos efectos que parecen ir más allá de una suerte de *glasnost* financiera, que, aunque pasara casi desapercibida al menos en Italia, donde la relación con la Santa Sede se vive con perenne incomodidad, igualmente tuvo consecuencias muy profundas. En enero de 2010, el secretario de Estado cardenal Tarcisio Bertone eliminó del organigrama del IOR la figura central del prelado, que encarnó en su momento uno de los protagonistas de esta obra, monseñor Donato de Bonis, quien durante años gestionó con temeridad comisiones ilegales y cuentas de políticos innombrables dentro del banco. El prelado es el único sacerdote que trabaja en la sede del Instituto y es el nexo de unión entre los laicos del consejo de administración y los cardenales que deberían controlar la actividad del IOR. Sin previo aviso, el actual prelado, monseñor Piero Pioppo, antiguo secretario particular del ex secretario de Estado Angelo Sodano, fue reubicado fuera de los muros leoninos. Desempeñará el cargo de nuncio apostólico en Camerún y Guinea-Bissau.

Nada volverá a ser igual. La publicación de este libro en Italia ha cogido por sorpresa a la jerarquía de la Santa Sede. La aparición del archivo de monseñor Renato Dardozzi, el trabajo de recogida y clasificación de los documentos hasta llegar a la elaboración de un ensayo de investigación no viciado por el anticlericalismo militante, primero fueron vividos como un trauma, un choque, en el pequeño Estado, para luego convertirse en

una increíble ocasión que según los más estrechos colaboradores del papa Joseph Ratzinger había que aprovechar al máximo. Inmediatamente después de la salida del libro, la conmoción fue tremenda. Entre silencios embarazosos y desoladoras respuestas públicas, al principio parecía no existir una estrategia común para deslegitimar esta obra, que mientras tanto, gracias al boca a boca, incrementaba sus ventas. El siete veces presidente del Consejo de Ministros, Giulio Andreotti, declaró que «no recordaba» haber tenido una cuenta en el IOR, aunque por la misma transitaron en pocos años más de 60 millones de euros.

En realidad, en la Santa Sede el libro se analizó página por página para elaborar una estrategia de comunicación y replicar a los datos y a las acusaciones formuladas en la obra. La estrategia fue la del más absoluto silencio. No de abierta hostilidad, ni menos aún de enfatización de la obra, sino el silencio. No hubo inmediatas y agresivas respuestas mediáticas como ocurrió con *En nombre de Dios,* de David Yallop, ni campañas de deslegitimación. Esta obra no se incluyó en el índice de los libros prohibidos. Peor aún. Día tras día, la única poderosa arma para neutralizarla fue confinarla en una campana de silencio. Obviando hablar del tema, presionando a los ponentes invitados a las presentaciones para que no intervinieran, se impedía que el libro se convirtiera en un fenómeno editorial. Muchos sacerdotes y cardenales, como Fisichella, se negaron a debatir públicamente sobre esta obra. Se hubiera tratado de una forma de reconocimiento. A día de hoy, después de casi un centenar de presentaciones en Italia, solo intervinieron un sacerdote de Trani, en Apulia, y un fraile franciscano de más de setenta años, quien, haciendo referencia a san Francisco de Asís, no anuló el encuentro como le pedía su diócesis.

Así que, pese a ser el ensayo más vendido en Italia durante 2009, según los datos publicados por Nielsen Company en octubre de ese mismo año, las grandes cadenas de televisión, como la RAI y Mediaset, que copan más del 95 por ciento de la audiencia, nunca hablaron del libro. Una estrategia refinada que funcionó durante los primeros meses. Si se considera que el 80 por ciento de los italianos se informa solo a través de la televisión, el juego parecía sencillo: quitar cobertura informativa a una obra incómoda para que no pase de ser objeto de discusión entre círculos reducidos. Sin embargo, quien puso en práctica esta estrategia cometió un error de peso. No consideró la fuerza de Internet y del boca oído, que permitieron alcanzar once ediciones en apenas seis meses y nos sumergieron en un escenario kafkiano. Durante meses, fuimos testigos de una situación sin precedentes en un país occidental. El libro vende decenas de miles de ejemplares, suma numerosas reediciones, pero ninguna televisión nacional habla de ello. Pese a denunciar casos de corrupción que implican a políticos, banqueros, empresarios y profesionales que siguen llevando las riendas del poder en Italia, el ensayo solo es reseñado, en los pocos casos en que esto ocurre, en las páginas culturales o económicas. Se determina, por tanto, un proceso de autocensura en todas las televisiones y en parte de la prensa.

Por supuesto, no hay pruebas definitivas de que hubo una estrategia común detrás de este sutil juego de sabotaje, que solo se puede llegar a percibir viviendo en Italia, donde aún existen temores larvados y una devoción incondicional hacia los eclesiásticos. En Italia, es este el verdadero poder de la Iglesia: el poder invisible del condicionamiento. Y si no hubo una estrategia común, entonces solo se puede pensar que ocurrió algo aún peor. Es decir, que en Italia, en todo lo referente a la Iglesia, se aplique

por sistema una forma de autocensura indigna de una democracia. No existen otras claves de lectura posibles para explicar lo que pasó, para entender el silencio en torno a este ensayo que, pese a alcanzar en tiempo récord la cabeza de las listas de ventas de no ficción, no salía del ostracismo. Aunque se mantuvo entre los tres títulos más vendidos durante más de tres meses, ninguna televisión, reseña literaria o programa se interesó nunca por él. Todo intento de sensibilizar a autores y periodistas que trabajan en este campo cayó en saco roto. Siempre con la misma justificación a la cortés negativa: no se puede hablar en contra del Vaticano. El hecho de que este libro no esté «en contra» de la Santa Sede o de la religión católica, sino que desarrolle una investigación, condene únicamente episodios específicos y a personas que disfrutaron de una confianza inmerecida, solo es un detalle sin importancia.

En cambio, no creo que los servicios informativos de la Santa Sede estuvieran al tanto de la preparación del libro, que empezó ya en octubre de 2007. Y si lo sabían, está claro que nadie desde la secretaría de Estado se preocupó por informar al banquero de Dios, Angelo Caloia, presidente del IOR desde hacía veinte años. Para él se trató de una auténtica sorpresa. De lo contrario, tendría unas dotes de actor fuera de lo común. De hecho, cuando unos días antes de la salida del libro lo encontré en Roma en un hotel de Vía Veneto y le entregué una de las primeras copias, la hojeó y palideció, estupefacto. Dijo una sola frase: «Ahora que ya se ha publicado, deberé defenderme de los ataques». Desde ese día el libro pasó por las manos de cientos de cardenales y obispos, y registró unas ventas récord en las primeras semanas, sobre todo en Roma, en las librerías cercanas al Vaticano. Todo el mundo hablaba de él en los palacios pontificios,

aunque nadie admitía haberlo comprado. Los cardenales mandaban a los ujieres a las librerías y muchos regresaban al Vaticano tras haber guardado su ejemplar en una anónima bolsa de plástico blanca. Rigurosamente no transparente.

De repente, en agosto hay un cambio de estrategia. Las primeras señales se detectan durante las presentaciones. Por ejemplo, en la ciudad siciliana de Marsala, cerca de Palermo. Al finalizar el acto, toma la palabra el obispo de la ciudad, que da las gracias al autor por este título, que «muestra en el espejo las arrugas que la Iglesia debe quitarse». En otras palabras, «este ensayo hace bien a la Iglesia». Que no se trata de un caso aislado queda claro unas semanas más tarde. El cardenal Bagnasco, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, se reúne con un reducido grupo de políticos y empresarios en el Vaticano. Y de manera informal pone el acento en la obra: «Nunca podremos admitirlo —son sus palabras—, pero este ensayo hace bien a la Iglesia. Permite reestructurar entidades en las que hay más sombras que luces». Las declaraciones publicadas un mes más tarde por *Libero,* diario italiano de tirada nacional, no son desmentidas. En esas mismas semanas en el Vaticano se libra una batalla encubierta entre quien quiere mantener a Caloia al mando de la caja fuerte de la Santa Sede y quien, al contrario, presiona para conseguir el cambio. La mejor confirmación de esta revolución silenciosa se obtiene a finales de septiembre, cuando las palabras pronunciadas a mediados de verano por Bagnasco se concretan con la primera medida de esta *glasnost* financiera. Caloia es forzado a dimitir. Le sucede el número uno del Banco Santander en Italia. Ettore Gotti Tedeschi, docente universitario y muy cercano al Opus Dei, es el nuevo presidente del Consejo de Superintendencia del IOR. Gotti Tedeschi mantiene una estrechísima relación con Tarcisio Bertone, que en estos años de papado de Ratzinger se revela como el promotor de las decisiones más significativas que marcan el devenir del Vaticano. Gotti Tedeschi imprime un acelerón a la actividad del banco e intenta darle una proyección internacional. Aunque su primer paso va en otra dirección, la de recuperar la credibilidad de un instituto desde siempre en el centro de graves escándalos.

Gotti Tedeschi se mueve con rapidez en el tablero internacional. Es el 29 de noviembre de 2009 cuando se hace público el acuerdo con la Unión Europea. El IOR se enfrenta a una auténtica revolución y el Consejo negocia un nuevo convenio monetario con el pequeño Estado del Vaticano. En el texto de la decisión del Consejo se establece lo siguiente:

> La Santa Sede deberá comprometerse a adoptar todas las medidas apropiadas, en forma de transposiciones directas o eventualmente acciones equivalentes, para la aplicación de la legislación comunitaria pertinente sobre la prevención del blanqueo de capitales y la prevención del fraude y la falsificación del efectivo o los medios de pago distintos del efectivo. Deberá comprometerse igualmente a adoptar toda la legislación comunitaria bancaria y financiera pertinente cuando se cree un sector bancario en la Santa Sede, si esto sucediese.

Hace tiempo que el sector bancario ya existe entre los muros leoninos. Pero el lenguaje empleado da la medida de lo delicado del acuerdo, que entra en vigor el 1 de enero de 2010. En realidad el IOR aún no ha adaptado todos los parámetros. La conversión que debe realizarse es tan importante que requerirá muchos meses de trabajo. Hay que replantear las re-

laciones con los bancos centrales, rediseñar las actividades del Instituto y, sobre todo, enfrentarse a la clientela y tomar decisiones. Es un camino coherente con la encíclica *Caritas in Veritate* firmada por Benedicto XVI para combatir las finanzas que perjudican al hombre.

Ahora queda por ver de qué manera se moverá el Vaticano. Si de verdad aplicará toda la normativa de la Unión Europea o solo una parte, dejando algunas zonas grises. Por ejemplo, será interesante comprobar si los órganos de inspección podrán tener acceso a las actividades del IOR, o si se quedarán fuera del torreón de Nicolás V y se les vetarán los controles.

Existe una larga tradición que da cuenta de lo provisional de las decisiones del IOR. De hecho, los típicos financieros agresivos, los tiburones, desde siempre fascinan a los purpurados y marcan las agitadas vicisitudes de las finanzas y del IOR. Y esto es así porque la relación entre la Iglesia y el dinero siempre fue contradictoria, conflictiva, incierta. En otras palabras, lo que ocurrió tiene raíces antiguas. Los escándalos y las decisiones del pasado están allí para recordárnoslo. La historia, simplemente, se repite. Entre avidez personal, falta de atención y auténticos robos.

En el catálogo de los corruptos en la corte de los papas sin duda merece una mención especial Niccolò Coscia, que fue un precursor del arzobispo Paul Marcinkus. Nacido en Avellino en 1681, nombrado cardenal por Benedicto XIII en 1725 con la opinión contraria de nueve purpurados, no tarda mucho en lucrarse a costa de las finanzas del Vaticano. Su elocuencia y su indiscutible carisma le permiten ejercer un fuerte ascendiente sobre el papa. Diversos historiadores opinan que Coscia, antiguo colaborador del arzobispo de Benevento y luego a la cabeza de la Cámara Apostólica (la caja central del Estado del Vaticano),

había embaucado al papa Orsini,* que lo escogió como secretario de Estado después de la experiencia que compartieron en Campania. De lo contrario, no se entiende cómo su santidad pasó por alto o llegó tan solo a tolerar la venta de los cargos más codiciados, que Coscia gestionaba con el único fin de enriquecerse, y la introducción de nuevos gravámenes que beneficiaban la economía del cardenal y de sus cómplices de confianza. Así Coscia depredaba las arcas vaticanas para favorecer a sus familiares. Mientras, al papa Orsini parecía no importarle. Se ausentaba cada vez más a menudo de San Pedro para retirarse en oración entre Benevento y su Solofra, cediéndole la escena, y sus poderes temporales, al cada vez más influyente Coscia. Escribe Montesquieu en su *Voyage d'Italie:* «Una pública simonía reina hoy en Roma; nunca se vio reinar el delito tan abiertamente en el gobierno de la Iglesia. En todas partes, hombres viles son designados en los cargos».

Entre los muros, la coalición de Coscia encontraba la oposición del Sagrado Colegio y, de forma abierta, la de Lorenzo Corsini, el tesorero general y futuro papa Clemente XII. Pero sin éxito. Benedicto XIII, que enfermaría en el verano de 1729, defendió con obstinación al cardenal hasta el último día de su vida, considerándolo víctima de envidias y calumnias. Sin embargo, el 21 de febrero de 1730 el papa muere. Se inicia un largo cónclave que en julio acaba con la elección del papa toscano Corsini. Nada más acceder al solio pontificio, Clemente XII ordena la deposición de Coscia y su inmediato procesamiento. El

* Claudio Rendina, *Il Vaticano, storia e segreti,* Newton & Compton Editori, Roma, 1986.

9 de mayo de 1733, Coscia es condenado por robo y falsificación a diez años de cárcel y encerrado en el castillo de Sant'Angelo. Se le obliga a devolver el fruto de sus rapiñas y a pagar una multa de cien mil escudos. Pero la suerte no lo abandona. De hecho, tras la elección del papa Benedicto XIV, Coscia es excarcelado. Se traslada a Nápoles, donde fallece poco después.

El escándalo Coscia marca a Benedicto XIV, que comprende la necesidad de una reforma radical de la Cámara Apostólica. Por consiguiente, al tesorero general se le atribuyen numerosos encargos y amplios poderes de control sobre la recaudación de impuestos y los casos de fraude. El tesorero debe redactar unos informes detallados que se someterán a las más altas autoridades vaticanas. Se crea así una especie de primer ministro de las finanzas de la Iglesia romana.

Pasan treinta años y en plena carestía de 1771 la Iglesia tropieza con otro servidor infiel. Nicola Bischi, comisario responsable del aprovisionamiento alimenticio, recibe del papa Clemente XIV noventa mil escudos para comprar trigo y venderlo por debajo de su precio. Bischi no se lo piensa dos veces y acude al mercado negro, lucrándose con el hambre de los creyentes. Los intereses personales también impulsan a Bischi a gestionar los bienes de la disuelta Compañía de Jesús. Junto a monseñor Bontempi, confesor de Clemente XIV, consigue vaciar las cajas de los jesuitas hasta que el escándalo se hace público y acaba en juicio. El 20 de enero de 1778, Bischi es obligado a devolver 282 500 escudos.

Pronto empieza una época de crisis para las finanzas vaticanas, que se resienten del menor alcance de la política pontificia, de los insuficientes ingresos públicos y de algunas decisiones que pesan sobre las cuentas. Como el arriesgado préstamo contraído en 1831 con el banquero Rothschild, que impone unos intereses del 65 por ciento. En 1860, Pío IX se ve obligado a utilizar el Óbolo de San Pedro para cuadrar unas cuentas que se hunden en números rojos y anuncian la próxima bancarrota de la Santa Sede. Luego, el imprevisto. El 20 de septiembre de 1870 la infantería italiana entra por la Puerta Pía. El Estado Pontificio se disuelve. Se termina la pesadilla de tener que salvar el balance. Pero se vislumbran preocupaciones aún peores. Como las que acucian al papa Pío IX. Teme que Italia, sensible a las tesis jacobinas y laicistas, pueda hacer acopio de los bienes de la Iglesia. Los temores del papa terminan siendo infundados, pero la denuncia de los riesgos provoca una lluvia de limosnas que vuelven a engrosar unas arcas ya casi vacías. El Óbolo de San Pedro, que asciende a casi cinco millones de liras de la época, es ingresado en un banco para que genere intereses y garantice la renta papal. De ahí la idea del siguiente pontífice, León XIII, de reforzar las finanzas, invertir sobre todo los bienes propios y crear un banco del Vaticano. En otras palabras, especular. Monseñor Enrico Folchi* es el prelado escogido por el papa para gestionar las finanzas, mientras que el cardenal secretario de Estado se ocupará del patrimonio de la Santa Sede.

La figura del príncipe Rodolfo Boncompagni Ludovisi de Piombino pronto acompañará al Vaticano en la primera quiebra relevante en la que se ve involucrado. Es la de la Sociedad General Inmobiliaria (SGI), fundada en 1862 en Turín y que inicia su actividad después de trasladarse a Roma con la compraventa

* Sobre la controvertida figura del monseñor, véase la obra del vaticanista Benny Lai *Affari del Papa*, Laterza, Roma-Bari, 1999.

de áreas edificables. La actividad es la propia de una financiera que emite obligaciones y sufraga a numerosos constructores romanos mediante hipotecas y la apertura de cuentas corrientes a cada registro hipotecario. Con esta misma sociedad el príncipe de Piombino había empezado la parcelación de la finca familiar, que ocupaba 250 000 metros cuadrados entre Puerta Pinciana y Puerta Salaria dentro de los muros aurelianos. Gracias a la relación de confianza establecida en el tiempo con el Vaticano, el noble obtiene préstamos de los prelados sin ninguna garantía. A cambio, la Santa Sede se convierte en accionista de la SGI. Nadie puede prever la crisis del ladrillo, que en 1887 paraliza el mercado. La SGI deja de conceder hipotecas. Para no hundirse, intenta recuperar diversos terrenos y edificios que resultan sometidos a importantes gravámenes. En 1896, la quiebra es inminente y las acciones caen en picado. La Santa Sede corre el riesgo de quedarse con unos títulos sin ningún valor. Entonces, intenta cobrar el crédito que tiene con el príncipe, perdiendo casi un millón de liras de la época. Pero no deja de ser accionista de la SGI, que pronto se verá envuelta en las especulaciones más intrépidas.

Más tarde, León XIII decide fundar la Administración para las Obras de Religión, «Ad Pias Causas», una suerte de banco del Vaticano, precursor del Instituto para las Obras de Religión, el famoso IOR, que no se abrió hasta 1942. La estructura aún no es la de un instituto de crédito. Pero casi. Ad Pias Causas convierte en títulos las donaciones que llegan de todo el mundo. Las ofertas monetarias o en bienes inmuebles se transforman en acciones con las primeras inversiones de la Santa Sede, que busca beneficios satisfactorios en las bolsas europeas, desde Londres hasta Berlín y París. Pero sigue faltando un banco propiamente

dicho. Aunque pronto León XIII toma como referente al Banco de Roma, controlado en un 50 por ciento por la Santa Sede. En 1889 el papa abre una cuenta personal. Ingresa tres millones. Sin imaginar que la suerte no tardará en darle la espalda. De hecho, el dinero amenaza con esfumarse por la crisis de 1890, cuando las bolsas atraviesan una depresión. El Vaticano pierde los intereses, pero consigue recuperar casi todo su capital.

La vinculación directa al Banco de Roma y la creación de Ad Pias Causas determinan una revolución en relación con el crédito, los mercados accionarios y, sobre todo, los financieros atraídos por las fortunas y el poder del Vaticano. Y una simple crisis de las bolsas no parece suficiente para enfriar los deseos de especular. Cuando en 1895 los mercados bursátiles vuelven a arrojar beneficios, Ernesto Pacelli, el presidente del consejo de administración del Banco de Roma, acude de nuevo a la curia romana y sugiere nuevas inversiones de alta rentabilidad. La relación con León XIII es indestructible, indemne a cualquier desplome bursátil: por un lado, Pacelli dispensa consejos financieros, por otro, obtiene facilidades y la apertura de ventajosas líneas de crédito. Pacelli, tío del futuro papa Pío XII, consolidó así su poder:

> De hecho, sus tres sobrinos, Carlo, Marcantonio y Giulio, dominarían las finanzas vaticanas hasta los años sesenta, entre asesorías legales en las distintas administraciones de la Santa Sede y presidencias, órganos administrativos y direcciones de sociedades en su mayoría propiedad del Vaticano. Fue con Pío X cuando los buenos oficios de Ernesto Pacelli resultaron más eficaces. El papa Sarto se convenció de lo oportuno de la adquisición de inmuebles. Así él consiguió volver a apoderarse de la antigua Casa de la Moneda pontificia, adyacente a los jardines vaticanos, comprándola de la

administración demanial del Reino de Italia. Fue el fruto de una serie de transacciones secretas entre Pacelli y el gobierno italiano, y el propio Parlamento solo pudo tomar nota de lo ocurrido una vez cerrado el negocio. Así la compra del palacio Marescotti por parte del Banco de Italia llegó a buen puerto gracias a Pacelli, quien consiguió incluso convencer al alcalde masón de Roma de trasladar las escuelas que albergaba el edificio.*

Por otro lado, en 1900, la semiclandestina Administración para las Obras de Religión es víctima de un robo. Durante la noche, unos desconocidos se introducen por la fuerza en su sede y sustraen medio millón en títulos bursátiles. Es un golpe espectacular, pero el Vaticano no tiene ninguna intención de denunciarlo. Confía en las investigaciones internas y, sobre todo, en las relaciones entre bancos, que funcionan a la perfección. Gran parte de los valores son bloqueados, reduciendo notablemente las pérdidas para la Iglesia, que, de todos modos, sufre un relevante daño de imagen. ¿Qué hacían esos títulos bursátiles en las piadosas manos del Vaticano?

La pregunta se queda sin respuesta, destinada a caer pronto en el olvido al igual que el robo. Las operaciones rudimentarias de finales del siglo XIX suenan a recuerdo romántico. Las finanzas crecen con inversiones diversificadas.

* Claudio Rendina, óp. cit.

ESTE LIBRO

LOS DOCUMENTOS SECRETOS DE UN MONSEÑOR IMPORTANTE

Un inmenso archivo de documentos reservados e inéditos (documentación bancaria, cartas, informes reservados, actas de consejos de administración, balances secretos del Instituto para las Obras de Religión, copias de transferencias y fichas de cuentas «cifradas»). Es el material que me ha permitido penetrar en los secretos del Vaticano y que llegó a mis manos por expresa voluntad de monseñor Renato Dardozzi (1922-2003), una de las figuras más importantes en la gestión de las finanzas de la Iglesia desde 1974 hasta finales de la década de los noventa.

Durante más de veinte años, Dardozzi fue uno de los muy contados monseñores que tuvieron acceso a las reuniones reservadas a los más estrechos colaboradores del pontífice sobre las delicadas tramas de la Santa Sede. Horas y horas en los saloncillos de doble puerta, entre estucos, terciopelo y medias palabras pronunciadas para reconducir osadas operaciones acometidas en nombre de la Iglesia: desactivar auténticas bombas financieras, tapar escándalos, alejar a prelados sin escrúpulos que se encuentran

apenas un eslabón por debajo del santo padre. Parecía agua pasada tras lo ocurrido con el Banco Ambrosiano durante la época del arzobispo Paul Marcinkus. Pero la historia se repite, envuelta como siempre en una espesa nube de silencio.

El Vaticano realiza sus negocios con la más absoluta discreción, protegiendo el delicado vínculo que une esta teocracia con el dinero. Las intensas actividades del *holding* de la Santa Sede representan uno de los secretos mejor guardados del mundo. Incluso el balance que la Iglesia publica cada año en julio solo proporciona datos genéricos. Este silencio responde a una voluntad precisa y se preserva día tras día. A toda costa. Pese a que alimente leyendas, esta discreción, esta ausencia de información, sigue siendo una de las reglas áureas de los banqueros de hábitos largos, mucho más reservados que sus esquivos homólogos laicos.

El silencio protege toda la economía y por ende también los negocios más discutibles que marcan la actividad financiera de la Iglesia romana. El silencio preserva la relación de confianza con los feligreses y consigue evitar los daños ocasionados en el pasado más reciente. Finalmente, el silencio es indispensable para favorecer las acciones concertadas que emprenden los cardenales para consolidar el bloque de poder que los representa. Sobre todo después de los escándalos de la Banca Privata Italiana de Michele Sindona, del Ambrosiano de Roberto Calvi y del IOR con el arzobispo Paul Marcinkus.

Una serie de escándalos que desacreditaron a la Iglesia romana, obligando a Juan Pablo II a emprender un costoso trabajo para rehabilitar su reputación tras muertes misteriosas como las de Albino Luciani, papa durante treinta y tres días, y del propio Sindona, envenenado en la cárcel con una taza humeante de café y cianuro. Además de homicidios nunca aclarados, como el de

Calvi, cuyo cadáver fue hallado debajo del puente de los Frailes Negros en Londres. Escándalos que no debían ni deben repetirse para no mermar la relación de confianza que une a los creyentes con quienes difunden la palabra de Dios. Si este silencio volviera a romperse, si las finanzas vaticanas vivieran tan solo un momento de verdad, más allá de los juegos entre hipocresía y prejuicios, las repercusiones para su legitimidad como institución y para su imagen serían imprevisibles.

Así que entre los muros del Vaticano reina el silencio cuando las operaciones de los banqueros del papa, arzobispos y purpurados con el dinero de los fieles se vuelven más atrevidas o incluso ilegales. El IOR sigue siendo uno de sus lugares más inasequibles. El Vaticano a duras penas reconoce su existencia. En las webs oficiales de la Santa Sede no se habla de él, no se menciona siquiera. Es como si las finanzas vaticanas no existieran.

AHORA TODOS TIENEN QUE SABER

El propio monseñor Dardozzi había hecho del silencio una regla de vida. Ninguna declaración, entrevista o fotografía. Ni una referencia a su persona. Su enorme archivo, que reconstruye desde dentro las mayores tribulaciones financieras de la Iglesia romana, no hubiera podido hacerse público antes. Dardozzi deja la zona de sombra en la que permaneció durante toda la vida solo después de su muerte. Estas son sus últimas voluntades testamentarias: «Hagan públicos estos documentos para que todos sepan lo que ocurrió».

Es indispensable comprender quién era Dardozzi para reconocer el valor de los más de cuatro mil documentos recogidos en

veinte años de actividad en el Vaticano. Nacido en Parma en 1922, llega tarde al sacerdocio. Solo en 1973, tras cumplir cincuenta y un años, descubre su vocación, es ordenado sacerdote y se presenta en la Santa Sede con un currículo prestigioso. Licenciado en matemáticas, ingeniería, filosofía y teología, para incorporarse a la Iglesia abandona una brillante carrera en el grupo de telecomunicaciones Stet, como miembro de la dirección general de la sociedad de telefonía SIP y director de la escuela superior de telecomunicaciones Reiss Romoli. Dardozzi habla con fluidez cinco idiomas, se codea con la alta sociedad internacional y conoce al secretario de Estado Agostino Casaroli a través del padre R. Arnou, el abad y teólogo con el que colaboró en la redacción de varias obras. La relación personal y el entendimiento total con Casaroli, máxima autoridad dentro del aparato vaticano en los últimos años de Karol Wojtyla, unidos a sus competencias profesionales y a su discreción, le permiten ascender rápido. Dardozzi actúa bajo mandato directo del ministerio clave del Vaticano, la secretaría de Estado, brazo operativo del pontífice.

Es la misma secretaría de Estado la que le propone iniciar su colaboración con la Santa Sede en 1974, lo cual le permite tener libre acceso a los secretos del IOR. Enseguida Casaroli lo informa de la situación del Banco Ambrosiano, le asigna tareas de control económico-financiero y llega a pedir su participación como asesor en los trabajos de la comisión bilateral constituida con el Estado italiano para esclarecer la verdad sobre la quiebra del banco de Calvi. A menudo los jueves a la hora del almuerzo abandona su ropa de paisano, viste el hábito talar negro y sube al apartamento del papa. Es uno de los pocos italianos invitados a la mesa de Juan Pablo II, que prefiere compartir mesa con otros polacos.

La actividad de vigilancia de Dardozzi prosigue con el sucesor de Casaroli, el cardenal secretario de Estado Angelo Sodano. En 1985 es nombrado director de la Pontificia Academia de las Ciencias, y en 1996, canciller. Así que alterna su labor de control sobre los negocios más turbios de los años noventa con su dedicación a los altos estudios científicos. Empezando por el análisis de la «cuestión Galileo», realizada por voluntad expresa del santo padre. Un trabajo que tendrá repercusión mundial y que lleva al entonces cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación de la fe, a profundizar en el estudio de las cartas de Galileo.

Para cada una de las operaciones financieras que sigue, Dardozzi recoge documentos y apuntes y los guarda en otras tantas carpetas amarillas, conservadas por quienes me las entregaron tras recibirlas de las manos del propio monseñor. Unas personas cuya identidad, por motivos obvios, prefieren mantener en el anonimato. Conseguir el regreso de estos papeles a Italia y encontrar un lugar seguro donde conservar este patrimonio informativo no fue sencillo. La operación se desarrolló en dos fases. La primera, y la más laboriosa, requirió meses de desplazamientos para escanear todos los documentos, guardarlos en CD-ROM y realizar la labor de investigación. Luego el material se cargó en la página web y hoy es público y asequible para todo el mundo (www.chiarelettere.it, en el apartado *Vaticano S.p.A.)*. La segunda, y la más peligrosa, consistió en transportar los documentos originales de vuelta a Italia. El archivo se encontraba en un lugar seguro cerca de una carretera de enlace en el cantón suizo de Tesino, en poder de alguien que desconocía su existencia.

Salí de Milán en coche al amanecer de un día de finales de verano, en 2008. Dos maletas Samsonite de cuarenta kilos me esperaban al otro lado de la frontera. La entrega fue rápida. El

tiempo de tomar un café con la anciana campesina que, por suerte para mí, nunca bajaba al sótano de su casa. Tras regresar a Italia, empezó el trabajo.

Este no es un libro contra el Vaticano, es un libro que cuenta hechos cometidos por hombres que gozaron de una confianza que no merecían. Quiere ser un testimonio de lo que ocurrió más allá de la columnata de San Pedro, tras los uniformes azul cobalto de los guardias suizos. Sobre todo, pretende describir la realidad opaca de las finanzas vaticanas a partir de los documentos de quien, entre las décadas de los setenta y de los noventa, vivió en primera persona todos los grandes acontecimientos que sacudieron el Vaticano, Italia y el mundo entero.

En la primera parte se reconstruye paso a paso la gestión de las finanzas vaticanas a partir de los documentos secretos de Dardozzi. Tras este análisis, la segunda parte aborda hechos y testimonios inéditos que permiten relatar audaces operaciones financieras realizadas por monseñores y prelados, cuyo objetivo era el de sostener la creación de un nuevo gran partido de centro en Italia después de la caída de la Democracia Cristiana, e incluso el de blanquear el dinero de la mafia.

PRIMERA PARTE

LOS DOCUMENTOS SECRETOS DEL VATICANO

«Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído proclamadlo desde los terrados.»

MATEO 10, 27

ASCENSO Y CAÍDA DE MARCINKUS

UN GUARDAESPALDAS MUY PECULIAR

En los años cincuenta por los pasillos de la Santa Sede empieza a dejarse ver un joven sacerdote norteamericano, que se ha trasladado a Roma para asistir a los cursos de derecho canónico en la Universidad Gregoriana. Mide un metro ochenta y seis, es un hombre imponente y de paso decidido. Es originario de Cicero, un violento suburbio de la Chicago de Al Capone, hijo de padres lituanos inmigrados en 1922. Se llama Paul Casimir Marcinkus y crece en los arrabales sin ley donde el capo de la mafia había establecido su cuartel general. Es ordenado sacerdote en 1947. Tras su paso por la Universidad Gregoriana, Marcinkus llega a la Pontificia Academia Eclesiástica, institución dedicada a los diplomáticos de la Santa Sede. Enseguida es evidente que le espera un brillante porvenir. En 1952, con tan solo treinta años, ya ocupa un puesto en la secretaría de Estado. Los rumores acerca de su rápido ingreso en el Vaticano se multiplican. Algunos reconocen a su mentor en el entonces secretario de Estado, el cardenal Giovanni Benelli, quien se apresuró en nombrarlo su colaborador. Otros interpretan los apoyos norteamericanos del joven sa-

cerdote como la clave que lo introdujo en las estancias del poder del papa Pacelli (Pío XII), muy sensible a las tesis anticomunistas del cardenal de Nueva York Francis J. Spellman.[1] Esta última versión es la más acreditada y merece que nos detengamos en ella. En aquellos años de guerra fría el poderosísimo cardenal norteamericano dirige las relaciones entre Estados Unidos y el Vaticano, y consigue consolidar sus vínculos con los hombres más influyentes de los palacios pontificios, empezando por el ingeniero Bernardino Nogara, el hombre que contribuyó a hacer prósperas las arcas vaticanas gestionando las indemnizaciones obtenidas del Estado italiano con los Pactos de Letrán de 1929.[2] En noviembre de 1958, tras la muerte del ingeniero, Spellman le dedica un elogio incondicional: «Después de Jesucristo, lo más grandioso que ha tenido la Iglesia católica es Bernardino Nogara». Probablemente tenga razón. Según la estimación del historiador inglés David Yallop, Nogara deja un patrimonio financiero de 500 millones de dólares a cargo de la administración especial de la APSA (Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica), a los que hay que sumar los 940 millones de dólares de patrimonio del IOR, y que arroja unos beneficios de 40 millones al año solo en concepto de intereses. La Vaticano, S. A. ya es una realidad en el escenario financiero mundial.[3]

Con la tarjeta de visita de Spellman en el bolsillo, a Marcinkus se le abren muchas puertas. No está hecho para ser prepósito. Fuma puros cubanos. Frecuenta la alta sociedad y los campos de golf, y prefiere los gimnasios a las sacristías. Pero lo que nos interesa destacar es un encuentro en las oficinas de la secretaría de Estado que le cambiaría la vida, y acabaría por provocar el desplome de las finanzas vaticanas. Por entonces el factótum de Pío XII es Giovanni Battista Montini, el prosecretario del papa. Un

bresciano testarudo. Pese a tener un estilo y un carácter totalmente opuestos a los del imponente sacerdote norteamericano, tras la animadversión inicial establecerá con Marcinkus una alianza inquebrantable.

Hijo de un banquero, Giovanni Battista Montini se convertirá en el papa Pablo VI en 1963, después de la muerte de Juan XXIII. Él se encargará de que, tras una gestión de perfil bajo, las finanzas de la Santa Sede retomen la senda de una política agresiva y audaz. Como imponen las circunstancias del momento. Francis Spellman[4] va y viene entre Nueva York y la orilla derecha del Tíber. Nada más ocupar el cargo, Pablo VI se entrevista con el cardenal norteamericano, que, según parece, le recomienda efusivamente a Marcinkus.[5] Hasta que en 1964 se produce un percance. Pablo VI está visitando el centro de Roma, la muchedumbre se descontrola y amenaza con aplastarlo. La reacción de Marcinkus es fulminante. Su santidad es socorrido por el corpulento sacerdote, que al día siguiente es escogido como guardaespaldas. Pasa a ser el responsable de la seguridad del papa en sus viajes internacionales: de la India a Turquía, de Portugal a Estados Unidos. En 1970, durante un viaje a Filipinas, Marcinkus detiene a un pintor que se lanza contra el pontífice con un puñal.[6] El norteamericano entra en las estancias del poder. Traba amistad con el secretario personal del papa, el padre Pasquale Macchi, que tiene un poderoso ascendiente sobre el santo padre. El entendimiento entre los dos es inmediato. El ascenso de Marcinkus es rápido. Llega a obispo y es escogido como secretario del banco del Vaticano (1971). Tiene las ideas claras. Es célebre su frase: «¿Se puede vivir en este mundo sin preocuparse del dinero? No se puede dirigir la Iglesia con preces a María».

LA ALIANZA CON SINDONA

La situación es difícil. La muerte de Juan XXIII ha provocado un desplome en las ofertas de los feligreses, que han pasado de 19 000 a 5000 millones de liras. Pero hay algo peor. Después de un largo forcejeo, el gobierno italiano introduce el impuesto sobre los dividendos de la Santa Sede tras un cuarto de siglo de exención fiscal, garantizada por Mussolini con la circular de San Silvestre de 1942. Se anuncia una catástrofe financiera: a finales de la década de los sesenta, según distintas estimaciones,[7] la Iglesia controla entre el 2 y el 5 por ciento del mercado accionario. En 1968, con Giovanni Leone como primer ministro, ceden las últimas resistencias y las arcas del Vaticano deben soportar el desembolso de todos los pagos atrasados sobre unas inversiones que superan los 1200 millones de euros actuales. Con tal de escapar de las garras de Hacienda, Pablo VI ordena trasladar al extranjero las participaciones a un sacerdote y a un laico, un siciliano de confianza con sólidos contactos en Estados Unidos a quien Montini conoce desde que era arzobispo de Milán. Su nombre es Michele Sindona.[8] Gestiona los capitales de la mafia. El sacerdote que entiende de finanzas y es cercano a Estados Unidos se llama Paul Marcinkus. Es el principio del fin.

Los dos se hacen íntimos. Empieza a tejerse la telaraña. Sindona se relaciona con prelados como monseñor Macchi, mano derecha del pontífice ya durante su etapa en Milán, pero también con ejecutivos linajudos, como el príncipe Massimo Spada, y con directivos del IOR como Luigi Mennini y Pellegrino de Strobel. Desde el sanctasanctórum del IOR, un joven y callado sacerdote lucano sigue las operaciones más audaces de este grupo de poder y da sus primeros pasos en la banca con mucha prudencia y discreción. Sus jugadas financieras le dejan fascinado. Aprende en la sombra. Se llama Donato de Bonis. Volveremos a encontrarlo mucho más tarde, en los años noventa, cuando se dedique a gestionar las comisiones ilegales y el dinero de los políticos tras los muros leoninos.

Para Sindona la década de los setenta marca el momento álgido del desmedido crecimiento de los negocios entre Estados Unidos, Vaticano e Italia. Asesor del capo italoamericano Joe Adonis, de la familia de don Vito Genovese, el banquero siciliano crea los canales para blanquear capitales de la mafia, compra el banco suizo Finabank, antes propiedad del Vaticano, conquista la prensa estadounidense con sus éxitos financieros, cierra negocios con el presidente del Continental Illinois Bank David M. Kennedy, que será ministro del Tesoro en el gobierno de Nixon. También se afilia a la logia masónica más poderosa de la época, Propaganda Due (P2), de Licio Gelli, con quien Sindona se cruza cuando el venerable de Arezzo ocupa uno de sus pocos cargos societarios: director de Remington Rand en la Toscana. Gelli ya tiene cierto renombre en el Vaticano, gracias a su relación con Pablo VI, el obispo Marcinkus y el cardenal Paolo Bertoli, y será capaz de alimentar y satisfacer todo tipo de ansias anticomunistas en un juego de poder que se prolonga en Italia a lo largo de todos los años setenta.

Si en Estados Unidos empiezan a cobrar fuerza las primeras sospechas de blanqueo y tráfico de drogas, en Italia Sindona se mantiene en la brecha, amparándose tras protecciones inquebrantables. Gracias al encargo que le asigna Pablo VI de trasladar al extranjero las participaciones societarias del banco del Vaticano, Marcinkus llega a controlar la más cuantiosa exportación de capitales nunca realizada hacia las cámaras acorazadas del

Swiss Bank, en colaboración con la Santa Sede. Entre sus primeras operaciones, cede el control de la Società Generale Immobiliare (SGI), que cuenta con un patrimonio de quinientos millones de dólares, y desvía la participación hacia una financiera luxemburguesa.

Es el primero de una serie infinita de malabarismos financieros realizados con los bienes del Vaticano, que pasan de unos a otros para eludir el control fiscal y sacar provecho de cada participación. Hasta llegar a auténticos pillajes, como en el caso de las cuentas de la Banca Unione, que Sindona consigue aligerar con una transferencia de 250 millones de dólares al Amincor Bank de Zúrich. Todo esto en el marco de las cuantiosas «financiaciones» concedidas a la Democracia Cristiana (DC), por ejemplo durante la campaña contra el referéndum por la legalización del divorcio. Así es como el banquero siciliano utilizaba las entidades financieras controladas conjuntamente por el Vaticano y las cuentas de la Santa Sede en la Banca Privata Italiana para trasladar el dinero de la mafia. La simulación es su arte. En septiembre de 1973 consigue que Giulio Andreotti le defina como el «salvador de la lira» tras haber especulado en perjuicio de la divisa italiana para luego denunciar oscuras maniobras contra la moneda de su país.

EL TRÍO MARCINKUS, SINDONA Y CALVI

Es Sindona quien le presenta a Marcinkus al último integrante de este grupo, el banquero Roberto Calvi. Corre el año 1971 cuando Pablo VI nombra a Marcinkus presidente del IOR. Los tres llegarán a condicionar y manipular la evolución de la Bolsa

de Milán mediante las sociedades del Vaticano, que pasan a Calvi a través de Sindona. Mientras, Sindona consigue hacerse con el enésimo banco: el Franklin, que ocupa el vigésimo lugar en el ranquin de los institutos de crédito estadounidenses. Al mismo tiempo, las deudas y las participaciones infladas van a parar a la división exterior del Banco Ambrosiano de Calvi. Pero el castillo de arena está destinado a desmoronarse. Saltan las protecciones en Estados Unidos, cómplice el Watergate, y en Italia el gobierno es tan débil que la DC saldrá derrotada de las elecciones administrativas de 1975. La crisis económica de 1973 arrecia, mientras el gobierno se demuestra incapaz de adoptar decisiones unitarias sobre la guerra árabe-israelí del Yom Kippur. Hay que tomar resoluciones difíciles tras el recorte en el suministro de petróleo a Europa por parte de los países árabes. Las protecciones políticas también se ven cuestionadas tras el referéndum de mayo de 1974, que introduce el divorcio con el 59,1 por ciento de votos a favor.

La quiebra del banco de Sindona empieza a salir a la luz ya a finales del verano de 1974. Las pérdidas sufridas por Franklin ascienden a 2000 millones de dólares; las de la Banca Privata, liquidada por el abogado Giorgio Ambrosoli, a 300 millones; las de Finabank, a 82 millones de dólares tan solo en lo referente al cambio de divisas. Sindona evita la detención huyendo del país. Marcinkus intenta cubrirse las espaldas y en 1975 asegura que «el Vaticano no ha perdido ni un céntimo». Pero es una mentira que no tarda en descubrirse. La Iglesia sufre pérdidas de entre 50 y 250 millones de dólares. Mennini es detenido y le retiran el pasaporte. La investigación se extiende, el príncipe Spada declara estar desconcertado, parece que nadie en el Vaticano conociera las actividades criminales de Sindona. El banquero siciliano es

reemplazado por Calvi. Con un objetivo especial para el IOR: el de crear un polo bancario católico capaz de competir con los grupos internacionales y de influir en las políticas de los países en los que opera, empezando por Italia. Sin embargo, el desplome de la Banca Privata hace que la actuación de Marcinkus y Calvi sea aún más arriesgada.

Desde Nueva York Sindona intenta oponerse a su extradición y amenaza a Ambrosoli y al banquero Enrico Cuccia, mientras que Calvi intenta desvincular su destino del de su antiguo amigo siciliano. Pero Sindona no se presta al juego y organiza su último chantaje, provocando una inspección del Banco de Italia al Ambrosiano en 1978. Los controles revelan deudas, créditos sin garantías y otros riesgos de liquidez. Pablo VI, defensor del trío Sindona-Marcinkus-Calvi, muere el 6 de agosto de 1978. En su lugar es elegido el patriarca de Venecia Albino Luciani, Juan Pablo I, un hombre de indiscutible rigor moral que en el pasado ya había tenido fricciones con Marcinkus y Calvi. Empezando por el enfado causado por la adquisición de la Banca Cattolica del Veneto por parte del Banco Ambrosiano, realizada sin consultar a la diócesis local. Pasan pocas semanas y el 12 de septiembre de 1978 el periodista y miembro de la P2 Mino Pecorelli publica los ciento veintiún nombres de exponentes vaticanos que estarían afiliados a la masonería. Entre ellos, Marcinkus y su secretario, monseñor Donato de Bonis, que sigue creciendo en las estancias secretas del banco del Vaticano. Subiendo en la jerarquía eclesiástica, también estaban el secretario de Estado Jean Villot, el ministro de Exteriores Agostino Casaroli y el cardenal Ugo Poletti, vicario de Roma. Luciani pretende hacer limpieza dentro del IOR y trasladarlos a todos: Marcinkus, De Bonis, Mennini, De Strobel. Lo revela a Villot la noche del 28 de septiembre de

1978. A la mañana siguiente, el cuerpo sin vida de Juan Pablo I es hallado en su cama. El papa Luciani muere de improviso. Yallop y otros historiadores defienden que fue un asesinato por envenenamiento. Según el parte médico oficial se trató de una parada cardiaca.

El 16 de octubre de 1978 fue elegido papa el polaco Karol Wojtyla, Juan Pablo II. El santo padre recupera la política de Pablo VI y asegura a Marcinkus continuidad en la gestión financiera. Todo el mundo se queda en su sitio, pero la situación de Sindona es irreversible. Desesperado, organiza el homicidio de Ambrosoli, que es asesinado el 11 de julio de 1979 en Milán por un sicario de Cosa Nostra. En 1980, en Estados Unidos se celebra el proceso por la quiebra del Franklin Bank, que concluye rápidamente con la condena de Sindona a veinticinco años de cárcel. La situación ya está fuera de control. En marzo de 1981, los magistrados Gherardo Colombo y Giuliano Turone, siguiendo la «lista de los quinientos» clientes exportadores de divisa de Sindona, descubren la de los afiliados a la logia Propaganda Due de Gelli. Estalla el escándalo de la P2, que llevará a la crisis de gobierno. Dos meses más tarde, Calvi acaba en la cárcel por delitos monetarios; el 20 de julio de 1981 es condenado a cuatro años de cárcel. Le llega el turno al Ambrosiano, que amenaza con ir a la quiebra. Es agosto cuando Marcinkus y Calvi se reúnen en el Vaticano. El arzobispo le hace firmar un acuerdo de indemnización: todas las responsabilidades por las operaciones pasadas y futuras recaen en él. A cambio el IOR le ofrece unas cartas de patrocinio que permiten al Ambrosiano garantizar sus deudas con el extranjero hasta el 30 de junio de 1982.[9] Cuando venzan, un ingreso de trescientos millones al IOR cerrará el asunto. Es el balón de oxígeno que da a Calvi el tiempo indispensable para sanear las cuentas

después de las malversaciones de títulos del Banco y de que él mismo se apropiara de un millón de dólares. En definitiva, el banquero podría poner en regla tanto los papeles como la división exterior, tras las maniobras con sociedades panameñas a favor del IOR y del Ambrosiano. Al menos este era el objetivo del acuerdo entre Marcinkus y Calvi. Sin embargo, su plan fracasa. El 31 de mayo de 1982 el Banco de Italia denuncia riesgos deudores por un monto de 1300 millones de dólares. Calvi huye a Londres, donde hallan su cuerpo colgando del Blackfriars Bridge, el puente de los Frailes Negros, el 18 de junio de 1982. Lo han asesinado. El día anterior los consejeros del Ambrosiano habían pedido la creación de una comisión liquidadora.

Pronto se descubre que detrás de los créditos del Ambrosiano están las sociedades extranjeras vinculadas con el IOR. Tanto es así que los síndicos escogidos por el Banco de Italia le piden a Marcinkus que salde la deuda. Pero el presidente se niega. El 6 de agosto de 1982 el ministro del Tesoro Beniamino Andreatta ordena la liquidación del Banco Ambrosiano.

LA REUNIÓN HISTÓRICA DEL 29 DE AGOSTO DE 1983

Tras estos escándalos y la hemorragia financiera provocada por las operaciones fraudulentas de Sindona y Calvi, la estrella de Marcinkus está destinada al ocaso. Sin embargo, el arzobispo goza de la protección incondicional de Juan Pablo II. Una protección que se justifica sobre todo por los fondos de más de cien millones de dólares enviados por el Vaticano al sindicato polaco Solidaridad.[10] De hecho, si el arzobispo no asciende a cardenal es solo por las insistencias del secretario de Estado Agostino Casaroli. Ya en

1980, desobedeciendo las disposiciones de Wojtyla, Casaroli también había impedido que Marcinkus declarara en el juicio contra Sindona para defender al financiero seis años después de la quiebra. De esa forma, había evitado otro tropiezo en un momento ya muy crítico para la Iglesia. La dura reacción del entonces ministro del Tesoro Andreatta acelera el enfrentamiento entre el arzobispo de Cicero y Casaroli. El secretario quiere echar a Marcinkus por los daños de imagen y financieros que ha provocado. Sin ir más lejos, Wojtyla se ve obligado a proclamar el Año Santo extraordinario de 1983 (después de celebrar uno en 1975) con tal de que los donativos aumenten y sus arcas vuelvan a llenarse. Para cumplir con su plan, Casaroli debe moverse con calma, sin dar un solo paso en falso. Tardará mucho más de lo previsto: Marcinkus no dejará el banco del Vaticano hasta 1989.

La estrategia para poner fin a esta época se desarrolla en varias fases. La primera consiste en instituir una comisión interna sobre el caso IOR-Ambrosiano. La segunda, en crear una comisión mixta, con la participación del Estado italiano, que determine las responsabilidades vaticanas en la bancarrota del Instituto de Calvi. De hecho, es necesario cerrar el litigio con el Ambrosiano de forma rápida y con el menor daño posible.

La Santa Sede participa en los trabajos para solucionar las cuestiones pendientes entre el IOR y los responsables de la liquidación del banco de Calvi, y deposita toda la documentación pertinente en una notaría suiza. Marcinkus es citado y se niega a declarar ante la comisión. Pronto se crea una fractura insalvable. Los tres comisarios escogidos por el Vaticano —el presidente del Banco de Roma Pellegrino Capaldo, cercano a Ciriaco de Mita; el abogado Agostino Gambino, antes defensor de la Banca Privata de Sindona, y monseñor Renato Dardozzi, asesor de máxi-

ma confianza de Casaroli— comprenden que su tesis, que minimiza las responsabilidades del IOR y lo considera un «mero instrumento» en las manos de Calvi, no es respaldada por los miembros italianos. Por tanto, en agosto de 1983, plantean a Casaroli la desgraciada posibilidad de que la comisión fracase, y de que los trabajos finalicen con la presentación de dos informes separados por parte del gobierno italiano y de la Santa Sede. También le entregan un documento[11] de tintes dramáticos:

1. La Santa Sede e il Governo italiano prendono atto della questione tra l'Istituto per le Opere di Religione, da un lato, e il Banco Ambrosiano S.p.A. in liquidazione coatta amministrativa e sue controllate dall'altro, qui di seguito denominati soggetti interessati, consistente in richieste avanzate dal Banco anzidetto e sue controllate nei confronti dell'Istituto per le Opere di Religione, il quale afferma di nondovere alcunchè, mentre dichiara di vantare a propria volta crediti nei confronti dei richiedenti; e convengono sulla opportunità di collaborare per l'accertamento della verità.

2. A tale scopo, le Parti danno incarico ai seguenti Signori di procedere congiuntamente al detto accertamento entro il termine di due mesi dall'inizio dei lavori (e comunque non oltre il 31 marzo 1983):

- Per la Santa Sede:

  Avvocato Prof. Agostino Gambino, Copresidente
  Avvocato Prof. Pellegrino Capaldo
  Dott. Renato Dardozzi

- Per il Governo italiano:

  Avvocato Pasquale Chiomenti, Copresidente
  Prof. Mario Cattaneo
  Avv. Prof. Alberto Santa Maria

3. L'oggetto dell'accertamento dovrà riguardare:

a) le società indicate nelle lettere dette di patronage rilasciate dall'Istituto per le Opere di Religione e le operazioni da esse società eseguite;

b) le obbligazioni eventualmente originate dalle lettere predette;

c) le operazioni dette di "conto deposito" che l'Istituto per le Opere di Religione afferma essere state eseguite per ordine e conto di entità controllate direttamente o indirettamente dal Banco Ambrosiano S.p.A.;

in quanto influenti direttamente o indirettamente sul contenzioso.

Ciascuna delle Parti farà quanto è in suo potere perchè i soggetti interessati al contenzioso autorizzino, esonerando dai relativi impegni di segretezza, istituti bancari, enti di gestione fiduciaria ed eventualmente persone fisiche, a porre a disposizione dei Signori sopra nominati la documentazione relativa all'oggetto dell'accertamento.

4. I risultati dell'accertamento così effettuato e la documentazione acquisita verranno posti a disposizione dei soggetti interessati. Questi ultimi, valutati gli elementi così raccolti, decideranno, in base ai rispettivi ordinamenti, sul seguito da dare all'indagine, ivi compresa, se opportuna, la nomina di eventuali amichevoli compositori per la risoluzione della controversia e la determinazione delle relative procedure.

Fatto nella Città del Vaticano il 24/12/1982 in due originali in lingua italiana.

Per la Santa Sede

Per il Governo della Repubblica Italiana

El acuerdo estipulado entre la Santa Sede y el gobierno italiano para instituir una comisión mixta con el objetivo de arrojar luz sobre las relaciones entre el IOR y el grupo Banco Ambrosiano. Firmado por el cardenal secretario de Estado Agostino Casaroli y por el embajador de Italia Claudio Chelli, designa a Renato Dardozzi como uno de los representantes de la Santa Sede.

«Los miembros de la parte italiana parecen apoyar la hipótesis de que el IOR colaborara con Calvi para poner en práctica un plan oculto, que se concretó en la realización de operaciones financieras que causaron la quiebra del Grupo Ambrosiano». Esta postura coincidiría con la del entonces ministro Beniamino Andreatta, que cifró en 1200 millones de dólares la deuda del Vaticano en la quiebra del banco de Calvi. Los riesgos financieros y de imagen a los que se enfrenta la Santa Sede son enormes. El memorándum limita el margen de acción:

> Se iniciaría un litigio muy gravoso y complejo. Además de mantener al IOR en el centro de la atención mediática internacional durante mucho tiempo, podría ponerse en peligro su misma supervivencia, debido al posible embargo de sus bienes, incluidos los depósitos en varios bancos italianos y extranjeros. Es evidente que si el IOR quebrara sería imposible devolver a los clientes (diócesis, institutos religiosos, etc.) las cantidades ingresadas a lo largo del tiempo. Frente a esta posibilidad, los representantes vaticanos abogan por respaldar iniciativas encaminadas a una resolución amistosa del litigio, en términos que excluyan una atribución de responsabilidad, resulten aceptables desde el punto de vista financiero y contribuyan a cerrar definitivamente este episodio.

En otras palabras, es preciso enterrar el asunto. Vista la situación, Casaroli apura los tiempos. El 29 de agosto de 1983 convoca una reunión restringida que fijará la estrategia del Vaticano frente al gobierno italiano. Una reunión que marca un hito: por las decisiones que se toman en ella, por la asunción de responsabilidad por parte de sus participantes (aunque sea a puertas cerradas) y porque deja en minoría a Marcinkus y a sus aliados. Además de a los autores del memorándum, Casaroli también invita a Marcinkus y a monseñor Eduardo Martínez Somalo, que por entonces era sustituto de la secretaría de Estado y más tarde fue ordenado cardenal en el consistorio del 28 de junio de 1988 por Juan Pablo II. En la habitación escogida por el secretario de Estado se respira la tensión. Gambino toma la palabra. Defiende a Marcinkus sin reservas. Solo detecta «anomalías formales», nimiedades:

> La documentación recogida no aporta ningún elemento que avale la culpabilidad del presidente y de los directivos del IOR, y en particular ninguna evidencia de que fueran conscientes del plan oculto del banquero Calvi, que se concretó en las operaciones financieras causantes de la quiebra del Grupo Ambrosiano. Esta situación podría desembocar en acciones judiciales y medidas de embargo contra el IOR, ya que es posible configurar una responsabilidad civil y patrimonial incluso en ausencia de culpa.[12]

EL TESTIMONIO DEL JUEZ BRICCHETTI

Gambino subestima el contenido de los documentos o aún está lejos de la verdad. Esta misma documentación, que él considera exculpatoria, le sirve al juez de instrucción de Milán Renato Bricchetti para emitir el 20 de febrero de 1987 una orden de detención contra Marcinkus, De Strobel y Mennini por complicidad en la quiebra del Ambrosiano. Hoy Bricchetti recuerda:

Pro-memoria per Sua Eminenza il Cardinale Segretario di Stato

L'andamento dei lavori della Commissione nominata dalla Santa Sede e dal Governo Italiano lascia prevedere che, difficilmente, si giungerà ad un univoco consenso nell'accertamento della verità sullo svolgimento dei complessi rapporti Istituto per le Opere di Religione (I.O.R.) - Banco Ambrosiano.

Il lungo lavoro svolto e la copiosa documentazione raccolta consentono peraltro di formulare rispettivamente alcune ipotesi sullo svolgimento di quei rapporti, sul ruolo avuto da ciascuno dei soggetti e di conseguenza sulle rispettive responsabilità.

Le ipotesi vanno da:

1) uno I.O.R. strumento inconsapevole di un disegno occulto di Calvi che si è concretizzato nella realizzazione di operazioni finanziarie che hanno portato al dissesto del Gruppo Ambrosiano;

2) ad uno I.O.R. socio di Calvi nella realizzazione di quel disegno;

3) ad uno I.O.R., infine, "centro" di tutto il sistema di operazioni di cui Calvi era solo un esecutore.

I membri di parte vaticana ritengono, per parte loro, attendibile la prima ipotesi: ciò sulla base sia della documentazione raccolta, sia degli incontri che hanno potuto avere con gli alti Dirigenti dello I.O.R. Anche se questi ultimi possono aver commesso qualche imprudenza, soprattutto per la fiducia riposta nel Presidente dell'Ambrosiano, si può comprendere la difficoltà di cogliere il disegno che questi andava realizzando con un fitto intreccio di operazioni che, autonomamente considerate, potevano apparire normali. E' anche comprensibile che, data la lunga consuetudine di affari che lo legava al Banco Ambrosiano, lo I.O.R. abbia per così dire allentato la vigilanza sulle operazioni che Calvi via via gli prospettava.

Risulta che i membri di parte italiana sono su posizioni diverse. Pur se con varie sfumature, essi sembrano propendere per la seconda delle ipotesi sopra richiamate senza escludere del tutto la terza.

Allo stato attuale è probabile, pertanto, che la Commissione giunga a due relazioni con l'esposizione dei rispettivi punti di vista.

In ogni caso ne deriverà un contenzioso estremamente oneroso e complesso, dato anche che, dall'esercizio di attività economiche possono derivare responsabilità civili e patrimoniali pur in assenza di colpa.

Tale contenzioso, oltre a tenere presumibilmente lo I.O.R. alla ribalta della cronaca internazionale per lungo tempo, rischia di porre in crisi lo I.O.R. medesimo, a causa dei possibili sequestri di cui potrebbero essere oggetto i suoi beni, compresi i depositi presso varie banche italiane e straniere. E' evidente che un eventuale dissesto dello I.O.R. ne causerebbe l'impossibilità di restituire ai depositanti (Diocesi, Istituti Religiosi etc.) quanto essi gli hanno, nel tempo, affidato.

In questo quadro, i membri di parte vaticana valutano positivamente l'opportunità di assecondare iniziative volte ad un componimento amichevole della questione, in termini che non configurino attribuzioni di colpa, siano finanziariamente accettabili, e tali inoltre da condurre alla definitiva chiusura dell'intera vertenza.

Città del Vaticano, 17 Agosto 1983.

(Agostino Gambino)

(Pellegrino Capaldo)

(Renato Dardozzi)

El documento, firmado por los representantes de la Santa Sede en la Comisión IOR/Ambrosiano, revela temores y peligros que posteriormente, en 1984, indujeron al Vaticano a pagar 242 millones de dólares a los síndicos implicados en la liquidación del banco de Roberto Calvi.

Sin esos papeles no hubiera conseguido llegar a juicio. Del trabajo de esta comisión no se sabía casi nada. Se veían, se citaban, estudiaban todo el material en el extranjero mientras nosotros, los jueces italianos, no teníamos acceso a ningún papel. De hecho, según el protocolo que quería instituir la comisión, el material consultado debía depositarse en el estudio legal Mensch de Lugano. También se establecía que la documentación permaneciera allí durante un breve plazo de tiempo, después del cual el notario estaba obligado a proceder a su destrucción. Nos enteramos de la existencia de estos documentos en un periodo en el que los jueces estábamos «hambrientos» de papeles, de información sobre la situación del Ambrosiano en el extranjero. Le pedí al fiscal suizo Paolo Bernasconi que requisara esos documentos en el marco de un procedimiento helvético paralelo abierto por recepción. Conseguí los papeles mediante una regular comisión rogatoria.[13]

Volvamos a la reunión decisiva. Marcinkus también toma la palabra, seguro, impasible. Se muestra firme acerca de las «normales relaciones bancarias con el Ambrosiano en fase de liquidación», insiste sobre la «fundada confianza del IOR en Calvi; una confianza que se ve reforzada por el aprecio manifestado directa e indirectamente por la propia autoridad monetaria italiana». En definitiva, Marcinkus jura que «el IOR siempre ignoró que Calvi persiguiera sus objetivos ocultos sirviéndose del nombre del banco del Vaticano». Incluso se atreve a marcar la pauta: «El texto de un posible acuerdo deberá eximir al IOR de toda culpa. Es necesario que el sacrificio financiero se contenga dentro de límites tolerables». La paciencia de Casaroli ha llegado al límite. Interviene y vuelve a encauzar el encuentro. Recurre

a los tonos fríos típicos del colaborador más estrecho del papa como revelan las actas de la reunión:

Su eminencia el cardenal secretario de Estado apunta que el objetivo fundamental que debe perseguirse es el de tutelar la imagen de la Santa Sede y opina que es indispensable solucionar la controversia de forma amistosa.

Entonces llegan las primeras admisiones significativas de la bancarrota:

Toda la cuestión puede resumirse en los términos siguientes: a) los documentos no proporcionan pruebas definitivas, lo cual, interpretado con espíritu partidista, puede llevarnos a suponer que posibles causas contra el IOR tendrían un desenlace negativo; b) sin embargo, dado que la quiebra ha ocasionado daños a terceros en el marco de actividades a las que el IOR no es ajeno, hay motivos conformes a la razón y a la ecuanimidad que aconsejan la intervención del Instituto. No obstante, a la pregunta de si dicha intervención no podría interpretarse como una admisión de culpabilidad, el profesor Capaldo responde que esto podría evitarse actuando de una forma que limite y tal vez excluya esta interpretación.

Casaroli se pone a la cabeza de una iniciativa diplomática promovida con el gobierno Craxi para zanjar el asunto. Mientras tanto, entra en vigor el Nuevo Derecho Canónico auspiciado por Juan Pablo II: la norma que establecía la excomunión inmediata para los masones es abrogada. Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, no consigue defender la

validez del principio de excomunión introducido por Clemente XII en 1738.[14]

Así se llega a la transacción definitiva con los bancos acreedores del Ambrosiano de Calvi, firmada en Ginebra el 25 de mayo de 1984. El banco del Vaticano, pese a declararse «ajeno a los hechos», desembolsa 242 millones de dólares de «contribución voluntaria». Una suma que extingue cualquier crédito. Con este «acuerdo»,[15] firmado por Marcinkus y por su secretario De Bonis, el IOR elimina una deuda de 400 000 millones de liras y, sobre todo, evita el riesgo de que esta se dispare hasta superar los 1,5 billones[16] con las cartas de patrocinio que avalan al instituto milanés.

Para el Vaticano ha concluido la partida. Ahora solo hay que dejar pasar el tiempo para que la ruptura sea menos traumática. El 20 de marzo de 1986, a las 14.12, Sindona, recién extraditado de Estados Unidos y condenado a cadena perpetua por el homicidio del abogado Giorgio Ambrosoli, muere en la cárcel de Voghera tras cincuenta y tres horas de coma por haber ingerido un gramo de sales de cianuro disuelto en una taza de café. En noviembre, siete meses más tarde, el juez de instrucción Antonio de Donno declara que «la acción penal no debe prosperar, al haberse tratado de un suicidio».

De todos modos, Marcinkus ya ha perdido. Lo que acelerará la actuación de Wojtyla serán las tres órdenes de detención emitidas el 20 de febrero de 1987 por la magistratura milanesa contra el arzobispo y los directivos del IOR Luigi Mennini y Pellegrino de Strobel. Los jueces consideran a la cúpula del IOR corresponsable de la bancarrota fraudulenta del Ambrosiano. Marcinkus se mantiene en la dirección del IOR en condición de «vigilado especial», supervisado por una comisión promovida

por Casaroli y por su asesor de confianza, monseñor Renato Dardozzi. De Strobel y Mennini mantendrán cargos formales. En la práctica, se les aparta.[17] Mientras tanto Wojtyla hace aumentar el peso de cardenales y consejeros considerados cercanos al Opus Dei. Se reforma el IOR mediante una comisión especial. El 9 de marzo de 1989 Wojtyla se despide de Marcinkus desde las columnas de *L'Osservatore Romano*. Poco después el arzobispo abandona el IOR para regresar a Chicago en 1997. Muere en 2006 en Sun City, Arizona, donde ejercía como cuarto sacerdote de la pequeña iglesia de San Clemente. Las arcas del banco del Vaticano sufren pérdidas por valor de 77 300 millones de liras, mientras que el Ambrosiano es refundado por el católico Giovanni Bazoli. Cae el Muro de Berlín, también gracias al papa. Parece que una página está a punto de cerrarse. Wojtyla ni se lo imagina, pero en breve el papado entrará en una violenta espiral de intrigas que dividirá ásperamente a la Santa Sede.

FIRMA AUTORIZADA: GIULIO ANDREOTTI

UNA CAJA FUERTE IMPENETRABLE

Muchos piensan que el IOR no es un banco en sentido estricto, dado que no concede préstamos, no tiene ventanillas ni expide cheques. Tres afirmaciones que están muy lejos de ser ciertas. En primer lugar, existe una ventanilla en toda regla que se encuentra en el torreón de Nicolás V. Para llegar hasta ella basta con superar el laxo control fronterizo de los guardias suizos recurriendo al expediente que todo buen romano conoce, es decir, mostrar una receta médica y declarar que se debe acudir a la farmacia en el interior. Generalmente, la guardia suiza de servicio permite el paso. Para abrir una cuenta bancaria es, o al menos era, suficiente tener buenos contactos entre la jerarquía vaticana. La de los cheques solo es una verdad a medias o, mejor dicho, una mentira a medias. Es cierto que el IOR no los expide, pero solo porque no lo necesita. Cuando le hacen falta, se los pide a los bancos italianos de los que es un prestigioso cliente. Además proporciona todo tipo de servicios, incluidas las tarjetas de débito.[1]

Su estatuto y los acuerdos con el Estado italiano permiten al IOR operar como un banco *offshore,* fuera de cualquier control.

Y es esta condición la causante de los escándalos financieros que se producen desde los años setenta hasta hoy. El IOR asegura total discreción en las transacciones, impunidad y autonomía operativa a quienes lo gestionan y la libertad más absoluta a sus clientes. Incluso dentro de los propios muros vaticanos. De hecho, el banco dispone de una administración autónoma dentro de la Santa Sede, un estatus que permite a sus directivos eludir todo tipo de control. Unas condiciones bien conocidas para aquellos personajes que, desde Marcinkus hasta De Bonis, muestran una agresividad financiera cuando menos insólita para un sacerdote.

El estatuto promovido por Wojtyla en 1990 prevé que sus clientes puedan ser tanto entidades eclesiásticas y religiosas (órdenes, parroquias), como personas residentes en el Vaticano, laicos e incluso algún extranjero, a condición de que destine parte de sus fondos a «obras de caridad». Un porcentaje que recuperan enseguida, visto que los depósitos están exentos de impuestos. En particular, el artículo 2 del estatuto del IOR afirma: «El objetivo del Instituto es el de hacerse cargo de la custodia y de la administración de los bienes muebles e inmuebles transferidos o encomendados al propio Instituto por personas físicas o jurídicas, y destinados a obras religiosas y de caridad. Por tanto, el Instituto acepta bienes cuya finalidad, al menos parcial o futura, coincida con la que se indica en el apartado anterior. El Instituto puede aceptar depósitos de bienes de parte de entidades y personas de la Santa Sede y del Estado Ciudad del Vaticano».

Se trata de una posibilidad muy atractiva. En la práctica se permite a quien lo desee abrir una cuenta corriente y operar en pleno centro de Roma a través de un banco extranjero que gestiona operaciones financieras sin respetar los acuerdos y las barreras interbancarias e internacionales contra el blanqueo de capitales.

El IOR no puede ser sometido ni a registros ni a escuchas telefónicas. Tampoco se puede interrogar a sus empleados. De hecho, para obtener información acerca de las operaciones del banco, la magistratura de cualquier país del mundo debe remitir una solicitud de comisión rogatoria al Estado del Vaticano. Cuando esto ocurre, cuando llegan las peticiones de los magistrados, es fácil que surja una especie de «conflicto de intereses», ya que el Vaticano debe decidir si responder o no a preguntas formuladas sobre la actividad de su propio banco. De manera que casi siempre el Vaticano se niega a dar cualquier explicación y no da curso a las comisiones rogatorias, o se limita a ofrecer respuestas muy escuetas y parciales. De hecho, la Santa Sede ni siquiera está obligada a cumplimentarlas. Si lo hace es por mera cortesía diplomática entre Estados soberanos. El Estado de la Ciudad del Vaticano es el único país en Europa que no ha firmado ningún convenio sobre asistencia judicial con los demás países del continente. Ni siquiera el protocolo en materia penal de Estrasburgo, de 1978, firmado también por países como Albania, Moldavia, Luxemburgo, Lituania y Chipre. Tampoco existen sólidos acuerdos bilaterales, que Italia sí tiene con San Marino, el otro microestado presente en el territorio de la península, con el que existe un tratado que se remonta al lejano 1939. En 1996, un aparente cuanto inesperado cambio de rumbo: «De forma autónoma el IOR ha decidido adoptar los principios fijados por el GAFI (Grupo de Acción Financiera Internacional) en materia de medidas contra la criminalidad para impedir el blanqueo de capitales».[2] Pero se trata de una adhesión muy débil; de hecho, al haberse producido de modo autónomo, no prevé ningún tipo de control por parte de otros organismos. El Vaticano no forma parte de los treinta y cuatro países miembros del GAFI, entre los que sí se encuentran Luxemburgo, Suiza, Singapur y Hong Kong.

Aún hay más. Los directivos del IOR no pueden ser ni investigados, ni detenidos, ni enjuiciados en Italia. El artículo 11 de los Pactos de Letrán afirma:

> Las entidades centrales de la Iglesia católica estarán exentas de toda injerencia del Estado italiano (salvo lo dispuesto en las leyes italianas en materia de adquisiciones por parte de las personas jurídicas), así como de la conversión relativa a los bienes inmuebles.

Por consiguiente, según la interpretación del Supremo, quien trabaja en estructuras centrales de la Santa Sede no puede ser sometido a juicio ni ser detenido en Italia. En la práctica, goza de un tipo de inmunidad que no se contempla en ningún código, aunque recuerda la prevista únicamente en el caso del presidente de la República italiana o la que se pretende introducir en Italia con el llamado «Lodo Alfano», y que por supuesto se reserva a los cargos institucionales nacionales.

Es por esto por lo que, en 1987, el presidente del IOR Paul Marcinkus y sus colaboradores Mennini y De Strobel eluden la cárcel. El Tribunal Supremo anula las órdenes de captura emitidas por el juez Renato Bricchetti y, en la práctica, renuncia a la jurisdicción a la vez que crea una criticada cesión de soberanía que puede condicionar la actividad de los jueces durante más de medio siglo. Se abre un debate entre juristas, pero el Tribunal Constitucional zanja la cuestión al avalar la sentencia de los jueces con toga de armiño. Por lo menos hasta que, en 2004, otra sentencia del mismo tribunal sobre la contaminación electromagnética de Radio Vaticana vuelve a introducir la plena legitimidad para perseguir los delitos cometidos por cualquier persona en territorio italiano.

DE BONIS, EL BRACERO DE DIOS

Pero volvamos a Marcinkus. Su sistema de poder, negocios y alianzas debe perpetuarse y sobrevivir a cualquier maremoto para seguir funcionando con la discreción más absoluta. Por esto ya en la primavera de 1987, cuando aumenta la presión de los jueces que amenazan con detenerlo junto a Mennini y al jefe de contabilidad del IOR De Strobel, Marcinkus prepara su sucesión y escoge al heredero que modulará sus enseñanzas según las necesidades de la década de los noventa. El designado es el único candidato disponible: monseñor Donato de Bonis, en el IOR desde 1954, secretario personal del antiguo presidente, el cardenal Alberto di Jorio, y secretario general del banco desde 1970, su número dos. De hecho, desde hace diecisiete años, De Bonis sigue paso a paso las operaciones de Marcinkus. Son ellos los dueños del banco.

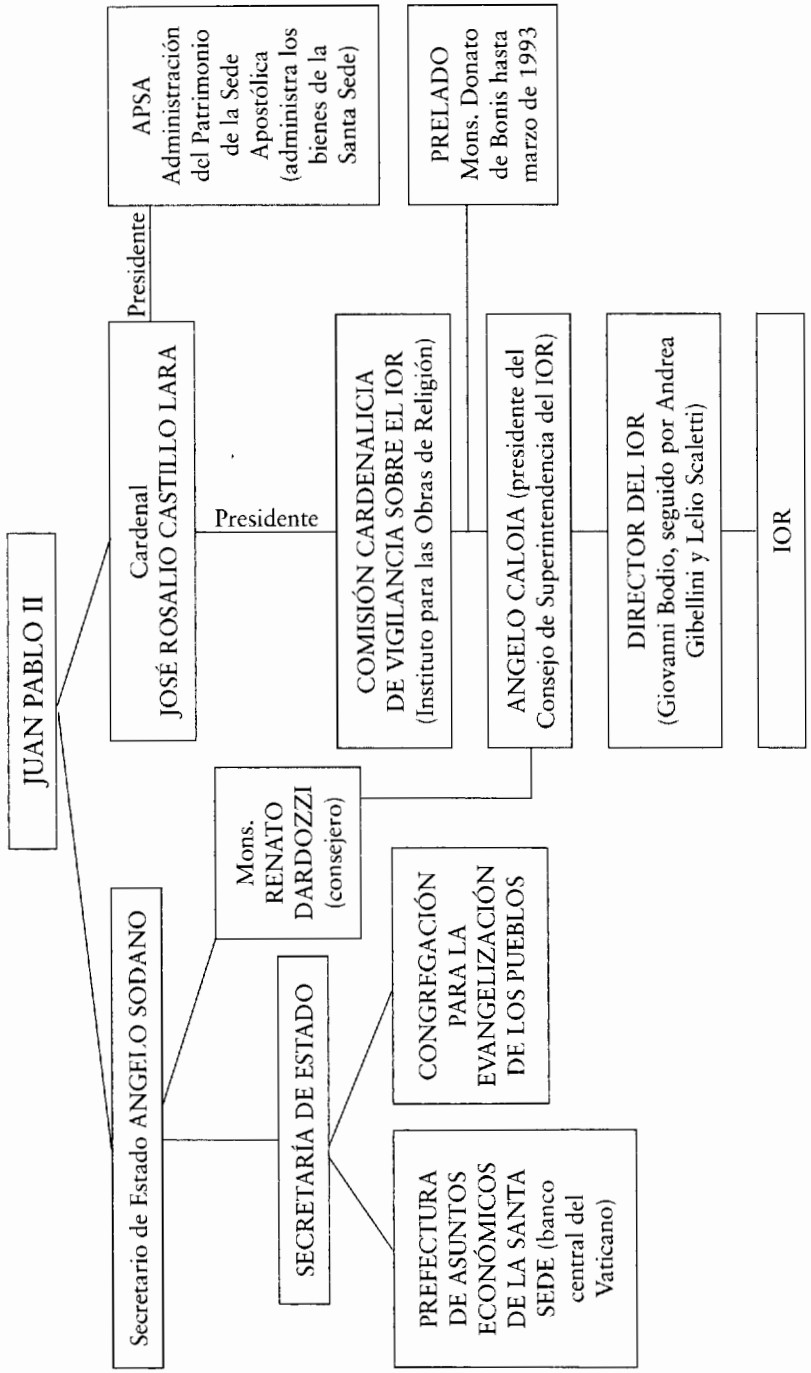
No podemos saber si la salida en sordina pactada por Marcinkus con los más altos purpurados incluía como condición la permanencia de De Bonis en el banco del Vaticano. Lo que es seguro es que Marcinkus se queda entre los muros vaticanos cultivando sus relaciones hasta 1997, mientras que monseñor De Bonis rechaza tanto el cargo de obispo en su Potenza natal como el de auxiliar en la diócesis de Nápoles con tal de no dejar el IOR. Es así como, en 1989, Casaroli, tal vez obedeciendo una orden directa de Juan Pablo II, concede a monseñor De Bonis un inesperado y gratificante cargo dentro del nuevo organigrama: el de prelado del IOR. La figura del presidente ha sido sustituida por el Consejo de Superintendencia, en la práctica un consejo de administración que desde junio de 1989 será dirigido por el banquero lombardo laico Angelo Caloia. Una decisión que represen-

ta una ruptura con respecto al pasado y que es apoyada por el propio monseñor Dardozzi, quien se reunirá con Caloia en Milán para proponerle la presidencia del banco del Vaticano. Amigo personal de Bazoli y del cardenal milanés Carlo Maria Martini, muy cercano al grupo del democristiano Vittorino Colombo, Caloia es un caso ejemplar de gestión de las finanzas católicas en el norte de Italia.

En este juego de equilibrios y reparticiones, De Bonis llega, como decíamos, a ocupar el cargo de prelado, esto es, hace de enlace entre el banco y los cinco cardenales de la Comisión de Vigilancia que informa directamente al papa.[3] Pero ante todo De Bonis es la memoria histórica del IOR, un fino conocedor de las debilidades de cada empleado, de los secretos de cada operación realizada y, sobre todo, de las idas y venidas de las finanzas vaticanas. Nacido en Pietragalla, uno de los pueblos más pobres de Basilicata, lo dejó a la edad de diez años para entrar en el seminario. El periodista Giancarlo Zizola magnifica así su figura desde las columnas del semanario *Panorama* en 1989:

> De Bonis nace en 1930. Su madre, napolitana, era maestra; su padre, director de un banco. Espíritu evangélico y capacidad de gestión se funden en esta familia católica de siete hijos (una es terciaria franciscana, dos escogieron la banca). Con diez años, Donato ingresa en el seminario de Potenza, entre cuyos muros vive una adolescencia marcada por las penurias de la guerra. Cursa el liceo en el seminario regional de Salerno. En 1953 es ordenado vicario de Roma en San Juan de Letrán por Clemente Micara. Al año siguiente entra en las estancias del poder del Vaticano, en el IOR, para perseguir el sueño familiar de reconciliar el uso del dinero con la utopía franciscana. Su mentor es el cardenal Di Jorio, presidente del IOR.

LAS FINANZAS VATICANAS EN LOS AÑOS NOVENTA



En 1970, cuando Di Jorio se jubila y Paul Marcinkus lo sustituye en la dirección del banco, De Bonis es nombrado secretario general. Una carrera fulminante envuelta en una discreción absoluta: ninguna recepción, siempre en la sombra, ningún vínculo con Sindona, Calvi y los demás hombres clave de la época. Su lema es un proverbio chino: «Haz el bien y tíralo al mar. Los peces no sabrán quién lo ha tirado. Pero Dios sí lo sabe». En su despacho tiene un pesado evangeliario siempre abierto en el atril: «La Iglesia debe escoger —dice—, o está con san Francisco o con los negocios». Sin embargo, su idealismo no puede separarse de su pragmatismo, y se mide en los grandes números: su reloj de pulsera tiene dos cuadrantes, uno con la hora de Roma, el otro, con la de Nueva York.[4]

En realidad, la historia del Ambrosiano es bastante diferente. De Bonis es un hábil manipulador. En público procura desmarcarse de su presidente Marcinkus, pero es solo una fachada. La verdad es que lo sigue como una sombra en todos sus negocios. Juntos estudian la venta del 51 por ciento de la participación del IOR en la Banca di Roma Suisse, que es cedida por 100 millones de dólares, casi 160 000 millones de liras de la época, al Union Bank of Switzerland (UBS). Unos años más tarde, también bajo su dirección, el IOR cede tanto su 1,7 de Italmobiliare, propiedad de la familia Pesenti, como su participación en la Banca del Gottardo, que Calvi utilizaba para distribuir el dinero del Ambrosiano.

En 1984, de nuevo junto al presidente del IOR, firma el cheque para cerrar el contencioso con los síndicos del Ambrosiano. De Bonis nunca dejará de apoyar la tesis de Marcinkus sobre el engaño de Calvi y Sindona en perjuicio del Vaticano. Tanto es así que abandona su perfil bajo: «De Strobel y Marcinkus no son

responsables —jura—, sino víctimas de la quiebra del Ambrosiano».[5] Critica abiertamente a los jueces que investigan sobre el Instituto de Calvi y los acusa «de no querer descubrir a los auténticos culpables de la bancarrota. No quisiéramos que las energías dirigidas hasta ahora hacia el IOR se desviaran de la búsqueda de los verdaderos responsables».[6] Al mismo tiempo el prelado trata de presentarse como «promotor de la moralización» y filtra a los periódicos anécdotas sobre su celebrada transparencia y sabiduría. Sus frases son épicas: «Tengo el pelo blanco desde que era niño, mejor dicho, desde que nací... Trabajo en silencio [...] Soy un bracero de Dios».[7] O esa nota enviada en 1981 al amigo y actor Eduardo de Filippo:

> Me preguntaron: ¿qué harías si san Francisco llamara a tu puerta? Mi respuesta fue que desde que estoy en pleno uso de mis facultades entregué al pobrecito de Asís la llave de mi casa. Desde aquel momento san Francisco ya no llama a mi puerta: entra cuando quiere.[8]

De nuevo, a la periodista Isabel Pisano: «Los jueces reconocieron que no estoy implicado en los hechos, no tenía nada que ver con la gestión del IOR. Lo dejaba en las manos de los laicos y, como puede ver, soy el único que se ha salvado...».[9]

«El estilo de De Bonis —recuerda hoy el juez Otello Lupacchini—, es inconfundible. Pocas palabras bien medidas solo en los momentos más significativos del escándalo del Ambrosiano. Una manera muy clara de disipar cualquier duda sobre el peso de su influencia y lanzar mensajes precisos. Entre otras cosas, porque en estos escándalos vaticanos todo cuenta: la estrategia política, la financiera, la de la duda, el chantaje y el engaño...

todo, salvo la fe.» En definitiva, desde los periódicos el prelado aboga para que «el IOR vuelva a estar al servicio de la Iglesia universal y olvide ciertos vínculos pasados con las finanzas laicas internacionales».[10]

En realidad, la relación continúa. Hasta el punto de que, por culpa de algunas recomendaciones, en 1983 De Bonis se ve involucrado en una rama del llamado «escándalo de los petróleos», que ya había estallado diez años antes. Los jueces le retiran el pasaporte, pero el episodio cae pronto en el olvido.

El relevo entre Marcinkus y el prelado del IOR es progresivo y en sordina, como es habitual en los palacios pontificios. De Bonis sienta las bases para su sucesión en los meses más tensos de la vida de su superior. Es el 15 de julio de 1987, un momento crucial para el escándalo de la quiebra del Ambrosiano. En breve el Supremo decidirá entre autorizar la detención del presidente del IOR, como piden los jueces de Milán que investigan sobre la bancarrota del Instituto de Roberto Calvi, u optar por otra solución al considerar que la primera es incompatible con el respeto de los Pactos de Letrán, donde se establece una suerte de «impunidad» para los altos cargos de la Santa Sede. El presidente Marcinkus corre el riesgo de acabar entre rejas. En vísperas de la sentencia, De Bonis empieza a tejer el entramado que, a lo largo de los años noventa, se convertirá en un sistema *offshore* para el blanqueo de capitales dentro de los muros vaticanos a través de cuentas cifradas.

En el archivo de Dardozzi queda constancia de la primera operación secreta. De Bonis firma una solicitud regular y el IOR abre la primera cuenta corriente del recién creado sistema *offshore,* la número 001-3-14774-C. El primer ingreso en efectivo es de 494 400 000 liras, con un tipo de interés garantizado elevado del

9 por ciento anual. Al igual que toda telaraña debe resultar invisible para quien se le acerca, de la misma manera la actividad financiera de De Bonis debe mantenerse oculta, protegida por el más absoluto secreto, para amparar a su poderosa clientela, evitar los recientes escándalos y garantizar cuantiosos beneficios. A su manera él mismo lo declara: «Hemos sufrido, pero no ha sido en balde. Ciertos errores no deben repetirse».

Para mantenerse al margen de toda sospecha, De Bonis abre el depósito a nombre de «la Fundación Cardenal Francis Spellman». Una misteriosa entidad sobre la que existe muy poca información. De todos modos, la elección del nombre no es casual. Se trata del mismísimo Spellman, el temido cardenal, ordinario militar para Estados Unidos. Después de la segunda guerra mundial, desde Estados Unidos financiaba la Democracia Cristiana con dinero que, según las tesis de algunos historiadores, podría haber sido sustraído a los judíos por los nazis. Spellman recomendó a Marcinkus al entonces papa Pablo VI. Hoy su heredero De Bonis le rinde homenaje. Sostener otras hipótesis sería demasiado arriesgado.

Si un eficiente funcionario del IOR hubiese querido curiosear en el expediente de la cuenta Spellman, habría descubierto que no había rastro de pruebas documentales relativas a la fundación, ningún acto constitutivo, ni siquiera una simple carta escrita sobre papel membreteado. La fundación simplemente no existe. Es un truco sencillo pero eficaz. Pero ningún funcionario del IOR siente este tipo de curiosidad.

Entonces, ¿por qué tanto secretismo? Estamos en vísperas de la sentencia que puede enviar a Marcinkus a la cárcel y hacer que un sistema de poder se desmorone. Por tanto, es necesario disimularlo. Y se decide abrir la cuenta a nombre de una funda-

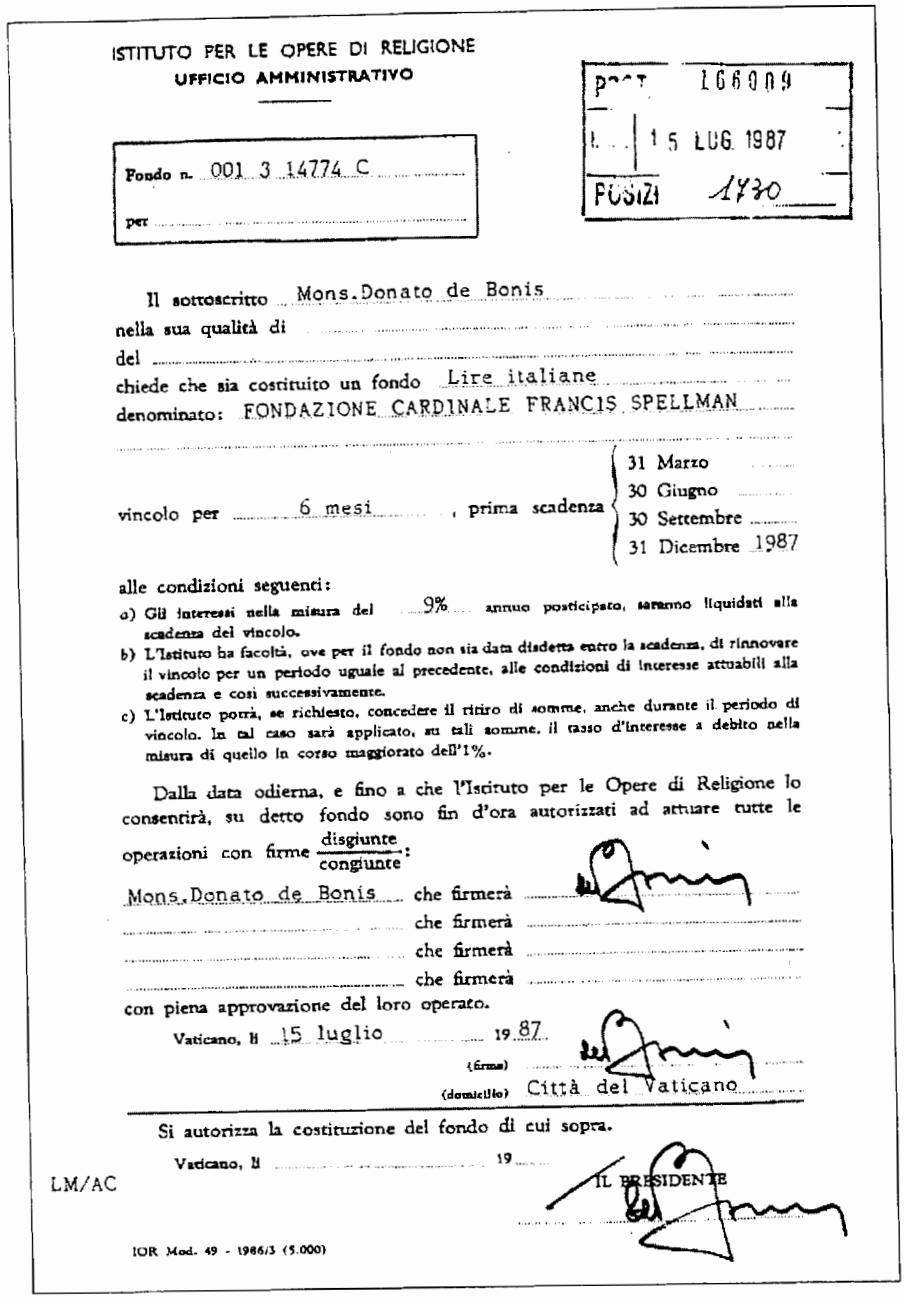
ción benéfica inexistente. Se establece que debe aparecer el nombre del cardenal Spellman, un purpurado y el enlace entre Estados Unidos, la CIA, el Vaticano e Italia. ¿Por qué? Si se da la vuelta a la típica ficha donde se recogen las firmas de las personas que tienen acceso a la cuenta, además del propio De Bonis, aparece el nombre del ya cuatro veces primer ministro Giulio Andreotti.

TODAS LAS CUENTAS DEL PRESIDENTE

A las personas (casi todos prelados y purpurados) que abren una cuenta en el IOR se les pide que entreguen sus voluntades testamentarias en un sobre cerrado. En el expediente de la cuenta Fundación Spellman, fotocopiado por monseñor Renato Dardozzi y conservado en su archivo, se encuentran las de su «gestor», De Bonis, quien con el clásico rotulador negro de punta media escribe sobre papel de rayas estas reveladoras disposiciones testamentarias:

> El saldo acumulado en la cuenta 001-3-14774-C en el momento de mi muerte se pondrá a disposición de S. E. Giulio Andreotti para obras de caridad y de asistencia, según su discreción. Doy las gracias, en nombre de Dios bendito, Donato de Bonis, Ciudad del Vaticano, 15 de julio de 1987.

¿Se trata de una cuenta secreta de Andreotti gestionada por De Bonis? ¿O de una fanfarronada utilizada para encubrir negocios poco claros? Todos los indicios apuntan a la primera hipótesis.



ISTITUTO PER LE OPERE DI RELIGIONE
UFFICIO AMMINISTRATIVO

Fondo n. 001 3 14774 C
per

PROT. 166009
15 LUG. 1987
FOGLIO 1730

Il sottoscritto Mons. Donato de Bonis
nella sua qualità di
del
chiede che sia costituito un fondo Lire italiane
denominato: FONDAZIONE CARDINALE FRANCIS SPELLMAN

vincolo per 6 mesi, prima scadenza 31 Marzo / 30 Giugno / 30 Settembre / 31 Dicembre 1987

alle condizioni seguenti:

a) Gli interessi nella misura del 9% annuo posticipato, saranno liquidati alla scadenza del vincolo.

b) L'Istituto ha facoltà, ove per il fondo non sia data disdetta entro la scadenza, di rinnovare il vincolo per un periodo uguale al precedente, alle condizioni di interesse attuabili alla scadenza e così successivamente.

c) L'Istituto potrà, se richiesto, concedere il ritiro di somme, anche durante il periodo di vincolo. In tal caso sarà applicato, su tali somme, il tasso d'interesse a debito nella misura di quello in corso maggiorato dell'1%.

Dalla data odierna, e fino a che l'Istituto per le Opere di Religione lo consentirà, su detto fondo sono fin d'ora autorizzati ad attuare tutte le operazioni con firme disgiunte/congiunte:

Mons. Donato de Bonis che firmerà
che firmerà
che firmerà
che firmerà

con piena approvazione del loro operato.

Vaticano, li 15 luglio 1987

(firma)
(domicilio) Città del Vaticano

Si autorizza la costituzione del fondo di cui sopra.

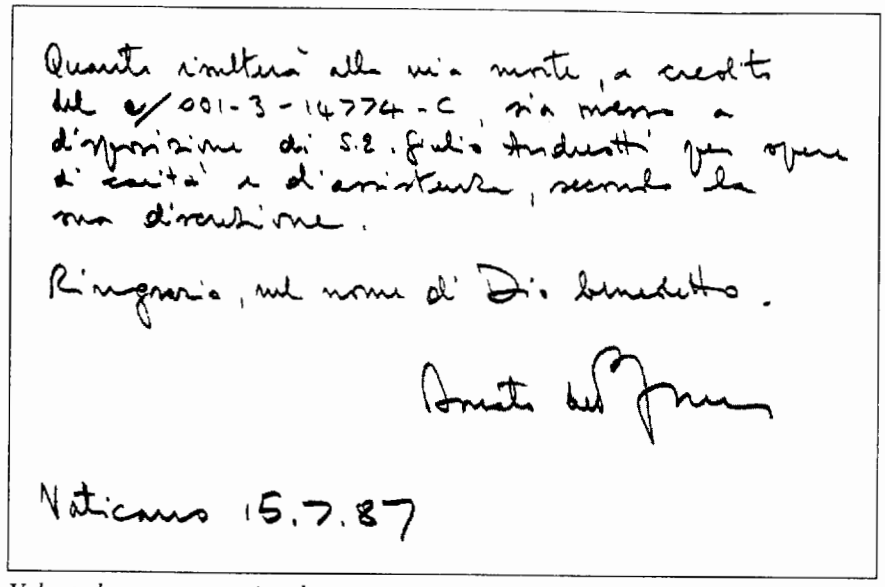
Vaticano, li 19

IL PRESIDENTE

LM/AC

IOR Mod. 49 - 1986/3 (5.000)

Ficha de la cuenta corriente Fundación Cardenal Francis Spellman, abierta en el IOR con las firmas de monseñor Donato de Bonis y «gestionada por cuenta de Andreotti».


Quanto risulterà alla mia morte, a credito del c/ 001-3-14774-C, sia messo a disposizione di S.E. Giulio Andreotti per opere di carità e di assistenza, secondo la sua discrezione.

Ringraziando nel nome di Dio benedetto.

Donato de Bonis

Vaticano 15.7.87

Voluntades testamentarias de monseñor Donato de Bonis, que establecen que en caso de muerte la cuenta se ponga a disposición de Giulio Andreotti.

Por ejemplo, la serie de cartas reservadas acerca de los negocios del prelado que en años posteriores el presidente del IOR Caloia envía periódicamente al secretario de Estado, el cardenal Angelo Sodano. Entre otras la del 21 de junio de 1994 en la que, siete años después de su apertura, Caloia da por hecho que «la cuenta de la Fundación Cardenal Spellman que el ex prelado gestionó en nombre de Omissis dispone de un saldo que ronda los 4500 millones de liras, resultante de unos títulos cuyos números son detallados en la comisión rogatoria de la fiscalía de Milán». Omissis, según se desprende de la documentación conservada en el archivo Dardozzi, es el apodo en clave que Caloia y otros directivos del IOR utilizan para referirse a Giulio Andreotti. En cambio, para De Bonis se ha escogido el alias «Roma». También se oculta la identidad de otros depositantes detrás de diversos

nombres de ciudad, como «Ancona» y «Siena», que deben utilizarse en todas las comunicaciones escritas. Hoy sigue sin conocerse la identidad de «Ancona».

QUIÉN SE QUEDA CON EL DINERO: NOMBRES Y APELLIDOS

En la cuenta Fundación Spellman, que con toda probabilidad el prelado del IOR gestionaba en nombre de Andreotti, se acumulan montañas de dinero. Millones en billetes, miles de millones en efectivo. La documentación bancaria conservada en el archivo Dardozzi reconstruye en detalle todos los movimientos. La cuenta recibe abonos en certificados del Tesoro y en efectivo. Entre 1987 y 1992, De Bonis introduce en el Vaticano más de 26 000 millones de liras en efectivo y los ingresa todos en la cuenta Fundación Spellman. Después de la revaluación monetaria, la cantidad asciende a 26,4 millones de euros actuales.[11]

Los abonos en cuenta se incrementan hasta que Tangentópolis adquiere una relevancia nacional. Desde el 14 de julio de 1987 hasta finales de 1988 se abonan 2500 millones en efectivo. En el bienio 1989-1990 la cifra se multiplica por cuatro hasta rondar los 10 000 millones, y solo en 1991 se ingresan otros 9300 millones al contado. En 1992 las operaciones se desploman y suman poco más de 4000 millones en billetes. Ya no llega liquidez al IOR. Los principales abonos en divisa italiana se interrumpen bruscamente en el mayo siguiente y en lo que queda de año solo se realizan algunos cambios de divisa poco relevantes. A estos importes hay que sumarles la enorme cantidad de títulos del Estado ingresados y retirados, por un valor total de otros 42 000

millones de liras,[12] el equivalente a 32 500 millones de euros. Pero ¿de dónde llega todo este dinero?

Hay que remontarse a muchos años antes para encontrar un primer indicio inequívoco. En marzo de 1981 estaba en activo una supuesta Fundación Spellman. Delante de los estupefactos miembros de la comisión parlamentaria que investigaba a Sindona, Pietro Macchiarella, mano derecha del financiero siciliano y responsable de la sociedad Fasco AG, había admitido la existencia de buenas relaciones entre la DC y Sindona y había hablado de una donación de 200 millones de liras hecha por Fasco a Andreotti para financiar la llamada Fundación Spellman. Una noticia que recupera unos años más tarde Massimo Teodori en una dura intervención sobre las relaciones entre Sindona y Andreotti en el Parlamento: «Sabemos que se repartió dinero a diestro y siniestro: al IRADES de Flaminio Piccoli (que acabó devolviéndolo en 1976), a la Fundación Spellman de Andreotti y a muchos más [...]».[13]

Mientras tanto los maletines repletos de dinero llevados por De Bonis se convierten en algo habitual para los empleados del IOR. Todas las semanas el monseñor entrega miles de fajos de 100 000 liras y realiza ingresos en metálico por unos importes de hasta 500 millones cada uno. Tampoco desprecia los talones (por cantidades que oscilan entre 400 y 500 millones), ni las transferencias a cuentas extranjeras, sobre todo suizas. El referente en Ginebra es la Union Bancaire Privée, en Lugano, la Banca di Credito e Commercio, S. A. junto con el Banque Indosuez,[14] mientras para las operaciones con el Banco de Lugano por comodidad se recurre a la cuenta 101-7-13907, abierta por el IOR en ese instituto helvético. También se depositan libretas bancarias con liquidaciones laborales y ahorros personales. No faltan indicios que remiten al mundo de la política. Por ejemplo, el recibo de un ingreso de 40 millones con una nota adjunta escrita sobre el papel oficial de la Cámara de los Diputados: «ingresar a Spellman». Sobre otra hoja se lee «Sen. Lavezzari» en correspondencia con el depósito de unos cheques por un importe de 590 millones de liras. Carlo Lavezzari, empresario lombardo del sector siderúrgico, era un amigo personal de Giulio Andreotti. Ex senador democristiano, su despacho de Roma se encontraba en el mismo rellano que el del histórico ex primer ministro en la plaza de San Lorenzo in Lucina. Por otra parte, para algunas transferencias se especifica una supuesta finalidad benéfica.

Si «la caridad cubre multitud de pecados», como se lee en la primera epístola de san Pedro (capítulo 4, 8), también es cierto que desde la cuenta Spellman se distribuyen periódicamente centenares de limosnas y donaciones destinadas a monjas, abadesas, frailes, abades, entidades, órdenes y misiones. La lista de los beneficiarios es infinita: monjas hospitalarias de la Misericordia, adoradoras de la Eucaristía, ursulinas de Cortina d'Ampezzo, oblatas benedictinas de Priscila, carmelitas de Arezzo. También incluye órdenes, instituciones, parroquias y monasterios: el monasterio benedictino de clausura de Cesena, el de las clarisas de Spello, en Umbría, las trapenses de Vitorchiano, a las afueras de Viterbo, hasta llegar a las monjas agustinas. Siguen las comunidades y las asociaciones: Nomadelfia de Grosseto, el club Marcia Lazio, el Centro Solidarietà del padre Mario Picchi, la Comunità di Sant'Egidio, los 100 millones destinados a la Fundación Tito y Fanny Legrenzi. Finalmente, las personas que se distinguieron por sus obras benéficas, como la abadesa general de las monjas de santa Brígida, Tekla Fami-

glietti, el padre Valerio di Carlo, que recibe 218 millones para el proyecto Asís por la Amazonia, y el historiador Abelardo Lobato. También empresarios cercanos a Comunión y Liberación y amigos de Andreotti, como Raffaello Fellah con su asociación Il Triangolo de Roma, o el Villaggio dei Ragazzi (miembro de los Legionarios de Cristo) en la provincia de Caserta, desde siempre en el centro de las preocupaciones de Andreotti y destinatario de más de 2200 millones.[15]

Sin embargo, la gestión del patrimonio con fines caritativos es anecdótica. El tesorero de la Democracia Cristiana Severino Citaristi, condenado por varios delitos relacionados con Tangentópolis, es el beneficiario de un cheque de 60 millones. Entre 1990 y 1991 de la cuenta Spellman del IOR salen 400 millones para el abogado Odoardo Ascari. En aquellos años, Ascari es responsable de la defensa del presunto golpista Edgardo Sogno y patrono civil de la familia del comisario Luigi Calabresi. Poco después Andreotti requerirá sus servicios en los procedimientos instruidos en su contra en Palermo por complicidad en asociación mafiosa.

A un supuesto Comité Spellman llegan 1563 millones a través de reintegros en metálico o de fajos de cheques de distintos importes (1, 2, 5, 10 y 20 millones). ¿Es simple beneficencia? Un millón de dólares es lo que recibe el cardenal brasileño Lucas Moreira Neves, hasta el año 2000 prefecto de la Congregación para los Obispos, mientras que se realizan otras transferencias a favor del entonces arzobispo de Nueva York cardenal John O'Connor, del cardenal croata Franjo Kuharic, del arzobispo de Zagreb e incluso del auxiliar de Skopje Prizren monseñor Nike Prela, «para los fieles de lengua albanesa».

De esta lista también forman parte el embajador Stefano Fa-

lez, quien recibe dinero para «la prensa católica eslovena» en 1992, y el vicecónsul honorario de Nueva York Armando Tancredi. El fondo también se destina a la financiación de congresos, como el que se celebra en Nueva York en abril de 1991 en torno a los estudios sobre Cicerón. Del «memorándum presidente Andreotti» adjunto a las órdenes de transferencia y de la contabilidad del IOR se infiere que de esta cuenta proceden los 100 000 dólares para el pago de las 182 habitaciones reservadas para los invitados en el Plaza y en el Sheraton, así como los 225 millones para los billetes de avión, las visitas guiadas y los traslados.

Con frecuencia sobre las órdenes de transferencia a cuentas extranjeras cuyas copias se conservan en el archivo Dardozzi aparece la indicación «P. Giulio», nombre de pila del senador vitalicio. Es el caso del millón de francos que recibe Eva Sereny en octubre de 1991 a través de la cuenta 751032-C, abierta por el IOR en la agencia del Crédit Lyonnais de Rue du 4 septembre en París. En cambio, para la transferencia de 1,3 millones de dólares que se destina a la «Casa dei bambini di Brooklyn», se indica como ordenantes a los «amigos romanos del cardenal Spellman». Por último, la insólita variante latina «Julius» aparece en una transferencia de 27 000 dólares al Dresdner Bank de Colonia destinada al alemán Alexandre Michels. Para esta operación el IOR recurre al Banco de Lugano, mientras prefiere el Chase Manhattan Bank de Nueva York para un posterior ingreso de 55 000 dólares en octubre de 1992.

A lo largo de muchos años, pese a la renovación de los altos cargos, este incesante movimiento de dinero no despierta ninguna preocupación o crítica en el Vaticano. Ni entre los nuevos directivos encargados de limpiar el Instituto, como Caloia y Giovanni Bodio, ni entre los miembros de la Comisión Cardenalicia

encargada de supervisar las actividades del banco. Ni siquiera cuando De Bonis ingresa títulos del Estado por un valor de decenas de miles de millones o los traslada a financieras luxemburguesas. De Bonis aprovecha la situación y con el apoyo de Marcinkus expande el sistema y llega a gestionar operaciones que abarcan hasta diecisiete cuentas corrientes. Su papel central le permite ocuparse personalmente y con toda tranquilidad tanto de las cuentas como de las grandes alianzas. Así, en septiembre de 1991 despacha como una mera «operación técnica» la suscripción por parte del IOR del acuerdo de accionistas del Banco Ambroveneto, con la consiguiente integración del 2,29 por ciento de la cuota en poder del Instituto en el paquete controlado por el San Paolo y el bresciano Mittell.

Pero se trata de una tranquilidad aparente. La detención del ingeniero Mario Chiesa el 17 de febrero de 1992 marca el comienzo de la operación Manos Limpias, que embiste a los políticos de la Primera República con decenas de detenciones y procedimientos abiertos por corrupción. Un vendaval judicial que obliga al Vaticano a iniciar una discreta y rápida operación de control sobre los depósitos gestionados por cuenta de terceros.

Ya en marzo de 1992 Caloia recibe un primer informe redactado por los funcionarios del IOR sobre las cuentas de De Bonis. Muchas se abrieron a nombre de fundaciones como la Cardenal Spellman, que resultan ser ficticias. Saltan las alarmas. Para acabar con el sistema clandestino, el 1 de abril de 1992 el Consejo de Superintendencia del banco adopta una resolución firme:

> Ningún individuo relacionado de alguna manera con el IOR, ya se trate de un empleado en activo o retirado, de un directivo, de un auditor, de un prelado o de un miembro del Consejo, está autorizado a gestionar cuentas y fondos cuyos recursos no sean de su propiedad.[16]

Es una barrera fabricada contra De Bonis, el primer muro de contención contra la doble contabilidad. Pero no basta. Caloia pide que se profundice en la cuestión y se decide crear una comisión secreta interna formada por tres funcionarios del Instituto. Después de tres meses de investigación, el 7 de julio de 1992 llega a la mesa del Consejo un informe clasificado. La situación es muy grave. El IOR y el Vaticano corren el riesgo de verse involucrados en un nuevo escándalo por haber gestionado el dinero de los líderes políticos, tanto las cantidades vinculadas a Andreotti, como los misteriosos certificados del Tesoro de las millonarias reservas de efectivo de De Bonis. La comisión trabajará en secreto durante años hasta marzo de 1994, cuando la situación ya se habrá esclarecido:

> La Comisión ha demostrado de una vez por todas que lo que se define «Fondo» o «Fundación» no debe identificarse con la fundación así como se describe en el Código de la Ley Canónica y conforme a los principios del derecho común. Se ha determinado que la presidencia y la dirección que gestionaban el Instituto antes de las modificaciones estatutarias y de la designación del Consejo actual han empleado reiteradamente los términos «Fondo» y «Fundación» para indicar las cuentas. De hecho, esas cuentas debían considerarse como cuentas numeradas según la práctica en vigor en algunos países extranjeros. [...] Lo ocurrido no guarda relación alguna con las fundaciones reales, creadas y dirigidas de acuerdo con los principios del derecho canónico o con cualquier otro principio estatutario.[17]

Se trata de cuentas cifradas, es decir, de los depósitos más secretos guardados en todo instituto de crédito. Son depósitos identificados por códigos alfanuméricos que pueden descifrarse solo si se tiene acceso a la llamada «oficina de cifras» del banco, donde se conservan todos los ficheros con los nombres de los clientes a los que se refiere cada código.

LOS DOCUMENTOS CLASIFICADOS

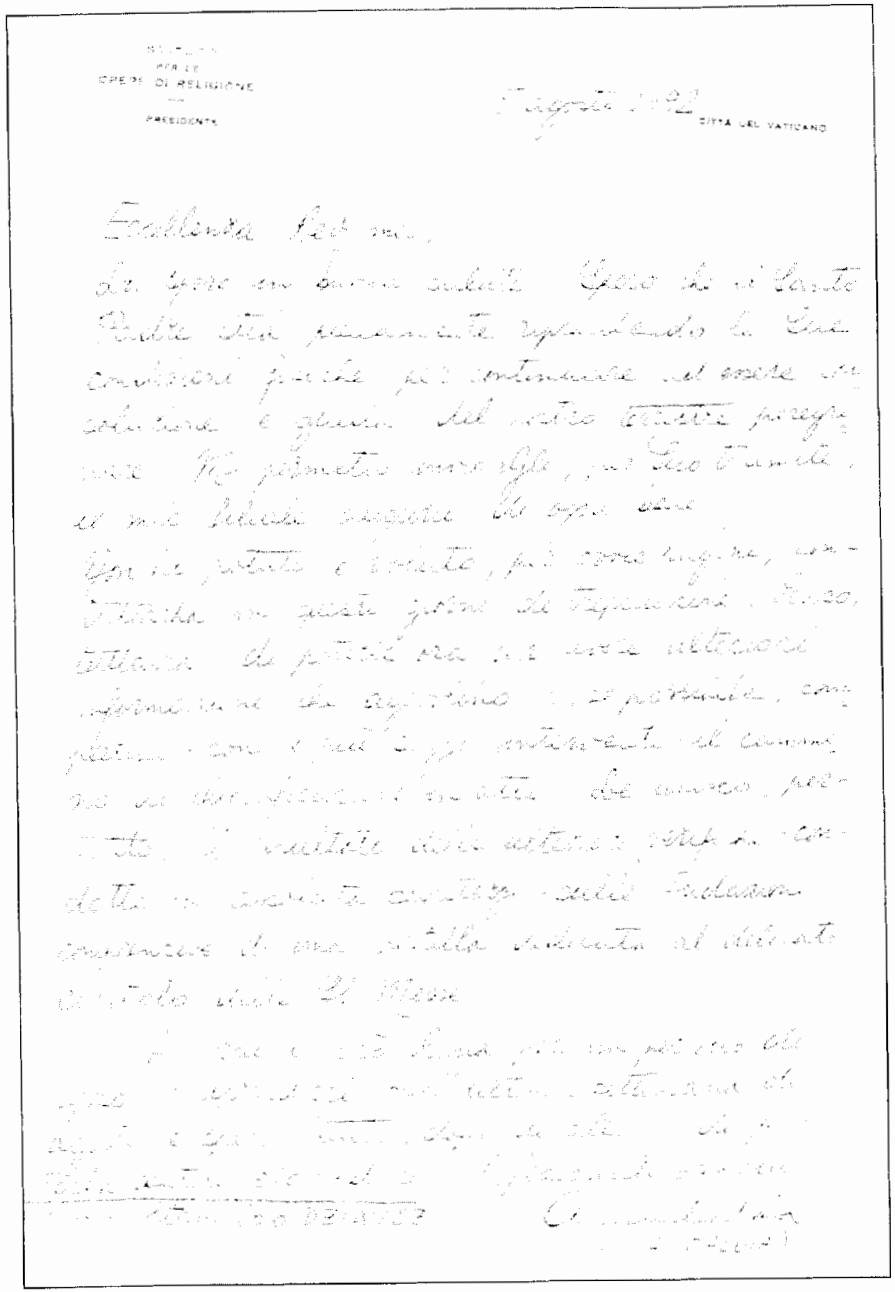
Caloia duda. No sabe si debe informar enseguida al santo padre del entramado clandestino que acaba de descubrir. Sus dudas se deben tan solo a motivos de salud. De hecho, el pontífice acaba de ser operado de una displasia. Tras la intervención y la convalecencia, ha regresado cansado al Vaticano. Pero la decisión ya no puede aplazarse. Así que el muy reservado Caloia decide lanzar su ofensiva. Toma papel y bolígrafo y el 5 de agosto de 1992 escribe al secretario particular y hombre de confianza de Juan Pablo II, Stanislao Dziwisz, arzobispo de Cracovia desde 2005. Adjunta el informe clasificado sobre las cuentas de las fundaciones y de De Bonis para que Dziwisz informe enseguida a Wojtyla de la conducta del sucesor de Marcinkus:

> Excelencia reverendísima, espero que se conserve en buena salud. Espero que el santo padre esté recuperando plenamente su condición física para seguir sirviéndonos de consuelo y de guía en nuestra peregrinación terrenal. Por su intermediación, me permito transmitirle mis mejores deseos.
>
> No he podido ni he querido, por obvios motivos, contactar con usted en estos días agitados. Sin embargo, ahora pienso que puedo

> enviarle nueva información, que agilice y, de ser posible, contribuya a completar el camino de esclarecimiento en curso con las más sabias intervenciones. Por tanto, le adjunto el resultado de los controles adicionales realizados con la máxima discreción sobre las fundaciones, así como un anexo sobre la delicada cuestión de las santas misas. Dentro de unos días dejaré Roma para tomarme un periodo de descanso. Reanudaré mi actividad la última semana de agosto. Por entonces espero de corazón poder tener noticias suyas o entrevistarme con usted.
>
> Mis sentidos respetos,
>
> ANGELO CALOIA

Caloia acompaña el escrito con un detallado y explosivo informe sobre el sistema de cuentas de De Bonis. Merece la pena reproducir íntegramente sus doce puntos con las referencias en código a tres personas. De hecho, cuando habla de «Roma» Caloia se refiere a De Bonis, «Omissis» es el alias de Giulio Andreotti y «Ancona», el de un alto prelado, cuya identidad, como ya se ha mencionado, aún se desconoce.

> Fundaciones, controles adicionales. Tras la precedente memoria sobre este tema, *Primeros resultados acerca de las fundaciones,* de marzo de 1992, se procede a detallar las principales novedades acerca de la ejecución de las pías voluntades así como se desprenden de la inspección en curso en el IOR.
>
> El 1 de abril de 1992, también a consecuencia de la carta enviada por la Comisión Cardenalicia, el Consejo de Superintendencia nombra una comisión ad hoc formada por tres jefes de oficina y por un coordinador. La comisión recibe el encargo de identificar los bienes atribuidos a fundaciones dentro del Instituto, o que se



La carta que Angelo Caloia, presidente del IOR, envía a Stanislao Dziwisz, secretario personal de Juan Pablo II, junto con el informe reservado sobre los secretos del IOR paralelo.

depositaron para ser destinados a obras religiosas y de caridad, y de redactar un listado completo donde se indiquen los plazos necesarios para reunir y analizar la documentación subyacente y la contabilidad. El Consejo hace a la comisión responsable de la aplicación de la disposición de la Comisión Cardenalicia, que prohíbe administrar dichos bienes a todas las personas que desempeñen alguna función dentro del IOR. Por consiguiente, las operaciones que ordenen estas personas deben recibir el visto bueno de dos miembros de la comisión. Las investigaciones realizadas por la comisión han llegado a algunas conclusiones en las que merece la pena detenerse.

Durante todo este periodo, las solicitudes de operaciones por parte de «Roma» han sido limitadas y se han referido principalmente a las cuentas a nombre de la «Fundación Spellman» (número de cuenta 001-3-14774-C) y de la «Santa Casa di Loreto» (número de cuenta 001-3-16899).

Aquí se hacen públicas por primera vez las cuentas cifradas del IOR a través de las que, a lo largo de toda la década de los noventa, se realizarán múltiples operaciones ilícitas maquilladas de obras de caridad. Un negocio que mueve cientos de miles de millones de liras. La descripción de las cuentas que aparece en estas páginas es la misma que Caloia envía al papa por medio de su portavoz. Todos son documentos conservados en el archivo Dardozzi.

El entramado de cuentas del IOR paralelo está constituido por distintas tipologías de depósitos. Para mayor simplicidad, podemos dividirlos en tres grupos. El primero incluye las cuentas corrientes a nombre de fundaciones ficticias vinculadas a políticos y empresarios, una clientela que debe ser protegida por barreras

y filtros que eviten cualquier control. Luego hay un segundo grupo de depósitos, todos vinculados directamente a monseñor De Bonis, que él gestiona a título personal y donde confluyen cantidades importantes también en metálico. Finalmente, existe un último grupo formado por cuentas abiertas a nombre de entidades, congregaciones y santuarios religiosos. A través de estas cuentas se manejan grandes cantidades de dinero. De Bonis figura como apoderado y actúa sin muchos miramientos.

Fundación Cardenal Francis Spellman (número de cuenta 001-3-14774-C)

La cuenta se abre a petición de «**Roma**» el 15 de julio de 1987 con su sola firma. Sin embargo, en la ficha de firmas también aparece el nombre de «**Omissis**», aunque en realidad su firma nunca fue registrada. De todas formas, el nombre fue tachado a conciencia de la ficha para que resultara ilegible.

Sus características son las de una cuenta personal: no se incluyen normas que regulen el funcionamiento de la «fundación». En cambio, sí figuran las últimas voluntades de «Roma», que disponen que la cuantía resultante a la hora de su muerte sea transferida a favor de «S. E. Omissis para obras de caridad y de asistencia, según su discreción». No se incluyen disposiciones a favor del Instituto. La cuenta, si se consideran sus supuestas finalidades, muestra un nivel de actividad muy elevado, aunque a partir del 1 de abril de 1992, fecha en la que se incrementan los controles, los movimientos de entrada y salida disminuyen con respecto al pasado. Entre enero de 1991 y el 9 de mayo de 1992, la columna mayor suma un movimiento total de 28 814 millones de liras mediante 91 operaciones, lo que significa una media de una operación cada cuatro

días, incluido el cómputo de los intereses. En el mismo periodo se realizaron 136 reintegros (es decir, uno cada tres días).

La cuenta se nutre de depósitos en efectivo o de beneficios obtenidos a través de la venta de títulos. Los reintegros se efectuaron mediante la retirada de efectivo, algunas transferencias, la emisión de nuestros talones y la adquisición de nuestros títulos. El movimiento de títulos tiene una característica singular. En ese periodo, nuestras adquisiciones alcanzan un monto de 10 791 millones de liras; nuestras ventas, de 11 931 millones. No consta que los títulos se depositaran en el IOR. En conclusión, siguen existiendo fuertes dudas acerca de la naturaleza de esta cuenta, que, por la frecuencia y la entidad de su actividad y de su saldo, parece ir más allá de la mera financiación de obras caritativas y benéficas, aunque esta finalidad aparece reflejada en algunas operaciones de adeudos. El saldo, a 7 de julio de 1992, ronda los 12 100 millones de liras.

Louis Augustus Jonas Foundation (número de cuenta 001-3-16764-G)

La cuenta se abre el 10 de octubre de 1990 a petición de **Luigi Bisignani**, que consta como único titular. Siempre se supuso que la persona autorizada a disponer de la cuenta era el presidente de Alitalia. En realidad, se trataba de su hermano Luigi, que forma parte del entorno de «**Omissis**». A finales de 1991 se cobran títulos por un valor de 6000 millones de liras. En el mes de diciembre del mismo año se realiza una transferencia a un banco luxemburgués ordenada por «**P. Star**» a favor de la «Sociedad Teal» por un valor de 3700 millones.[18] Esta transferencia lleva la firma de «**Roma**», pese a que no conste como apoderado. Siguen varios reintegros de efectivo. Destaca el del 18 de marzo, por una cantidad de 3000 millones de liras.

Fondo San Serafino (número de cuenta 001-3-17178)
La cuenta se abre el 8 de mayo de 1991 a petición de **Carlo Sama**, que se identifica como el presidente de la Fundación San Serafino. En marzo de 1992 tiene un saldo de 1948 millones de liras. Las firmas registradas pertenecen a los miembros de una rama de la familia **Ferruzzi** (**Alessandra Ferruzzi**, su marido Carlo Sama y **Sergio Cusani**). El nombre de la cuenta remite directamente al fallecido fundador del grupo Ferruzzi (**Serafino**, padre de Alessandra). La cuenta tiene una vida tan breve como intensa: en dos meses en la columna del haber se acumulan 46 600 millones de liras. En mayo y junio de 1991 se abonan los beneficios generados a través de títulos del Estado italianos por un valor de 9876 millones y 34 770 millones de liras. Los títulos son presentados por «**Roma**», aunque no figure como apoderado. Gran parte del dinero es enviado mediante diversas operaciones a varios bancos helvéticos: 9850 millones de liras el 17 de mayo de 1991, 9870 millones el 5 de julio de 1991, 21 150 millones el 8 de julio de 1991. Los ordenantes indicados en los formularios firmados por «Roma» son «**P. Star**» y «**St. Louis**». El beneficiario es «**Pius K. Steiner**». Con la misma firma no registrada se autoriza también un reintegro en metálico de 38 550 000 liras a 12 de octubre de 1991. Hay elementos en común con las operaciones realizadas en la cuenta «Louis Augustus Jonas Foundation» (véase el punto anterior, donde ya aparecían los nombres de «P. Star» y «Louis»).[19]

Fondo mamma Roma por la lucha contra la leucemia (número de cuenta 001-3-15924; saldo de cerca de 660 millones)
En algunos documentos la cuenta se denomina «Asociación Lucha contra la Leucemia». La cuenta se abre el 10 de octubre de 1989 con un primer ingreso en efectivo de 200 millones de liras autorizado por «**Roma**», que resulta ser su único titular. Los principales abonos proceden de las cuentas **Tumedei Alina Casalis** y del «Fondo San Martino». El 13 de diciembre de 1991 se retira un importe de 412,8 millones de liras, que, en su equivalente en dólares estadounidenses, 334 000, se ingresa en la cuenta 051-3-10054 a nombre del «Roma Charity Fund». En todo caso, aunque este depósito parece tener una finalidad específica, no existe ninguna prueba de que las cantidades retiradas se destinaran a este fin.

Roma Charity Fund (número de cuenta 051-3-10054)
El hecho de que se trate de un fondo personal queda patente en su propio nombre. Una importante fuente de entradas la representa el abono de 344 000 dólares estadounidenses (equivalente a 412,8 millones de liras) procedente del «Fondo mamma Roma» por la lucha contra la leucemia. Constan ingresos dispuestos por personas que ya aparecieron vinculadas a fondos anteriores, como el de la Louis Augustus Jonas Foundation por un valor de 100 millones de liras. También hay indicios de que se realizaron donaciones religiosas o caritativas, presumiblemente a título personal. Valga como ejemplo el pago de alrededor de 172 millones de liras a las monjas de Santa Brígida y el de 200 millones de liras a favor de la Obra del padre Picchi.

Fondo Madonna di Lourdes (número de cuenta 051-3-02370)
El saldo a 7 de julio de 1992 es de cerca de 1,2 millones de dólares estadounidenses. Fue abierto en mayo de 1987 por **S. E. Vetrano**, fallecido en noviembre de 1990. Las disposiciones testamentarias indican como heredera a su esposa, **Anna Bedogni**, y, tras la muerte de esta, a «**Roma**» o a quien él designe. La fórmula empleada por S. E. Vetrano no permite establecer si «Roma» fue designado

como último heredero a título personal o en virtud de su cargo dentro del Instituto. «Roma» parece interpretar la futura herencia a título personal y no se preocupa por solicitar el testamento de la señora Bedogni, viuda de Vetrano.

Tumedei Alina Casalis (números de cuenta 051-1-03972, 051-6-04425 y 051-3-05620, números de cuenta de depósito de valores 30908 y 31135)

Se crea a partir del legado de los **cónyuges Tumedei** (primero de la mujer, **Alina Casalis,** fallecida en 1969, más tarde del abogado **Cesare Tumedei**). Los bienes por un valor de entre 3000 y 4000 millones de liras se destinan en un 60 por ciento a obras benéficas en ámbito sanitario y en un 40 por ciento al IOR también para obras benéficas, según dispuesto por el difunto abogado. El 40 por ciento destinado al IOR es gestionado de forma arbitraria por «**Roma**» a través de varias cuentas, de las que adjunto una copia de las fichas de firmas. No hubiese sido necesario que la firma de «Roma» apareciera en las fichas, al tratarse de fondos de propiedad del Instituto (y no de algunos de sus miembros).

Resulta imposible justificar las siguientes transferencias:

— 200 millones de liras a 10 de octubre de 1989 a favor del «Fondo mamma Roma».

— 400 millones de liras a 23 de julio de 1990 a favor del «Fondo mamma Roma».

— 556 millones de liras a 14 de marzo de 1991 a favor del «Fondo San Martino» (número de cuenta 001-3-14577); este último depósito era gestionado por «Roma» según un criterio tan personal que, tras su extinción, el importe del saldo se ingresa en el «Fondo mamma Roma».

Santa Casa di Loreto (número de cuenta 001-3-16899; saldo de cerca de 2800 millones de liras)

Santuario di Loreto e Sacro Monte di Varese (número de cuenta 051-3-10840; saldo de cerca de 2,8 millones de dólares)

De alguna manera, las dos cuentas están relacionadas. La primera, en la que han confluido las donaciones ordenadas por la Fundación Pablo VI, fue abierta el 21 de diciembre de 1990 a petición de «**Roma**», que aparece como uno de los titulares, el otro es «**Ancona**». La segunda fue abierta el 25 de octubre de 1991 (¡protocolo del 12 de noviembre de 1991!) a petición de «Ancona», que aparece como único titular. Posteriormente, el 14 de noviembre de 1991, «Ancona» delega la firma en «Roma». Esta segunda cuenta se crea y se nutre mediante una transferencia de 2 834 510 dólares estadounidenses —con la firma del apoderado «Roma»— desde la cuenta número 051-3-05213 identificada como «Fondo Santa Teresa», que queda extinguida. Después del 1 de abril es «Ancona» quien ordena los movimientos a través de «Roma». En particular, «Ancona» pide de modo informal que los dólares (alrededor de 2,5 millones) se trasladen fuera del IOR. Frente a las resistencias encontradas, supuestamente «Ancona» accede a cambiar los dólares en liras para obtener un beneficio más elevado. La operación de cambio se suspende.

En el caso de las cuentas a nombre del difunto cardenal **Di Jorio**, «Roma» sigue actuando como lo haría un «heredero». Se trata de pequeñas operaciones, que sin embargo se realizan con la actitud de quien se considera propietario de los fondos (y no albacea, como debería haber sido).

Pese a que la cantidad de órdenes firmadas por «Roma» vaya disminuyendo, en muchas de las cuentas a las que se le vincula se registran movimientos dispuestos por los propios titulares-funda-

dores. Por tanto, se trata de órdenes formalmente correctas, aunque surge la duda de que «Roma» hubiese obtenido cierta cantidad de solicitudes firmadas en blanco por estas personas para poder utilizarlas sin someterse a los controles de la comisión. Para completar la documentación ya remitida, se adjunta una lista de las cuentas con las que «Roma» opera o bien como apoderado o bien por costumbre reiterada. También se detallan el saldo de estas cuentas a fecha de 9 de mayo de 1992 y su titularidad (como figura en la documentación de apertura). [...]

Fondo San Martino (número de cuenta 001-3-14577)
La cuenta se abre el 7 de marzo de 1987 a petición de «**Roma**», que la utiliza para ingresar cantidades de variada procedencia. Por ejemplo, el ingreso de 100 millones de liras de parte del comendador **Lorenzo Leone** a fecha de 24 de abril de 1991 (NOTA: el comendador Leone es el mismo acaudalado personaje de Bisceglie que aparece vinculado a varias cuentas con saldos relevantes —entre 50 000 y 60 000 millones— a nombre de las monjas de Bisceglie, y que además tiene cuentas personales por un importe que ronda los 16 000 millones de liras). Así como el abono en esta misma cuenta de 150 millones de liras en fecha de 30 de abril de 1991, que se refleja en la cuenta número 001-9-40001 «Fondo a disposición de S. E. mons. prelado». Aquí volvemos a encontrarnos los 556 millones de liras procedentes de la cuenta **Tumedei Alina Casalis**. La cuenta número 001-3-14577 es extinguida el 12 de julio de 1991 con un giro a favor de la cuenta número 001-3-15924 «Fondo mamma Roma».

Suore Ancelle della divina Provvidenza-Bisceglie
Varias cuentas por un monto total que ronda los 55 400 millones

de liras. La firma de «**Roma**» se añadió a las fichas de firmas en un momento posterior a la apertura de las cuentas y sin incluir una copia del poder notarial. En ocasiones las monjas se comunican con el IOR a través del comendador Lorenzo Leone, también de Bisceglie y titular de cuentas que suman importes significativos.

Comendador Lorenzo Leone-Bisceglie
Cuentas abiertas a nombre de distintos titulares por un monto total que ronda los 16 000 millones de liras. Se trata de cuentas destinadas a uso personal, como demuestran las disposiciones testamentarias que asignan los bienes a la hija y a los nietos del comendador. Como ya se comentó en relación con el «Fondo San Martino», en al menos una ocasión el comendador **Leone** realiza operaciones que benefician a «Roma» (por un importe de 100 millones de liras).

Una situación que parece estar fuera de control, entre irregularidades y apropiaciones por parte de De Bonis. Una situación expuesta a los graves riesgos representados por las investigaciones de los jueces italianos. Pero es el último capítulo del informe el que sorprende más al secretario de Wojtyla, quien vuelve a leerlo varias veces.

Anexo relativo a la cuenta para las santas misas
Las rentas procedentes de los legados permiten celebrar cierto número de santas misas cada año. Para ser exactos, el total de las misas que pueden celebrarse gracias a los distintos legados es de 8700. Una disposición de enero de 1990 (firmada por **Marcinkus, De Strobel** y **De Bonis**) establece que deben abonarse 10 000 liras para cada misa hasta sumar 8000, y 15 000 liras para las misas de

la 8000 en adelante. Por consiguiente, el IOR debe recurrir a sus fondos para integrar el saldo de la cuenta número 001-9-200000 (correspondiente a las santas misas) y cubrir la diferencia entre el valor de las rentas procedentes de los legados y la cuantía destinada a los celebrantes. Entre 1989 y 1990, esta aportación rondó los 90 millones de liras anuales y permitió celebrar cerca de 10 000 misas al año.

Al examinar la actividad de la cuenta número 001-9-200000 dedicada a los gastos de las santas misas, se detecta que la misma, cuyo saldo suele ser deudor (y que por tanto necesita la aportación descrita anteriormente), hasta 1991 tiene un saldo acreedor de 166 028 299 liras (procedentes de imprevistos y cuantiosos legados destinados a celebrar ulteriores misas).

Con la autorización (arbitraria) de la antigua directiva y sin el visto bueno (imprescindible, en conformidad con el derecho canónico y con las finalidades del IOR) del ordinario (el único que puede autorizar dichas operaciones), su saldo, que sumaba un importe superior a 194 469 206 liras, se abonó a la cuenta número 001-3-01383 «IOR Beneficenza» sin disponer de las firmas necesarias.

De hecho, «**Roma**» ha recurrido reiteradamente a esta cuenta a lo largo del último año mediante reintegros que sin duda no se destinaron a financiar la celebración de las misas. Cuarenta y cinco operaciones de reintegro dejaron prácticamente en cero el saldo de la cuenta. El Consejo de Superintendencia nunca estuvo al corriente de la existencia de esta cuenta (de la que se ha ordenado la extinción inmediata), y esto pese a que el mismo Consejo pusiera a disposición de «Roma» un importe de 150 millones de liras (que él ingresó en el «Fondo San Martino» citado antes), para obras benéficas vinculadas a su cargo.

Por último, informamos de que la cuenta en cuestión (número 001-9-200000) seguía siendo utilizada por «Roma» (incluso después de que se aprobara la normativa del 1 de abril de 1992) para asignar ciertas cantidades de misas (entre cien y doscientas por persona) a un grupo de sacerdotes, sin los necesarios controles de conformidad contable por parte de dos o tres miembros de la comisión y sin documentar el cobro efectivo de los pagos. Vista la relevancia de la cuestión y su especial delicadeza, se está estudiando una racionalización tanto de los procedimientos de asignación de las misas como del control de la ejecución de las pías voluntades.

El sistema *offshore* creado por De Bonis se alimenta también de los donativos de los fieles para la celebración de las misas en sufragio de los difuntos. Es el último golpe de efecto de Marcinkus y una demostración del traspaso de poderes al nuevo prelado. El IOR corre el riesgo de hundirse en otro escándalo internacional.

EL IOR PARALELO

SECTORES OCULTOS

La carta para el papa entregada al padre Stanislao Dziwisz se queda sin respuesta. Es un momento delicado. Cuando Caloia pone en marcha la comisión secreta sobre las fundaciones ficticias del IOR y se empiezan a conocer los primeros datos alarmantes y la implicación de la cuenta Fundación Spellman, estamos en marzo de 1992. Andreotti es presidente del Consejo de Ministros y se encuentra en plena campaña para las elecciones del abril siguiente. Manos Limpias está en sus comienzos. No solo esto. El 25 de abril de 1992 el entonces presidente de la República Francesco Cossiga anuncia su dimisión dos meses antes de finalizar el mandato y abre las puertas del palacio del Quirinal a la candidatura de Andreotti, sostenida incluso por el fundador de la Liga Norte Umberto Bossi. Solo después del asesinato del juez Giovanni Falcone en Capaci, el 23 de mayo de 1992, será elegido presidente Oscar Luigi Scalfaro.

Para ganar la guerra sin cuartel que libra contra el prelado De Bonis, Caloia actúa casi en solitario y necesita más que nunca recopilar información sobre las actividades ocultas del monseñor.

Luego se la transmitirá tanto al secretario de Estado Angelo Sodano como a Dziwisz, para que, con discreción, el santo padre sepa y actúe.

En la primavera de 1992, día tras día, mes tras mes, el sistema *offshore* construido en el tiempo por De Bonis sale a la luz en toda su gravedad gracias a las investigaciones de la comisión secreta del IOR y de monseñor Dardozzi. Aunque persisten algunas incógnitas, auténticas bombas que amenazan con explotar y hacer vanos todos los esfuerzos acometidos hasta el momento. Nadie conoce todavía el alcance del sistema de cuentas gestionado por el monseñor banquero. Pasarán años antes de que se puedan reconstruir en detalle todas las operaciones y se desvelen sus protagonistas, sus cómplices y sus beneficiarios. Aún más graves son las protecciones que se derivan de este sistema, en las que se ven envueltos eminentes purpurados del Vaticano y que podrían provocar chantajes y venganzas. Unos agujeros negros que convierten la partida en curso en un choque desigual entre camarillas vaticanas. De hecho, el prelado del IOR depende del presidente del Consejo de Superintendencia, en teoría un subordinado del propio Caloia, pero en la Iglesia romana los sacerdotes disponen y los laicos ejecutan.[1]

En los mismos meses de mediados de 1992, mientras empieza la guerra encubierta para poner contra las cuerdas a De Bonis, el sistema *offshore* sigue creciendo y disfruta de una especie de «clandestinidad financiera» que lo preserva de toda amenaza. Formalmente el prelado es el nexo de unión entre laicos y cardenales, en realidad dirige el que se va pareciendo cada vez más a un «banco dentro del banco». Una «lavandería» en el centro de Roma que funciona bajo un régimen extraterritorial, invulnerable a las tormentas judiciales de la operación Manos Limpias que

en esos meses azotan a una Italia emotiva y frágil. Un «banco dentro del banco» inmune a todas las barreras antiblanqueo introducidas por las cada vez más severas normas internacionales. De Bonis ha creado un auténtico «paraíso fiscal». Cuenta con fondos enormes y gestiona las herencias con fines particulares: a veces, los legados benéficos de acaudalados feligreses son desviados hacia cuentas personales.

COMISIONES ILEGALES EN LUGAR DE BENEFICENCIA

El sistema funcionaba así: tomemos el ejemplo de la cuenta «mamma Roma», que en 1989 recibe 200 millones de liras procedentes del depósito del célebre abogado y docente de derecho romano Cesare Tumedei y de su mujer. Los cónyuges donan sus bienes al IOR para financiar obras de caridad. Pero alguien dentro del Instituto, sin ninguna autorización, desvía esos fondos hacia cuentas controladas directamente por el prelado del banco. ¿De quién se trata? De Pellegrino de Strobel, jefe de contabilidad en la época de oro de Marcinkus y uno de sus hombres de confianza. Los jueces de Milán también pidieron su detención durante la investigación sobre la quiebra del Ambrosiano, pero el Supremo la bloqueó. Ahora el contable deja el relevo al fiel monseñor y lo ayuda en sus primeras operaciones. Así concluye la fase de transición posterior a la gestión de Marcinkus. Su antiguo secretario toma el mando, reanuda los contactos, gestiona el patrimonio.

Hay diecisiete cuentas principales con las que De Bonis «opera o bien como apoderado», se lee en el informe enviado por Caloia a Wojtyla en agosto de 1992, «o bien por costumbre reiterada». Entre 1989 y 1993 a través de estos depósitos se realizan

operaciones por más de 310 000 millones de liras, alrededor de 275,2 millones de euros. Solo los movimientos en efectivo superan los 110 000 millones de liras, según un cálculo prudencial.[2] Pero lo que más preocupa a la comisión secreta son los intensísimos movimientos de títulos del Estado. En apenas dos años por estas cuentas reservadas pasan entre 135 000 y 200 000 millones de liras en certificados del Tesoro. Y solo se trata de cálculos aproximados. A día de hoy aún se desconocen las cantidades exactas manejadas por este sistema paralelo en los años en que las finanzas «despreocupadas» dominaban el Estado pontificio.

En el archivo aparecen dos documentos con estimaciones de los importes gestionados. En el primero, redactado por el propio Dardozzi y fechado el 12 de noviembre de 1993, se incluyen títulos del Estado por 200 000 millones de liras «enviados a varios bancos desde 1991 hasta hoy». En el segundo, sin fecha, para el trienio 1990-1993 se indican movimientos de títulos por un valor de 135 000 millones de liras, referentes tan solo a cinco de las diecisiete cuentas gestionadas por De Bonis (San Serafino, Louis Augustus Jonas Foundation, Fondo Domenico Bonifaci, Cardenal Spellman y Fondo Cardenal Di Jorio). Aunque más que de proyecciones realistas se trata de cálculos dictados por el optimismo y por el miedo a volver a enfrentarse a los fantasmas del pasado.

En el otoño de 1992 se descubrirá que los primeros cómputos son muy imprecisos. De hecho, el prelado es muy hábil cuando se trata de disimular sus actividades secretas. Y, sobre todo, mucho más eficaz, osado y precavido protegiendo sus negocios de lo que imaginan en los palacios pontificios. Nadie lo había previsto, pese a que aparentemente la historia de ese monseñor llegado de la campiña lucana se ha consumado a la vista de todos.

El banquero de hábito largo ha asimilado tanto las enseñanzas de Marcinkus como las de su antecesor, el cardenal Alberto di Jorio, que había ejercido de secretario del banco del Vaticano durante veinte años en la época de las primeras operaciones de ingeniería financiera. De Bonis ha crecido y ha dejado atrás las experiencias de sus años juveniles, cuando había sido alumno, profesor y, finalmente, vicerrector del pontificio seminario de Potenza, director de centros juveniles, asistente diocesano e incluso guía espiritual de asociaciones culturales. Ahora ya es más astuto. Consciente de que iba a ganarse enemigos entre los muros vaticanos, ha creado una doble cobertura para el sistema de cuentas. Ha fabricado un escudo, una cortina casi infranqueable que le servirá para posponer su inevitable salida de escena.

Pocos sospechan de él, muy pocos en los palacios pontificios conocen su actividad. Dentro del sistema de cuentas corrientes del IOR el prelado ha creado un sector oculto, al margen de los balances oficiales y de la actividad ordinaria. El prelado utiliza cuentas extracontables para gestionar los certificados del Tesoro más comprometedores y eludir todo control. Según un informe reservado de finales de 1993, a lo largo de casi tres años se dispone el cobro en negro de títulos por un valor superior a los 16 600 millones de liras. «Se sospecha que se realizaron transferencias de títulos o cupones a bancos externos a nombre del IOR —se ve obligado a escribir Dardozzi—, que fueron omitidas o indicadas de forma incompleta en los registros contables del Instituto.» Se va destapando la existencia de un «IOR paralelo» con doble contabilidad, donde el prelado reinterpreta los objetivos del Instituto para su propia ventaja con tal de garantizar a sus ilustres clientes la necesaria confidencialidad.

El estatuto del banco contempla la beneficencia y el culto y

prevé que parte del dinero que el IOR recibe y gestiona se destine a obras de religión. Quien dirige el sistema tergiversa estos objetivos y los convierte en una oportunidad única para disimular sus operaciones entre las tradicionales y meritorias, que alimentan las limosnas y la caridad en el mundo. De hecho, no solo los depósitos se atribuyen a fundaciones inexistentes, sino que a menudo sus nombres son elegidos con hipocresía y cinismo. Baste con pensar en la cuenta 001-3-15924-C, que el prelado del IOR bautiza «Fundación mamma De Bonis, lucha contra la leucemia», o la «Louis Augustus Jonas Foundation», que un buen amigo del prelado y de Andreotti, el *cabildero* Luigi Bisignani, abre indicando como finalidad la «ayuda a los niños pobres». En realidad, más que óbolos, esos depósitos reciben sobre todo cuantiosas comisiones ilegales.

Además de los primeros diecisiete, la investigación interna revela la existencia de otros depósitos pertenecientes al entramado secreto del IOR, que Dardozzi detalla en sus informes. Nuevos clientes que amplían esa red de cuentas, por lo general abiertas a nombre de fundaciones, tras las que se ocultan particulares fuera de toda sospecha, amigos de amigos. El documento enumera las más significativas, con el saldo en liras italianas o dólares. Entre paréntesis se indican los titulares sin su nombre de pila para impedir su identificación inmediata:

— Fondo Carità S. Dino	1 658 979 000	(E. Viola)
— Fondo S. Giuliano	11 045 437 000	(Geronzi)
— Madonna di Lourdes	1 172 500 $	(Vetrano)
— Fond. Cesare Peruzzi	700 000 000	(Buratti)
— De Guida Canori	3 620 000 000	(De Guida)
— Fondo S. Luigi	1 090 700 $	(Manguso)

intestazione	c/	valori al 9.5.92	rif.
Louis August Jonas F.	001316764	L. 4.426.053.000,=	L.Bisignani
Fondo Carità S.Dino	001317007	L. 1.658.979.000,=	E. Viola
Fondo S. Giuliano	001316145	L. 11.045.437.000,=	Geronzi
Madonna di Lourdes	051302570	$usa 1.172.500,=	Vetrano
Fondo S. Serafino	001317178	L. 1.948.070.000,=	Cusani
Spellman Card.Francis	001314774	L. 12.071.534.000,=	Andreotti
S. Casa di Loreto	001316899	L. 2.555.469.000,=	S.F.Macchi
" "	051316040	$usa 2.760.000,=	"
De Guida Canori	001315634	L. 3.620.000.000,=	De Guida
Fondo S. Luigi	051302803	$usa 1.090.700,=	Manguso
"	001112777	L. 839.100.000,=	"
Fond.Lotta Leucemia	001315934	L. 245.500.000,=	
Fond.Cesare Peruzzi	001315247	L. 700.000.000,=	Buratti
Fond. S. Caterina	001314337	L. 276.369.000,=	
---	---	---	
Comm.Lorenzo Leone	c/vari	L. 14.000.000.000,=	
Emanuele Caruso	"	L. 1.500.000.000,=	
Mario Melis	"	L. 9.500.000.000,=	

El documento enviado al secretario personal de Juan Pablo II detalla todos los saldos de las cuentas corrientes del IOR paralelo.

EL SECRETARIO DEL PAPA Y LOS LOCOS DE BISCEGLIE

Para debilitar este sistema de poder primero hay que intentar aislar a De Bonis mediante la llamada «técnica de la alcachofa»: se trata de identificar los puntos débiles de los aliados del prelado

para inducirles a hacerle el vacío. Hay que empezar por las propias cuentas. La clientela especial cultivada por el monseñor es de lo más selecta, formada por muchos de los antiguos amigos de Marcinkus.

Un nombre destaca entre los demás. Se trata de monseñor Pasquale Macchi, el que fue el influyente secretario de Giovanni Battista Montini tanto en la archidiócesis de Milán como cuando el cardenal se convirtió en el papa Pablo VI en 1963. Como casi todos los secretarios personales de los pontífices, Macchi es un asesor muy escuchado. Se relaciona con los palacios del poder y traba amistad con primeros ministros y líderes políticos, quienes le reconocen una refinada inteligencia. Pablo VI saca partido a sus intuiciones, apoya algunas de sus maniobras y de acuerdo con él permite el ascenso fulminante de Marcinkus. Primero le hace responsable de la seguridad de sus viajes y luego de su banco, el IOR. En 1977 Macchi logra incluso alejar al cardenal Giovanni Benelli de la Secretaría a través de un complot reconstruido por Yallop, cuyo resultado fue «el cese de Benelli de su cargo de secretario de Estado».[3] Según algunos periodistas de investigación extranjeros[4] Pablo VI también encargó a Macchi la reorganización de los servicios de seguridad del Vaticano, pero se trata de una hipótesis aún por confirmar. «Monseñor Macchi —escribirá años después su amigo Andreotti— venía varias veces a Roma a lo largo del año y se alojaba junto a dos amigos sacerdotes que le precedieron: el padre Carlo Cremona y monseñor Donato de Bonis. Ahora se reúnen allá arriba.»[5]

En 1988, Juan Pablo II nombra a Macchi arzobispo de Loreto. De Bonis siente un profundo agradecimiento hacia él: el antiguo secretario de Pablo VI había intervenido a su favor ayudándole a tomar el relevo a Marcinkus en el IOR. A cambio el

prelado gestiona dos cuentas propiedad de Macchi, abiertas oficialmente a nombre de la Santa Casa de Loreto, una de las más importantes metas de peregrinaje del mundo católico. La primera tiene un saldo de 2655 millones de liras; la otra, de 2,7 millones de dólares. La gestión poco transparente de la cuenta y las peticiones (denegadas) de trasladar cantidades a otros depósitos personales externos al IOR dan a Caloia la oportunidad que esperaba para emprender su misión. Se reúne con Macchi para informarle de su intención de apartar a De Bonis. Por supuesto, sin involucrar a ninguna autoridad judicial, ni vaticana ni menos aún italiana. La diplomacia empieza a trabajar, aunque el encuentro no deja satisfecho ni a Caloia ni a Macchi. Pero ahora en el horizonte se adensan otras nubes.

En esos mismos días desde Basilicata, la tierra del prelado del IOR, llegan nuevos motivos de preocupación. Todo empieza en el centro psiquiátrico Don Uva de Bisceglie, propiedad formal de la congregación Ancelle della Divina Provvidenza. Es el psiquiátrico más grande de Europa, da asistencia a alrededor de ochocientos pacientes y cuenta con cuatro sedes repartidas por las regiones de Apulia y Basilicata. Por un lado, es reconocido por aplicar los métodos de la psiquiatría más moderna; por otro, a menudo se convierte en objetivo de los jueces por supuestos casos de malos tratos a los enfermos mentales, muertes sospechosas, estafas, clientes y adjudicaciones controvertidos. Esta vez es la fiscal de Potenza Cinzia Mondatore quien cierra una investigación por fraude y abuso de poder. Al parecer, se han incumplido los convenios con las entidades financiadoras. La fiscal dicta un auto de procesamiento contra los altos cargos de la región y los administradores del centro: monseñor Eligio Lelli y el comendador Lorenzo Leone, máximo responsable del hospital. Más que

el del monseñor, es el nombre del comendador el que alarma a los prelados en las altas esferas del IOR. De hecho, Leone es un acaudalado cliente del banco del Vaticano y cuenta con numerosos depósitos personales por un valor de 16 000 millones de liras (24,3 millones de euros). Pero, sobre todo, es un protegido de De Bonis, con quien mantiene una sólida amistad. El monseñor lo visita a menudo en Apulia, donde también celebró la boda de su nieto.

Y no solo eso. Es Leone quien gestiona junto al prelado del IOR la cuenta de las monjas que regentan el centro Don Uva, las mismas Ancelle della Divina Provvidenza. Su congregación fue fundada por el padre Pasquale Uva en Bisceglie en 1922 y desde entonces las pías hermanas se dedican a la asistencia a los necesitados y a los enfermos mentales. Se podría pensar que son monjas que viven en la pobreza, pero sería un error garrafal. De hecho, su cuenta presenta un saldo de 55 400 millones de liras, 43,5 millones de euros. Es difícil remontarse al origen de todo ese dinero. Puede que proceda de donativos o herencias. Sin duda, se trata de una cantidad enorme si se tiene en cuenta que el balance de la archidiócesis de una gran ciudad oscila entre 10 y 12 millones de euros. De Bonis gestiona esta cuenta con gran desenvoltura, es decir, sin que se le otorgara ningún poder para ello. El archivo Dardozzi revela que su nombre se incluyó en la ficha de firmas sin adjuntar ninguna documentación legal.

¿De dónde llega tanto dinero? Lo cierto es que hoy la congregación recibe del Estado más de 100 euros al día por cada paciente. En total, alrededor de 30 millones de euros al año. Se podría suponer que se trata de un centro modélico, pero en realidad los pacientes viven en condiciones infrahumanas, como cuenta Gianni Lannes: «Se resbala sobre el suelo cubierto de orina: este

es el olor predominante. Las heces se limpian tirando cubos de agua y la inmundicia se incrusta en las paredes. Estamos rodeados por cuerpos en su mayoría desnudos, personas que piden un cigarrillo o rescatan alguna colilla del suelo».[6]

En el Vaticano se teme lo peor. Incluso hay quien piensa que parte del dinero de las monjas es de procedencia ilegal, que se ha sustraído a los enfermos o desviado de los fondos públicos que reciben las estructuras. Incluso sin que las propias titulares lo supieran. Es posible que la cuenta se utilice para depositar el dinero de terceros. Personas que ni siquiera podrían figurar entre los clientes del IOR.

Insinuaciones y dudas que nacen del recuerdo de un antiguo juicio celebrado contra Leone por estafar el dinero de las mensualidades de los internos, y que terminó con una esperada absolución. Una sentencia dictada en apelación en 1996 y que invertía la del juicio de primer grado. Pero el caso aún no está cerrado. En 1999 los jueces vuelven a interesarse por el dinero que llega al centro. Esta vez la fiscalía de Trani investiga un posible caso de blanqueo, apropiación indebida, malversación a daños del Estado y asociación ilícita. Ordena el arresto domiciliario de familiares y colaboradores de Leone. Se les acusa de haber inflado los precios de los servicios subcontratados para apropiarse de parte del dinero. Desde la jardinería hasta los trabajos de mantenimiento, se sustraen al menos 11 000 millones de liras de los fondos recibidos del Ministerio de Sanidad a través de la región de Apulia. El fiscal Domenico Secchia pide la detención de Leone, pero el dueño del manicomio muere de forma repentina. La causa se archiva. Una verdadera lástima, ya que quedan en papel mojado las acusaciones formuladas por una valiente religiosa. Ante los fiscales la monja declara haber visto al comenda-

dor Leone cargar el coche de cajas de zapatos repletas de billetes y salir rumbo al Vaticano.

«SU SANIDAD» FIORENZO ANGELINI

Desde siempre las instituciones para enfermos mentales, los sanatorios y las residencias de ancianos representan un negocio muy lucrativo. Por tanto, es impensable que el binomio sanidad y dinero pueda ser ignorado por alguien como De Bonis, muy pendiente de cultivar las relaciones con los purpurados acaudalados e influyentes de la Iglesia católica. De hecho, si volvemos al IOR paralelo de los años noventa, entre los amigos de confianza y los clientes del prelado también encontramos a uno de los purpurados más poderosos de la Santa Sede: Fiorenzo Angelini, nombrado cardenal por Wojtyla en junio de 1991 y muy cercano al santo padre. El único cardenal natural de Roma es un punto de referencia para médicos y farmacéuticos católicos y durante once años ocupa el cargo de presidente del Pontificio Consejo de la Pastoral para los Operadores Sanitarios. En otras palabras, entre 1985 y 1996 es el ministro de Sanidad de la Santa Sede en el mundo, lo que implica dirigir un imperio inmenso: 40 000 instituciones vinculadas a la Iglesia, 3000 solo en Italia. Además de recibir algunos inevitables apodos: «Monseñor dos habitaciones»,[7] puesto que con un amigo como él era imposible no encontrar plaza en cualquier clínica, o «Su Sanidad», por su capacidad para rodearse de amistades influyentes, como la de Andreotti, a quien Angelini definía como un «hombre justo y ejemplar».

Quien lo relaciona por primera vez con Tangentópolis es Duilio Poggiolini, el poderoso director del Ministerio de Sanidad italiano, quien convertía el dinero de los sobornos en lingotes de oro. Tras ser detenido, apunta su dedo acusador contra el cardenal declarando: «Todos temíamos a monseñor Angelini, a su inmenso poder. [...] Recomendaba a los suyos, señalaba a ciertos empresarios farmacéuticos y exigía para ellos un trato de favor, imponía, dictaba su ley, lo hacía a través de sus referentes en la CUF, la Comisión Única del Fármaco, y en el CIP Farmaci».[8] Desde la Santa Sede llega un alud de desmentidos en defensa del purpurado. Angelini niega rotundamente. Al igual que el portavoz del papa Joaquín Navarro-Valls, que también desmiente acusaciones análogas formuladas por Giuseppe Giampiero Miglio, el administrador delegado del *holding* Sandoz. Hacia Angelini apuntan tanto la investigación de Nápoles sobre corrupción sanitaria, como la que dirige en Milán Antonio di Pietro. El cardenal habría extorsionado a una sociedad farmacéutica contribuciones económicas para financiar unos congresos que él mismo promovía en el Vaticano.

Más allá de los desmentidos formales, en la Santa Sede crece la preocupación. El archivo Dardozzi no incluye la contabilidad referente a la posición de Angelini, sin embargo, la documentación revela algunos interesantes episodios inéditos. En primer lugar, en los palacios pontificios temen que la actuación de su ministro de Sanidad no haya sido transparente. De lo contrario, no se explicaría por qué el presidente de la comisión de control del IOR, el poderoso cardenal Castillo Lara, ministro del Tesoro de la Santa Sede, convoca con urgencia a Caloia en los días del escándalo sanitario y le pide que vigile con la debida discreción los movimientos en las cuentas corrientes de «Su Sanidad». Lo que se pretende evitar es que el ministro de Sanidad vaticano desplace sus riquezas de modo precipitado, o que dé pasos que alimen-

ten sospechas entre la magistratura italiana. Caloia responde cauto. No quiere verse implicado en cuestiones que no le incumben. Y así lo expresa en una de sus habituales cartas al secretario de Estado Sodano:

> Me han pedido que esté pendiente de las cuentas del cardenal Angelini para poder evitar movimientos imprudentes. He contestado que nunca tuve ocasión de coincidir con el eminente purpurado, entre otras cosas porque según los responsables internos él siempre recurrió a la intermediación de monseñor De Bonis.[9]

Las investigaciones de Milán y Nápoles avanzan entre detenciones y juicios. Algunos ex ministros de Sanidad como Francesco de Lorenzo pasarán años en la cárcel, pero de la posición de Angelini no se vuelve a saber nada. Su nombre desaparece de las crónicas judiciales. El cardenal no será ni investigado, ni enjuiciado, ni tan siquiera llamado a declarar. En su caso también se aplica el artículo 11 de los Pactos de Letrán, que asegura la impunidad total a quien trabaja en las estructuras centrales de la Santa Sede.

ENIMONT. LA MAXICOMISIÓN

EL BLANQUEO DEL IOR

Es el año 1987. La compra masiva de acciones de Montedison por parte de Raul Gardini, con una inversión de 2000 millones de dólares, permite al grupo Ferruzzi —líder en el sector de los cereales y segunda familia de empresarios más importante en Italia tras los Agnelli— alcanzar una relevancia internacional. En la primavera de 1989 Gardini, conocido como el «corsario de Rávena»,[1] también consigue cerrar la operación financiera del siglo junto a ENI, con la creación de una empresa conjunta entre sector público y privado. Es el gran sueño de la industria química única nacional, un proyecto que llena de esperanzas a industriales y políticos, ansiosos por enfrentarse a nuevos desafíos planetarios y dejar atrás las dificultades del sector. El 9 de mayo de 1989 nace Enimont, una sociedad mixta con el 80 por ciento de las acciones repartidas por igual entre ENI y Montedison y el 20 por ciento restante destinado al mercado. Sin embargo, desde el principio el polo químico no tiene vida fácil. Muy pronto los sueños se convierten en la peor de las pesadillas. Por un lado, los Ferruzzi, con un implacable Gardini que aspira a adquirir accio-

nes de Enimont para controlar la sociedad, aunque los acuerdos lo prohíban. Por otro, Gabriele Cagliari, el presidente de ENI, que acude a sus abogados e insta al gobierno a interrumpir las relaciones con el impredecible corsario.

En noviembre de 1990 el entonces presidente del Consejo de Ministros, Andreotti, decide cerrar la partida y silenciar las polémicas cada vez más encendidas. Es así como nace el llamado «pacto del *cowboy*», auspiciado por el ministro de las Participaciones Estatales Franco Piga: a la parte privada se le permite escoger entre comprar toda la sociedad o salir de ella. Por tanto, Gardini puede, o bien vender su cuota de Enimont, o bien adquirir la de ENI. Montedison se lo piensa y al final opta por ceder. La alianza se rompe. ENI se hace con el 40 por ciento de Enimont en poder del antiguo socio, pero por un precio mucho más alto que el de mercado. Es así como, con un megacheque por valor de aproximadamente 2,8 billones de liras (más de 2100 millones de euros) extendido por el coloso de los hidrocarburos, el grupo de Rávena abandona la escena.

La industria química vuelve a ser pública. Pero los pasos para cerrar el acuerdo no son precisamente transparentes. Más bien al revés, ya que para que los políticos lleguen a un acuerdo se promete dinero a casi todos los partidos, hasta sumar un importe que se conoce como la «madre de todas las comisiones», un soborno sin precedentes en la historia de Italia. El reparto empieza ya un mes después de la ruptura consumada en otoño de 1990, con los primeros 4700 millones de liras destinados al antiguo secretario de la DC Arnaldo Forlani y al tesorero del partido Severino Citaristi.

A diferencia de lo ocurrido en todos los demás escándalos de corrupción, los sobres y los maletines de dinero no pasan de ma-

no en mano. La maxicomisión se reparte según un sistema innovador. Se empieza por una provisión procedente de fondos negros. Luego vienen las transferencias bancarias, las cantidades blanqueadas mediante triangulaciones a través de cuentas y sociedades de cobertura. Finalmente entra en juego el IOR de De Bonis, un banco extranjero, escogido para blanquear y hacer transitar gran parte del dinero que se destinará a los testaferros de los líderes de la Primera República.

Los magistrados celebrarán varios juicios sin llegar nunca a reconstruir el recorrido de esta descomunal comisión, que hoy se conoce por primera vez gracias a los documentos del archivo Dardozzi. La provisión de fondos negros para pagar a los políticos se obtiene con la ayuda del empresario inmobiliario romano Domenico Bonifaci, que pone a disposición de Montedison 152 800 millones al contado y en títulos del Estado.[2] Esta cantidad se distribuye entre partidos y líderes de gobierno, políticos y miembros del consejo de administración de ENI, sobornados para que vendan o compren cuotas, hasta llegar a los intermediarios. Los responsables de la operación son el asesor Sergio Cusani y Carlo Sama, administrador delegado de Montedison, que a su vez puede contar con la fraternal amistad del poderoso responsable de las relaciones exteriores del grupo, Luigi Bisignani.

En los años del Ambrosiano y de Roberto Calvi, De Bonis había conocido a un periodista de la ANSA, la primera agencia de prensa italiana, un hombre muy resuelto e intuitivo con amistades influyentes. Se trataba del propio Bisignani, jefe de prensa de Gaetano Stammati durante su etapa como ministro del Tesoro en los gobiernos presididos por Andreotti en los setenta, y considerado cercano al ex presidente del Consejo.[3] Cuando en 1981

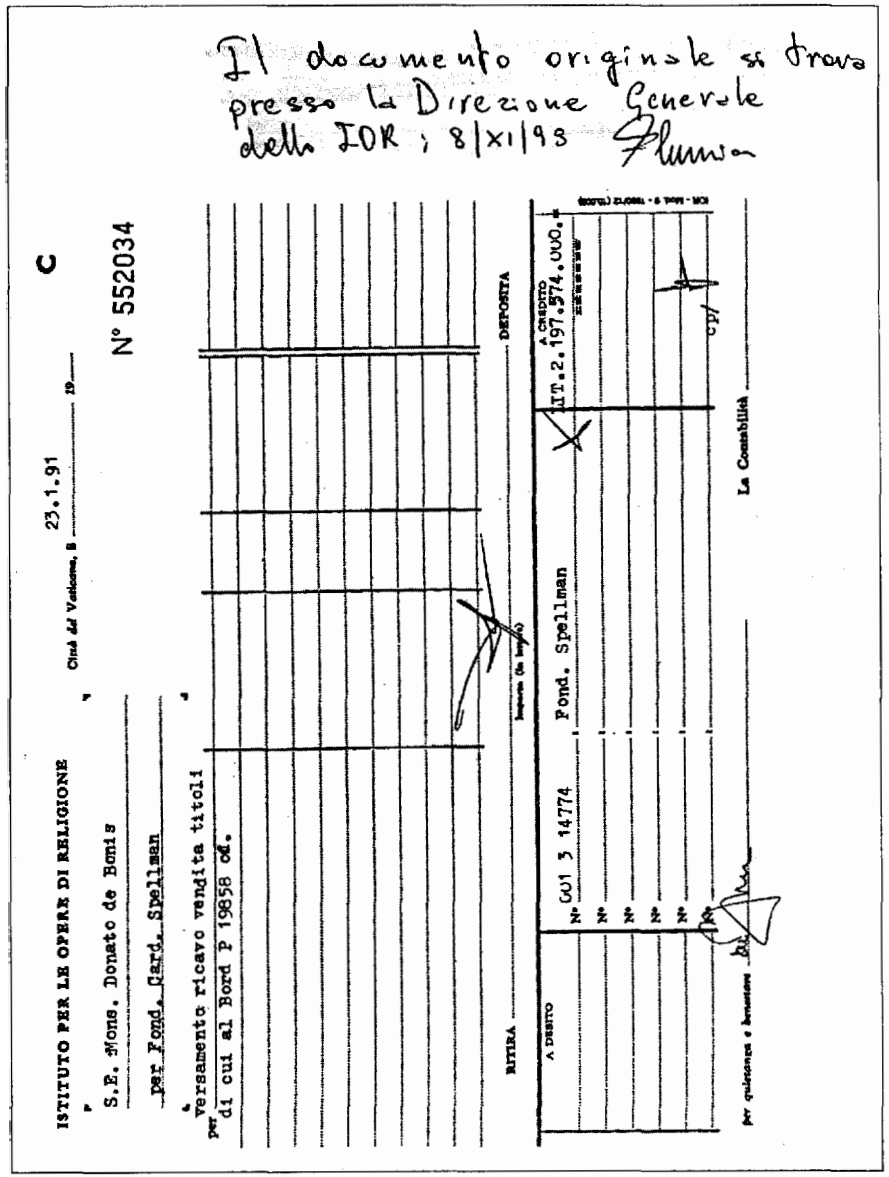
se hacen públicas las listas de los afiliados a la logia masónica P2 del venerable Licio Gelli, en Castiglion Fibocchi, una aldea en la provincia de Arezzo, se descubre que desde 1977 el carné número 1689 le pertenece a Bisignani.[4] Pero él no se inmuta. Cada vez que se ve involucrado en historias de delantales y compases niega rotundo: «En mi vida he entrado en una logia».

En plena era Caloia y en vísperas de la ruptura entre ENI y Montedison, Bisignani se mueve a sus anchas en el Vaticano. Con la ayuda de De Bonis, el 10 de octubre de 1990 abre en el IOR la cuenta 001-3-16764-G «Louis Augustus Jonas Foundation (Estados Unidos)» con un ingreso de 600 millones de liras al contado. Se trata de uno de los depósitos del IOR paralelo que Caloia había sometido a la atención del papa en el verano de 1992 (véase pág. 83). Según indica la documentación, al menos formalmente, este depósito se abre para recoger dinero destinado a la «ayuda a los niños pobres». En efecto, tras finalizar la segunda guerra mundial, en Estados Unidos empieza a funcionar una fundación benéfica con el mismo nombre, con sede principal en Doylestown, Pensilvania. Pero el nombre del titular es falso. «Bisignani tiene excelentes relaciones con el IOR —revelará tiempo después el propio De Bonis—, desde la época en la que se ocupaba de Calvi y del Ambrosiano. Su familia es muy religiosa. Su padre, Renato, un alto directivo de Pirelli fallecido hace años, era un santo; su madre, Vincenzina, una mujer muy respetable. Bisignani es un buen chico. El Instituto se dedica a obras de caridad y sus amigos ayudan a los pobres, a los que no tienen nada. También el sastre Litrico me decía "yo visto a los ricos para ayudar a los pobres".»[5] Aunque desde el principio no hay dudas de que se trata de un montaje.

La cuenta no registra movimientos durante tres meses. Lo que

sucede después se refleja en la documentación bancaria custodiada en el archivo Dardozzi. El 23 de enero de 1991, a media mañana, De Bonis se presenta en el banco con casi 5000 millones en títulos del Estado para ingresarlos en cuentas de particulares, que no son ni monjas ni frailes. Monetiza enseguida los títulos y reparte la cantidad obtenida en dos cuentas: ingresa 2700 millones de liras en la Jonas Foundation del amigo Bisignani, firmando él mismo el recibo, y abona casi 2200 en el depósito Cardenal Francis Spellman, que gestiona por cuenta propia y de «Omissis», es decir, Giulio Andreotti, como Caloia les repetía a Sodano y al papa a través del secretario Dziwisz.

Para realizar las triangulaciones y disimular su rastro, el prelado del banco del papa actúa como un astuto financiero: el dinero solo permanece unos pocos minutos en la cuenta Spellman. Apenas el tiempo necesario para ordenar una transferencia de 2500 millones de liras de parte de Spellman a la cuenta FF 2927 del Trade Development Bank de Ginebra, vía Banco de Lugano. En la práctica, el prelado suma a la cantidad que acaba de recibir otros 300 millones obtenidos de la cuenta Spellman para realizar la transferencia a Suiza. Este dinero no se destina ni a los «niños pobres» ni a la fundación de Pensilvania, sino que adquiere un importante valor simbólico: se convierte en la primera cuota de la comisión Enimont, «la madre de todas las comisiones». La ilustre «lavandería» empieza su actividad. Bisignani presenta a Carlo Sama, astro naciente del grupo Ferruzzi, a De Bonis. Los tres conversan y se entienden de maravilla. El 8 de mayo de 1991, junto a su prometida e hija del fundador del grupo Serafino Ferruzzi, Alessandra, y a otro asesor de Gardini, el joven Sergio Cusani, Sama entra en el torreón de Nicolás V y sube a las plantas nobles del IOR.


Il documento originale si trova presso la Direzione Generale della IOR ; 8/XI/93

ISTITUTO PER LE OPERE DI RELIGIONE — Città del Vaticano, 23.1.91 — C — N° 552034

S.E. Mons. Donato de Bonis

per Fond. Card. Spellman

per versamento ricavo vendita titoli di cui al Bord P 19858 dt.

RITIRA — DEPOSITA

A DEBITO — CUI 3 14774 — Fond. Spellman — A CREDITO — ITT.2.197.974.000.

per quietanza e benestare — La Contabilità

El documento bancario que demuestra la existencia de la primera cuota de la maxicomisión Enimont, pagada a través de la venta de títulos del Estado que monseñor De Bonis realiza a favor de la cuenta Fundación Spellman.

Suscriben enseguida la poca documentación necesaria, firman la ficha y abren la cuenta Fondo San Serafino (véase pág. 84).[6] Por supuesto, con finalidades benéficas. Tipo de interés: 8,25 por ciento. Unos días más tarde, la cuenta recibe un abono de 36 000 millones de liras en certificados del Tesoro. De Bonis, pese a no estar apoderado, ordena una transferencia de 9800 millones a la Società di Banca Svizzera (SBS) de Chiasso a favor de un depósito vinculado a Mauro Giallombardo, hombre de confianza a cargo de las cuentas secretas del Partido Socialista Italiano y de Bettino Craxi. Es el segundo pago de la maxicomisión.

Son días en que negocios, sentimientos y sobornos se mezclan, confundiendo responsabilidades y destinos. La carrera de la «lavandería» vaticana también tiene sus momentos de magia. En el verano de 1991, mientras De Bonis, Bisignani y Cusani continúan sus frenéticas triangulaciones financieras para pagar a los políticos, Carlo Sama y Alessandra Ferruzzi se unen en matrimonio. Se casan en la iglesia de Santa Ana, en el Vaticano, a unos pasos de la sede del IOR. El responsable de celebrar la boda, entre calas en flor y suaves rosas blancas, es monseñor De Bonis. Un matrimonio que consolida el vínculo entre la Santa Sede y los Ferruzzi y lo hace inquebrantable. Para la ocasión el santo padre recibe un donativo oficial de 500 millones de liras para obras de caridad de parte de Sama y visita la redacción romana de *Il Messaggero,* el periódico propiedad del grupo de Rávena.

Los movimientos de dinero continúan, cada vez más vertiginosos. La contabilidad de las comisiones que se transfieren a través únicamente del Fondo San Serafino, gestionado directamente por De Bonis, se refleja en la documentación y en los extractos de cuenta conservados en el archivo Dardozzi: De Bonis vende títulos que producen beneficios de 45 000 millones de liras, y or-

dena transferencias a bancos suizos por un monto de 44 800 millones. A estos importes hay que añadir los reintegros en efectivo realizados tanto por Sama (750 millones) como por el monseñor, que accede con total libertad a la cuenta pese a no tener autorización formal para ello.

En el depósito Jonas Foundation entran 23 000 millones de liras, de los que casi 10 000 proceden de la venta de títulos. Solo en efectivo Bisignani retirará hasta 12 400 millones entre octubre de 1991 y junio de 1993, con cupones firmados por el monseñor. A esta cantidad deben sumarse otros 10 000 millones de liras que pasan por la cuenta controlada por el empresario inmobiliario Bonifaci.

SILENCIO, SE BLANQUEA

En el IOR nadie parece darse cuenta de nada. Para contabilizar las operaciones el prelado se sirve de funcionarios y empleados familiarizados con sus métodos. Tres en concreto: Antonio Chiminello, Carlini y Pietro Ciocci, vicejefe del departamento de seguridad. Ninguno de ellos pide explicaciones. No informan a los jefes de oficina. Siguen sin rechistar las indicaciones de De Bonis. «Reciben instrucciones del director central Giovanni Bodio para registrar operaciones que gozan de mayor credibilidad por haber sido ejecutadas por el prelado del Instituto», según explica el propio Dardozzi en un informe reservado destinado a la jerarquía vaticana.[7] Nadie hace preguntas. Ni siquiera Bodio, que desde hace más de un año ocupa el cargo de gentilhombre de su santidad que dejó vacante Luigi Mennini, hombre de confianza de Marcinkus.

Bodio es la mano derecha del presidente Caloia, que lo ha elegido precisamente para poner punto y final a la etapa de escándalos del Ambrosiano tras colaborar con él en el Mediocredito Centrale. Debería haber sospechado algo, alertado por los hechos recientes y por las indicaciones de Caloia. Sin embargo, no dice nada.

Sobre su actitud existen versiones dispares. Por ejemplo, la que defiende con tenacidad su mentor, el actual presidente del IOR Caloia: «¿Bodio? Bastaba que alguien con hábito de botones rojos lo invitara a desayunar para que autorizara una inversión. Se quedó prendado de monseñor De Bonis, a quien le sobraba carisma».[8] Caloia intenta tomar la única vía de fuga viable: sostener que Bodio es un banquero influenciable y confesar así un garrafal error a la hora de incluirlo entre sus colaboradores más cercanos. Sin embargo, es difícil creer que la dirección general del IOR estuviera en las manos de un ingenuo desinformado y que Caloia escogiera a un número dos sin carácter para poner en marcha una delicada operación de saneamiento. La cortina de las fundaciones y de las obras de caridad podía engañar a un director novel deseoso de ganar apoyos entre los eclesiásticos aumentando los ingresos del Instituto. Pese a que ninguna de las titularidades de las cuentas, según los análisis y los informes reunidos en el archivo Dardozzi, disponga «de la base jurídica necesaria para constituirse como una fundación, ni en sentido estricto ni en ningún otro sentido».[9]

Este argumento absolutorio a favor de Bodio no es defendible porque muestra una debilidad insalvable. De hecho, es Bodio quien acepta los fondos de los Ferruzzi y de Bisignani —los empleados realizan decenas de transacciones entre Luxemburgo y Suiza— sin consultarlo como le correspondía ni con el Consejo de Superintendencia ni con el de Administración presidido por Caloia. Si el di-

rector general se guiaba por el noble objetivo profesional de fortalecer el banco, si estaba actuando por el bien del IOR, ¿por qué no avisó a sus superiores?, ¿por qué no compartir con ellos sus éxitos, como quedaba establecido en los propios reglamentos? En cambio, solo silencio. Ni siquiera el insólito e inquietante flujo de dinero en efectivo que entra y sale del IOR en esos años despierta dudas en el torreón de Nicolás V. Cuando en el otoño de 1992 los informes de la comisión secreta empiezan a hacerse más detallados e insistentes, el director reitera su versión y avala la engañosa finalidad caritativa de las fundaciones del sistema De Bonis, perjudicando su futuro de forma definitiva. Cuenta a sus colegas que para el IOR los Ferruzzi eran la gallina de los huevos de oro, que Sama y Cusani le habían asegurado que querían transferir al banco capitales por un valor de 400 000 millones de liras.

Por otra parte, los controles en curso cierran el cerco a las anomalías y a las apropiaciones indebidas, como las de las santas misas o algunas transferencias sospechosas. Sin embargo, el trabajo de la comisión secreta no resulta fácil. Caloia desconfía, deja al margen al Consejo de Superintendencia e informa solo al secretario de Estado Sodano y a unos pocos cardenales. Mientras tanto, en septiembre de 1992, desde Italia llegan las primeras señales del tsunami judicial. Giuseppe Garofano, presidente de Montedison, es llamado a declarar sobre 200 millones destinados al entonces secretario de la DC milanesa Gianstefano Frigerio. Al cabo de unos meses, Sama sustituye a Garofano en la presidencia del grupo. Un paso tras otro, Manos Limpias se acerca a los amigos del prelado del IOR. La investigación interna destapa nuevos depósitos, también gestionados por De Bonis, que se incorporan progresivamente a los informes sobre las actividades del IOR paralelo reunidos por Dardozzi. Es una lucha contrarreloj. La secretaría de Estado aún está lejos de la verdad sobre las comisiones de Enimont, pero a medida que se recogen los datos desde la comisión, los movimientos cobran un papel cada vez más alarmante y sospechoso. Puesto sobre aviso por Caloia, Sodano desconfía cada vez más de De Bonis. El monseñor siente cómo el suelo se hunde bajo sus pies: la estrella empieza a apagarse. El prelado comprende que solo es una cuestión de tiempo.

En diciembre de 1992, bajo la presión del propio Caloia, Sodano da el visto bueno para reemplazar a Bodio al final de su mandato y enviarlo de vuelta a Lombardía. En su lugar llega Andrea Gibellini, que viene de desempeñar el mismo cargo en el Credito Varesino. Lo apoya el cardenal José Rosalio Castillo Lara, el presidente de la Comisión Cardenalicia de vigilancia del IOR y un nombre con el que nos encontraremos cada vez más a menudo. De Bonis se deshace en elogios y alabanzas. Enseguida traba amistad con él. Sin duda, el primer paso dado por el monseñor es astuto, brillante. Gibellini y De Bonis comparten el mismo secretario personal: se reparten las atenciones de Natalino Aragona, sombra del prelado y su colaborador de confianza. De este modo, no se le escapa ni un respiro del nuevo director, detecta y estudia cada uno de sus movimientos. Aragona sigue a Gibellini paso a paso. El presidente del IOR Caloia queda excluido: Gibellini secunda todo deseo de los purpurados, es «preso de De Bonis», escribe Caloia en su correspondencia con Sodano.

MANOS LIMPIAS SE PRECIPITA HACIA EL DRAMA

En Italia, entre enero y febrero de 1993, la situación se precipita. Los jueces de Roma y de Milán instruyen varias causas para-

lelas sobre Enimont, la casa y el despacho de Garofano son registrados, a finales de febrero Gardini y Cagliari son declarados sospechosos en el caso que une industria química y sobornos. Tan solo unas semanas más tarde, el 10 de marzo, el presidente Cagliari es detenido en la cárcel de San Vittore.

El paso siguiente se vuelve inevitable. Anunciado y de alguna manera acordado con monseñor Macchi, se da en silencio a finales de marzo de 1993: De Bonis deja el IOR. En los pasillos de los palacios pontificios, diásporas, conspiraciones y ceses se consuman sin ruido, detrás de dobles puertas insonorizadas, en entornos edulcorados, a una velocidad reducida con respecto a lo habitual. *Promoveatur ut admoveatur* es la ley que se impone. Aunque sería lo más apropiado, es impensable que se emprenda cualquier iniciativa judicial interna. El monseñor es apartado por necesidad, pero solo sobre papel. Es ascendido a obispo del Castillo de Numidia y desde el 11 de abril de 1993 a asistente espiritual de la Soberana Orden Militar de Malta, de la que ya formaba parte en el Gran Priorado de la Orden de Nápoles y Sicilia. Es un cargo de prestigio. Su posición le garantiza contactos a muy alto nivel.

Esta decisión radica en la historia de la Iglesia romana y en su embarazosa relación con el dinero. Más en concreto, se justifica por el poder de este sacerdote natural de Pietragalla y crecido entre las intrigas del IOR. Bastaría con volver a ojear las fotos tomadas en el seminario de Santa Maria della Fiducia en Roma el domingo 25 de abril de 1993, día de la ceremonia de consagración episcopal de De Bonis, justo después de su salida del IOR. El ordenante es el cardenal Corrado Ursi acompañado por su amigo el arzobispo Macchi y por Michele Scandiffio. Toda una revancha para esta camarilla transversal: dos mil asistentes, quin-

ce cardenales y cuarenta y cinco obispos diocesanos, un centenar de prelados, un público de políticos de primera magnitud, como Francesco Cossiga y Emilio Colombo. Una porción de la Roma más influyente.

La ceremonia es reseñada en todos los periódicos porque De Bonis da las gracias en público al hombre silencioso y encorvado sentado en la primera fila de bancos: «Quiero expresar mi agradecimiento al presidente Giulio Andreotti porque hace diez años nos salvó de graves riesgos con sus consejos»,[10] declara el recién ordenado obispo con una teatral referencia al Ambrosiano. Se desatan los aplausos, que durarán diez minutos. Una ovación. Palabras que hacen ruido. Y que tienen múltiples lecturas, puesto que en esas mismas semanas los arrepentidos interrogados por la fiscalía de Palermo acusan a Andreotti de besarse con los capos de Cosa Nostra. Es una demostración de afecto decisiva en vísperas de la votación de la comisión parlamentaria sobre la inmunidad del presidente. Y una manera de recordar a todo el mundo la deuda de agradecimiento que tienen con el líder político que fue el primer interlocutor del Vaticano desde el final de la segunda guerra mundial. Por cada una de las ocasiones en las que Andreotti intervino a favor de la Santa Sede. Ante el Banco de Italia para propiciar el cierre del resbaladizo caso Ambrosiano, suscrito en Ginebra junto a los síndicos. O ante el grupo editorial Rizzoli, cuando el venerable Licio Gelli entregó al propio Andreotti las célebres fotos de Wojtyla nadando en la piscina de los jardines vaticanos. El presidente se las llevó al papa, que le dio las gracias.[11] En definitiva, es sobre todo un recordatorio para quienes conocen la existencia de la cuenta Fundación Spellman, del IOR paralelo, de los secretos entre Andreotti y el Vaticano, y tal vez esperan poderlo dejar todo atrás.

Bisignani ve venir el desastre y el 28 de junio de 1993 llama a la puerta del IOR. Se hace con las voluntades testamentarias entregadas por práctica administrativa y las destruye. Cierra la cuenta Jonas Augustus Foundation y retira 1687 millones en efectivo. Unas gestiones que se ve obligado a hacer en dos tandas, ya que no dispone de bolsas lo bastante grandes como para contener los fajos de billetes. Un mes después se convertirá en un fugitivo buscado por Antonio di Pietro y por el grupo de fiscales de Manos Limpias. Se acerca el trágico julio de 1993. Sama y Garofano llenan las actas con sus acusaciones. A pocos días de distancia, Gabriele Cagliari, encarcelado en San Vittore, mete la cabeza en una bolsa de plástico y se ahoga, mientras Raul Gardini, tras leer las noticias explosivas aparecidas en la prensa, se mata de un disparo en la sien con su walther PPK calibre 7,65. Su cadáver en el amplio dormitorio del dieciochesco palacio Belgioioso de Milán marca el final de una época. Deja una nota con una sola palabra: «Gracias».

LA TORMENTA AZOTA AL IOR

Como revela el archivo Dardozzi, la documentación enviada en copia al secretario de Estado cardenal Sodano sobre el sistema *offshore* desaparece del IOR como por arte de magia. Aunque De Bonis ya ha salido del Instituto, algún precavido sustrae la documentación de los dosieres más comprometedores para dificultar las investigaciones de la comisión secreta de Dardozzi, Caloia y Sodano. La denuncia de la desaparición y la acusación explícita de malversaciones llegan hasta la mesa de Sodano en seis páginas escritas a mano por Caloia. Los tonos escogidos por

el comedido presidente del banco son dramáticos, insólitos en comparación con el estilo habitual empleado por los dos interlocutores. Caloia se expresa sin medias tintas. Atribuye a De Bonis una «clara actividad criminal desarrollada de forma consciente».[12] En el mismo escrito el presidente da a entender que la decisión de apartar al ex prelado, que en ocasiones aparece en los documentos con el nombre cifrado de «Roma», no ha propiciado ningún cambio. De Bonis sigue coordinando la actividad del banco, aunque lo haga a distancia. El blanqueo, que según descubre Caloia continuó también en 1991 bajo su presidencia y con Bodio como director general «de confianza», no se ha detenido:

> Las fotocopias de documentos internos que recibió (disponibles hasta hace poco y ahora desaparecidos por obra de... los desconocidos de siempre) dejan patente el grave riesgo de que el IOR se vea implicado en los hechos delictivos conocidos en estos días. Un riesgo que en el año 1991 indujo al entonces director general [Giovanni Bodio. *N. del A.*] a abrir un supuesto fondo, que no parece nutrirse de la generosidad humana, sino de operaciones de naturaleza dudosa. Como muestran las órdenes bancarias, «ROMA» llegó a solicitar varias transferencias a cuentas extranjeras, pese a haber dejado de trabajar para el IOR y a no constar como titular formal del fondo. Se va delineando una clara actividad criminal desarrollada de forma consciente por alguien que, por su trayectoria vital y su cargo, hubiera debido actuar con severa conciencia crítica. Resulta cada vez más incomprensible que se alargue esta situación, en la que el susodicho gestiona indirectamente la actividad del IOR desde una posición no menos privilegiada. [...] Eminencia reverendísima, espero que la buena fe de cuantos trabajan

dentro de nuestra valiosa institución nos preserve de la tormenta. De todas formas, me mantendré en contacto y me sentiré infinitamente agradecido y reconfortado cada vez que tenga la posibilidad de verle o de hablar con usted.[13]

Las tormentas que sacuden Italia, previstas por Caloia, no tardan en embestir a la Santa Madre Iglesia. El responsable de anunciar el desastre es uno de los protagonistas de la vida empresarial y económica italiana: el abogado Franzo Grande Stevens. De familia noble, defensor histórico y asesor de confianza de Gianni Agnelli, vicepresidente de FIAT y más tarde presidente del Juventus hasta 2006, Grande Stevens desempeñará un papel clave en la defensa del IOR en los meses siguientes.

El 24 de agosto de 1993 Dardozzi cita a Grande Stevens para un encuentro al día siguiente. El clima es tenso. El abogado, con palabras escuetas, anuncia que «las nubes se adensan». Esto solo puede significar una cosa: Manos Limpias también podría arremeter contra el Vaticano. En los periódicos aparece una noticia concreta, una novedad que sacude a los purpurados de la Santa Sede: los jueces han descubierto que parte de la maxicomisión Enimont se pagó en títulos del Estado. ¿Que se trate de los mismos que se depositaron en el IOR? Un muy bien informado Giorgio Bocca adelanta en la primera página de *La Repubblica* que «en el gran baile de los corruptos participaban a ritmo frenético políticos, industriales, banqueros, directivos de la Comisión Nacional para las Sociedades y la Bolsa, obispos del IOR, jueces».[14]

Los miembros de la secretaría de Estado no pasan por alto el comentario, el artículo es examinado línea por línea y Dardozzi interpreta la indiscreción como una señal apocalíptica. En el Vaticano se forma una especie de «unidad de crisis», con una in-

sólita alianza entre cuatro personajes clave: Sodano, Dziwisz, Dardozzi y Caloia. Los cuatro comparten la información y los informes de la comisión secreta sobre el IOR paralelo. Al mismo tiempo sirven de referencia para otros monseñores de confianza, como Timothy Broglio.[15]

La unidad de crisis analiza el último dosier que detalla todos los beneficiarios de las transferencias realizadas desde el Fondo San Serafino. 44 800 millones al Bank Leu de Ginebra y al SBS de Chiasso, de los que 35 000 a la atención de Pius K. Steiner, y otros 9800 a la de Ostinelli. «A posteriori podría decirse que las operaciones indicadas arriba sirvieron para enviar dinero a cierto personaje», según se lee en el informe reservado. Aún más realista y alarmado se muestra el asesor de confianza del IOR, Vincenzo Perrone:

> Si como parece alguien proporcionó a las autoridades judiciales los números de los certificados del Tesoro, no hay que descartar la posibilidad de que a través del canal bancario (Credito Italiano) se pueda llegar hasta el Instituto (el IOR). Desde hace tiempo en la prensa aparecen noticias inquietantes: los investigadores intentan descubrir el destino de 50 000 millones de liras, puesto que ya localizaron el resto. La información difundida por los periódicos es cada vez más precisa y parece apuntar a un objetivo determinado (¿el IOR?). Existe la fundamentada sospecha de que «alguien» (Sama, Cusani u otras personas relacionadas con ellos) haya facilitado las pistas (los números) para identificar las series de certificados del Tesoro incriminados objeto de la búsqueda.

Los periódicos hablan de transferencias y beneficiarios que coinciden con los datos contables del sistema *offshore*. Sin em-

bargo, nadie aún relaciona Enimont y los certificados del Tesoro con el Vaticano. Así que tras la puerta de bronce del palacio apostólico se crean divisiones. Hay quien minimiza y se sorprende por la «curiosa coincidencia» entre «las cifras indicadas» en la prensa y «los importes que el prelado trasladó a Suiza». En realidad la mayoría comprende las señales y escoge una estrategia precisa. Frente a este inminente cataclismo prevalece la línea de perfil bajo: mantenerse a la espera de los acontecimientos sin ofrecer a quien investiga informaciones valiosas, que Juan Pablo II ya conoce desde hace más de un año, es decir, desde marzo de 1992. Una decisión que se basa en distintas razones estratégicas.

IMPLICACIONES INSTITUCIONALES INAUDITAS

Los jueces de Milán avanzan en las investigaciones. Recomponen el orden de las operaciones entre los bancos italianos gracias a las confesiones del empresario inmobiliario Bonifaci, reconstruyen los movimientos de los certificados del Tesoro y descubren la implicación del IOR. Así que deciden jugar a la contra con una iniciativa sin precedentes en las relaciones entre el Vaticano y el Estado italiano. En lugar de enviar una comisión rogatoria a la Santa Sede sobre los certificados del Tesoro incriminados, indicados por Garofano y Sama, el 5 de octubre de 1993 el entonces fiscal jefe de Milán Francesco Saverio Borrelli coge el teléfono y llama directamente a Caloia. Una toma de contacto informal, una breve conversación para fijar un encuentro. El intercambio, o mejor dicho el trueque, es implícito, como referirá el propio presidente del IOR en sus cartas: ustedes aceptan

venir y hablar, sin clamor en la prensa, y nosotros seguimos con nuestras investigaciones.

El presidente del IOR escucha la propuesta. Da las gracias con cordialidad y cuelga. Sale de su casa en Milán y se precipita al aeropuerto de Linate. Se sube al primer vuelo con destino a Roma. En un par de horas está en el Vaticano. Pide a Broglio una audiencia urgente con Sodano. Mientras, consulta a sus penalistas de confianza, coge la estilográfica y escribe al secretario de Estado, el primer ministro de la Santa Sede, para plantear diversas estrategias defensivas:

> El fiscal se refirió a problemas relativos al IOR (al finalizar la conversación especificó que se trataba de «títulos de crédito cobrados por el IOR»). Para no armar un escándalo, me invitó a una entrevista informal aparentemente para explicarme la naturaleza de los problemas. Pensé que me entrevistaría con el propio señor Borrelli y, tras precisar que debería consultarlo con mis superiores, acepté fijar el encuentro para el jueves día 7 a las 16.00 horas. En realidad, él mismo me comunicó después que un agente me aguardaría en la entrada del tribunal de Milán para acompañarme donde los dos fiscales. No dudé en coger el primer avión a Roma y ahora sigo en el Vaticano a la espera de definir una línea de acción.

Caloia se dirige a varios abogados. Grande Stevens desaconseja el encuentro y sugiere el camino de la comisión rogatoria. Giuseppe de Luca, por el contrario, siempre según lo que escribe el banquero, «me pareció más consciente del alcance y del potencial impacto negativo del caso (que las autoridades judiciales ya deben conocer, al tener en su poder todos los números de los títulos de crédito vinculados con Enimont). [...] Decidamos o

no acudir al encuentro, no evitaremos el revuelo mediático *(L'Espresso, La Repubblica*, etc.)».[16] El presidente del IOR informa a Sodano de la naturaleza de las acusaciones que ocuparán las primeras páginas:

> Una persona conocida dentro de un instituto al servicio de la Iglesia universal podría haber intervenido para permitir el cobro de certificados del Tesoro que formarían parte de cuantiosas comisiones ilegales, lo que acreditaría la imagen de un Instituto que sigue aplicando los desastrosos métodos del pasado. No presentarse al encuentro y solicitar la comisión rogatoria no solo provocaría irritación, sino que levantaría sospechas injustificadas sobre la actuación de todo el organismo. En particular, en el caso de cantidades importantes (como sin duda saben los investigadores) se correría el riesgo de implicar al Instituto entero en la operación y de enfrentarse a una acusación de complicidad. Además, los jueces nunca creerían que desconocemos la identidad de quienes depositaron títulos en nuestro instituto.[17]

Quizá por primera vez Caloia advierte los riesgos, tiene miedo. Miedo a ceder. Si tuviera que ir a la fiscalía de Milán, teme que se encontraría «cargando con todo el peso de la responsabilidad de representar lo mejor posible una situación que parece tener implicaciones personales e institucionales, además de eclesiales, de dimensiones inauditas», añade en su carta a Sodano. En otras palabras, si le interrogaran podrían «abrirse vorágines incontrolables». Las repercusiones institucionales están relacionadas con la Fundación Spellman, que preocupa a la directiva del banco y a la secretaría de Estado. Las eclesiales tendrían efectos explosivos por la sola existencia de un IOR paralelo. Entonces, mejor optar por la comisión rogatoria: «Pone a la Santa Sede en condición de conocer de antemano los requerimientos de los magistrados y de tener el tiempo necesario para realizar todas las averiguaciones que correspondan». Si la petición de Borrelli no prospera, es solo porque resulta mucho más eficaz dar largas e intentar limitar la acción de la magistratura. Al mismo tiempo se procurará «contener la posible irritación» de los jueces mostrando una actitud disponible. Por tanto, se declina la invitación con una breve, amable y un tanto críptica carta que Caloia envía a Borrelli tras una tan cordial cuanto inútil conversación telefónica. Aunque anule la cita, el presidente se declara igualmente «disponible a ofrecer la máxima colaboración en el marco de las distintas formas de interlocución que se pongan en práctica».[18] Aunque lo que se avecina será muy distinto.

INFORMADORES DENTRO DEL TRIBUNAL

En el Vaticano el aire se hace irrespirable. Se intensifica la caza de los certificados del Tesoro de la comisión Enimont conducida desde Milán. La Iglesia romana, citando las palabras que Caloia escribe a Sodano, debe enfrentarse a «un problema de dimensiones enormes y hasta ahora inimaginables». La pesadilla del Ambrosiano vuelve a presentarse en la plaza de San Pedro con toda su gravedad. En esta ocasión la Iglesia no puede contar con las referencias históricas dentro del gobierno, ni con la formidable y mutua protección que le permitió salir airosa de los escándalos pasados.

Italia es un país confundido en plena transición entre la primera y la segunda República. Entre 1992 y 1993 la clase política es

débil, sometida a la acción incontenible de las autoridades judiciales. Tangentópolis, la desintegración de los partidos tradicionales, los homicidios de los jueces Giovanni Falcone y Paolo Borsellino en Sicilia, la debilitación de Andreotti, procesado por mafia y por el homicidio del periodista Mino Pecorelli tras las explosivas declaraciones de Tommaso Buscetta, llevan al límite una situación de por sí ya difícil. Sin duda la experiencia con el trío Sindona, Calvi y Marcinkus hace que tras los muros leoninos se tenga un amplio y doloroso conocimiento acerca del funcionamiento de los mecanismos de la información y de los tiempos y equilibrios de la justicia. Pero no basta. La unidad de crisis empieza a estudiar los movimientos de los magistrados milaneses.

Desde el Vaticano se activan todos los canales informativos que puedan arrojar algo de luz sobre la acción de la fiscalía de Milán. La señal que recorre la vasta y tupida red de las relaciones vaticanas es recibida y seguida desde las diócesis de Milán hasta los pasillos del tribunal. En esas semanas, la correspondencia entre Caloia, Sodano y Castillo Lara y los apuntes de monseñor Dardozzi ponen de manifiesto la extraordinaria habilidad de la Iglesia a la hora de prever los movimientos de la fiscalía a través de sus análisis pormenorizados de la situación. Pero también su capacidad para enterarse de las decisiones operativas de la Policía Judicial y para hacerse con documentación importante, incluso de antemano. Las referencias a posibles informadores y a noticias reservadas son ambiguas, indirectas o explícitas. Lo que es cierto es que en los momentos cruciales la Santa Sede conoce las cartas de su adversario, en una partida que pronto se convierte en una farsa.

La situación se precipita el 5 de octubre de 1993, cuando se hace pública la información ya adelantada en parte por *L'Espresso*

a finales de septiembre. En el IOR comprenden que la avalancha ya no puede detenerse.[19] Bonifaci pasa a los jueces de Milán la lista con los números de serie de los títulos cedidos. La cantidad de dinero blanqueado crece de forma exponencial. Con estos números de serie los jueces reconstruyen el recorrido de los certificados del Tesoro hasta el banco del Vaticano. Luego se produce la llamada de Borrelli. Con Sodano, Caloia es lapidario: la «situación se hace cada vez más dramática y se anuncian consecuencias gravísimas». De hecho, en Milán saben que esos títulos «que transitaron por el IOR son el resultado del pago de comisiones a políticos, con importes que sin duda se les devolvieron ya limpios. Es la repetición de los mecanismos del pasado». La lista es interminable. No se trata solo de la cantidad «que usted ya conoce —remarca Caloia en su carta al secretario de Estado—, y que asciende a unos 40 000 millones de liras», los que ya había revelado la comisión secreta. No, se trata de mucho más dinero: «Se ha descubierto la existencia de una lista de títulos de crédito que el IOR podría haber adquirido en 1991 por un importe mucho más elevado». El presidente del IOR aún no lo dice, pero él ya conoce la información adelantada por una investigación del jefe de la oficina de valores del banco del Vaticano, Mario Clapis, todavía en curso: el valor de los certificados sospechosos que se anotaron en el Vaticano es de 63 000 millones de liras. A estas alturas Caloia pide a Sodano que informe a sus superiores: «Se tiene la clara sensación de que nos enfrentamos, todos, a un potencial explosivo inaudito que debe ser puesto en conocimiento de las más altas autoridades». Caloia pide que se informe a la Comisión Cardenalicia. Sodano se lo comunica al santo padre.

En esas horas la Santa Sede recibe unos chivatazos de la red de informadores que se ha activado. El primero es una grave fu-

ga de noticias que el propio Caloia, alarmado, revela por escrito a Sodano: «Unas fuentes amigas de la Policía Financiera —escribe algo ingenuo— me alertaron de que los fiscales están buscando mi dirección». ¿Quién informa a Caloia en tiempo real de la actividad de los magistrados? No se sabe. Pero si de verdad en la fiscalía quieren averiguar su dirección, solo puede significar una cosa: dentro de poco los magistrados podrían detener al presidente del IOR. La dramática confirmación de esta noticia no tarda en llegar.

LA FISCALÍA DE MILÁN SOLICITA AL VATICANO LA COMISIÓN ROGATORIA

El 11 de octubre de 1993 el arzobispo de Milán cardenal Carlo Maria Martini, en excelentes relaciones con los fiscales de Manos Limpias, da un paso al frente. Busca a Caloia para un «encuentro urgente» que se fija de inmediato. A las 20.45 Martini se muestra preocupado, tenso. Caloia contará a Sodano que «un sacerdote me ha dado a entender que la fiscalía de Milán no está contenta con el hecho de que no me presentara, y que, en ausencia de ciertos contactos sin especificar, podría armarse un auténtico escándalo (¿detención incluida?)». Sin embargo, durante el encuentro con el cardenal intenta rebajar la tensión, reitera la validez de la comisión rogatoria y trata de acercarlo a su posición. El banquero conoce la profunda relación que une a Martini con la fiscalía de Milán y el respeto del que goza el purpurado entre los magistrados de la ciudad. Por esto lo invita a ponerse en contacto con el secretario de Estado Sodano e intenta que se implique e intervenga en la mediación con los magis-

5 ottobre 1993

Eminenza Reverendissima,

a completamento delle sommarie informazioni fatteLe pervenire per il tramite di Mons. Broglio, ho sentito l'avvocato Grande Stevens ed il penalista prof. Giuseppe De Luca.
Mi trovo di fronte ad un problema che è di dimensioni enormi e finora non immaginabili. Oltre a quello che Lei già conosce (e che è dell'ordine di una quarantina di miliardi) è emersa, da approfondimenti in corso, l'esistenza di una lista di titoli di credito che lo IOR potrebbe avere acquistato nel 1991 per un importo molto più elevato. Accertamenti sono in corso. Tuttavia, al di là della vera quantità, ciò che rende gravissima la situazione è che la lista proviene da Cusani che ha informato i giudici sui titoli passati attraverso lo IOR. Sono il risultato di pagamenti di tangenti a uomini politici, per importi certamente a loro ritornati in forma pulita. E' la esatta replica dei meccanismi del passato.
Il Consiglio dei nostri legali (FGS e De Luca) è a questo punto più che appropriato. Una rogatoria consentirà di meglio strutturare le risposte che in ogni caso non potranno essere mie, ma di coloro che hanno effettivamente iniziato e percorso procedure così delicate e quasi insondabili per me. Si ha la sensazione netta che ci si trovi di fronte, tutti, ad un potenziale esplosivo inaudito che deve essere doverosamente portato a conoscenza delle più alte Autorità.
Mi domando se non sia il caso di portare a conoscenza una realtà che si rivela sempre più drammatica e foriera di conseguenze gravissime alla Commissione Cardinalizia e al plenum del Consiglio di Sovrintendenza. Il difetto di tale informazione potrà essere addebitato come una pesante omissione.

Restando come sempre a Sua completa disposizione, Le porgo i miei più affettuosi ossequi.

Angelo Caloia

A Sua Eminenza Reverendissima
il Signor Cardinale Angelo SODANO, Segretario di Stato
CITTA' DEL VATICANO

Carta de Angelo Caloia, presidente del IOR, al secretario de Estado cardenal Angelo Sodano sobre el escándalo Enimont.

trados, que está atravesando una fase muy delicada. Abrir una vía de diálogo puede resultar fundamental. ¿Quién mejor que Martini puede proponerse como embajador? Caloia va más allá y no duda en asignarle la tarea de «comunicar a la fiscalía de Milán que el camino que hay que seguir es el habitual en las relaciones entre Estados».

En realidad ya está todo decidido. Al día siguiente se pone en marcha la comisión rogatoria sobre Enimont. Sin embargo, su recorrido no es directo y sigue los canales diplomáticos previstos. Así que en ese otoño de 1993 la solicitud de asistencia judicial pasa primero por el Ministerio de Justicia, que a principios de noviembre la envía a la Embajada italiana en la Santa Sede, la cual a su vez la remite al Vaticano. Pero la red de la Iglesia ya se ha activado. Recoge en tiempo real los rumores que desde el ministerio anuncian que la comisión rogatoria ya está en preparación. Y Martini se convierte en un punto de referencia y de contacto.

Se confirma que Piercamillo Davigo, Antonio di Pietro, Francesco Greco, Gherardo Colombo y Francesco Saverio Borrelli han firmado las cinco páginas que recogen las indiscreciones ya conocidas por los purpurados. Según los magistrados, de los 130 000 millones de liras de la maxicomisión Enimont, 88 900 pasaron por el IOR en forma de 234 títulos del Estado. En otras palabras, hasta dos terceras partes del total. Desde Milán quieren saber cuándo y por quién fueron presentados los certificados del Tesoro que formaban parte de la comisión y los nombres de los beneficiarios de los abonos. La fiscalía da un paso claro y astuto: no preguntar acerca de la identidad de quien gestionó todo ese dinero desde dentro del IOR, puesto que se trata de personas que gozan de la inmunidad establecida por los Pactos de Letrán.

A cambio, solicita toda la información útil para reconstruir los movimientos de ese enorme soborno. «De acuerdo con mi experiencia —explica el ex fiscal Colombo en un reciente testimonio inédito—, el Estado Ciudad del Vaticano actuaba a su antojo. Y, por lo que recuerdo, no tramitaba las solicitudes de asistencia. Pedimos asistencia judicial, pese a conocer la situación. Nada más que esto. Digamos que nos "conformamos" con su respuesta. No se podía hacer otra cosa. En ausencia de tratados de asistencia judicial, las relaciones se basan en la cortesía internacional. Yo estaba casi seguro de que nos sería imposible obtener colaboración.»[20]

Es una difícil partida de ajedrez. Por un lado, la justicia italiana empeñada en arrojar luz sobre la maxicomisión; por otro, los secretos y las conspiraciones del Vaticano dividido en facciones opuestas. La presión que sufre la Santa Sede hace que se cierre en banda. Aquella posible «detención», por citar las palabras del banquero, asusta a Caloia, que en la noche del 12 de octubre de 1993 insta a Sodano a levantar una defensa común e impenetrable en previsión del consejo del IOR, en el que participarán los cardenales Castillo Lara, Casaroli, Martínez Somalo y O'Connor de la Comisión de Vigilancia:

> Están a punto de cerrar el cerco. Si puedo expresar mi opinión, estoy convencido de que la llamada de Borrelli, la intervención del cardenal Martini y la noticia aparecida en *L'Espresso* son mensajes claros e inequívocos de parte de la fiscalía de Milán. Mañana me permitiré exponer a los cardenales los movimientos de la magistratura y las hipótesis acerca de la implicación del IOR. No podré evitar hacer hincapié en el daño enorme que afectará las reputaciones personales, la de la Santa Sede y, aún más, la imagen

de toda la Iglesia. Será necesario cuando menos asumir una responsabilidad plena y compartida, y formar una defensa compacta, que incluya a los colegas del Consejo, de la Comisión Cardenalicia y, por supuesto, de la Santa Sede. [...] Desconozco hasta qué punto y cómo nos será posible descubrir qué camino están siguiendo para confirmar lo que ya saben, es decir, que el IOR cobró unos títulos de crédito, y sobre todo para conocer dónde y en manos de quién acabaron aquellas cuantiosas sumas. Nuestros asesores no descartan que los magistrados opten por emprender operaciones al límite de la ortodoxia jurídica, o incluso más allá de la misma. Por tanto, es esencial aclarar si podemos satisfacer la necesidad de justicia siguiendo canales ortodoxos, que quizá permitan evitar escándalos letales y daños del todo injustos a personas e instituciones.

Pero el frente no es tan compacto. Ni entre los cardenales, ni entre los funcionarios del IOR. La figura de De Bonis, lo que representa y el IOR paralelo siguen condicionando y provocando divisiones, roces, tensiones y ceses. Pese a que el prelado se fue siete meses antes, en el banco aún están lejos de aclarar la situación. Caloia ha congelado todas las cuentas corrientes del IOR paralelo a la vez que intenta seguir apartando a los empleados considerados cercanos al prelado. Por ejemplo, ordena la jubilación anticipada de Ciocci, que firmaba todos los papeles de De Bonis y que se va convencido solo por una generosa indemnización, y de monseñor Carmine Recchia, jefe de oficina del archivo. Caloia recela especialmente de este último. «Se trata de un jefe de oficina que, hasta donde yo sé —denuncia Caloia en su informe periódico a Sodano—, siempre ha aprovechado su experiencia para encubrir la actividad del ex prelado. Su salida

permitiría obrar con más transparencia y evitaría que se consolidaran connivencias y condicionamientos internos nada desdeñables.»

ESTALLA EL ESCÁNDALO

La noticia de la comisión rogatoria ocupa las primeras páginas de todos los periódicos. «Sobornos Enimont en el Vaticano», titula el *Corriere della Sera* del 16 de octubre de 1993. Y al día siguiente: «El IOR abre, pero las cuentas no cuadran». El periódico de Vía Solferino usa tonos agresivos, quien escribe es Gianluca di Feo:

> Todos los caminos conducen a Roma. Y todas las grandes quiebras conducen al Vaticano. [...] Pero quien estudió la «Operación Vaticano» pensaba en los esquemas clásicos del blanqueo. En la jerga de los lavanderos de dinero se le llama «vado del piel roja»: una transacción no anotada que no deja rastro para los perseguidores, como ocurría cuando los pieles rojas caminaban en los torrentes para no dejar huellas. Un sistema que, sin embargo, requiere canales bancarios muy, pero que muy seguros. Y por encima de toda sospecha. ¿Qué mejor que el IOR? Quien concentró este flujo de certificados del Tesoro hacia los muros leoninos contaba con una tradición de silencio puesta a prueba durante el choque entre la Santa Sede y los jueces milaneses por la quiebra del Ambrosiano. Entonces todas las puertas se cerraron a cal y canto. Hoy la situación podría haber cambiado. Desde la Ciudad del Vaticano llegan señales de paz: vamos a dar las explicaciones que nos piden. La consigna es transparencia.

No se podía pensar otra cosa. Los comunicados de prensa «bien estudiados», para utilizar las palabras de Caloia, hacen hincapié en la voluntad de colaborar. El cardenal Martini envía a los fiscales de Milán señales de distensión y apertura. Se comunica el mensaje de que Wojtyla ha cerrado la etapa Marcinkus al introducir controles sobre el IOR y nuevos organismos como la Comisión Cardenalicia. De nuevo el *Corriere della Sera* recuerda en sus titulares que el «IOR cuenta con la garantía de un doble control».[21] En definitiva, reflexiona Caloia en su correspondencia con Sodano: «Tras haber gestionado con la mayor positividad posible la fase del escándalo, me parece que por lo general los periódicos reaccionan mostrando respeto hacia la intención de colaborar con la justicia italiana».[22] Por desgracia, la realidad es muy distinta. En el Vaticano se enfrentan abiertamente dos almas, que emprenden iniciativas contradictorias y autónomas.

Caloia está a un paso de romper con Castillo Lara. Cobran fuerza sus dudas sobre la transparencia del responsable de los controles al IOR. El conflicto entre los dos se convierte en guerra abierta. Urgido por el presidente de la Comisión Cardenalicia el director Gibellini, en conflicto con el presidente del Instituto, sale de la Ciudad del Vaticano para ir a pedir consejo sobre el caso Enimont al propio gobernador del Banco de Italia, el poderoso y muy católico Antonio Fazio. La decisión saca de sus casillas a Caloia, que informa de inmediato a Sodano y lo insta a intervenir:

> ¡Las preocupaciones no se acaban nunca! [...] La improvisada y, a estas alturas, intolerable intromisión del cardenal Castillo Lara, que gestiona directamente la actividad del director general, ya propició iniciativas muy arriesgadas y distantes de la línea de cautelosa alerta avalada con autoridad por la secretaría de Estado. El señor Gibellini, que se considera el único amigo del señor Fazio y lleva tiempo aireándolo de modo ridículo (¿a quién debería interesar?, además no es aconsejable que el IOR se deje supervisar por instituciones extranjeras como el Banco de Italia), ha tomado la iniciativa de entrevistarse con él. Dejando de lado el desprecio demostrado por todo estatuto y reglamento interno (que responsabiliza al presidente de mantener toda relación con entidades e instituciones extranjeras), y la extrema delicadeza de la materia abordada en la reunión por alguien que no dispone ni de los conocimientos ni de la información completa acerca de las implicaciones del caso, parece que Gibellini volvió con el «encargo» de entregar a su «amigo» la reconstrucción detallada de lo ocurrido en nuestra sede. [...] El peligroso intento de Castillo Lara de dar explicaciones, incluso con nuevas entrevistas y con el envío de incautos exploradores como Gibellini a sedes externas, demuestra que pretende asumir el control de una situación que requiere habilidades muy distintas, equilibrio y sabiduría.[23]

Caloia está enfurecido. No le faltan motivos. La culpa también es de una imprudente, falsa y utópica entrevista concedida por el venezolano Castillo Lara, quien expone una línea defensiva ambigua e incoherente: «Se ha culpabilizado al Instituto como si se hubiese dedicado a blanquear dinero, lo cual es absurdo. En un banco se presenta un señor, un gran industrial como Ferruzzi, que quiere ingresar 50 000 millones en títulos del Estado italianos perfectamente legales, y en un momento dado quiere retirar una parte. Una operación de lo más normal, que todo banco realiza cada día».[24] ¿Y la comisión rogatoria? «No encu-

briremos las responsabilidades de nadie —Castillo Lara se muestra duro—, se trate de cardenales, obispos o empleados del IOR.»[25] Una utopía.

Esta vez, sin embargo, Sodano no calla y se pone del lado de Caloia. Llama a Castillo Lara y con los tonos comedidos del lenguaje cardenalicio intenta hacerle entender la necesidad de dejar al presidente del IOR plena autonomía y libertad en Milán. El venezolano escucha, asiente. No hace comentarios y vuelve a su despacho. Reflexiona y decide cambiar de estrategia, librar un combate más sutil. El 20 de octubre levanta el teléfono, llama a Caloia y lo invita a reunirse con él. Tras muchas discusiones, piques, silencios y tensiones, los dos se reúnen al mediodía durante más de una hora. El encuentro parece franco. Castillo Lara y Caloia acuerdan una estrategia común. El cardenal quiere que el banquero laico sea el único responsable de redactar un dosier interno sobre la situación, con un listado de todos los títulos depositados, cobrados o que aún siguen guardados en alguna caja fuerte del banco. Pero el presidente del IOR desconfía. Desde la Orden de Malta De Bonis ya había dejado clara su intención de encontrarse con Castillo Lara. Caloia teme una trampa, o incluso una simple fuga de noticias sobre los informes, posible en un momento de divisiones internas como este y que sería devastadora para la imagen de la Iglesia romana, el futuro del IOR y la labor de depuración en curso. Mejor la línea cautelosa acordada con Sodano. Mejor esperar a la comisión rogatoria de los milaneses.

Luego Castillo Lara deja escapar unas palabras ambiguas, venenosas. Una frase que suena como una advertencia. Le susurra a Caloia que él mismo estaba al tanto de la situación, del sistema De Bonis, y que en varias ocasiones la había señalado a la secretaría de Estado. «Hoy está claro que yo tenía razón, pareció concluir el purpurado —explica Caloia después del encuentro para informar a Sodano—, y lo había previsto.» El cardenal conoce las relaciones que unen al secretario de Estado y Caloia y le dice a la cara que había puesto a Sodano sobre aviso. ¿Verdadero o falso? De todos modos, el mensaje es claro: si el IOR paralelo se derrumba, serán muchos los que saldrán perjudicados.

La frase queda en el aire. Castillo Lara es rápido. Cambia enseguida de tema. Pero la mina del IOR paralelo sigue allí, aún sin explotar, bajo una fina capa de tierra.

ENIMONT. LA CONTAMINACIÓN

DOCUMENTOS FILTRADOS ILEGALMENTE

Aunque la comisión rogatoria aún no ha llegado al palacio apostólico, allí están lejos de perder el tiempo. Varios documentos y apuntes conservados en el archivo Dardozzi sugieren que una copia informal de la solicitud de los fiscales de Milán ya se encuentra en poder de las autoridades eclesiásticas al menos dos semanas antes de que el documento oficial llegue por la vía diplomática, el 6 de noviembre de 1993. Es lo que deja intuir, en particular, el diario personal que Dardozzi actualiza constantemente:

> Hoy 23 de octubre de 1993 a las 10.15 horas el cardenal Sodano me pide aclaraciones sobre los procedimientos. Me dice que enviarán la solicitud al Tribunal vaticano, que la examinará y (probablemente) tomará contacto con los responsables para gestionar la información pertinente. Le contesto que el documento, por vía informal y secreta, ya está en manos del abogado Franzo y se ha puesto a disposición (también por vía informal) de una sola persona bien identificada, para que lo analice en detalle sin que «se produzcan fugas».

Pero hay más. Otros dos elementos inducen a pensar que el «documento por vía informal» ya en poder del penalista Grande Stevens es la propia comisión rogatoria. En primer lugar, un fax que el abogado turinés envía el mismo 23 de octubre, media hora después del encuentro entre Dardozzi y Sodano. En el fax se detallan todas las imputaciones relacionadas con Enimont mediante datos y cifras contenidas en la comisión rogatoria y que la prensa aún no ha hecho públicas. El penalista da esta información, todavía reservada, para preparar un primer borrador de respuesta a la comisión rogatoria. Y no solo eso. En el archivo del monseñor se conservan dos copias de la comisión rogatoria, que, página tras página, se diferencian por un desconcertante detalle. La primera copia es la oficial, con todas las hojas membreteadas de la fiscalía de Milán selladas por el Vaticano en el momento de registrar la correspondencia. La segunda es idéntica, solo que el documento no lleva sellos. Lo cual significa que esta copia fue realizada antes de que el documento original llegara a la plaza de San Pedro.

Pese a no existir pruebas fehacientes de que esto ocurriera, es decir, de que alguien interno al tribunal o al Ministerio de Justicia entregara la comisión rogatoria en persona semanas antes de la notificación formal, el material recogido por Dardozzi apunta a esta posibilidad. Esto significaría que alguien violó el secreto del sumario al no informar primero al Tribunal vaticano, es decir, el interlocutor natural de la fiscalía de Milán, sino a la autoridad política de la Santa Sede, el sujeto pasivo de la comisión rogatoria, el testigo que debía explicar los movimientos de los certificados del Tesoro de Enimont. La violación es aún más evidente si se considera que el ministro de Justicia italiano, Giovanni Conso, también hubiera podido rechazar la comisión rogatoria y reenviarla a los jueces.

LA VERDADERA MAXICOMISIÓN ENIMONT

La comisión rogatoria llega oficialmente el 6 de noviembre de 1993. Sodano avisa a todos los miembros de la Comisión Cardenalicia, empezando por el antiguo secretario Agostino Casaroli, y les informa de que ya ha instado a Caloia a «que proporcione cuanto antes la información necesaria a sus eminencias los miembros de la Comisión Cardenalicia de Vigilancia».[1] El presidente del IOR no se echa atrás. Por fin está autorizado a divulgar, aunque con discreción, lo que descubrió sobre el IOR paralelo. Difunde los resultados de los últimos controles sobre las arcas vaticanas, haciendo hincapié en los aspectos críticos. De hecho, se detiene en algunos puntos que, al menos de momento, los magistrados ignoran. Cuestiones graves que, de ser conocidas por la fiscalía, podrían determinar reacciones en cadena y abrir nuevas investigaciones. La situación se muestra mucho más compleja de lo que el equipo de Borrelli ha podido averiguar. Las más altas autoridades de la Santa Sede ahora conocen todo el potencial de la investigación de la fiscalía de Milán. Ya no se trata solo de decidir si responder o no a las preguntas planteadas por la comisión rogatoria. Se da por hecho que hay que avanzar en la anunciada «colaboración». Se les formulan acusaciones precisas en un momento histórico de máximo consenso popular hacia la acción de Manos Limpias. Hay que escoger con mucho cuidado lo que se quiere revelar a los investigadores para proteger otros secretos aún más inconfesables. Secretos sobre las cantidades reales transferidas a través del banco del pontífice y sobre sus beneficiarios.

Los registros contables resumidos en los informes que Caloia y monseñor Dardozzi mandan en esos días a Sodano revelan que

en el IOR se dieron casos de auténtico «blanqueo». El término prohibido ahora se utiliza con valentía y se incorpora a la correspondencia reservada:

> Las investigaciones internas permiten vincular, directa o indirectamente, a Donato de Bonis con un movimiento importante de títulos y efectivo que se intensificó entre los años 1990 y 1993, con la finalidad sustancial, no sabemos si intencionada o no, de guardar de forma segura medios financieros y en algún caso blanquearlos al amparo de una institución fuera del territorio italiano, como el IOR. Los títulos entraron en el Instituto o bien para confluir en depósitos, o bien para ser vendidos al IOR o cobrados en bancos externos, ocultando los títulos de inminente vencimiento a través del Instituto. En ocasiones, De Bonis pidió que le entregaran títulos tras haberlos adquirido con fondos procedentes de las cuentas citadas arriba (en particular la Fundación Spellman y el Fondo Di Jorio), en las que había ingresado los beneficios obtenidos de la venta de otros títulos o dinero en efectivo. Por tanto, se produjo el «intercambio de títulos por títulos» y el «intercambio de efectivo por títulos», es decir, casos de «blanqueo» de dinero.[2]

No faltan ejemplos y todos se detallan. En la cuenta de la Fundación Spellman se registraron intercambios relevantes de títulos realizados en el mismo día en al menos cuatro ocasiones. Por ejemplo, el 25 de enero de 1991 se realizaron intercambios por un monto de 6000 millones de liras. El 17 y el 23 de octubre de 1992 se ingresaron certificados por un valor de 3000 millones a la vez que se retiraban 4500 millones. En el mismo periodo De Bonis, «utilizando las referencias contables de la Fundación Spellman y del Fondo Di Jorio, presentó al cobro a través del IOR unos cupones por valor total de 5400 millones de liras».[3]

Pero hay algo peor. El recuento de los títulos no cuadra. Los fiscales disponen solo de un fragmento de la verdad. Tienen un listado de certificados del Tesoro y el rastro dejado por algunas transferencias efectuadas en el extranjero. Piden explicaciones sobre 234 títulos transferidos a través del IOR entre 1990 y 1993 por un total de 88 900 millones, la maxicomisión de la química italiana. Pero cuando comprueban este listado de certificados —empleados para distribuir las cantidades que indica la comisión rogatoria mediante las transferencias al banco del Vaticano citadas en los periódicos— se dan cuenta de que las fechas y los importes de los cupones no coinciden. También se utilizaron otros certificados del Tesoro. Solo ahora es evidente que en pocos años a través del IOR se monetizaron activos por un valor de cientos de miles de millones. Será preciso identificarlos todos. Hacer que los importes y los números de los certificados del Tesoro coincidan con las transferencias realizadas y señalar nuevos títulos del Estado en la respuesta a la comisión rogatoria, ampliando así el campo de la investigación. Al mismo tiempo habrá que preservar la Santa Sede de nuevas ramificaciones de la pesquisa: dos necesidades opuestas.

Resulta que solo en las cinco cuentas del IOR paralelo, abiertas por los clientes de De Bonis para el blanqueo del dinero de Enimont, los títulos monetizados son muchos más. Hay una brecha superior a 62 600 millones de liras con respecto a las listas de certificados del Tesoro manejadas por los magistrados milaneses. La suma es sencilla: más de 22 600 millones se transfirieron a través de la cuenta San Serafino de los Ferruzzi; 14 300 a través de la cuenta Fundación Cardenal Spellman; 13 400, me-

diante el Fondo Cardenal Di Jorio gestionado personalmente por el entonces prelado; 10 500, utilizando las cuentas del empresario inmobiliario Domenico Bonifaci, y 1800, con el depósito de Bisignani.

Es cierto, «estos títulos difieren en tipología y número de los que se incluyen en la lista del tribunal de Milán o en las de Bonifaci», se lee en un informe del IOR. Por tanto, no es de recibo que estén todos relacionados con Enimont, aunque «no se puede descartar que una parte, especialmente en el caso de los fondos de propiedad de los Ferruzzi, proceda de alguna provisión aún desconocida».[4] Caloia opina lo mismo. Estos certificados huelen a soborno:

> Nuevos controles están revelando el alcance de las tramas urdidas por «Roma». De forma sistemática, procedió al cobro de cupones relativos a títulos que, pese a estar en nuestro poder, pueden ser identificados y vinculados con investigaciones diferentes de la que concierne a la comisión rogatoria actual, y de todos modos no parecen libres de implicaciones delictivas. Dicho de otra forma, se teme que a las preguntas que ya hemos recibido de la justicia italiana se puedan sumar otras.[5]

También hay que enfrentarse a un problema que se plantea por segunda vez. Los títulos que entraban en el banco del papa eran enviados para su cobro o depósito a bancos externos como el Credito Italiano y la Banca Commerciale. Pero en este caso los distintos recuentos tampoco coinciden. De hecho, de los 88 900 millones de liras mencionados en la lista de certificados del Tesoro de los jueces, han desaparecido del IOR 15 600, que según la fiscalía el banco del Vaticano habría cobrado a través del Banco di Santo Spirito (más tarde Banca di Roma), junto con otros mil millones cobrados a través del Credito Italiano:

> Solo cabe temer que De Bonis haya cobrado u ordenado cobrar unos cupones para luego simular que la cifra pertenecía al IOR, sin seguir los normales procedimientos internos y cometiendo así un grave delito. Es bastante difícil pensar en un error de los bancos interesados, del Banco de Italia, de la Policía Financiera y del tribunal.[6]

En resumen, la doble contabilidad del IOR oculto crea confusión. Habrá que definir primero la actividad «oficial», luego la otra, la clandestina. «Se usa el término "oficial" porque también hay motivos para sospechar que se hayan efectuado movimientos de títulos o de cupones hacia bancos externos a nombre del IOR sin contabilizarlos o haciéndolo de forma incompleta.»[7] Aquí está, el sector más reservado del IOR paralelo.

Se avanza sobre un terreno minado. A cada paso surgen nuevas dificultades. Por si fuera poco, en el banco también deben decidir qué hacer con los certificados y los bonos que permanecen guardados en las cajas fuertes subterráneas. No se sabe cómo monetizarlos. En la Santa Sede son conscientes de que algunos de estos títulos podrían ser el fruto del pago de comisiones y de otros episodios de blanqueo. Por tanto, hay que moverse con la máxima prudencia:

> En las cámaras acorazadas del IOR se conservan cerca de 27 900 millones en títulos de deuda pública italianos, bonos y certificados del Tesoro. No son los títulos que aparecen en las listas de la magistratura, que vencieron todos entre junio de 1991 y febrero de

1992, sino de otros de distinta procedencia. No todos los números son «limpios». Antes de enviar a bancos externos los cupones para el cobro o los bonos sin cupón para el reembolso deberemos asegurarnos de quién nos proporcionó los títulos, uno por uno.[8]

Mientras tanto, en el terreno procesal una variable amenaza con hacer de detonante y amplificar aún más el escándalo. De hecho, existe el riesgo de que De Bonis sea interrogado por los magistrados. Con tal de no verse involucrado, el prelado podría acusar a la nueva directiva, que en sus informes a la secretaría de Estado ya empieza a defenderse:

> Podría intentar atribuir la responsabilidad a los nuevos gestores laicos del Instituto y acusar en particular a la dirección, al Consejo de Superintendencia y a Caloia, que no deberían considerarse responsables, puesto que no fueron informados a tiempo de la apertura de los depósitos por el director Bodio. Además, en cuanto supieron de su existencia, presionaron a Bodio y a De Bonis para que las cuentas se cerraran. No ha existido *culpa in vigilando*. Es más, ya se habían iniciado los controles internos en materia de fundaciones, cuyos resultados fueron transmitidos a la Comisión Cardenalicia.[9]

La posibilidad de que De Bonis sea llamado a declarar se hace más concreta, ya que en la comisión rogatoria la fiscalía de Milán pide conocer la identidad de la persona que trajo los certificados al banco, es decir, De Bonis: «Fue él quien ingresó los títulos y los anotó con su firma. Fue él quien casi siempre, salvo en el caso de algunos reintegros al final de la etapa de Luigi Bisignani como director, retiró las sumas en efectivo u ordenó las

transferencias».[10] Hay que ingeniárselas para mantener al ex prelado lejos de las oficinas del tribunal. Muy a su pesar, incluso sus enemigos saben que solo les queda una posibilidad: protegerlo hasta donde sea posible.

LA VARIABLE ANDREOTTI

En medio de todo esto se impone la cuestión más espinosa, causante de problemas inimaginables, que Caloia y la unidad de crisis intuyeron hace tiempo y señalaron a Wojtyla ya en marzo de 1992 sin reacciones apreciables por su parte. Se trata como siempre de la cuenta Spellman y de la «implicación de Andreotti», como se lee en el encabezado del párrafo dedicado al ex primer ministro de la DC:

> No tenemos la seguridad de que la Fundación Cardenal Spellman pueda relacionarse con la persona de Andreotti. En la documentación no se incluyen ni su nombre ni su firma. Solo hay una disposición de De Bonis que tras su muerte destina el saldo a Andreotti [...] para que siga persiguiendo las finalidades del fondo según su discreción. [...] El caso de la Fundación Spellman es más complejo. Los 4198 millones de liras obtenidos de la venta o reembolso de los títulos de la «comisión Enimont» se confunden con otras numerosas operaciones atribuibles al funcionamiento ordinario de la cuenta. En este depósito se identifican fácilmente al menos cuatro operaciones de blanqueo de títulos que, de hacerse públicas, podrían abrir nuevos frentes en la investigación. [...] Habrá que esperar a oír lo que diga De Bonis cuando lo llamen a declarar. La implicación de Andreotti podría evitar consecuencias penales más

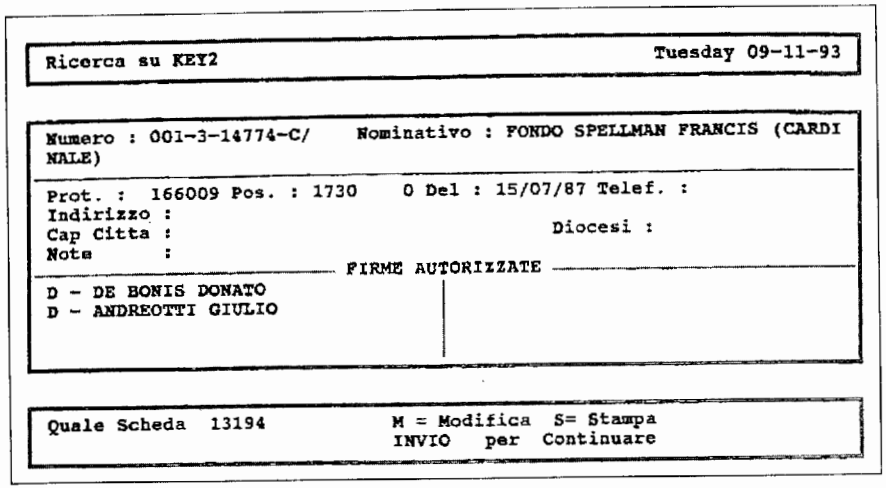
graves para De Bonis (se excluiría la apropiación indebida de los 4198 millones de la comisión Enimont), pero tendría repercusiones enormes. Hasta ahora Andreotti no se ha visto salpicado por el caso Enimont. [...] De Bonis no actuó en nombre del Instituto, sino como representante de los titulares reales de los fondos, que nunca se personaron. Fue su hombre de confianza. Otras preguntas de la magistratura acerca de los movimientos de la cuenta Fundación Cardenal Spellman podrían destapar nuevas ramas de la investigación.[11]

Con la mirada puesta en la comisión rogatoria, la parte final del informe plantea escenarios preocupantes y da indicaciones sobre qué decir a los jueces, cómo y cuándo.

A la hora de formular la respuesta habrá que tener en cuenta que, si es cierto que Garofano entregó títulos de la comisión Enimont a Andreotti, como dijo en una ocasión De Bonis, él mismo ya podría haber informado a los jueces milaneses al respecto.[12]

En realidad nadie acusa al líder político, que nunca se verá involucrado en el escándalo. A lo largo de la investigación solo se le nombra por ser el referente de una corriente de democristianos acusados de recibir sobornos, pero que saldrán absueltos en el juicio.

Así que se desestimarán las dudas manifestadas en el informe sobre una posible involucración de Andreotti. Entonces, el 9 de noviembre, Dardozzi acude al banco para conocer la verdad sobre la Fundación Spellman. Pide que le impriman la ficha de la cuenta Fondo Spellman Francis a través del sistema de búsqueda contable interna Key2. Desconfía de los rumores, de los informes.


Ricerca su KEY2 Tuesday 09-11-93

Numero : 001-3-14774-C/ Nominativo : FONDO SPELLMAN FRANCIS (CARDINALE)

Prot. : 166009 Pos. : 1730 O Del : 15/07/87 Telef. :
Indirizzo :
Cap Citta : Diocesi :
Note :

FIRME AUTORIZZATE

D - DE BONIS DONATO
D - ANDREOTTI GIULIO

Quale Scheda 13194 M = Modifica S= Stampa
INVIO per Continuare

El documento bancario que revela que entre las firmas autorizadas de la cuenta Spellman se encuentra también la de Giulio Andreotti.

Quiere saber de una vez por todas quién es el beneficiario de aquella cuenta que provoca miedo y reservas entre los eclesiásticos. La amarga y temida sorpresa llega en pocos segundos. Las firmas autorizadas son dos: «De Bonis Donato» y «Andreotti Giulio». Los riesgos son altísimos, con posibles efectos catastróficos para la imagen del Vaticano y para su aliado más estrecho y poderoso entre los políticos italianos, desde siempre cercano a los papas, y hasta ahora al margen de las investigaciones y de la tormenta de Manos Limpias.

Son reflexiones y temores comunes en los palacios pontificios. En esos días también lo son para Caloia, que vislumbra el ocaso del CAF, el eje político formado por Craxi, Andreotti y Forlani. Pensamientos y preocupaciones que como siempre comparte con Sodano en una carta del 29 de octubre de 1993, que despeja cualquier duda sobre la estrategia en defensa de Andreotti y sobre lo que conviene revelar a los fiscales de Milán. Caloia adopta las

precauciones habituales y usa los términos cifrados que ya conocemos, «Roma» para referirse a De Bonis, «OMISSIS» para el ex presidente del Consejo Andreotti, y «Spell» para la cuenta a nombre de la Fundación Spellman:

> Eminencia reverendísima, le expongo mis consideraciones tras la entrevista que me concedió la mañana del 27 y tras volver a examinar el material a nuestra disposición.
>
> La actitud de responsable colaboración que abrazamos públicamente (con reacciones positivas también y sobre todo en el extranjero) nos impide eludir la pregunta sobre quién nos entregó «materialmente» los títulos incriminados. De allí que resulte imposible ocultar el nombre de «Roma». Esto en lo referente al haber. Con respecto al debe (me refiero a las transferencias efectuadas principalmente por el mismo «Roma»), nuevas reflexiones nos llevarían a descartar la implicación de OMISSIS, mientras que sí hay elementos que apuntan a los otros dos integrantes del llamado CAF. OMISSIS podría verse implicado por los ingresos de «Roma» en la cuenta Spell. Aquí «Roma» pecaría dos veces: por haber traído el material incriminado y por haberlo abonado en la cuenta que tenía a su nombre (aunque solo la administrara por cuenta de OMISSIS). En conclusión, también en lo referente al debe no es prudente silenciar los envíos realizados en el extranjero por los motivos siguientes: todo lo relativo a las remesas ya se ha detallado en *L'Espresso;* los pagos no comprometen a OMISSIS; estos podrían salir a la luz (si no ha ocurrido ya) en el juicio en curso en Milán que ve imputado al personaje que dirigió la operación incriminada y que obedecía las órdenes de los demás políticos, posibles destinatarios de las remesas.

En otras palabras, se puede informar a la fiscalía de las transferencias internacionales porque parece que no beneficiaron a Andreotti y, de todos modos, son datos conocidos por los jueces porque ya aparecieron en la prensa. En cambio, hay que extremar las precauciones para las transferencias destinadas a cuentas del Instituto. Empezando por la Spellman, que relaciona a De Bonis con Andreotti:

> Esta función de representación de terceros podría exponerlo a consecuencias penales. Es ciudadano italiano y como mínimo se le podría exigir que demostrara su buena fe (en sentido jurídico) a la hora de actuar como lo hizo. En caso de que se atribuya la titularidad de la cuenta Fundación Cardenal Spellman, deberá demostrar por qué llegó a tener títulos que le reportaron ganancias de 4198 millones de liras. No hay pruebas de que recibiera dinero en beneficio personal (lo habría abonado en la cuenta Fondo Cardenal Di Jorio). Sin embargo, el 1 de agosto de 1991 nos cedió títulos por un valor de 300 millones de liras cuya numeración es consecutiva a la de otros certificados incluidos en el elenco del tribunal de Milán y en el que nos entregó Domenico Bonifaci.[13]

Pierde credibilidad la hipótesis, aún defendible, de que el entonces prelado del IOR depositara el dinero en la cuenta Spellman sin que Andreotti lo supiera, en su propio beneficio o para eludir los controles y las miradas indiscretas. Una jugada audaz para asegurarse las protecciones necesarias tras ser descubierto. De hecho, la gestión fiduciaria de un depósito permite utilizarlo para transferir cualquier importe. Pero esta posibilidad queda descartada. De tratarse de su dinero, De Bonis lo habría ingresado en otro fondo, es decir, el «Di Jorio».

Sin olvidar que, más allá de la cuestión Andreotti, la «noticia de que servimos de trámite para transferir la comisión Enimont es aún más grave por la cuantía del importe, por la lejanía del grupo formado por Alessandra Ferruzzi, Carlo Sama, Sergio Cusani y Luigi Bisignani del mundo eclesial, y su mucho más clara pertenencia a los ambientes laico-burgueses cercanos al Partido Socialista Italiano».[14]

Caloia, Dardozzi, Sodano, Casaroli y otros abordan estos espinosos temas para elaborar la estrategia más eficaz y zanjar el asunto Enimont. La noche del sábado 13 de noviembre de 1993 un accidente hace temer lo peor y amenaza con desbaratar sus planes. Luciano Pavina, discreto chófer al volante de un alfa romeo, acompaña al presidente del IOR Caloia a una cita en la provincia de Brescia. La berlina recorre la autopista Milán-Venecia cuando de repente, a la altura de la salida de Palazzolo sull'Oglio, otro vehículo impacta contra ella. El choque es tremendo, Pavina pierde el control y el auto da un bandazo. Caloia es transportado enseguida al hospital del centro más cercano. Pero esto no es todo. El presidente está grave y es trasladado a la unidad de traumatología del hospital de Rovato. Después de un par de horas entra en el quirófano, donde le someten a una intervención para reducir algunas fracturas. El pronóstico es de un mes. Aparecen unas breves crónicas en los periódicos. En los jardines del Vaticano y en los pasillos de los palacios apostólicos el accidente provoca conjeturas y habladurías. Vuelven a la mente las muertes sospechosas que marcaron la década de los ochenta, pero las circunstancias sugieren que solo se trata de un accidente.

En el hospital Caloia se convence de que hay que encontrar un punto de equilibrio entre las exigencias de discreción, de imagen y de defensa del banco y las demandas de la magistratura.

Así que se decide a tomar un camino ya seguido por varios de los protagonistas de la operación Manos Limpias: confirmar a los jueces la información de la que ya disponen y añadir solo elementos que podrían descubrir en breve. La estrategia ofrece numerosas ventajas en una situación de crisis objetiva: limita los daños; a través de los medios, crea una falsa imagen de «máxima colaboración», reforzando la credibilidad de los datos ofrecidos; y, lo más importante, apaga la curiosidad investigadora de los jueces. Es la única manera para que aspectos muy embarazosos para la Santa Sede pasen a un segundo término. Es la única manera para que la investigación no se extienda y sea más fácil de gestionar.

La misma postura es compartida por uno de los miembros más poderosos del Consejo de Superintendencia del banco y muy cercano a Caloia, el suizo Philippe de Weck, ya presidente del Union Bank of Switzerland (UBS) y vicepresidente del IOR. De Weck goza de la plena confianza del portavoz del Vaticano Joaquín Navarro-Valls, numerario del Opus Dei desde 1959. En la reunión del Consejo del 17 de noviembre el IOR prepara sus defensas y su contraataque, y decide a grandes rasgos la línea que deberá seguir con la magistratura. De Weck en particular «recomienda contestar solo a las preguntas que se planteen sin ir más allá»,[15] se lee en la breve acta de la sesión donde se discuten las últimas «novedades sobre algunos temas sensibles», es decir, Enimont.

Al día siguiente el banquero suizo envía una carta a Caloia en la que, de un modo algo banal, pide que se cambie de nombre al IOR «para dejar claro que hemos roto con el pasado», como si bastara con un logotipo distinto sobre un nuevo papel corporativo para tapar el escándalo. También sugiere suprimir la figura del «prelado» del Instituto.

Pero eso no es todo. Para profundizar en el asunto, en la tarde del 23 de noviembre se celebra un encuentro entre Sodano, Caloia, Dardozzi y el abogado Franzo Grande Stevens. El penalista recibe el encargo de reunirse con De Bonis para que, por fin, cuente la verdad. La entrevista se prepara a fondo. Caloia redacta una carta para exigirle a De Bonis que dé explicaciones y ya a primera hora de la mañana la somete a Sodano: «Doy mi visto bueno y le remito una copia, gracias, como siempre, por su aliento y por sus sabios consejos».

El abogado es recibido por el recién nombrado obispo en el despacho de la Orden de Malta de Vía Condotti en Roma. De Bonis se muestra expeditivo. Intenta hacer las cosas más sencillas de lo que son. Y da o pacta una versión que atribuye toda la responsabilidad a Bisignani. «De Bonis me ha dicho —relata Grande Stevens a Caloia en una carta reservada escrita justo después de la cita— que los títulos en cuestión le fueron entregados materialmente por el señor Bisignani y que fue este último quien ordenó realizar las transferencias a favor de los titulares de cuentas de bancos extranjeros.»[16] Los encuentros y las conversaciones se suceden a un ritmo frenético: «Entrevista De Bonis/FGS —anota preciso Dardozzi en su agenda—, 7. Caloia/De Bonis, 8. Caloia/Grande Stevens, 9. Caloia/Castillo Lara, el 4/12/93 Martínez Somalo/Agostino [Casaroli. *N. del A.]*». En otras palabras, en esas horas «es notable el trabajo —escribirá Caloia el 4 de diciembre de 1993— para reconstruir los acontecimientos sin exponernos en exceso y con la máxima prudencia, y para reaccionar de la manera más sabia».[17]

Hay que limitar la acción de los jueces y por tanto «comprobar que las fechas de presentación por parte del IOR de los títulos incluidos en la comisión rogatoria para su venta a los bancos

italianos son todas anteriores y coherentes respecto a las once transferencias indicadas arriba»,[18] se preocupa el penalista. De hecho, la cantidad de certificados monetizados es infinita: es indispensable indicar los correctos. Pero muchos están vinculados entre sí, de modo que al indicar una parte se ofrecen nuevos y valiosos indicios a los magistrados. Habrá que asegurarse de proporcionar solo los datos de los títulos conocidos o relacionados con la información ya en poder de los investigadores.

RESPUESTAS A LA MEDIDA DE LOS MAGISTRADOS

En el Vaticano la verdad nunca es una. Ni siquiera cuando se trata de números. Y los documentos conservados en el archivo Dardozzi revelan que algunos hombres de la Santa Sede omitieron sistemáticamente información a los jueces. En lugar de la amplia colaboración prometida y aireada en los periódicos, solo se revela lo que ya no puede ocultarse. Sin indicar la cantidad real de certificados recibidos y relacionados con la comisión Enimont, que es mucho mayor que la descubierta por la fiscalía.

El primer paso se decide enseguida. Con una mentira para proteger al monseñor, el papel del ex prelado queda muy redimensionado. De hecho, no se admite que fue De Bonis quien trajo los títulos al banco y gestionó los abonos y las transferencias, exponiendo al Vaticano a innumerables problemas. En cambio, se limita su responsabilidad y la culpa se atribuye a Bisignani. En la práctica se sostiene que era el hombre de los Ferruzzi quien traía los títulos al IOR, mientras los cupones revelan que era el entonces prelado quien gestionaba personalmente cada fase de la monetización y firmaba los recibos.

También hay que cotejar la lista de los títulos con la de las transferencias y hacer que coincidan a la perfección. Los importes no cuadran. Es preciso indicar otros grupos de certificados del IOR paralelo sin levantar sospechas. En esos días sobran los borradores con posibles respuestas para los magistrados. Para no crear más confusión, incluso se ordenan siguiendo una progresión alfabética (a, b, c...). Hasta el último momento no hay acuerdo sobre cuántos y cuáles certificados incluir. Se procede a otra costosa criba: de los 62 700 millones de más, hasta 34 900 proceden de certificados con números muy sospechosos. ¿Cómo ocultarlos?

El 6 de diciembre monseñor Dardozzi teme que la situación se desmorone. Desde Milán llegan señales preocupantes: «*Achtung!* —se lee en una nota escrita a mano—, Di Pietro espera (o mejor dicho no espera) hasta el día 13». Así que decide darse prisa: a las 18.40 entrega a Sodano «el borrador de la carta del profesor Caloia al profesor Ciprotti, acordado con el abogado»,[19] es decir, el escrito para el presidente del Tribunal vaticano encargado de contestar a los jueces milaneses, estudiado con Grande Stevens.

El mensaje va acompañado de la tabla que detalla las once transferencias internacionales realizadas por el IOR: «Si no tiene objeciones, esta carta con la tabla adjunta será entregada por vía informal al profesor Ciprotti para una primera evaluación el 7 de diciembre». Sodano estudia el documento y a las 20.00 horas da su visto bueno definitivo a Dardozzi por teléfono: «Sigan adelante».[20] Al día siguiente se reúnen todos con el secretario de Estado. Pero es una salida en falso. Si se comparan los certificados entregados por la fiscalía con las transferencias destinadas a los políticos, las cantidades aún no coinciden. Así que hace falta una segunda criba y la inclusión de otros certificados que no figuran en la comisión rogatoria. No todos, pero al menos una parte de esos títulos por un valor de 34 900 millones directamente relacionados con la comisión Enimont y que ponen en aprietos a quienes gestionan el caso en el Vaticano. Otra criba definitiva situará en 23 100 millones la cantidad de certificados «del mismo tipo» monetizada por Bisignani y De Bonis de la que se informará a los magistrados.

Dardozzi y Caloia se dan cuenta de que a partir de julio de 1991 ya no hay coincidencia entre los números progresivos con los que se anotan los títulos y los de las transferencias. Dardozzi se pasa una noche entera repasando los papeles. Repite los recuentos y da con la solución:

> Las numeraciones cuadrarían si se agregara una parte de los certificados no incluidos en la comisión rogatoria: por ejemplo, 14 620 millones de liras del mes de junio de 1991 (como consta en los documentos del IOR) de un total de 23 170 efectivamente presentados (no contemplados en la comisión rogatoria). De esta forma, los totales de las anotaciones y de las transferencias ascenderían a: 103 600 millones (nominales), equivalentes a unos ingresos de 107 000 millones, y 96 600 millones salientes. La diferencia de unos 10 000 millones puede justificarse de dos maneras: o bien con un depósito de 10 000 millones en el IOR (en la cuenta Bonifaci), o bien con otros tantos reintegros en efectivo (por parte de Bisignani), como consta en realidad.[21]

El compromiso está cerca. Sin embargo, indicar una cuenta de propiedad de Bonifaci se considera poco seguro para el IOR. Podría plantear nuevos escenarios y abrir una brecha que permitiría descubrir la actividad del banco: «Declarar la existencia de 10 000

millones en certificados del Tesoro presentados por Bonifaci lo expone a todas las consecuencias presentes y futuras. Por un lado, garantiza la credibilidad de la respuesta; por otro, pone de manifiesto la existencia de "reservas" (¿cuentas?) dentro del Instituto».[22] Un hecho que podría provocar nuevos controles y rogatorias. Por tanto, se estima más seguro hablar de reintegros en efectivo: una respuesta definitiva que satisface toda curiosidad.

Para que las cantidades y las fechas coincidan a la perfección se realizan algunas pruebas. En el borrador se incluyen unos certificados por un monto de 14 000 millones de liras, que se anotan en el haber. En el debe, las transferencias pasan de once a doce.

Se trabaja siete días a la semana. Pero la estrategia de la omisión se vuelve operativa solo tras el encuentro del domingo 12 de diciembre de 1993 entre Dardozzi y el abogado Grande Stevens, celebrado después de la audiencia del día anterior en la secretaría de Estado. El monseñor da cuenta al penalista de las dudas que aún existen dentro del Vaticano sobre la necesidad de indicar certificados no incluidos en la comisión rogatoria. ¿Por qué dar más noticias a la fiscalía con la posibilidad de que se abran nuevos frentes? El abogado es muy claro. Durante el encuentro no se mencionan nobles razones de transparencia. La elección parece obligada:

> El abogado me confirma que es necesario añadir un número de certificados no incluidos en la comisión rogatoria de modo que la cantidad progresiva de las anotaciones coincida con la cantidad progresiva de las transferencias. En el periodo de julio de 1991, sin agregar esa parte (14 620 millones de liras), el total de anotaciones resultaría notablemente inferior al de las transferencias.[23]

Por esto, en los borradores redactados hasta ahora hay que introducir «el elenco de las transferencias convenientemente modificado en la última columna (destinatario) y añadir una transferencia (que en la serie cronológica será la primera)».[24] En definitiva, es indispensable que aparezca una transferencia internacional que se pretendía ocultar hasta el último momento.

Es la misma transferencia de 2 212 000 dólares efectuada el 23 de enero de 1991 en la Trade Development Bank de Ginebra a favor de la cuenta FF 2927 desde el depósito Fundación Spellman. La fiscalía cree que ese dinero se destinó a exponentes de la DC de Roma cercanos a Andreotti, como Vittorio Sbardella y Giorgio Moschetti, hasta que en junio de 1994 el agente de cambio Giancarlo Rossi declara haber gestionado esos fondos directamente por cuenta de Bisignani, eximiendo de toda responsabilidad a los principales referentes políticos de Andreotti en Roma.[25] Sobre esta cuestión Dardozzi guardó en su archivo algunas notas de contenido críptico: «Pequeño pájaro (de Grande 30/12/93) Teal SS Moschetti – cuñado de Sbardella» y: «Pioselli (!) (cf Gibellini) – Andreotti – Chicco».

Así es como las transferencias pasan de once a doce. Los documentos del archivo Dardozzi son elocuentes. En la primera respuesta informal al Tribunal vaticano del 9 de diciembre las transferencias son once. Dos días después, en la misma lista que acompaña el nuevo escrito se añade otra orden de pago. También es necesario sumar 14 600 millones de liras a los certificados indicados por la fiscalía a fin de formular una respuesta coherente, aunque llena de omisiones y lagunas. En cambio, se rechaza enseguida el documento «Borrador, IV versión» en el que se declara que «Bisignani presentó otros títulos del mismo tipo por un valor nominal de 23 170 millones». El borrador termina en la papelera.

En la fiscalía de Milán el nerviosismo aumenta. Ya han pasado dos meses desde el envío de la comisión rogatoria y todavía no ha llegado ninguna respuesta. Di Pietro telefonea dos veces al Vaticano e intenta incluso abrir un canal personal, al margen de la actividad de investigación. El 11 de diciembre el fiscal llama al IOR y anuncia su próxima visita a Roma. Según los apuntes de Dardozzi, dice que «él mismo podría pasar a buscar la respuesta».[26] Durante su encuentro del domingo 12 de diciembre, Dardozzi pide explicaciones sobre esta actitud a Franzo Grande Stevens, quien no se muestra sorprendido: «Desde Milán tienen prisa por recibir la respuesta, que conviene remitir cuanto antes».[27]

El 16 de diciembre será Caloia quien cuente a Sodano que «Di Pietro se ha puesto en contacto con el señor Gibellini, una vez más excusándose con el hecho de que supuestamente son vecinos y sobre todo de que sus esposas se conocen (¡no sé desde cuándo!). El fiscal ha presentado sus quejas porque aún no ha recibido nada. Se han dado algunos pasos para acordar unos encuentros informales». Pero a Gibellini le reconducen enseguida: no hay que reunirse con Di Pietro.

ESOS CERTIFICADOS ESCONDIDOS

Por fin, el 13 de diciembre, la respuesta a la comisión rogatoria está lista para ser enviada a Milán. Al final se ha optado por responder a la pregunta sobre los 88 900 millones de liras y por incluir certificados por 14 600 millones más, como imponen los recuentos si se quiere que los importes coincidan. Se ocultan al menos cuatro ingresos realizados entre enero y octubre de

1991 y que suman 8500 millones más en certificados monetizados a través de las cuentas Spellman, San Serafino y Jonas Foundation.

En su respuesta a los jueces Caloia es telegráfico. En doce líneas resume la tesis acordada: fue Bisignani quien entregó todos los certificados del Tesoro y los recuentos indican que, además de los 88 900 millones, el IOR manejó títulos por otros 14 600. Todo el dinero acabó en cuentas extranjeras a través de doce transferencias. Se adjuntan dos listas «depuradas», mucho menos completas con respecto a las versiones iniciales. Se omiten incluso los nombres de quienes gestionaron estas comisiones en el extranjero.

Es un golpe maestro. La prensa anuncia que la Iglesia ha superado su cerrazón y el Vaticano se apunta un tanto. Se habla de «*glasnost* vaticana»: «Por primera vez —escribe Gianluca di Feo en el *Corriere della Sera* del 22 de diciembre de 1993—, el IOR colabora con la justicia italiana y entrega los documentos relativos a los 93 000 millones de la maxicomisión Enimont. La brecha de la Puerta Pía... Un milagro inesperado». El presidente de la Comisión de Vigilancia, el cardenal Castillo Lara, es quien se entrevista con los medios. Se declara «muy satisfecho por la seriedad de la operación y por su gran transparencia. Hemos colaborado con la autoridad judicial italiana sin reticencias». Por supuesto, culpa de todo al grupo de Rávena.

¿Los Ferruzzi? «Nos han utilizado. Hoy somos objeto de una campaña difamatoria.»[28] Casi cada día Castillo Lara intenta hacer pasar al IOR por víctima, afirma que nadie sabía que ese dinero procedía de los fondos de Montedison o, peor aún, de unos sobornos,[29] se pensaba que era parte de los bienes personales de los cónyuges Sama.

Los Ferruzzi presentaron esa cantidad como un fondo destinado a obras benéficas, aprovechando la cláusula del reglamento interno que establece que basta con destinar los intereses a fines caritativos. No hay duda de que hubo condescendencia dentro del Instituto, pero desde el IOR rebaten que una cosa es conceder el «favor» de abrir un depósito, otra es la finalidad del conjunto de la operación Ferruzzi, que nadie podía conocer. De todos modos, los funcionarios proporcionaron con rapidez todos los elementos necesarios a sus superiores.[30]

¿Y De Bonis? ¿Tal vez tenga algo que temer de la justicia italiana? «No infringió ninguna ley —sigue cándido Castillo Lara—, estoy seguro de que no sospechaba cuál era la auténtica finalidad de esos fondos. Además, en la época de los hechos era funcionario de una entidad central del Vaticano y por consiguiente no perseguible por parte de un Estado extranjero por el ejercicio de sus funciones.»[31]

El mensaje es claro: el artículo 11 del Tratado de Letrán, por si alguien lo había olvidado, concede una inmunidad especial a todos los funcionarios de los órganos centrales de la Santa Sede. Como enseña Marcinkus.

ACLARAR LAS COSAS

Sin embargo, entre los muros leoninos, bien sea por amor a la verdad, bien sea por juegos internos, crece el frente de quienes quieren que se aclaren las cosas. De hecho, el vicepresidente del IOR De Weck, respaldado por el consejero Theodor Pietzcker, director de Deutsche Bank y antiguo protegido del banquero

Hermann Abs, pide una reconstrucción de los hechos. El 23 de diciembre envía una carta confidencial al rojo vivo a Caloia, donde aparecen hasta dieciocho signos de interrogación que marcan otras tantas embarazosas preguntas sobre el caso Enimont y sobre las fundaciones del IOR paralelo: ¿quién conoce su existencia?, ¿quién se ha beneficiado de él?, ¿qué mecanismos se utilizaban para constituir las fundaciones? El venezolano Castillo Lara propone celebrar un juicio interno. Quiere que se llame a declarar a De Bonis, al ex director general Bodio y a los funcionarios del IOR, pero Sodano le convence de que un procedimiento interno tendría consecuencias impredecibles. Entre otras cosas, porque todos los días el Vaticano es noticia en los periódicos con un duro cruce de acusaciones. Carlo Sama cifra en 9000 millones de liras la cantidad que el IOR cobró por blanquear el dinero de Enimont. Bisignani, tras tres meses huido de la justicia, vuelve a Italia y llena páginas enteras de actas judiciales: «¿El dinero de los Ferruzzi? No creía que fueran comisiones ilegales, sino reservas».

Los golpes de efecto inesperados no se terminan aquí. El caso Enimont se convierte en una pesadilla por entregas que angustia a los inquilinos de los palacios pontificios. De hecho, en aquellas semanas la Policía Financiera descubre otros 3000 millones en certificados del Tesoro de la reserva de Bonifaci que fueron «lavados» en el banco del Vaticano, y que se suman a los 88 900 millones ya contestados. Así que hay que repetir todos los recuentos. Comparándolos con los datos indicados en la respuesta a la comisión rogatoria, los jueces consiguen demostrar que entre enero de 1991 y finales de marzo de 1992 en el IOR se monetizaron títulos por más de 107 500 millones de liras.[32] Algo no cuadra. La fiscalía de Milán intuye que la respuesta que le han

enviado es parcial. El 20 de diciembre de 1993 los magistrados solicitan nuevas comisiones rogatorias a Suiza y Luxemburgo para cruzar la información. Entre otros motivos, porque tras la aparición de los nuevos certificados, por un monto de 107 500 millones, ya tampoco coincide la suma de las doce transferencias, que asciende «tan solo» a 93 700 millones. Hay un agujero de 13 800 millones. A estas alturas, no solo la fiscalía, sino también los magistrados que trabajan en el juicio contra Cusani, ya a punto de concluir en Milán, quieren saber dónde ha acabado ese dinero. Por esto, a mediados de enero de 1994 envían dos nuevas comisiones rogatorias al Vaticano. El presidente del tribunal que juzga a Cusani, Giuseppe Tarantola, pide «si el contravalor de los títulos negociados en los bancos extranjeros que se mencionan en el anexo a la respuesta a la comisión rogatoria incluye todos los títulos entregados por Bisignani o solo los que detalló la fiscalía de Milán». Claro, se trata solo de los que indicó la fiscalía. Pero Tarantola nunca recibirá esta respuesta.

Las nuevas solicitudes crean malestar en el mundo católico. De forma inesperada, *Vita pastorale,* el mensual de la editorial católica San Paolo dirigido a los sacerdotes italianos, pide que se llegue al fondo del asunto: «Todo miembro del pueblo de Dios —se lee en el editorial— tiene el derecho-deber de comprender los distintos aspectos del caso (los miles de millones de Enimont) y de atribuir las respectivas responsabilidades, para poder dar, como suele decirse, a cada uno lo suyo».

«Es un goteo de noticias incesante —monta en cólera Grande Stevens, que enseguida coge papel y bolígrafo y envía a Dardozzi un primer borrador de respuesta a la nueva comisión rogatoria—, de acuerdo con la voluntad ya expresada por la Santa Sede de no oponerse y de colaborar en la búsqueda de la verdad.»[33]

Pero Grande Stevens no consigue ocultar su amargura. «No te escondo que este goteo de noticias y de sucesos no beneficia la imagen del Instituto», afirma. «Sería oportuno organizar un sistema eficaz de control general y pedir información sobre todas las operaciones pasadas que puedan provocar sospechas.»[34] Luego el abogado solicita un nuevo encuentro clarificador con De Bonis para que revele todas las operaciones secretas. En vano.

De hecho, no basta con reorganizar el banco para que salga a la luz todo el entramado del IOR paralelo. Pese a que las dimensiones o al menos los límites de la «criatura» del prelado ya se conocieran desde marzo de 1992, las primeras medidas operativas para garantizar un control exhaustivo de las actividades del banco no se ponen en marcha antes del invierno de 1993, tras empezar la informatización integral del Instituto. Se da inicio a la «reorganización completa del servicio interno y a la actividad de la oficina interna de revisión».[35]

En enero de 1994 se introduce el servicio de Tesorería única, «responsable del control de las fuentes y del uso que se da a la liquidez del Instituto», como se lee en las tres páginas del documento de orientación del organismo redactadas el 17 de diciembre de 1993. Se pretende abrir una nueva etapa, con una dirección unificada de las actividades financieras del IOR. La recién creada oficina será dirigida por Mario Clapis, ya jefe de la oficina de títulos, que en el penoso asunto Enimont estuvo siempre del lado del presidente del IOR. La reforma coincide con la contratación de una decena de nuevos empleados y con la venta de unos bienes inmuebles en las colinas de Frascati y Rocca di Papa, considerados costosos y difíciles de mantener. La tarea de Clapis es delicada: de hecho, el tesorero «negocia por cuenta de los depositantes, en nombre del Instituto y en estrecha colabora-

ción con el servicio de valores, los instrumentos financieros o monetarios más eficaces para mantener el equilibrio de liquidez o que mejor se ajusten a las necesidades de los depositantes».[36] El paso siguiente será una conexión de última generación con los mercados bursátiles de todo el mundo. Por esto, el IOR pedirá a la Gobernación el permiso de instalar una antena parabólica de 85 centímetros de diámetro, colocada a poca altura del suelo y oculta en el balcón que se abre sobre el Patio del Mayordomo. En febrero de 1994 Clapis recibirá un sofisticado ordenador con decodificador de satélite y el servicio Money Center for Windows en conexión con las bolsas Amex, Nyse, Nasdaq, Ceg, Cbt, Matif y la Mercantile Exchange de Chicago, entre otras, con un canon de 24 millones de liras cada seis meses.

También se realizan grandes maniobras en la dirección del banco. De hecho, desde la secretaría de Estado aún no se deciden a designar al sucesor de De Bonis en el cargo de prelado del IOR. Entre los candidatos encontramos al propio monseñor Dardozzi, atento conocedor de los puntos débiles del banco, que cuenta entre sus sostenedores a pesos pesados como el abogado del Vaticano Franzo Grande Stevens. En varias ocasiones el penalista anima a Dardozzi a que presente su candidatura.

El 12 de enero de 1994 le escribe: «1) Nombrar a un prelado intachable de probada experiencia (¿R.D.?). 2) Nombrar al abogado secretario del Consejo y asesor legal del IOR». «Te recuerdo —escribe el penalista en otra carta a Dardozzi el 5 de febrero de 1994— que sería oportuno que el prelado fueras tú y que hay que acordar el nombre del presidente del colegio de auditores.» Si el monseñor ocupara el cargo vacante, se uniría a Caloia para impulsar la renovación. Pero el proyecto fracasa. Las primeras indiscreciones en los periódicos[37] ya habían indicado un fuerte

respaldo a la candidatura de monseñor Gianfranco Piovano, jefe de la oficina administrativa de la secretaría de Estado. Dardozzi las recibe como un jarrón de agua fría. El monseñor cree reconocer ciertos mensajes en algunos avances periodísticos. De hecho, le parece «fácil adivinar la identidad del autor o del inspirador que considera que ya es el momento de "jugar" con sus cartas boca arriba». Ya el 28 de diciembre de 1993 había escrito a Sodano «con devoción y respetuoso afecto»:

> Puede que él ya se haya asegurado protecciones ilustres dentro de la propia secretaría de Estado. [...] Para el cargo de prelado no hay que escoger a un banquero, sino a una persona de bien que conozca el trabajo del Instituto para poder garantizar la más absoluta transparencia de su conducta en el seno de un organismo tan delicado, por desgracia siempre tan «controvertido», con razón y desde hace demasiados años. Las diversas complicidades que ejercieron su influencia nefasta sobre el organismo causaron los escándalos que conocemos. El organismo se ha prestado de forma más que apreciable a operaciones en el límite de lo legal, y que incluso lo traspasaban, hasta rozar el desastre. La candidatura que se está preparando de modo encubierto no es la adecuada. Hay que desestimarla por completo. Hace falta una persona, un sacerdote, que sepa estar en su lugar y ejercer su *munus* específico. La sustitución del prelado es urgente porque si se demora este «hueco» tan apetecible se cerrará «mal».[38]

Las presiones ejercidas sobre Sodano surten el efecto esperado, se bloquea la candidatura de Piovano y se suspende el nombramiento del nuevo prelado. El cargo quedará vacante durante muchos años.[39] Por su parte, el director general Gibellini conser-

va su puesto, aunque se encuentra en una especie de limbo y está casi desautorizado. Para esta operación de limpieza, Caloia y Dardozzi confían en su vice, Lelio Scaletti.

Desde Suiza llegan nuevos quebraderos de cabeza. Tras recibir una notificación de los colegas de Milán, la fiscal pública del cantón Tesino Carla Del Ponte embarga la cuenta Charity Fund abierta en el Banco de Lugano en la homónima ciudad suiza. En ese depósito se ingresaron casi 2000 millones de liras que según los investigadores formaban parte del dinero de la comisión Enimont, un movimiento vinculado a otras dos operaciones con dinero sucio del mayo siguiente. Del Ponte sospecha que se trate de la comisión que el IOR cobró a los Ferruzzi por el servicio prestado, y piensa poder descubrir cuánto ganó el banco del papa en este oscuro episodio. Además, la cantidad de 2000 millones coincide con aquel 2 por ciento que Castillo Lara indica como comisión ordinaria aplicada a los títulos.[40] Sin embargo, la fiscal suiza desconoce la información que circula en la Santa Sede y que Dardozzi transmite enseguida por fax a Grande Stevens: «El Charity Fund es una cuenta del IOR a nombre del monseñor».[41] Por tanto, De Bonis se habría servido de una de las cuentas suizas del Vaticano, utilizada para transferir los capitales destinados a las inversiones en las bolsas europeas y a las especulaciones con divisas, para triangular el dinero de los Ferruzzi.

Del Ponte ni se imagina que lo que ha descubierto es una simple compensación típica de los esquemas de ocultación de dinero. De hecho, a los magistrados les falta una pieza clave, es decir, saber que al día siguiente de llegar el dinero a la cuenta del IOR en Suiza un importe análogo es ingresado en la Jonas Foundation de Bisignani en el Vaticano.

Defendido por los abogados Fabio Soldati y Franco Felder, el

IOR pide el desembargo del depósito. Al desconocerse la compensación entre Suiza y el banco del Vaticano, no se sostiene la posibilidad de que la cantidad sospechosa transferida en mayo guarde relación con la operación realizada un mes antes a través del Banco de Lugano. La sucesión temporal y el hecho de que el IOR reconozca la propiedad de la cuenta convencen a Del Ponte, que el 15 de febrero dispone el desembargo. El episodio tiene cierta relevancia. De haberse conocido la compensación realizada por De Bonis, se hubiera impuesto una nueva interpretación de los hechos y sin duda algún magistrado hubiera pedido explicaciones sobre estas nuevas idas y venidas de dinero entre Suiza y el Vaticano.

COMISIONES MILLONARIAS

Entre los muros vaticanos ahora hay que solucionar el problema de la doble comisión rogatoria. Se preparan enseguida las respuestas a ambas, preocupándose de que las entradas de certificados y las transferencias coincidan con los reintegros en efectivo efectuados por Bisignani. Los borradores ya están listos desde el 14 de febrero de 1994, pero se prefiere esperar. El juicio contra Cusani podría revelar nuevos datos en desacuerdo con la tesis de los reintegros en metálico. El 17 de febrero Caloia envía a Sodano «el borrador de la respuesta a la fiscalía de Milán, que deberá ser autorizado o rechazado a la luz de las posibles revelaciones que se produzcan en la sesión de hoy del juicio contra Cusani». El financiero, el único imputado, no tiene preparada ninguna declaración explosiva y respalda la postura oficial de la Santa Sede: «¿El IOR? Una elección obligada». Está de buen humor y se permite incluso

un chiste: «¿El IOR? Una solución que nos pareció un regalo de la Providencia. Teníamos aquel montón de títulos del Estado, la urgencia de monetizarlos y transferirlos al extranjero». Según Cusani, el banco del papa no sabía nada. No conocía la finalidad y el origen de la operación: «Lo único que le expliqué a De Bonis fue que aquellos títulos eran de Gardini y que había que transferirlos al extranjero. El IOR nos parecía una fortaleza. La comisión ascendió a 7000 millones de liras».[42]

En realidad la cantidad exacta nunca será conocida ni por los jueces ni por la opinión pública: «Según una primera aproximación —escribe Caloia a Sodano—, me atrevería a decir que la cifra real ronda los 3000 millones de liras, puesto que por desgracia el resto se destinó a particulares ("Roma" y Bisignani)». En otras palabras: el IOR no salió ganando, quienes se beneficiaron de la operación fueron De Bonis y Bisignani. Por otra parte, en el tribunal Bisignani también defiende el banco del papa: «Permítame, señor presidente, señor Di Pietro, decir algo que siento en lo más profundo de mi conciencia. Más allá de mi situación, lo que más siento es haber involucrado al IOR en un asunto como este, aunque de forma involuntaria y de total buena fe. Me limité a llevar una decena de veces los sobres al IOR. Dentro había unos papelitos con las referencias a otras cuentas». ¿Y Andreotti?, suelta el abogado de Cusani. «Me unía a él una antigua amistad —contesta Bisignani—, que nació de la que tenía con mi padre. Dentro del grupo, mantenía relaciones con el ingeniero Garofano por Montedison. Por tanto, tenía fuentes de información más directas. He de decir que la actitud de Andreotti hacia Gardini era claramente hostil.»[43]

Así que tras la vista oral del juicio contra Cusani, el 22 de febrero de 1994 el IOR puede enviar con tranquilidad a los

magistrados milaneses su última respuesta: el importe restante, un total de 14 600 millones, fue retirado por Bisignani en efectivo.

Las reacciones no se hacen esperar. El 8 de marzo de 1994 Bisignani es detenido de nuevo con la acusación de receptación, pero lo niega todo: no sabe nada de este nuevo dinero. En realidad nadie dice toda la verdad. Bisignani efectuó numerosos reintegros en efectivo por cantidades importantes, el Vaticano y sus prelados cobraron comisiones millonarias. El único que no cree en esta doble mentira es Italo Ghitti, juez tercero de instrucción en aquel periodo turbulento. Al cabo de diez días dejan en libertad a Bisignani: no puede haber retirado todo aquel dinero en metálico. «El Vaticano no es creíble», sostiene el juez, que pide a los fiscales que presenten otra comisión rogatoria para conocer los nombres de los funcionarios del IOR que gestionaron todas las transferencias y los cobros y reconstruir la verdad. Pero todo quedará en agua de borrajas.

NINGUNA OBRA DE CARIDAD

Toda esta historia está marcada por silencios, omisiones y mentiras. Avergüenza a la Santa Sede hasta el punto de que no solo se procura limitar el campo de acción de la magistratura italiana, sino también acordar las respuestas para quienes piden explicaciones sobre lo ocurrido desde dentro de la Iglesia. Entonces Castillo Lara, presidente de la Comisión de Vigilancia, vuelve a invocar la verdad. Si lo hace por amor a la justicia o por conveniencia, como en el pasado, es imposible saberlo, pero el 23 de febrero de 1994 decide poner por escrito las peticiones ya

formuladas a Caloia. Quiere un dosier sobre el caso Ferruzzi. La Comisión de Vigilancia, según escribe el cardenal venezolano, «desea recibir sin demoras un informe exhaustivo sobre la cuenta de los Ferruzzi en el IOR: ¿cuándo fue abierta?, ¿quién autorizó la apertura y con qué justificación, puesto que el llamado "Fondo San Serafino" fue abierto después de que la cuenta empezara a funcionar y cuando ya se habían realizado transferencias al extranjero?, ¿quién ordenó las diversas operaciones?». En definitiva, quiere saberlo todo.

La reacción de Dardozzi es asombrosa. A las 8.30 del 28 de febrero de 1994 envía un fax al penalista Grande Stevens con el borrador del informe sobre el caso Ferruzzi/Enimont destinado a los purpurados. El breve mensaje en la primera página del fax no deja dudas sobre su intención: «Querido abogado, aquí tienes un borrador. Sobre lo que conviene admitir o no, tú decides». El documento elaborado junto con el presidente Caloia define la estrategia usada, fija en 2 918 941 871 liras las comisiones cobradas por el Vaticano en la operación a la vez que aclara que «no consta que se haya destinado parte del dinero a "obras de caridad"»:

> Por tanto, en las respuestas a las rogatorias el Instituto no especificó ni el número ni los titulares de las cuentas donde se depositó el importe de los certificados del Tesoro. El Instituto procuró no comprometer el nombre de ninguna persona vinculada con él, es decir, que no detalló el procedimiento que medió entre la entrega de los certificados y el envío del contravalor a bancos extranjeros, y se limitó a decir que los certificados fueron entregados por Luigi Bisignani. Para ofrecer una amplia y necesaria información a la Eminentísima Comisión parece oportuno exponer lo siguiente. Las

> cuentas del Instituto en las que se depositó el contravalor correspondiente a los certificados del Tesoro son cuatro:

Cuenta	Operaciones de abono	Reintegros	Saldo amortizado
—Jonas	24 872 000 000	25 314 000 000	
—Spellman	50 180 310 982	42 932 701 938	7 337 608 984
—F. San Serafino	46 646 000 000	45 663 000 000	1 424 276 608
—c/c Transitori	38 515 399 000	38 515 399 000	

> Es necesario mencionar otras dos cuentas a nombre de Domenico Bonifaci, que se vieron directamente implicadas en el caso Enimont.

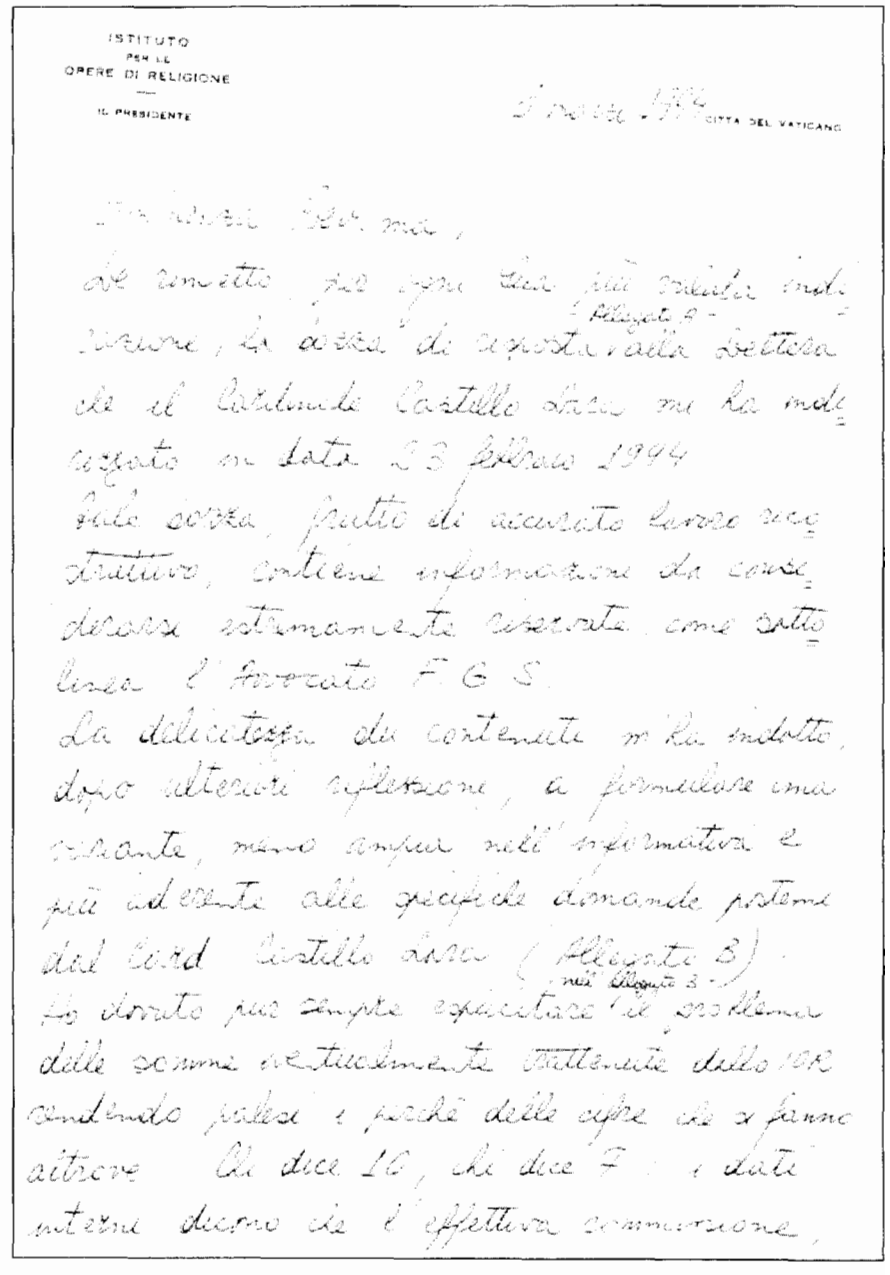
—F. Gerini	35 636 000 000	35 634 000 000	1 448 000
—c/c n. 001317624	24 077 000 000	=	24 011 000 000

La Comisión de Vigilancia no puede ser informada de uno de los aspectos más delicados del asunto (si se mira desde dentro de la Iglesia romana). Es decir, cuánto ganó De Bonis con la operación. Tanto en los periódicos como en el tribunal se repite con insistencia la cifra de 10 000 millones, que en realidad corresponde con la cantidad cobrada por el antiguo prelado: «4000 millones a cuentas a nombre de "Roma" —escribe en una nota no fechada Dardozzi—, (3 + 4 = 7, la suma indicada por Cusani) y otros 2500 millones a favor del Charity Fund (vinculado a "Roma"), más tarde destinados a otra parte (también por orden de "Roma"). Por tanto, 3 + 4 + 2,5 = 9,5 el importe sobre el que se especula».

El IOR incluso está dispuesto a encubrir a De Bonis: «Es ob-

vio que, debido a la necesidad de no implicar a personas del Instituto —continúa en su escrito Dardozzi—, el IOR se hace cargo de las cantidades retenidas por encima de unos 3000 millones de liras. Esto podría ocurrir en caso de que la fiscalía de Milán enviara otra comisión rogatoria con la intención de conocer el importe percibido en ocasión de las operaciones en cuestión». Primero se procede a preparar tres borradores de la lista, como escribirá Caloia a Sodano el 1 de marzo de 1994. El completo, incluido en el adjunto A, el resumido, en el adjunto B, y otro aún más breve, que en la versión B omite explicar por qué se habla tanto de 10 000 como de 7000 millones.

> Eminencia Reverendísima, le remito el borrador de respuesta (adjunto A) a la carta del cardenal Castillo Lara. [...] Dicho borrador, fruto de un cuidadoso trabajo de reconstrucción, contiene informaciones que deben considerarse estrictamente reservadas, como subraya el abogado F.G.S. La naturaleza tan sensible de su contenido me indujo, tras nuevas reflexiones, a redactar una variante menos amplia que la primera y que se ajusta más a las preguntas específicas formuladas por el cardenal Castillo Lara (adjunto B). De todos modos, he tenido que abordar abiertamente el problema de las cantidades que el IOR podría haber percibido y dejar claro por qué en otras sedes se barajan ciertas cifras. Algunos hablan de 10 000, otros de 7000, según los datos internos la comisión real [...] asciende a unos 2918 millones. Las cantidades mayores de las que se rumorea son sumas de las que solo puede dar cuenta el propio «Roma». Dicho lo cual, me mantengo a la espera de su consejo sobre qué documento enviar al cardenal Castillo Lara (me he comprometido a entregarlo a última hora de la mañana del miércoles 2 de marzo, es decir, mañana). [...]


ISTITUTO PER LE OPERE DI RELIGIONE

IL PRESIDENTE

CITTÀ DEL VATICANO

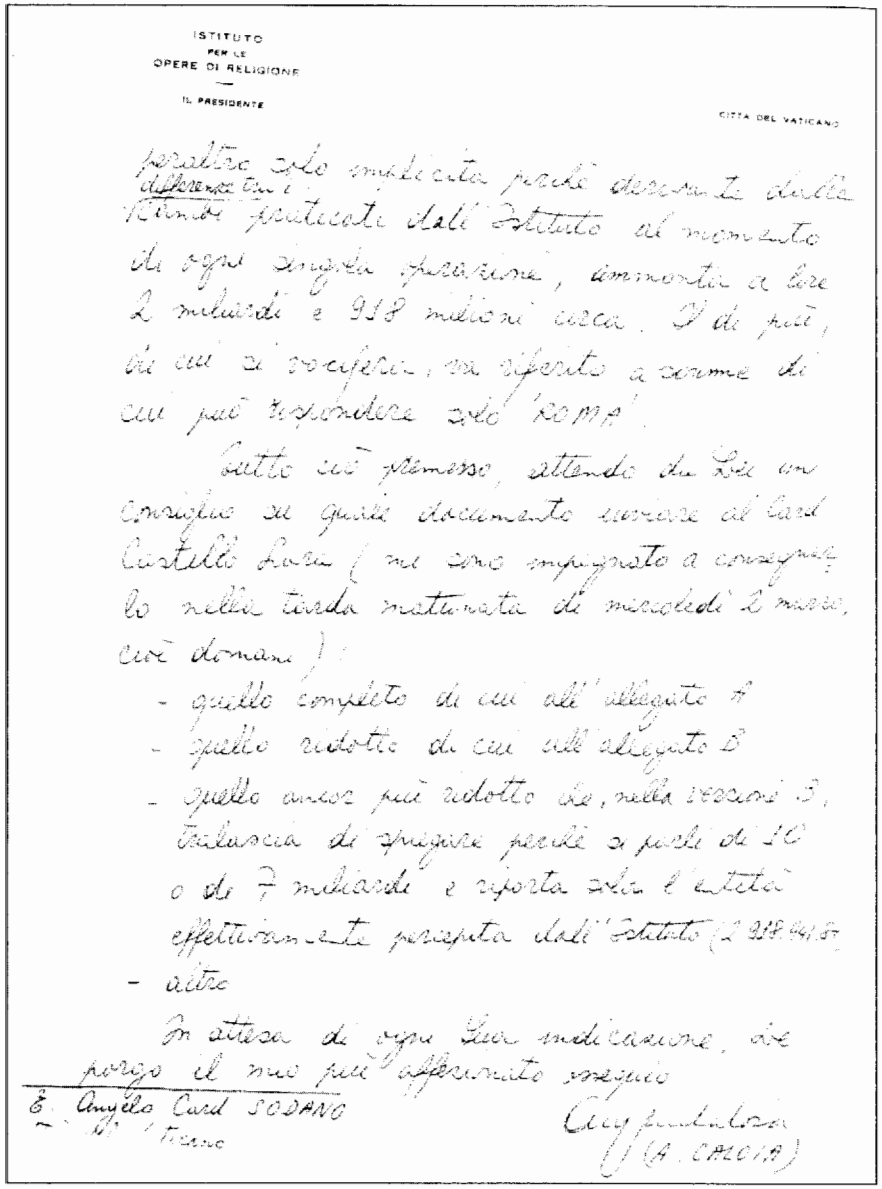
Eminenza Rev.ma,

Le rimetto per ogni Sua più solerte valutazione, la bozza di risposta alla lettera che il Cardinale Castillo Lara mi ha indirizzato in data 23 febbraio 1994 (Allegato A).

Tale bozza, frutto di accurato lavoro ricostruttivo, contiene informazioni da considerarsi estremamente riservate, come sottolinea l'Avvocato F.G.S.

La delicatezza dei contenuti mi ha indotto, dopo ulteriori riflessioni, a formulare una variante, meno ampia nell'informativa e più aderente alle specifiche domande poste dal Card. Castillo Lara (Allegato B) nell'Allegato B.

Ho dovuto però comunque esplicitare il problema delle somme indebitamente trattenute dallo IOR rendendo palesi i perché delle cifre che si fanno attorno. Chi dice 10, chi dice 7 ... i dati interni dicono che l'effettiva commissione,



ISTITUTO
PER LE
OPERE DI RELIGIONE

IL PRESIDENTE

CITTÀ DEL VATICANO

peraltro solo implicita perché discende dalla differenza tra i fondi pervenuti dall'Istituto al momento di ogni singola operazione, ammontare a lire 2 miliardi e 918 milioni circa. Il di più, di cui si occupera, va riferito a somme di cui può rispondere solo 'Roma'.

Tutto ciò premesso, attendo da Lei un consiglio su quale documento inviare al Card Castillo Lara (ne sono impegnato a consegnarlo nella tarda mattinata di mercoledì 2 marzo, cioè domani):

- quello completo di cui all'allegato A
- quello ridotto di cui all'allegato B
- quello ancor più ridotto che, nella versione B, tralascia di spiegare perché a parte di 10 o di 7 miliardi e riporta solo l'entità effettivamente percepita dall'Istituto (2 918 445
- altro

In attesa di ogni Sua indicazione, Le porgo il mio più affettuoso saluto

E. Angelo Card SODANO
Segretario

(A. CALOIA)

Carta de Angelo Caloia, presidente del IOR, al secretario de Estado Angelo Sodano sobre las distintas versiones que pueden darse del escándalo Enimont.

El documento es muy confidencial porque revela cómo el IOR y De Bonis se beneficiaron del caso Enimont. Tanto es así que Caloia transmite a todos los cardenales de la Comisión de Vigilancia la recomendación personal de Grande Stevens de no divulgar nada: «El contenido de la nota se reserva exclusivamente a sus eminencias los señores cardenales de la Comisión, cualquier indiscreción ocasionaría un daño incalculable a la Santa Sede. De hecho, el escrito deja constancia de los procedimientos y las cifras que —al no ser esenciales para la fiscalía de Milán— no se transmitieron, entre otras razones porque las comisiones rogatorias no lo solicitaban». En cambio, la trascendencia de «nombres y cifras» es evidente: con estos nuevos datos la fiscalía hubiera podido reconstruir el recorrido de todos los sobornos distribuidos tras el divorcio químico y abrir nuevas líneas de investigación.

Se podría decir que «cuanto menos se sepa, mejor». Al día siguiente Sodano da su visto bueno a la versión del dosier más incompleta entre las que se sometieron al juicio de la jerarquía vaticana. Desaparecen las cuentas de Bonifaci y el nombre de De Bonis. En un fax a Grande Stevens Dardozzi casi bromea: «Es menos extenso para no "inducir a tentación"». La «tentación» se llama verdad. No inducir a tentación significa no provocar la curiosidad de los cardenales encargados de controlar las actividades del IOR.

El 17 de marzo de 1994, los purpurados reciben el lacónico dosier con los deseos «de una Santa Pascua de paz y leticia» de parte de Caloia. Unos meses más tarde llega la aprobación de Wojtyla, como se lee en una carta del conmovido presidente del IOR a Sodano:

> El Consejo de Superintendencia del banco recibe de forma muy favorable y con suma conmoción la señal que el santo padre ha

querido enviar sobre el caso que nos incumbe. La actitud tan comprensiva y generosa del sumo pontífice se ha interpretado como un extraordinario aliciente para dedicarnos a servir a la Iglesia con aún más entrega y transparencia. El deseo de todos es que el santo padre pueda conocer la gran alegría que sentimos al saber que él sigue con tanta benevolencia nuestro trabajo.[44]

Unos días antes el Consejo de Superintendencia había fijado los puntos clave del caso en un encuentro que se anunciaba definitivo:

Podemos afirmar que monseñor De Bonis fue el único representante del IOR que mantuvo relaciones con el personal de los Ferruzzi, a su estilo. Por supuesto, la realización práctica de las distintas transacciones corrió a cargo de otras personas designadas por monseñor De Bonis. Puede ser interesante recordar que, en general, los empleados de todos los niveles consideraban a monseñor De Bonis como un punto de referencia y un nexo de unión entre la vieja y la nueva gestión. A fin de cuentas, su alto oficio, su posición, nunca cambiaron, y pasó indemne a través de todos los desórdenes que sacudieron la estructura del Instituto. También la nueva dirección (el director general Bodio) tenía una actitud de respeto y deferencia hacia él. Según el tipo de transacción acordada entre las partes, monseñor De Bonis llamaba a un recadero, a un cajero o a un director y le daba las instrucciones necesarias. Resulta imposible demostrar si dichas personas mantuvieron o no algún tipo de contacto personal con los representantes de los Ferruzzi en esta fase. Algunas podrían haberlos tenido en presencia de monseñor De Bonis, pero, hasta donde nos es dado saber, nunca a solas.

AVALANCHA DE TÍTULOS EN LA CUENTA «SPELLMAN»

El 28 de abril de 1994 Sergio Cusani es condenado a ocho años de cárcel y a pagar una indemnización de 168 000 millones de liras. El 5 de julio de 1994 se inicia el juicio por el caso Enimont, que toda la prensa italiana define como «el juicio del siglo», la «Nuremberg italiana». El presidente del tribunal Romeo Simi de Burgis ya ha sido conquistado por el fiscal: «¿Di Pietro? Es un héroe».[45] En el banquillo se sientan los políticos que, gracias a Cusani, Sama y Bisignani, son acusados de haber aceptado sobornos: Bettino Craxi, Arnaldo Forlani, Paolo Cirino Pomicino, Renato Altissimo, Umberto Bossi, Giorgio La Malfa y Claudio Martelli. Entre los imputados no figura ningún sacerdote. Bisignani pide llamar a declarar a todos los cardenales de la Comisión de Vigilancia, empezando por Castillo Lara, O'Connor, Casaroli y Martínez Somalo, además del propio De Bonis. Pero los jueces rechazan su petición y entierran la última posibilidad de arrojar luz sobre el caso.

Tres días después, como si nada, Bonifaci confirma su pacto de acero con el Vaticano. Se persona en el IOR y entrega al recién nombrado tesorero Mario Clapis «algunos extractos del interrogatorio en curso en Milán» para que se los dé al vicedirector Scaletti. Es el acta de su deposición en el juicio contra Cusani. Un gesto de cortesía. Para el empresario es importante no dejar de cultivar sus relaciones con la orilla derecha del Tíber. Confianza, favores e intereses se mezclan en la relación entre De Bonis, Bonifaci y Castillo Lara, se pierden en el pasado e impiden ver las cosas con claridad. Lo que es cierto es que esta es una de las relaciones que permitieron al antiguo prelado proteger hasta el final el sector oculto del IOR y sus operaciones más reserva-

das. Pero ahora la red ya casi ha dejado de existir. A finales de julio, Caloia recibe el respaldo del entonces monseñor Giovanni Battista Re y de los cardenales Casaroli y Martínez Somalo: «Todos me han reconfortado. También ha sido muy bonito el encuentro con monseñor Stanislao [Dziwisz. *N. del A.*] en Castelgandolfo. He de sentirme agradecido por este inmerecido apoyo»; también se declara «deudor de la máxima comprensión y del valioso aliento» recibidos de parte de Sodano.[46]

El juicio por el caso Enimont se cerrará en octubre de 1995 con la condena de casi todos los treinta y dos imputados, entre los que se encuentran políticos como Bettino Craxi, Renato Altissimo, Umberto Bossi, Arnaldo Forlani, además de los mismos Giuseppe Garofano y Carlo Sama. El Vaticano nunca devolverá el dinero encontrado en las cuentas o atribuido a De Bonis. Solo se recupera una modesta cantidad de la comisión.

Sin embargo, en el verano de 1997 el amigo y cuentacorrentista Bonifaci vuelve a ser detenido por orden de los jueces de Perugia. Investigan el caso Togas Sucias, unos episodios de corrupción en el Palacio de Justicia de Roma para trasladar el juicio sobre el caso Enimont desde Milán y amañar otros procedimientos. Los investigadores de Umbría acusan a Bonifaci de haber contado un sinfín de mentiras a los magistrados milaneses:

> Bonifaci omitió títulos por un valor de 82 700 millones del total de 243 100 millones adquirido con los fondos de Montedison. Por tanto, siguiendo sus indicaciones, la Policía Financiera de Milán solo consiguió rastrear unos títulos por un monto de 160 400 millones.[47]

Una parte de estos títulos ha pasado por el IOR. Al principio se trata de una cifra relativamente modesta: 2000 millones de liras cobrados a través del IOR entre 1990 y 1991, que provocan el envío al Vaticano de la enésima comisión rogatoria sobre los certificados que el asesor fiscal Sergio Melpignano entregó a Bonifaci y que este último, supuestamente, hizo llegar a los jueces investigados por corrupción. Ahora la fiscalía quiere conocer «la identidad de las personas que autorizaron al IOR a cobrar los cupones» y «el destino del capital»,[48] y llama a declarar a Caloia. En los palacios pontificios y en el banco lo reconstruyen todo en unos días. En una nota interna del 18 de agosto de 1997 se lee:

> El 25 de enero de 1991 la caja central maneja títulos por un capital nominal de 3600 millones de liras. Una parte de los títulos fue acreditada en el Fondo Spellman. En la nota contable mencionada arriba se lee «Títulos entregados por S. E. mons. Donato de Bonis – Fond. Spellman» con las iniciales del empleado y la firma de S. E. mons. De Bonis. El 31 de enero se procedió a enviar a la entonces Banca Commerciale Italiana de Roma dichos títulos para su inclusión en nuestro dosier.

En síntesis, se trata de otra operación que De Bonis realiza con certificados del Tesoro suministrados, según la acusación, por Bonifaci y depositados en la cuenta Spellman. Una vez más, el 16 de septiembre, se contacta con el antiguo prelado para que aclare el episodio. Pero el obispo tergiversa, no recuerda, evita responder. En el archivo Dardozzi se conserva una breve nota sobre la cuestión con fecha del mismo 16 de septiembre de 1997, no firmada, muy críptica, donde aparecen tan solo las iniciales de los nombres de los posibles protagonistas. El responsable del blanqueo es indicado con una misteriosa sigla «F/Sp»:

Tras contactar con d.B., se ha descubierto lo siguiente acerca del episodio que nos incumbe:

1) No recuerda el nombre o los nombres de quienes transfirieron la cantidad indicada a través de nuestra oficina.
2) Queda descartado que el autor de la transacción sea D.B.
3) Es muy probable que tampoco se trate de L.B.
4) Existe la posibilidad de que fueran transferidos a través de F/Sp.
5) Los responsables también podrían ser otros patrocinadores de las obras de d.B. activos durante el periodo en cuestión.

¿Quién se esconde detrás de esa sigla? Es un misterio. Se puede intentar especular sobre el significado de las tres siglas: «d.B.» podría ser Donato de Bonis; «D.B.», Domenico Bonifaci, y «L.B.», Luigi Bisignani. Muy pronto los fiscales de Umbría acusarán a Bonifaci y a su asesor fiscal Melpignano de haber constituido un fondo negro de dimensiones colosales: «Una "reserva" de 445 000 millones de liras en dinero negro. Una parte (156 000 millones) engrosó la maxicomisión Enimont, sobre la que investigó la fiscalía de Milán. Otra (153 000 millones) fue utilizada por el constructor-editor para sus negocios. Una tercera, por un total de 136 000 millones, se dispersó a través de diversos canales reconstruidos por los fiscales. Al margen de estas tres cantidades solo queda un agujero negro: 22 000 millones desaparecidos sin dejar rastro».

En los meses siguientes la cantidad manejada por el Vaticano aumentará. Esta nueva línea de investigación permite a los jueces pedir explicaciones sobre 14 500 millones en certificados del

Tesoro que Bonifaci transfiere mediante el IOR. En octubre de 1998 el banco del Vaticano responderá como de costumbre: «El señor Bonifaci presentó a este Instituto los títulos indicados en dos tandas, de 4000 y 10 500 millones de liras respectivamente, y retiró el contravalor al contado». Ninguna otra referencia a directivos del banco o a cuentas del Instituto. Aun así, se trata de otro imprevisible y peligroso revés, que exacerba la tensión en los palacios pontificios. De Bonis es consciente de que le espera un lento e inexorable declive, pero está decidido a descontar todas sus letras de cambio, incluso a costa de jugar sucio.[49]

ENIMONT. EL ENCUBRIMIENTO

ANDREOTTI Y ESOS 4500 MILLONES QUE SE LES ESCAPARON A LOS JUECES

La decisión de «proteger» de alguna manera a De Bonis representa un inesperado balón de oxígeno para el ex prelado del IOR, que vuelve a dar un paso al frente. Como si en el banco no hubiese ocurrido nada. El monseñor aborda a Gibellini, el director general, y presiona para que se desbloqueen las cuentas corrientes del IOR paralelo. Le entrega dos escalofriantes declaraciones juradas. «El cardenal —escribe De Bonis en una nota del 16 de mayo de 1994, refiriéndose a Castillo Lara— me ha aconsejado que presente dos declaraciones juradas. Si no bastan, aconséjeme usted.» Más que declaraciones, parecen advertencias. El obispo jura por escrito que en la cuenta «Fundación Spellman, que yo abrí y administré, quedan 373 millones de mi exclusiva propiedad». Ahora hay que averiguar a quién pertenece el resto del dinero depositado, puesto que la cuenta tiene un saldo de 7000 millones. De hecho, De Bonis se limita a reclamar esos 373 millones más «71,5 millones en concepto de intereses», dando a entender que los 6700 millones restantes no son suyos, ya que él

no es el titular de ese depósito. Un análisis que Caloia expone en una carta a Sodano del 21 de junio de 1994:

> La cuenta Fundación Cardenal Spellman (que el ex prelado gestionó en nombre de Omissis) tiene un saldo que ronda los 4500 millones, resultante de títulos cuyos números aparecían todos en la comisión rogatoria de Milán. Es de suponer que el resto del dinero proceda de fuentes que no guardan relación con las disponibilidades o los méritos personales del monseñor. [...]
>
> Objetivamente, su petición es insidiosa: al jurar ser propietario de los 350 millones [hace referencia a los 373 millones mencionados por De Bonis. *N. del A.*], y solo de esos, «Roma» declara de forma implícita que el resto siempre estuvo y sigue estando bajo control y gestión ajena. Recae en otros (es decir, en el IOR) la responsabilidad de esos 4500 millones que podrían seguir en la diana de la magistratura italiana.

Un dinero comprometedor que sigue depositado en la cuenta Fundación Spellman. La segunda declaración es un claro mensaje de agradecimiento y un acto de generosidad interesado. De hecho, De Bonis reescribe sus disposiciones testamentarias. Tras su muerte, el dinero que quede ya no se destinará a Andreotti, como había indicado al abrir el depósito, sino que «todo pasará a ser propiedad del IOR para sus altas finalidades caritativas y estatutarias».

Por último, el ex prelado reclama la titularidad de la cuenta «Fundación mamma De Bonis, lucha contra la leucemia» y pide que le destinen una transferencia por un importe de 313 millones. Sin embargo, aquel depósito había sido alimentado con fondos de propiedad del IOR, no del obispo.

Gibellini y Perrone se consultan. Temen «al cardenal» del que habla De Bonis, que no es otro que Castillo Lara. Mientras tanto, el recién nombrado capellán de la Orden de Malta, buen conocedor de las debilidades terrenales, se emplea para presionar al maleable director. Le regala el mobiliario de su anterior oficina, que se quedó en el IOR. Gibellini no se inmuta. Al contrario, da las gracias y acepta la representación de una gavilla de trigo pintada por un artista italiano, el armario de olivo libanés y también una mesita auxiliar. Caloia se entera y se queda de piedra. A mediados de junio pone sobre aviso al secretario de Estado:

> La salida de mons. De Bonis aún no parece definitiva. Este personaje ha vuelto a presionar al director general para que se desbloqueen las cantidades depositadas en el IOR (Fundación Card. Spellman y otras cuentas cuyo titular y papel en los recientes casos judiciarios siguen *sub judice*). Frente a mi negativa inicial a cualquier reintegro, el ex prelado decidió remitirnos algunas declaraciones, aparentemente por consejo del cardenal Castillo Lara (al menos según el señor Gibellini). Me negué una vez más alegando no solo la decisión del Consejo, que ha congelado todas las cuentas, sino también el procedimiento judicial en curso. Puede ser significativo que, justo en los días en que se produjeron las presiones, también se dispuso que unos objetos de valor salieran del IOR hacia la casa del director general... Es desconcertante constatar como estos objetos son aceptados por alguien que, por su cargo, debería conocer de sobra los difíciles antecedentes y las consecuencias de ciertas conductas pasadas.

El 30 de junio de 1994 el heredero de Marcinkus vuelve al ataque. Como quien no quiere la cosa, pide que se vendan unos

certificados del Tesoro por un monto de 120 millones conservados en una de las cuentas, e intenta retirar sus acciones de la sociedad norteamericana Bozzuto's Inc. Pero se trata de certificados sospechosos. De hecho, en la cuenta de títulos del antiguo prelado, la DV 21012, se anotó un certificado cuya numeración es muy parecida a la de otro de la reserva Enimont que pasó por el depósito Fundación Spellman. Por tanto, todas sus peticiones son rechazadas.

El ex prelado está lívido de rabia, enfurecido con el presidente del IOR. Por su parte, Caloia no da ningún paso atrás, es más, explica a Sodano los motivos del bloqueo de las cuentas, expone esta negativa con pragmática claridad. No puede acceder ni al depósito Spellman ni a otros como el «Mamma De Bonis, que se alimentó mediante transferencias con dinero de la sucesión de los cónyuges Tumedei (el abogado Cesare y su esposa Alina Casalis), a través de transacciones (Vannucchini) y donaciones destinadas al IOR y no al antiguo prelado, quien de forma totalmente arbitraria desvió esas cantidades hacia cuentas bajo su control».

La gestión personal e ilegítima de los fondos del IOR no afecta solo a los legados de ricos feligreses, sino también a las herencias de los cardenales: un dinero que acaba engrosando la contabilidad paralela de monseñor De Bonis. De hecho, en esas mismas semanas, se descubre que los juegos de prestidigitación del ex prelado son infinitos. El caso más clamoroso es el de la herencia del antiguo presidente del IOR, el cardenal Alberto di Jorio, fallecido en el lejano 1979.[1] El banco fue nombrado heredero universal, pero sigue sin recibir el tesoro del purpurado, que incluye chalés, terrenos, bonos y depósitos. Es más, algunos viejos colaboradores de Marcinkus, como Luigi Mennini, vuelven a tomar la iniciativa para contrastar a Caloia y seguir gestionando aquella fortuna. Es una situación paradójica, que obliga a la directiva del banco a informar al Consejo de Superintendencia y a bloquear todas las cuentas:

> Nos han comunicado que algunas cuentas vinculadas con la herencia del difunto cardenal Alberto di Jorio en la actualidad siguen bajo la gestión de uno de los albaceas. Su eminencia el cardenal dejó un testamento (del 12 de agosto de 1953) en el que se designaba al IOR como heredero único. En el mismo documento, su eminencia nombraba como albaceas al Sr. Pellegrino de Strobel (ahora fallecido) y al Sr. Luigi Mennini. El testamento contiene una serie de indicaciones para los albaceas sobre los legados y las otras actividades que deben realizarse después de la muerte del cardenal. Más tarde, también con notas manuscritas, su eminencia amplió el contenido de estas indicaciones, atribuyendo unos poderes casi ilimitados a los albaceas, incluida la posibilidad de «modificar las voluntades expresadas con una actitud de abierta liberalidad y lealtad». En el documento del 14 de noviembre de 1968, el cardenal Di Jorio añade el nombre de monseñor D. de Bonis al de los dos albaceas ya mencionados. Finalmente, con una última nota manuscrita del 31 de julio de 1973, el difunto cardenal da nuevas indicaciones a sus albaceas sobre la donación de su chalé de Montecrescenzio, del mobiliario, de los jardines y de los cultivos a su santidad el papa Pablo VI.
>
> [...] Por lo que sabemos, el «consejo» de los albaceas nunca se constituyó y solo en tiempos recientes (febrero de 1994) el Sr. Mennini registró su firma en el Instituto para poder operar con la cuenta junto a monseñor De Bonis. Mientras recopilamos de la mejor manera posible toda la documentación, el presidente ya ha dado instrucciones para que se congelen todas las cuentas y los

depósitos aún abiertos a nombre del difunto, y para permitir solo el pago de las obligaciones vinculadas a las actividades que autorizó el propio cardenal.[2]

Frente a estas nuevas objeciones el ex prelado parece perder el control. Llama por teléfono. Lanza indirectas. Reprende. Amenaza. Hasta el punto de que el propio Caloia, el 23 de junio de 1994, llegará a denunciar que sus «visitas y llamadas resultan cada día más intimidatorias para mí y mis colaboradores más estrechos».

TRASPLANTES DE MÉDULA AL ESTILO DE BONIS

Cuentas bloqueadas, protecciones desmanteladas: la parábola descendiente de De Bonis, ya anunciada en el pasado, esta vez parece imparable. La prueba llega en el verano de 1994 de un intercambio epistolar inédito entre Caloia y el ex prelado del banco. De Bonis critica la decisión del Consejo de congelar los depósitos y pide una financiación. Para resultar más persuasivo, con alusiones al caso Calvi y su acostumbrada afectación, adjunta las pruebas de las obras benéficas realizadas y de su lucha contra la leucemia infantil:

> Aunque con amargura, he de escribirle. Si no lo hiciera cometería un pecado de omisión. La actitud del Consejo no es una maldad, sino un error. El alma de un sacerdote está curtida contra las maldades, ¡pero no contra los errores! Como ya declaré bajo juramento, la cuenta Lucha contra la leucemia en memoria de mamá De Bonis no guarda ninguna relación con el caso Cusani y sus amigos.

> No existe ninguna motivación válida para bloquearla, sobre todo por la importancia de este dinero a la hora de salvar tantas vidas de niños inocentes, enfermos de leucemia. En su momento, presenté las declaraciones del profesor Mandelli. El Consejo embarga unos bienes como si fuera un tribunal, pero no lo es. *Ultra vires.* Sin ninguna imputación, recurso, queja o notificación. Por otra parte, vuestra negativa a concederme el adelanto merece solo una palabra inglesa: *discrimination.* ¿Cómo se puede denegar un préstamo con estas garantías (ingreso mensual por parte del IOR de la totalidad de la pensión, que para la oficina también se convierte en una pequeña inversión)? Y se le deniega a un sacerdote con cuarenta años de servicio, en los que —incluso en tiempos difíciles como los del caso Calvi— se prodigó para asegurar miles de millones en cientos de depósitos, sin ningún incentivo. En el Paraíso, Dante pone en boca de san Pedro estas palabras dirigidas a un ángel: «Si debes errar, que sea por bondad». Yo repito las mismas palabras a un ángel con la «A» mayúscula. Y cuando lea esta carta frente al Consejo puede decir que confío en una «lectura de Abogado» por parte del gran vicepresidente. Gracias, Donato.

Caloia no cae en la trampa. Y el 28 de julio de 1994 responde sin amedrentarse:

> Sería poco prudente y doloroso si esta carta entrara a analizar lo que desde hace tiempo usted no se cansa de representar. Para el caso nos sirve lo que ya dije en varias ocasiones a las distintas personas contactadas por usted. No estoy en condición de derogar lo establecido por el Consejo en materia de fundaciones o cuentas sometidas a un proceso de clarificación aún en curso. Ni he recibido ninguna orden superior en sentido contrario. Sin embargo, usted,

con una argucia que conozco de sobra, me invita a «dejarme guiar por el corazón», sobre todo con sus referencias a obras de caridad a la espera de financiación urgente. Le pido que me señale alguna de estas situaciones. Haremos todo cuanto podamos para dar respuesta a las apremiantes necesidades de los promotores de estas iniciativas, sin olvidar informarles de que el mérito de nuestras acciones le corresponde a su siempre atenta sensibilidad. Le deseo unas serenas vacaciones de verano, con todos mis respetos.

De Bonis monta en cólera, pero tiene cada vez menos autoridad dentro del banco. El 2 de agosto envía un último mensaje al vicedirector Scaletti para comentar el escrito de Caloia, un mensaje que suena a despedida definitiva:

Una auténtica caricia de Dios en mi amargo verano en Roma, ensombrecido por la mortificante actitud de la oficina hacia mi persona. Te he dicho siempre que el presidente es un verdadero «señor», su carta es cortés, atenta, de gran clase. Estimo muy justa y prudente la decisión de abordar una «clarificación» sobre las fundaciones y las cuentas. Por eso mismo, siguiendo la sugerencia del cardenal Castillo Lara, pensé en enviar unas declaraciones juradas. ¿El Consejo no las ha aceptado en el marco de la propia «clarificación»? ¡No importa! Esperaré. Puede que el Consejo se arrepienta. También decidió no embargar las cuentas personales, que en total son tres:

— Cuenta en liras n.º 001.2.99765E, donde se depositó la pensión. Actualmente el saldo debería ascender a 15 millones.
— Cuenta en dólares n.º 051.3.10054W, cuyo saldo es de unos 9000 dólares.

— DV 21012 con títulos de valor bajo adquiridos por Ciocci a/c Credito Italiano con 120 millones de liras (60 de los cuales pertenecen a mi familia).

Una pregunta: ¿por qué la decisión del consejo vale para *a* y para *b* y no para *c*?

Cuando le decía al profesor que «errara por bondad» me refería a la interpretación de la decisión del Consejo, no quería que «se dejara guiar por el corazón», porque conozco su máxima rectitud profesional y moral y nunca me hubiera atrevido a presionarle. Una última observación: en la segunda parte de la carta el profesor se declara disponible a ayudarme en alguna de mis obras benéficas. Te ruego que le des mis más sinceras gracias. Tengo muchos amigos que creen en mi valiente obra y me lo dan todo. Cada trasplante de médula cuesta más de 100 millones de liras. Siempre he encontrado el dinero. No pediré nada a mi antigua oficina. De todos modos, recibo con humilde y sentida satisfacción la promesa del presidente y le ruego que incluya en las próximas selecciones del personal al Sr. Mauro Lorenzini, a quien escogí como «limpiador» un mes antes de la llegada del consejo y cuya contratación fue bloqueada por Bodio. Y a una víctima del comunismo vietnamita, una niña huida de Vietnam que encomendé a las monjas calasancias, haciéndome cargo anualmente de su mensualidad, de los libros, los gastos, etc. La superiora sor Saveria y sor Filomena, que la han criado, me dicen que es un ángel. Este año se ha licenciado en contabilidad y no puede trabajar en Italia porque no tiene la ciudadanía. Acordaos de ella cuando haya alguna vacante. Gracias. Lelio, tómate el justo descanso, cuida un poco más tu salud. Dentro de unos años, como me ha ocurrido a mí, nadie más se acordará de tus méritos (¿recuerdas la época de las «esposas»?). Con cariño y respeto, el padre Donato.

Verdades e insinuaciones se confunden en las palabras del prelado de la Orden de Malta, quien, no sin algo de razón, reclama la propiedad de algunas sumas de dinero y reivindica unas obras benéficas que le distinguieron, en su contradictoria vida, a los ojos de quienes tan solo conocían sus méritos.

En los años siguientes De Bonis se ocupa solo de los Caballeros de Malta y a partir de 1999 también de Vía Condotti en Roma, al convertirse en capellán de la calle de la moda y del lujo. Entre cenas de gala y celebraciones por la visita de los Grimaldi a Roma, pasa indemne a través de nuevos escándalos y acusaciones, como las que lanzan en 1998 dos cuñados lucanos, Filippo D'Agostino y Antonio d'Andrea. El primero denuncia sin éxito al cardenal Michele Giordano, amigo y compañero de seminario de De Bonis; el segundo desde Palermo ataca al prelado tachándolo de encabezar una «Orden de Malta paralela», capaz de controlar la vida política italiana de los años setenta. Los jueces Antonio Ingroia y Roberto Scarpinato incluyen el episodio en el voluminoso expediente denominado «Nuevos sistemas criminales», que la justicia siciliana dejó olvidado en algún armario.

También cae en saco roto la petición de los defensores del capo de la mafia Salvatore Riina, que quieren citar como testigo al prelado de la Orden de Malta en el juicio por el caso Scopelliti celebrado en Reggio Calabria. Aun así, en el otoño de 2000 el monseñor banquero consigue sorprender de nuevo a sus detractores con la visita de Juan Pablo II a los Caballeros de Malta, sus fieles parroquianos: «Dirijo mi afectuoso pensamiento —comienza Wojtyla— al señor cardenal Pio Laghi, patrono de esta soberana Orden de Malta, quien ha querido participar en la cita de hoy. Y junto a él, saludo al querido hermano monseñor Donato de Bonis, vuestro prelado». Una atención protocolaria que halaga a quien nota el peso de los años y de la enfermedad, y ya ha dejado atrás la osadía de los agresivos años noventa.

De Bonis se va sin hacer ruido. Tras los funerales secretos celebrados en una capilla del Verano, el cementerio de Roma, en los diarios italianos del 25 de abril de 2001 aparecen nueve necrológicas por «la muerte de su excelencia monseñor Donato de Bonis». Una está firmada de forma conjunta por Paul Marcinkus y monseñor Pasquale Macchi, otra por las diseñadoras de moda Laura y Lavinia Biagiotti Cigna. El único político que se despide de él de forma pública es Gianni Letta. Lo que hoy queda de Donato de Bonis es un bajorrelieve conmemorativo en la iglesia de San Antonio Abad en su pueblo natal de Pietragalla. Se encuentra a la derecha de la entrada y es de bronce. Una lástima, él tal vez lo hubiera preferido de oro.

CASTILLO LARA, EL VENEZOLANO AMIGO DE WOJTYLA

El saneamiento del IOR paralelo, la gestión poco transparente del caso Enimont y la discreta salida de De Bonis no responden a las preguntas sobre las garantías, los encubrimientos y las complicidades que condicionaron las decisiones de las jerarquías vaticanas. Ya hemos hablado de la trayectoria del prelado y de su capacidad de disimulo, de sus relaciones y de su influyente clientela, y también de aquel peculiar periodo histórico. Sin embargo, pensar que él fue el único responsable, el artífice de todo, pese a conocer los secretos de Marcinkus y tener aprendida la lección de la vieja guardia, sería simplificar demasiado.[3]

El más poderoso en aquellos años no es ni el cardenal Angelini, plenipotenciario ministro de Sanidad del Vaticano, ni Macchi,

el influyente secretario del papa Pablo VI, ni siquiera el norteamericano O'Connor, o Andreotti y sus socios. De Bonis cuenta con la benevolencia de su supervisor directo, el presidente de la Comisión de Vigilancia del IOR, el cardenal José Rosalio Castillo Lara, un personaje fundamental en el tablero de las influencias vaticanas. Una de las contadas personas que tratan directamente con Juan Pablo II, y no solo sobre las doctas reformas del derecho canónico de las que es un estudioso y un experto impulsor. Por citar un chiste que aún circula en los palacios pontificios, «la placa del Vaticano SCV es el acrónimo de *Se Castillo Vuole* (si Castillo quiere)».[4]

Castillo Lara nace en Venezuela, en la región de Aragua, una de las más atrasadas del país, el 4 de septiembre de 1922. Su pueblo natal se llama San Casimiro (que, curiosamente, es el santo protector de Polonia), un burgo rural de dos mil almas hoy convertido en una ciudad de casi treinta mil habitantes. Nieto del arzobispo de Caracas y primado de Venezuela Lucas Guillermo Castillo, Rosalio se incorpora aún joven al noviciado de los salesianos de Don Bosco en Bogotá, y con veintisiete años es ordenado sacerdote. Más tarde, se licencia en Derecho Canónico en el Ateneo salesiano de Turín, donde ejerce de profesor hasta 1957. Luego regresa a América Latina hasta que, en 1975, su nombramiento como obispo por voluntad de Pablo VI lo obliga a trasladarse a Roma. El papa le pide que se dedique a la redacción del Código de derecho canónico, una obra monumental que requiere el asesoramiento de un centenar de profesores universitarios y que no se da por terminada hasta 1983. Tras llegar al Vaticano, Castillo Lara preside diversas comisiones, desde la disciplinaria hasta la comisión por la revisión y la interpretación auténtica del Código de derecho canónico.

Figura de reconocido carisma, el venezolano recibe la confianza del papa y se convierte en una autoridad del derecho. A él recurren obispos y purpurados, que se quedan fascinados por los eruditos análisis de este sudamericano de modales bruscos pero de cultura vastísima. Creado cardenal en el consistorio del 25 de mayo de 1985, debe sobre todo a Wojtyla los cambios radicales en su vida. En diciembre de 1989 el pontífice lo designa plenipotenciario ministro del Tesoro de la Santa Sede a fin de que se ocupe de las finanzas y equilibre el reparto de poderes tras el nombramiento del laico Angelo Caloia para la presidencia del IOR. En unos meses suma cargos de absoluto prestigio, que incrementan su influencia. Es uno de los pocos purpurados en la historia de la Santa Sede, o tal vez el único, en presidir a la vez la APSA, la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica (el banco central), y la Gobernación de la Ciudad Estado del Vaticano, en la práctica, la entidad que administra tanto el Estado como la Comisión Cardenalicia de Vigilancia sobre el IOR. En resumen, una figura que reúne las funciones de ministro del Tesoro, de Fomento y de gobernador del Estado. A él se deben las obras más significativas realizadas en el Vaticano para el Jubileo del año 2000, cuando en las plantas nobles de la sede de Pro Fide, en Piazza di Spagna, el brillante arquitecto De Bonis presidía, tras las dobles puertas de las oficinas más reservadas, las reuniones sobre los trabajos de la constructora Impregilo (por entonces propiedad del grupo Fiat). Cabello azabache y lengua afilada, el arquitecto De Bonis aseguraba ser nieto del prelado Donato de Bonis.

Castillo Lara promovió obras imponentes en la orilla derecha del Tíber, como la Casa de Santa Maria, que desde 1996 acoge a los cardenales durante los cónclaves, la ampliación de los ac-

cesos a los museos vaticanos y el aparcamiento debajo de la plaza de la antigua estación del ferrocarril.

En aquellos años Castillo Lara consolida sus intereses y saca partido de sus amistades. Empezando por la de controvertidos empresarios inmobiliarios como Domenico Bonifaci, originario del pueblo de Tagliacozzo, en los Abruzos, y hoy dueño de todo un imperio, que abarca el sector editorial, la construcción y las finanzas. La misma persona que proporciona a Gardini los fondos negros en certificados del Tesoro para el pago de los sobornos del caso Enimont. Propietario del diario *Il Tempo,* detenido en varias ocasiones en los noventa por corrupción, en la capital Bonifaci era el rey del ladrillo, exponente de la generación crecida en la década de los setenta a la misma velocidad que los edificios colmena que ahogan la Urbe. Opera directamente en el Vaticano, él también gracias a los apoyos de monseñor De Bonis, a través de varias cuentas abiertas en el IOR paralelo. Todo esto pese a que el estatuto y los objetivos del banco establecen que sus clientes deberían ser en su mayoría entidades, instituciones religiosas y empleados de la Santa Sede. Aun así, Castillo Lara siempre desestimó, o mejor dicho desechó, con cierta desfachatez la posibilidad de que hubiera empresarios entre los clientes del IOR.[5]

LAS CUENTAS DE BONIFACI

En realidad, en 1991, con Caloia en la presidencia y Castillo Lara como jefe de la Comisión de Vigilancia, Bonifaci empieza a operar a través del banco del papa con su nombre y apellido. La trampa es evidente. El artículo 2 del estatuto bancario permite al IOR aceptar bienes que se destinen, al menos en parte o en el futuro, a obras de religión. Se puede presentar un testamento que incluya disposiciones a favor de obras de la Iglesia, o fijar un porcentaje sobre los intereses que siempre resulta ventajoso, puesto que el Estado italiano los grava con unos impuestos del 30 por ciento. Para Bonifaci se aplica un 10 por ciento sobre las cuentas y un 7 sobre los títulos, con un ahorro neto significativo. Así el constructor consigue abrir una cuenta de depósito de valores en la que ingresa títulos italianos por un total de 10 000 millones de liras. Es el entonces director Bodio quien aprueba las operaciones y hace la vista gorda, aunque Bonifaci no cumpla los requisitos para ser cliente del IOR. En pocos meses el constructor ingresa certificados del Tesoro por 10 500 millones más y consigue abrir varias cuentas también a nombre de su mujer, Clorinda Checchia.[6] Como cualquier sacerdote que tenga una cuenta en el IOR, entrega al banco sus disposiciones testamentarias en un sobre cerrado. «Dispongo que todos los valores acumulados en el momento de mi muerte pasen a ser propiedad de mi mujer Clorinda, y de mis hijas Diletta, Federica y Flaminia.»

Bonifaci obtiene un tipo de interés muy poco habitual: el 11,75 por ciento anual sobre los fondos vinculados. Un trato preferente que obliga a los píos banqueros a abrir otra cuenta corriente, *ex novo*. Se trata de un porcentaje que supera en casi cuatro puntos el generoso tipo de interés (generalmente el 8 por ciento) que el IOR concede a monjas, frailes, entidades religiosas e iglesias para sus meritorias obras de caridad. El efecto es inmediato: los 20 500 millones de liras ingresados se convierten en 24 000 en muy poco tiempo. ¿Por qué este trato tan favorable? Según la documentación del archivo Dardozzi, Bonifaci habría utilizado

estas cuentas para operaciones no siempre transparentes. En el depósito 001-3-17624 se acreditan 35 600 millones, la mitad de ellos obtenidos a través de certificados de la reserva Enimont. De estos, unos 4000 millones no aparecen en las listas de la fiscalía. El saldo de su otra cuenta, la 001-6-02660-Y, asciende a 24 000 millones de liras.

Cuando en octubre de 1993 la comisión rogatoria Enimont implica al Vaticano, el constructor no se lo piensa. Corre a la Santa Sede, donde repite lo que acaba de revelar a los jueces, poniendo sobre aviso a los purpurados. Además, según parece, formula una singular propuesta que se refleja en una nota adjunta al informe sobre la actividad de sus cuentas, firmada por el vicedirector general Scaletti y destinada a Caloia y Dardozzi:

> Bonifaci suministrará dos listas de títulos, la primera por un valor nominal de unos 110 000 millones, y la segunda por un valor nominal de unos 60 000 millones. Allí figuran los títulos utilizados para el pago de la comisión Enimont, que, según afirma, ascendió a 140 000 millones. La primera lista ya está en poder de la autoridad judicial italiana. En ella aparecen muchos títulos que pueden vincularse con algunas cuentas que ya conocemos (Serafino, Louis, Bonifaci). A partir de esa lista y de las indicaciones bancarias, la Policía Financiera nos habría relacionado con títulos por un valor de entre 30 000 y 40 000 millones. La segunda lista será entregada por Bonifaci a la autoridad milanesa el martes 12 de octubre. Bonifaci estaría dispuesto a omitir algunos títulos transferidos a través del Instituto, aunque nosotros no le hemos dado indicaciones al respecto. De todas formas, esta última lista confirma las pistas Serafino y Louis e incluye Spellman. Bonifaci sostiene que su papel en la operación inmobiliaria de Milán no lo expone a consecuencias penales. Habría vendido inmuebles por un monto de cerca de un billón de liras, sustrayendo 140 000 millones en negro y utilizando fondos personales sin incurrir en delitos societarios. En la confusión de certificados, admite haber mezclado parte de los suyos con los que utilizó para la operación. Sin embargo, asegura haber entregado a su interlocutor los 140 000 millones que le debía, sin apropiarse de nada. También depositó en su fondo diez certificados por un valor nominal de 10 000 millones, que aparecen relacionados con la operación milanesa. Los fiscales de Milán aún desconocen este detalle y él intentará ocultárselo hasta el último momento... Se mostró tenso y asustado. En caso de tener conocimiento de noticias que nos conciernan, nos las comunicará.

También existe el riesgo de que el saldo de sus cuentas trascienda de algún modo. En este caso, Bonifaci ya ha decidido qué línea defensiva adoptar. «En el caso de que su posición acreedora hacia el Instituto (cerca de 24 000 millones) se conociera —prosigue el documento elaborado probablemente por Clapis—, alegará la tesis defensiva de la fundación creada para conquistar la benevolencia del cardenal con quien estaba negociando la operación inmobiliaria romana (Acquafredda).»

La coartada propuesta nos lleva a otra de las intrigas que componían las complejas tramas de aquellos años, protagonizada por Bonifaci y el propio Castillo Lara, que ya hemos encontrado en las altas esferas de la Santa Sede. Inmediatamente después de que estallase el caso Enimont, en plena operación Manos Limpias, el constructor está a punto de cerrar con el Vaticano una enorme operación inmobiliaria en la capital. El patrimonio de la Iglesia siempre ha despertado el apetito de Bonifaci, sobre todo sus terrenos a las afueras de Roma, ideales para poner en práctica

planes de parcelación y especulación inmobiliaria. El procedimiento es sencillo. Primero monseñor De Bonis introduce al empresario en el banco, luego se asegura de que Bonifaci gane prestigio a los ojos de Castillo Lara, quien, como jefe de la APSA, controla los bienes de la Iglesia de Roma y aprecia al adinerado cliente. Entonces Bonifaci empieza a estudiar algunas adquisiciones con Castillo Lara. En particular quiere meter las manos en una propiedad histórica, la finca de Acquafredda, que se extiende 140 hectáreas por la campiña romana, entre la Vía Aurelia y la carretera de circunvalación GRA.

En junio de 1992 Bonifaci ofrece al venezolano un adelanto de 120 000 millones, una parte en efectivo, otra en viviendas en construcción. La oferta es tentadora. Según los rumores de la época, su valoración duplica los precios del mercado. Castillo Lara pide una oferta formal y el 18 de junio de 1992 el negocio parece cerrado: Bonifaci envía una carta de intenciones al cardenal para definir las modalidades de pago. «10 000 millones cuando se formalice el compromiso, 10 000 más en el momento de estipular el acta de cesión, 80 000 en dos plazos semestrales, los últimos 20 000 mediante la entrega de treinta y dos pisos a punto de terminarse en Roma, en la localidad de Valcannuta. Al respecto quiero puntualizar que defenderé la propuesta alternativa durante el próximo encuentro. Allí sentaremos las bases para el desarrollo de toda la operación, como ya están haciendo nuestros colaboradores a partir de las propuestas de vuestro profesor Tremonti.»

Para dejar claras sus intenciones, Bonifaci extiende y adjunta un cheque del entonces Banco di Santo Spirito a nombre del presidente de la APSA por un importe de 10 000 millones de liras. «Me permito señalar —concluye prudente— que en la desafortunada hipótesis de que el acuerdo no prosperase, deberán devolverme el cheque adjunto..., una puntualización que le hago tan solo por exigencias contractuales y no por desconfianza.» En realidad, en el Vaticano no todo el mundo está de acuerdo. El secretario de Estado se opone. Castillo Lara insiste, pero no logra cerrar la operación, que fracasa.[7] ¿Y el cheque? Bonifaci pide que le restituyan el dinero. El Vaticano intenta darle largas, lo niega todo. Nadie sabe nada del cheque. ¿Dónde ha acabado? Bonifaci llevará a la Iglesia ante los tribunales confiando en la «rapidez» de la justicia italiana.

Como todos los clientes de De Bonis, Bonifaci tampoco le gusta nada a Caloia. El presidente no tarda en alertar a sus trabajadores de las extrañas operaciones del ingeniero. Ya en mayo de 1992, cuando Bonifaci se presenta con unos títulos por un valor nominal de 13 000 millones de liras, lo informan enseguida. Son cifras demasiado importantes para pasar inadvertidas. Así que los certificados son rechazados y devueltos. Sin embargo, Bonifaci no se rinde. Pide ser recibido por De Bonis para quejarse, pero el prelado ya no tiene el mismo poder. El monseñor intenta ayudarle sin conseguirlo y el empresario inmobiliario sigue forzando la situación con sus operaciones. En agosto de 1992, coincidiendo con la devaluación de la lira, pide al IOR que venda todos los títulos en liras por un valor de 20 500 millones y que convierta los ingresos obtenidos en dólares o marcos. El problema es que se ve limitado para disponer de las cuentas. Por tanto, la operación de cambio es bloqueada. La presencia de Bonifaci entre los clientes del IOR empieza a causar cierta incomodidad.

Comienzan los controles internos, como escriben Scaletti y Mario Clapis en un informe reservado del 29 de octubre de 1993:

Al tratarse de una cuenta a nombre de una persona física sin ningún vínculo con la Santa Sede, nos preguntamos quién era el titular y por qué se le permitió acceder al Instituto. En la documentación de apertura aparecía la referencia a la «Fundación marqués Gerini». Se trata de una entidad que, en ese mismo periodo, nos preocupaba por una financiación de alrededor de 8000 millones concedida por el IOR y por la aparición en la prensa de noticias sobre una acción legal promovida por los herederos del marqués. Dado que la operación había sido supervisada por S. E. mons. De Bonis, le preguntamos si conocía al señor Bonifaci. Monseñor De Bonis nos informó de que había sido él mismo quien lo trajo al IOR, al tratarse de una persona pudiente cuyos depósitos constituirían un colchón frente a posibles problemas causados por la operación Gerini.

En junio de 1991, la llegada a la secretaría de Estado de Angelo Sodano en sustitución de Agostino Casaroli, la investigación sobre el escándalo Enimont y los sobornos de los Ferruzzi, el caso Bonifaci, los problemas judiciales de algunos consejeros de la «Fundación Centesimus Annus», muy cercanos a Castillo Lara, cuestionan el poder del cardenal venezolano, que había sido el purpurado más influyente de la Ciudad Leonina. Sobre todo es Caloia quien libra en su contra una guerra sin cuartel y pone en tela de juicio su conducta, acusándole de apoyar a De Bonis y dejarse influir por Marcinkus. Casi todos los días el presidente del IOR le dirige críticas feroces en su habitual correspondencia con el secretario de Estado Sodano. Baste con volver a leer algunos fragmentos de la carta del 27 de julio de 1993, en los que Caloia sigue refiriéndose a De Bonis con el nombre en código «Roma»:

Permítaseme opinar que el cardenal Castillo Lara manifiesta una indulgencia sustancial e instrumental respecto a esta situación. Sorprenden las presiones ejercidas por el purpurado (por indicación de mons. Marcinkus y a través de mons. «Roma», que lo atribuye todo no a razones de justicia, sino... ¡de caridad!) para «recuperar» a la señorita Margonda (ya jubilada por el IOR e instalada decorosamente en una vivienda de alquiler subvencionada por el mismo Instituto). Y sorprende aún más leer los extraños manejos que se traen el señor Pioselli, el señor Gibellini y el cardenal Castillo Lara. Fueron ellos quienes trajeron al Vaticano a la mismísima compañía de seguros SAI y sobre todo a su titular, ¡¡¡el ingeniero Ligresti!!! Una vez más se confirma la peligrosidad de una iniciativa, de por sí buena, que puede convertirse en un bumerán si es mantenida dentro del Vaticano y respaldada por personas vinculadas al IOR.

Las primeras tensiones las provoca un protegido del cardenal, el director general del IOR Gibellini, que llega en enero y desde el principio es «cautivo» de De Bonis. El directivo aspira a hacerse con un apartamento de 380 metros cuadrados de propiedad de la Santa Sede en la cercana Vía della Conciliazione, apenas fuera de los muros vaticanos. Antes de instalarse, pretende invertir 600 millones de liras en una reforma que lo convierta en una vivienda lujosa y confortable. Un gasto que repercutiría en las arcas del Vaticano. El consejo del IOR, presidido por Caloia, bloquea la gestión al considerar una locura conceder a un funcionario una residencia oficial a un precio de favor. Es mejor «destinarla a altas personalidades de la Santa Sede o a embajadas», como observa Caloia en su correspondencia con Sodano. Entonces Gibellini se queja ante el ministro del Tesoro de la San-

ta Sede, quien intenta contentar a su pupilo para luego darse cuenta de que no tiene suficiente margen de acción.

Las dudas de Caloia se vuelven más acuciantes cuando a principios de octubre de 1993 estalla la crisis y el Vaticano se ve implicado públicamente en el caso Enimont. El 14 de octubre de 1993 se celebra una reunión estratégica en la que participan los miembros del Consejo de Superintendencia presidido por Caloia, el cardenal O'Connor, el ex secretario Casaroli, el ministro «de Interior» del Estado vaticano Martínez Somalo y el propio Castillo Lara. Frente a una situación que amenaza con descontrolarse, todos notan la insólita actitud de Castillo Lara: «Una mezcla de soberbia e impaciencia —denuncia Caloia a Sodano—, su intento de divagar y de interrumpir continuamente, la voluntad de impedir que los ilustres colegas profundizaran en el asunto, la prisa por concluir y dejar la reunión».

El encuentro es crucial, se habla de las «fundaciones más expuestas tras las preguntas de estos días... Existe una fuerte preocupación por el revuelo que causará la noticia. Solo el cardenal Castillo Lara pareció minimizar y divagar, hasta el punto de poner a prueba la paciencia de los asistentes». Caloia no encuentra otra explicación para su actitud salvo la relación ambigua que lo une a Bonifaci y a sus acuerdos inmobiliarios. El 19 de octubre de 1993 pide la intervención de la «suprema autoridad» de Sodano:

> Puesto que quien «piensa mal cae en el pecado pero a menudo acierta», añadiré una interpretación personal, al menos parcial, de las cosas. El cardenal presidente parece preocuparse tan solo por seguir el rastro del Sr. Bonifaci. Conoce muy bien al constructor, con quien estableció relaciones que no prosperaron, pero quizá se extendieron más allá de lo que sugiere el episodio de Acquafredda, ya significativo de por sí. Por tanto, está impaciente por conocer y cerrar cuanto antes cualquier cuestión relacionada con el citado «personaje». Y hay más: la soberbia manifestada ante mi discurso a los eminentes cardenales y su intento de explicar él mismo los acontecimientos (incluso con nuevas entrevistas y con el envío de incautos exploradores como Gibellini a sedes externas) delatan la peligrosa voluntad de asumir el control de una situación que requiere habilidades muy distintas, equilibrio y sabiduría.

LA CARTERA DEL PONTÍFICE

Sin embargo, la relación entre Castillo Lara y el santo padre es un obstáculo para el secretario de Estado, que ignora los incidentes señalados por Caloia. Tampoco se intenta impedir el descomunal aumento de alquiler que la APSA de Castillo Lara impone al banco, pese a que de la cantidad simbólica de 65 000 liras, pagada entre el lejano 1943[8] y febrero de 1994, se pasa a 2000 millones anuales.

Pero hay otra cuestión. Castillo Lara recibe órdenes directas de Juan Pablo II y ejecuta sus disposiciones financieras. En la práctica es el administrador personal del papa, gestiona su cartera, defiende y reivindica sus derechos. Como ocurre en el caso de la Fundación helvética Surava, un ente de beneficencia que a principios de 1990 acumula un patrimonio estimado en 52 millones de francos suizos. La fundación pertenece al marqués romano Alessandro Gerini, que en el momento de su muerte destina todos sus bienes a una obra benéfica. En cambio, tras el fallecimiento del marqués, Castillo Lara se activa enseguida pa-

ra que los bienes de Surava no se sumen a la herencia, sino que se incorporen a la liquidez del papa. Una vez abierto el testamento, el venezolano vuela a Zúrich, se reúne con los administradores de la fundación y con su gestor, el señor Wiederkehr. Se aplica para que el patrimonio de la fundación acabe en la cartera del sumo pontífice. Castillo Lara les informa de que en Suiza tuvo acceso a «un documento manuscrito del difunto marqués Gerini, quien, a 21 de diciembre de 1988, confirmaba plenamente su voluntad de designar al sumo pontífice como segundo beneficiario de la Fundación Surava, es decir, la persona que recibiría el patrimonio de la misma después de su muerte».[9] En definitiva, apoyándose también en algunas conversaciones que mantuvo con Gerini, Castillo Lara le recuerda a todo el mundo que «parece evidente que la voluntad del difunto marqués era que el patrimonio de Surava aún conservado en Suiza se pusiera a entera disposición del sumo pontífice», a quien el venezolano tutela y representa. Una «voluntad inequívoca» que no puede ser desatendida.

También por indicación del papa, Castillo Lara acompaña al banco a arzobispos y cardenales para ordenar financiaciones y transferencias. Por ejemplo, el 15 de febrero de 1994, cuando llega al Vaticano el arzobispo de Riga, Janis Pujats, hoy cardenal. Castillo Lara le abre las puertas del IOR aconsejado por Wojtyla para que realice una importante operación bancaria. Da al directivo del banco Perrone «las indicaciones pertinentes», y envía al día siguiente a Caloia una «copia de la carta de la secretaría de Estado sobre el tema», con una nota de agradecimiento «por la prontitud y la eficiencia con las que se ha cumplido lo dispuesto por el santo padre».[10]

Es el efecto de la visita apostólica del papa a Letonia y a los

otros dos países bálticos, Lituania y Estonia, que se produjo unos meses antes. Es el fruto de las oraciones en el santuario de Aglona, el corazón mariano de Letonia. De hecho, continúa la acción incisiva del santo padre en los países del antiguo bloque comunista para contribuir al crecimiento de una Iglesia castigada por las persecuciones. El papa queda muy impresionado por la increíble historia de Pujats, obligado a abandonar la curia en 1984 porque el régimen de Moscú lo declara «persona no grata». Entonces se ve obligado a huir y a volver a trabajar en una parroquia como simple cura. Cuando en 1991 Letonia se separa de la Unión Soviética, Pujats es designado arzobispo por el papa. Juan Pablo II lo nombra cardenal *in pectore* durante el consistorio del 21 de febrero de 1998. La cantidad que cobró el arzobispo por su misión nunca trascendió, ni resulta especialmente relevante para nosotros. Pero demuestra la existencia de una relación en las más altas esferas que justifica la cautela de los cardenales. La autonomía de Castillo Lara es indiscutible.

Caloia intenta presionar a la secretaría de Estado para que se posicione. Pero Sodano se mueve con prudencia, como cuando consigue disuadir al cardenal que quiere obtener de Juan Pablo II «el permiso de realizar una publicación que responda a todas las habladurías que circulan sobre el IOR. Dicha publicación abarcaría un amplio lapso de tiempo y abordaría los penosos episodios del pasado».[11] La obra amenaza con abrir nuevos frentes. Nunca verá la luz. En el mismo periodo Castillo Lara se distancia definitivamente de De Bonis y le pide al propio Caloia que «se saque de encima —son estas las palabras del cardenal— de forma definitiva»[12] a ese personaje.

Según el Código de derecho canónico, al cumplir los setenta y cinco años todos los cargos dejan de tener vigencia. Por tan-

to, la edad «canónica» obliga a las dimisiones, que por lo general se hacen efectivas al finalizar un periodo de prórroga. En cambio, Castillo Lara es sustituido enseguida en la Gobernación por el cardenal Edmund Szoka, polaco de Detroit, cercano al papa y a su secretario, monseñor Stanislao Dziwisz. Así que en 1997 abandona toda responsabilidad en el Vaticano y tras cincuenta años de ausencia regresa a Venezuela. Allí se enfrenta al presidente Hugo Chávez en una batalla cotidiana: «Es un dictador paranoico —declara a los periódicos—, la paranoia le hace perder el sentido de la realidad».[13] El 16 de octubre de 2007 a las 7.40 una crisis respiratoria acaba con su vida en el centro médico de Caracas, donde permanecía ingresado desde el 19 de septiembre.

En un telegrama de pésame enviado al arzobispo de Caracas, el cardenal Jorge Liberato Urosa Savino, Benedicto XVI se declara entristecido por la muerte, tras «una enfermedad vivida con gran entereza», de este «ferviente pastor que sirvió a la Iglesia con tanta caridad, demostró una gran dedicación a la causa del Evangelio y dio prueba de su profundo amor por la Iglesia». Unas flores blancas sobre el altar recuerdan el trigésimo aniversario de su muerte. Es el actual secretario de Estado Tarcisio Bertone, también salesiano, quien pronuncia unas palabras de aprecio incondicional: «La vida terrena del cardenal Castillo Lara —afirma en la homilía— tuvo el sello de la sabiduría y, tanto gracias a sus estudios de derecho como a su personal coherencia vital, llevó a muchos a practicar la justicia con la lúcida convicción del indisoluble binomio cristiano entre justicia y caridad. "Porque el hombre —como dice también Benedicto XVI—, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor."»[14]

EL DINERO DE FIORANI A CASTILLO LARA

Sin embargo, en los noventa la situación es mucho más crítica de lo que dejan intuir los recuerdos de la jerarquía vaticana sobre las figuras de la época. No solo el IOR paralelo, las comisiones de Enimont y la contabilidad secreta de los cardenales, que la secretaría de Estado y, por ende, Dardozzi deben gestionar en una situación de emergencia continua, sino también dudas y compraventas de cuotas bancarias como las que señala el banquero católico Gianpiero Fiorani a los magistrados milaneses en el verano de 2007, pocos meses antes de la muerte de Castillo Lara. «El primer dinero negro se lo di al cardenal Castillo Lara, el hombre de las finanzas, cuando compré Cassa Lombarda. Me pidió 30 000 millones de las antiguas liras, a ser posible a través de una cuenta extranjera, no de la del Vaticano.» Estamos a mediados de los años noventa, en el momento álgido de la carrera eclesiástica del venezolano. Al mando de la Banca Popolare de Lodi se encuentra Angelo Mazza,[15] un banquero pragmático de métodos expeditivos. Fiorani crece en la sombra y hereda un banco marcado por una grave tensión financiera y patrimonial. Sigue personalmente la operación para adquirir el 30 por ciento de Cassa Lombarda. El instituto de la familia Trabaldo Togna es un objetivo apetecible para la Popolare de Lodi, que empieza así su rápida expansión en Lombardía. «Cuando compramos Cassa Lombarda —recuerda Fiorani—, una cuota era del Vaticano, de la APSA», es decir, del banco central de la Iglesia romana. Para evitar adquisiciones directas se recurre a operaciones intermedias: «La cuota pasó a ser propiedad de una sociedad de la Banca della Svizzera Italiana (BSI) de Lugano, luego BSI la vendió, las iglesias se la vendieron a

Trabaldo Togna, y Trabaldo Togna nos la vendió a nosotros». El dinero se mueve en consecuencia y rebota entre Suiza e Italia. Una parte acaba en una cuenta extranjera de la BSI. «Nosotros hemos declarado un valor demasiado bajo —sostiene el cardenal Castillo Lara según la reconstrucción de Fiorani—, pagamos demasiadas plusvalías, entonces mejor una operación entre cuentas extranjeras.» Fiorani informa a Mazza, quien autoriza el pago. No se utilizan los canales tradicionales para complacer a la Iglesia. Se ordena una transferencia a favor de una cuenta de la BSI. «Porque en aquel banco —recuerda Fiorani—, hay tres cuentas del Vaticano. Según creo, y no exagero, sumaban entre 2000 y 3000 millones de euros.»

ESTAFAS Y CHANTAJES EN LOS PALACIOS PONTIFICIOS

EL «CONSTRUCTOR DE DIOS» Y EL CHANTAJE SIRIO

En la década de los noventa la unidad de crisis coordinada por monseñor Dardozzi entre el banco y la secretaría de Estado no se limita a supervisar las actividades clandestinas del IOR paralelo y a gestionar las delicadas relaciones con la magistratura italiana. El archivo no solo contiene expedientes sobre numerosos episodios ocurridos en Estados Unidos, Suiza o Italia, que llevaron a los magistrados de distintos países a llamar a la puerta de bronce. La unidad de crisis también debía ocuparse de los fantasmas del pasado, es decir, de aquellas situaciones que resurgían periódicamente de las cenizas del escándalo del Ambrosiano. De hecho, si se estudian los miles de folios que componen este archivo, se comprende que, pese a que han pasado casi veinticinco años, la quiebra del banco de Roberto Calvi aún está lejos de ser olvidada. Es cierto que la justicia ya atribuyó responsabilidades y culpas, pero demasiadas sombras, demasiados misterios se han quedado sin resolver. Es más, incluso es posible que parte del dinero sustraído de las cajas del Ambrosiano siga guardado en Sudamérica en cuentas corrientes que muchos in-

tentaron localizar sin éxito. Ante estos riesgos, la unidad de crisis de Dardozzi sigue pendiente de todos los frentes, interpreta toda señal amenazadora capaz de superar los muros leoninos. Como cuando aparece un misterioso sirio que pone en alarma a los purpurados de la Santa Sede. En un increíble juego de engaños y dilaciones, jugado a sangre fría, Dardozzi consigue frustrar lo que parece ser un auténtico chantaje. Todo empieza una mañana de finales de 1995.

La cita es a las 9.00 en el elegante edificio de Cariplo (hoy Banca Intesa Sanpaolo), en el 161 de Vía Quattro Fontane en Roma, detrás de la plaza de la Repubblica. Monseñor Dardozzi es puntual como siempre. Se ha levantado muy temprano, ha recitado las oraciones, tomado un desayuno ligero, leído los periódicos italianos e ingleses. Cruza el portal, sube la escalera y llega a la sala de reuniones en la segunda planta. El encuentro se anuncia tenso y muy complicado. Estamos a 28 de noviembre de 1995. Sentados en la mesa se encuentran Lelio Scaletti, el recién nombrado director general del IOR, respaldado primero por el cardenal Casaroli y más tarde por Caloia, y el profesor Felice Martinelli, discreto gestor de las finanzas católicas milanesas, asesor del banquero Giovanni Bazoli y, sobre todo, uno de los síndicos del Ambrosiano de Roberto Calvi.[1] Los tres se conocen desde siempre. Se aprecian y se respetan. Pero sienten cierto recelo hacia su invitado.

Se trata del abogado Alberto Pappalardo, que llega poco después. El hombre pide que le anuncien, pisa rápido el brillante parqué de roble en espina de pescado de la sala, se sienta y sin preámbulos empieza a hablar. Su monólogo durará casi dos horas. Pappalardo presenta sus credenciales. Es un abogado civilista de Loano, cerca de Savona, y tiene un estudio en Génova, en

Vía Ippolito d'Aste, y otro en Rotterdam. Se forma políticamente en el partido liberal, es amigo y asesor de diversos de sus exponentes, aunque no ha venido a hablar de política. Debe desvelar una intrincada trama de testamentos y dinero, que el Vaticano interpretará cada vez más como un refinado chantaje.

Desde enero de 1994, Pappalardo defiende a los salesianos de Don Bosco en el pulso que mantienen con los sobrinos del marqués Alessandro Gerini por su herencia, que asciende a 1,5 billones de liras. Apodado «el constructor de Dios» por su habilidad para mezclar negocios y beneficencia, Gerini siempre cuidó su relación con la comunidad de Don Bosco. Ya desde la década de los cincuenta, cuando, tras regalar una iglesia a los salesianos, consigue que el ayuntamiento se haga cargo de la urbanización de la zona de la Tuscolana y realiza así un imponente complejo residencial a costes contenidos. Pues bien, tras fallecer en 1990, soltero y sin hijos, el marqués designa como su heredera universal a la fundación eclesial «Instituto Marchesi Teresa, Gerino y Lippo Gerini», creada en 1963 para dar asistencia a jóvenes y niños, y controlada por los propios salesianos. Las últimas voluntades de Gerini desencadenan la ira y las duras reacciones judiciales de la familia desheredada. Los cuatro sobrinos se muestran muy decididos. Primero denuncian a los responsables de la Fundación Alberto Gallo y Alberto d'Orazio por circunvención de incapaces, pero la denuncia no prospera. Luego entregan a los magistrados un diario secreto donde su tío apuntó todas las dádivas a favor de políticos y directivos, desembolsadas para vender sus propiedades y edificar en la Urbe.[2] El manuscrito implica también a la cúpula de la fundación y da inicio a una investigación sobre los llamados «palacios de oro» y su venta amañada al Estado.

Los sobrinos del marqués impugnan cualquier documento, cualquier voluntad testamentaria, con tal de impedir la asignación de los bienes a la fundación gestionada por la congregación salesiana. De hecho, se trata de una herencia vastísima: 750 hectáreas alrededor de la Urbe, terrenos a los que, en muchos casos, solo les falta una firma para convertirse en edificables; apartamentos, locales comerciales e incluso casas rurales con encanto a las puertas de Roma. Y aún hay más: depósitos bancarios, mobiliario, cuadros y joyas por un valor de al menos 201 000 millones de liras.[3] En total los bienes ascienden a 1,5 billones de liras, aunque es imposible dar cifras exactas, sobre todo porque parte del patrimonio del «constructor de Dios» está a nombre de fiduciarios y testaferros, ocultos y protegidos por una telaraña de sociedades fantasma.[4]

En este escenario, el abogado Pappalardo presenta a sus interlocutores un misterioso personaje extranjero de nombre Silvera. Su identidad y sus intenciones no tardan en aclararse gracias a un detalle sobre el encuentro que Dardozzi recoge y guarda en su archivo:

> El señor Silvera, un sirio de dudosa reputación, adquirió de los cuatro herederos de la familia Gerini los derechos de la herencia. [...] El abogado Pappalardo concluye que es necesario llegar cuanto antes a un acuerdo con los herederos, ya que, al registrar la herencia, se «accederá» a mucha información peligrosa y comprometedora para las autoridades religiosas. El abogado Pappalardo envió una nota al card. Castillo Lara. Mons. Giovanni Lajolo también está al tanto de todo.

Pappalardo recurre a nombres de efecto seguro. Castillo Lara es el ministro plenipotenciario en el Vaticano, tan solo un peldaño

por debajo del secretario de Estado Sodano. Por entonces Lajolo es uno de sus más estrechos y activos colaboradores. De hecho, es secretario de la APSA, presidida por el venezolano, y aumentará su influencia en los años del papado de Benedicto XVI, que lo crea cardenal en 2007.[5] Pero Dardozzi y Scaletti no pierden la compostura. La desconfianza crece. No se alteran, o al menos no lo dejan ver. Sobre todo quieren entender si Pappalardo o el misterioso Silvera van de farol y cuáles son sus verdaderas intenciones. Por desgracia, las palabras del abogado dejan claro que el sirio conoce los secretos de la Santa Sede y las pistas para llegar a los tesoros escondidos de la herencia Gerini, que todo el mundo busca. Sobre este punto las conclusiones del informe son bastante explícitas:

> El señor Silvera conoce la situación y tiene en su poder muchos documentos y títulos de propiedades inmobiliarias en Argentina, Brasil, Montevideo, Canadá y África, que no constan en los registros. El banco de Montevideo dispone de fondos por un valor desconocido en dólares y títulos. El abogado Pappalardo insiste para que contactemos (y da a entender que solo él sabe cómo hacerlo) con Giannina Gerini en Montevideo, puesto que de los cuatro herederos ella es la más inteligente, disponible e informada también sobre la parte oculta del patrimonio Gerini. En caso de llegar a un acuerdo con los herederos Gerini, habría que enfrentarse a muchos de los peligros que amenazan la fundación y la congregación salesiana por el posible «contencioso» entre la propia fundación y los herederos (Silvera adquirió los derechos de los cuatro herederos, obteniendo unas atenuantes).

Con cautela Dardozzi y Scaletti inducen a Pappalardo a desvelar las supuestas «informaciones peligrosas» que podrían per-

judicar a la congregación y por tanto a la Iglesia. El abogado no se echa atrás. Y replica con una revelación que abre nuevos escenarios:

> La fundación, que a lo largo de diez años no operó según lo establecido por el estatuto, se convirtió en un instrumento para trasladar capitales de Italia al extranjero (¿al igual que el IOR en los tiempos de Sindona y Calvi?). Tenemos la sensación de que existían (¿siguen existiendo?) conexiones entre el IOR y las llamadas sociedades patrocinadas por el propio IOR. El IOR (y por desgracia la Santa Sede) pagaron un precio muy alto.[6]

La simple posibilidad de que la Fundación Gerini fuera el instrumento de actividades financieras ocultas, de que sirviera para trasladar capitales fuera de Italia escudándose en la beneficencia, desorienta y preocupa. Hacen falta más datos. Scaletti, Dardozzi y Martinelli se despiden de Pappalardo e intentan ganar tiempo. Los tres empiezan a investigar. Deben anticiparse a los movimientos de los sobrinos del marqués Gerini, comprender el papel de Pappalardo, qué bienes se esconden en Montevideo y descubrir el plan urdido por Silvera. La discreción debe ser absoluta. Dardozzi hace unas cuantas llamadas.

AQUEL ITALOAMERICANO CON CONTACTOS EN LA CASA BLANCA

A Dardozzi le invade la ansiedad. También dispone unos controles sobre el abogado Pappalardo, empezando por sus teléfonos de contacto. El resultado es sorprendente. Se trata de

números del Congreso de los Diputados. La historia parece destinada a complicarse. ¿Será verdad que este civilista usa habitualmente una línea de teléfono del Parlamento? «No consta entre los empleados del Congreso», puede leerse en otra nota del archivo del monseñor. «Su nombre no aparece en las listas de los trabajadores de las secretarías políticas, ni entre los asalariados de los parlamentarios, ni entre los del Congreso.» ¿Y entonces? «Quién sabe..., iba a menudo al Congreso —recuerda hoy su mujer, Marina, viuda del abogado fallecido en 2002—, colaboraba con algunos parlamentarios, pero no me decía nada de su trabajo.» Además, al menos durante aquel periodo,[7] el número al que contesta Pappalardo no es uno cualquiera: «La titular de la línea 06 67 60 21 47 —se lee en otra nota— es la señora Giovanna Marinelli, que forma parte de la oficina de la presidencia (ocupada por Irene Pivetti)».

Que se trata de un chantaje queda claro a principios de diciembre, cuando Dardozzi escribe este apunte: «Carnevale contacta con Caloia y hablan de la Fundación Gerini y de Silvera. Silvera dice que con 100 000 millones se zanjaría el asunto. ¡Un chantaje!». El 6 de diciembre de 1995 Scaletti y Dardozzi vuelven a reunirse con Pappalardo. Por lo comprometido de los temas que van a tratar, prefieren no exponerse a ser vistos en el Vaticano o en alguna de sus oficinas. Esta vez la cita tiene lugar a las 10.30 en el bar del hotel Plaza de Vía del Corso en Roma. Van de paisano, para mezclarse mejor entre los directivos y los clientes del hotel. El encuentro es breve. Pappalardo confirma sus teorías sobre los tesoros sudamericanos. E introduce un tema personal, quejándose de un honorario de varias decenas de miles de millones que los salesianos nunca le pagaron pese a haber recibido la autorización del Ministerio de Interior para que la fundación aceptara la herencia.[8]

Dardozzi vuelve al Vaticano. A las 16.00 horas Scaletti y él se reúnen con el cardenal Achille Silvestrini, prefecto de la Congregación de las Iglesias Orientales, para abordar el asunto. El encuentro secreto dura apenas media hora. Dardozzi llama enseguida a su penalista de confianza, el abogado Franzo Grande Stevens, para encontrar una salida que evite un peligroso estancamiento. La sombra del Ambrosiano se cierne sobre ellos. La situación alarma a la Santa Sede. Dardozzi consulta con los más altos cargos. Informa al secretario de Estado Sodano, que en el pasado había sido destinado a la nunciatura apostólica en Uruguay. Empezando por el abogado Spreafico, el otro síndico del Ambrosiano, implica a todo el que pueda aportar información sobre posibles sumas custodiadas en Montevideo que aún no se hayan localizado. En esas semanas muchos políticos y purpurados instan a la jerarquía vaticana y al IOR a que den la máxima consideración a los mensajes de Pappalardo. Por ejemplo, es el caso de Pio Laghi, ordenado cardenal por Wojtyla en 1991 y desde 1993 patrono de la Orden de Malta. Una nota de Dardozzi parece sugerir que Laghi tuvo un papel en este episodio. Señala a Pappalardo y a otros sujetos[9] que deben ser contactados, demostrando una vez más cómo siempre es Dardozzi quien coordina la recogida de información y gestiona las situaciones más delicadas.

Tras semanas de reflexión, consultas y documentación, el monseñor se convence de que se trata de una trampa. No hay que seguir la pista de los tesoros. De salir a la luz cantidades relacionadas con el escándalo del Ambrosiano, se correría el riesgo de cuestionar los términos financieros del acuerdo firmado en 1984 con el Estado italiano y de remover cuestiones que es mejor para todos dejar enterradas.

Por otra parte, no es la primera vez que se habla de un tesoro custodiado en un banco de Montevideo. Ya en la época de la comisión bilateral sobre la quiebra del banco de Calvi, y una vez más en 1992, Dardozzi es contactado por el abogado italoamericano Fred M. Dellorfano de Boston, supuestamente relacionado con Luigi Gelli, hijo del cabecilla de la logia P2 Licio Gelli. Por lo menos según recuerda el monseñor en una de sus cartas a Sodano: «Dellorfano había recibido de Luigi Gelli el encargo de recoger en el Vaticano un pasaporte diplomático para el abogado; un pasaporte que le habían prometido a Luigi Gelli».[10] Dellorfano también revela a Dardozzi la identidad de las personas con quien, según dice, debería contactar para recuperar el dinero. Primero, debe hablar con Frank Onorati, amigo de Sindona en NuevaYork, y con William Rogers, secretario de Estado durante la presidencia de Nixon en los años setenta, en Washington. «Onorati —escribe Dellorfano en una equívoca nota para Dardozzi— gave papers to Rogers after Sindona died (1986). Letters from Roger to Onorati, Aug. 1st 1986 – May 6th, 1988.» Por tanto, Dellorfano sostiene que existe una correspondencia entre Onorati y Rogers que podría ser útil para la recuperación de la suma en Uruguay. Luego, para conocer los detalles bancarios, habría que contactar con Nicholas Senn, del Union Bank of Switzerland.[11] Pero esto no basta. En ese momento, el monseñor prefiere no posicionarse sobre la que puede ser una valiosa pista o el enésimo intento de levantar una cortina de humo, chantajear a la Santa Sede o contaminar la búsqueda. Decide entregar el apunte al entonces secretario de Estado Casaroli y no vuelve a saber nada del tema.

Dardozzi piensa que solo Sodano y su único superior, el papa, pueden tomar una resolución. Por esto, el 19 de febrero de 1996,

envía al secretario de Estado un informe detallado sobre la situación con su propuesta: «Las reiteradas referencias a Montevideo sugieren que hay algo cierto en esta "historia", aunque en mi modesta opinión es mejor no inmiscuirse. Se correría el riesgo de cuestionar el acuerdo entre el IOR e Italia [...]».[12]

Caloia coincide en lo fundamental. Es mejor no aventurarse por un camino que se anuncia resbaladizo. De modo que los contactos con Pappalardo se espacian, es más, los salesianos de Don Bosco le devuelven una factura de 35 000 millones de liras. El civilista busca otros canales pero ninguno parece viable. No verá ni un céntimo de ese dinero. Pappalardo no se desanima y en el invierno de 1997 pide la intervención del colegio de abogados de Savona. A un lado, los salesianos de las Obras de Don Bosco, defendidos por otro abogado, el entonces senador del Olivo Nanni Russo, hermano del ex ministro democristiano Carlo; al otro lado, Pappalardo. Los colegas de Savona dan la razón a este último, aunque reducen el honorario a «tan solo» 26 000 millones.

Por supuesto, nada trasciende en los medios sobre la existencia de la «pista Montevideo». Se habla solo de la herencia que se disputan la fundación y los sobrinos del marqués. La historia del tesoro en Uruguay, de las últimas cajas fuertes de Calvi, cae en el olvido. Al menos hasta hoy.

Si la decisión de Dardozzi y Caloia termina siendo acertada, es porque, en realidad, ambos supervisaban desde hacía tiempo la compleja «cuestión Gerini» y las relaciones entre el IOR y la fundación. De hecho, la primera señal de alarma llega cuando el banco del papa concede a la fundación un préstamo de 16 300

millones a principios de los noventa. La fundación solo tiene que indicar como garantía genérica los bienes que recibirá, no se sabe cuándo, del legado de Gerini. Es decir, que no necesita presentar ningún otro documento o acta asamblearia en apoyo a la solicitud. El 31 de julio de 1990 en la cuenta 90970 de la Fundación Gerini se acreditan 2300 millones de liras en concepto de préstamo a un tipo de interés del 14 por ciento, a los que en diciembre se suman 14 000 millones más al 12 por ciento. Que se trata de un «préstamo» y además «dudoso», al faltar toda la documentación, se deduce de lo que ocurre poco después. Puesto que se concedió sin las garantías habituales, el IOR encuentra enormes dificultades para recuperar la suma. El banco del Vaticano estudia una estrategia de cobro y la somete al Consejo de Superintendencia.[13]

LOS MILLONES DE LUMEN CHRISTI

Como en cualquier otro banco, también en el IOR se pueden presentar clientes cuando menos sospechosos. Con una única excepción respecto a los otros institutos de crédito: casi todos visten el hábito talar. Resulta ejemplar, y de tonos casi surrealistas, la historia inédita del sacerdote italiano nacionalizado argentino Domenico Izzi, fundador del movimiento eclesial Lumen Christi, inspirado en los principios del Concilio Vaticano II. Quizá por primera vez en la historia del banco del papa, un simple sacerdote recibe un importe de hasta 6,1 millones de dólares para financiar sus extravagantes proyectos, y luego desaparece sin dejar rastro.

Izzi nace en 1943 en Terranova de Pollino, una aldea en la

provincia de Potenza, y tras ser ordenado presbítero en 1974 se traslada a Argentina. En 1991 se presenta en el IOR, donde muestra unos documentos eclesiales que lo identifican como «fundador y superior del movimiento Lumen Christi» en América Latina. Todavía hoy en el Vaticano consideran a Izzi como un sacerdote brillante, capaz de deslumbrar con sus discursos. Sabe convencer. Y así obtiene el préstamo. Pide todo ese dinero «para desarrollar una actividad de exportación de productos zootécnicos desde Argentina, un servicio de transporte vía helicóptero desde el aeropuerto de Buenos Aires y la organización de una lotería nacional».[14]

Es obvio que no se trata de obras de caridad ni de actividades propias de un sacerdote, pero Izzi insiste. Detalla los ingresos que se obtendrán de la improbable lotería nacional sudamericana y del alquiler de los helicópteros civiles, y que servirán para «cubrir las necesidades relacionadas con la actividad del movimiento Lumen Christi en el ámbito de la promoción de la Fe» en Argentina, Uruguay e Italia. En definitiva, para difundir la palabra de Dios. Tanto es así que ya el 17 de octubre de 1990 el movimiento recibe la condición *nihil obstat* de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada. Los préstamos son concedidos por el entonces director Andrea Gibellini. El dinero se entrega en veinticuatro horas, con la obligación de devolverlo en dos plazos de doce y veinticuatro meses, es decir, en junio de 1992 y de 1993. Al vencimiento de la fecha Izzi no devuelve ni un céntimo. Se envían los primeros recordatorios de pago. No hay respuesta. Para ganar tiempo, Lumen Christi cede en garantía el 76 por ciento de la inmobiliaria Orprela Fin S. L., propietaria de dos apartamentos en Roma. El Vaticano se tranquiliza. Pero solo durante unas horas. Resulta que sobre las casas gravan hipotecas

con varios plazos atrasados. En resumen, un embrollo difícil de resolver.

Empieza la que se parece cada vez más a una auténtica caza al hombre, o mejor dicho a la deuda, en la que Caloia involucra a la nunciatura apostólica en Argentina y a monseñor Ubaldo Calabresi, que, sin embargo, no le proporciona «ni noticias ni informaciones útiles y reconfortantes». A 30 de junio de 1995, con los intereses la deuda ya se ha disparado hasta los 8 242 000 dólares. En el IOR son pesimistas y ya ven esfumarse una fortuna.[15]

Caloia no se da por vencido. En septiembre de 1995 llama él mismo al padre Izzi y le insta a devolver lo que les debe. El sacerdote, cortés y amable, «asegura su firme voluntad de saldar la deuda de inmediato»,[16] pero miente. A finales de noviembre de 1995 Caloia informa oficialmente de la situación al presidente de la conferencia episcopal argentina, el cardenal Antonio Quarracino, arzobispo de Buenos Aires, al que informa de la entidad de la deuda del padre Izzi. Pero la respuesta de la cúpula de la conferencia episcopal es desoladora. En la carta del secretario general del 18 de diciembre de 1995 se lee:

> En particular, tanto el cardenal como los señores obispos de la comisión permanente del episcopado argentino se preguntan cómo es posible que se prestara una suma tan alta de dinero a un sacerdote sin garantías, o al menos sin conocer su misión. El cardenal sugiere realizar la investigación pertinente para descubrir otros posibles bienes de propiedad del sacerdote.

Tras recibir esta respuesta Caloia decide pasar a la acción. Informa a la Comisión Cardenalicia presidida por Castillo Lara, al propio Izzi, a Calabresi y al cardenal Quarracino que «empren-

derá las necesarias acciones judiciales y legales ante el Tribunal vaticano para obtener la restitución de sumas que la Iglesia universal no puede permitirse perder si quiere hacer frente a sus enormes y acuciantes necesidades». Este mensaje también se queda sin respuesta. Silencio absoluto.[17]

Por eso, a finales de marzo de 1996 el abogado Carlo Tricerri, «promotor de justicia» de la Santa Sede (una especie de fiscal), abre una investigación. La tarea no es fácil: «También pedí la intervención de la gendarmería pontificia —recuerda hoy el abogado, que se jubiló tras la matanza del 6 de mayo de 1998—,[18] que fue a su domicilio de Roma para buscar alguna pista, algún indicio más preciso sobre estas supuestas actividades en Sudamérica. En un momento dado propusieron una transacción con un banco argentino, pero no creo que el IOR aceptara la oferta. Por lo que sé, el Instituto no recibió nunca el dinero. Ni Izzi pagó nunca mis honorarios como hubiera debido». Mientras tanto la deuda supera los 8,7 millones de dólares.

Durante unos años nadie sabe nada de Izzi. Ha desaparecido. Algunos dicen que ha vuelto a Argentina. Otros, que prefiere que no lo localicen. En realidad, tras abandonar los helicópteros y las loterías, en el año 2000 sigue en Lumen Christi, donde trabaja para el Jubileo fiel a la doctrina de su movimiento y pone en marcha un centro de estudios filosóficos y teológicos para estudiantes latinoamericanos en Roma. A principios del nuevo milenio se traslada a su Basilicata natal, donde crea una comunidad autogestionada en la localidad de Casa del Conte. Se trata de una especie de casa rural, una granja que acoge algunos diáconos, cerca del santuario de Anglona y Tursi. Aquí en la catedral de Tursi, en marzo de 2003, el obispo local Francescantonio Nolé ordena presbíteros a tres jóvenes de la Universidad Gregoriana

de Roma, a quienes Izzi había conocido e involucrado en sus proyectos. Al año siguiente recibe el premio «Italia en el mundo». ¿El conflicto y la deuda con el IOR? Ya son agua pasada.

SAN FRANCISCO Y LA ESTAFA DEL SIGLO

No solo préstamos sin garantías, disputas sucesorias y comisiones ilegales. También se dan auténticos casos de estafa que implican a exponentes del Vaticano, quienes utilizan de forma impropia «fundaciones» reales o imaginarias. Un buen ejemplo de ello es el escándalo que estalla en 1999, cuando el financiero de dudosa reputación Martin Frankel, nacido en 1954, huye a Roma tras sustraer unos 450 000 millones de liras (215 millones de dólares) de las cajas de siete aseguradoras, según datos de la autoridad estadounidense. Unas empresas que primero compró para luego saquearlas hasta causar un agujero de casi 1,5 billones de liras. Durante años Frankel consigue librarse de la justicia estadounidense. Cuando el escándalo salta a las primeras páginas de los periódicos, él está llegando al aeropuerto de Ciampino en un vuelo privado. En la bodega un equipaje más que respetable: solo dos maletas repletas de billetes, nueve pasaportes y 547 diamantes. Hasta principios de 2001 la policía de medio mundo le sigue la pista, pero Frankel se ha esfumado. Más tarde es detenido de forma inesperada en Alemania, también gracias a Interpol y al Bundesamt für Verfassungsschutz, los servicios secretos alemanes, y extraditado a Estados Unidos. Pronto la quiebra alcanza dimensiones sin precedentes. Los medios estadounidenses hablan enseguida del Vaticano, aunque las primeras notas informativas sobre el caso que recibe la Santa Sede son bastante genéricas.

Según la reconstrucción de los investigadores, gracias a la complicidad de un monseñor, Frankel ha podido presumir de tener relaciones con la Iglesia, condición indispensable para perpetrar la estafa del siglo. Primero, crea la St. Francis of Assisi Foundation, que desempeñará un papel central en la bancarrota. De hecho, la entidad nace formalmente para ayudar a los pobres cuando, en realidad, es el instrumento financiero para controlar las aseguradoras sin aparecer en primera persona. En esta fase de adquisiciones entra en escena un sacerdote muy conocido en los palacios pontificios. Se trata de monseñor Emilio Colagiovanni, que garantiza a Frankel la credibilidad indispensable para hacerse con las empresas sin encontrar demasiadas resistencias.

Con amplia sonrisa y modales persuasivos, Colagiovanni explica que los capitales que financian la St. Francis of Assisi Foundation proceden de las arcas del Vaticano y de sólidas asociaciones católicas en busca de dividendos para repartirlos entre los pobres. Asegura que la disponibilidad del fondo es considerable, más de 2 billones de liras. Unos hechos que resultarán ser falsos, pero que representan una excelente carta de presentación para una operación financiera supuestamente dirigida por la Santa Sede y el mundo católico.

La credibilidad de Colagiovanni es indiscutible. Nacido en 1920 en la localidad de Baranello, en Molise, es ordenado presbítero en 1944 y forma parte de la Sacra Rota hasta 1994, además de desempeñar importantes cargos en Roma. Es el típico monseñor por encima de toda sospecha. Director de la prestigiosa revista de derecho de la Santa Sede *Monitor ecclesiasticus*, tiene fama de ser un estimado jurista pontificio con amistades influyentes entre las jerarquías vaticanas. Por lo menos hasta

agosto de 2001, cuando a la edad de ochenta y un años es detenido en Cleveland, acusado de estafa y blanqueo en el caso Frankel.

Durante sus primeros días en prisión se declara inocente. Niega todos los cargos. Es más, sostiene haber sido él mismo víctima de los manejos del embustero estadounidense. Luego, en la cárcel de Hartford en Connecticut, cambia su versión. Sin rechistar, paga la fianza fijada en mil millones de liras y sale en libertad condicional. No puede viajar. Tampoco puede huir porque es el primer monseñor obligado a llevar un brazalete electrónico para estar siempre localizable. Y podría ser condenado a una pena máxima de veinte años por blanqueo y de otros cinco por estafa.

Las estafas como esta se remontan a la década de los noventa, cuando las finanzas del Vaticano se descontrolan, entre las correrías del IOR oculto de De Bonis y las financiaciones sin garantías concedidas con sorprendente facilidad por el banco del papa. En Estados Unidos, Frankel adquiere un lujoso chalé con jardín privado en Greenwich y lo convierte en su cuartel general. Escoge la ostentación y el lujo: un coche fuera de serie, guardaespaldas y secretarias seleccionadas a través de páginas web porno. Rodeado de antenas parabólicas y teléfonos satélites, desde su casa en los bosques de Connecticut aspira a conquistar algunas de las sociedades que cotizan en Wall Street. Según las reconstrucciones de los investigadores, se hace enseguida con siete compañías de seguros diseminadas por todo Estados Unidos y aprovecha sus fondos sirviéndose de otros tantos alias. De hecho, pese a no tener licencia para operar como intermediario financiero, Frankel convence a siete compañías de seguros —tres en Misisipi, las otras cuatro en Arkansas, Tennessee, Oklahoma

y Misuri— para entregar los capitales de que disponen a la Liberty National Security, su sociedad de inversiones. Una parte del dinero la reinvertía en Wall Street, dando muestra de no tener ni olfato ni fortuna, pero la mayoría de los capitales era simplemente sustraída, ocultada o derrochada en mujeres y lujos.

LA EXCUSA DE LA BENEFICENCIA

Con la excusa de querer donar unos cuantos millones a institutos de beneficencia católicos, Frankel contacta con Thomas Bolan, que fue asesor de Ronald Reagan y uno de los defensores de Michele Sindona en los años ochenta. Bolan cuenta desde siempre con excelentes apoyos en la Santa Sede y ayuda a Frankel a crear la St. Francis of Assisi Foundation en el paraíso fiscal de las islas vírgenes británicas. El plan es preciso: llegar a un acuerdo con los dos prelados escogidos —monseñor Emilio Colagiovanni y el padre Peter Jacobs, un sacerdote liberal neoyorquino—, quienes se harán cargo de la entidad y se ocuparán de poner a buen recaudo el dinero estafado, simulando actividades benéficas.

Según una detallada reconstrucción de *L'Espresso*, en octubre de 2002, a través de Bolan y Jacobs, Frankel entra en contacto con Colagiovanni. El monseñor, frente a una oferta de 40 000 dólares en efectivo y la promesa de un donativo de cinco millones más para la Monitor Ecclesiasticus a cambio de su colaboración, acepta el acuerdo. De los 55 millones de dólares prometidos por Frankel, cinco se los quedará la Santa Sede y los otros cincuenta los gestionará él para comprar las aseguradoras. Colagiovanni viaja a Roma junto a Bolan y presenta la propuesta

al arzobispo Francesco Salerno, el entonces secretario de la prefectura de asuntos económicos, principal órgano de control sobre las finanzas pontificias. En un primer momento Salerno da su visto bueno, pero tras un encuentro con Sodano, que desconfía de la operación, se echa atrás. Bolan y Colagiovanni vuelven a intentarlo con monseñor Gianfranco Piovano, responsable del Óbolo de San Pedro, que en la época del escándalo Enimont figuraba entre los posibles sustitutos de De Bonis en el IOR. Pero Piovano manifiesta las mismas dudas que comparten la mayoría de los inquilinos de los palacios pontificios. Colagiovanni responde poniendo a disposición su propia fundación, la Monitor Ecclesiasticus, e informa de su decisión a Piovano, a Salerno y al cardenal Giovanni Battista Re, entonces sustituto para los asuntos generales de la secretaría de Estado. Jacobs acude también a Pio Laghi, ex nuncio apostólico en Estados Unidos.[19] Finalmente el IOR entrega a Frankel una carta firmada por el director Scaletti, que confirma las buenas relaciones entre el Instituto y la Monitor Ecclesiasticus.

Lo cierto es que Colagiovanni se presta a las temerarias actividades de Frankel: de hecho, el monseñor le proporciona las garantías necesarias para transferir importantes sumas de dinero al Caribe. Por otra parte, no se ha demostrado que se utilizaran cuentas del IOR para llevar el dinero de la estafa fuera de Estados Unidos. Según *The New York Times*,[20] la «St. Francis of Assisi Foundation consiguió acceder a una cuenta del IOR, algo que no se suele permitir a los extranjeros», lo que sugiere una relación directa con los banqueros del papa. Colagiovanni firma unos afidávits, unas declaraciones juradas en las que sostiene que la fundación de Frankel cuenta con la cobertura financiera del IOR. Así Frankel obtiene el crédito que le permite engañar a las auto-

ridades estadounidenses. Y no solo eso. Parece ser que el estafador recibe de Colagiovanni unos documentos donde se certifica que la fundación opera con el apoyo del Vaticano.

En realidad, no se pueden atribuir responsabilidades al Vaticano por la conducta de Frankel, salvo tal vez cierta falta de control frente a la insólita «hiperactividad» financiera de algunos monseñores. Una hiperactividad que provoca daños incalculables a la imagen de la Iglesia en Estados Unidos. En julio de 1999, Sodano decide reaccionar para distanciarse del episodio y atajar sus consecuencias. El portavoz Navarro-Valls precisa que ni la fundación Monitor Ecclesiasticus ni la St. Francis of Assisi Foundation «tienen personalidad jurídica vaticana ni están inscritas en los registros de las personas jurídicas vaticanas». A la luz de lo ocurrido, esta declaración provoca una reflexión: estos «entes» se parecen mucho a los que utiliza en el mismo periodo el IOR paralelo para movilizar el dinero de las comisiones Enimont. Tanto porque la St. Francis of Assisi Foundation es una fundación ficticia, como porque indica entre sus finalidades altisonantes obras benéficas, o porque en realidad es utilizada como instrumento para manejar fondos reservados.

Sea como fuere, Navarro-Valls es categórico. Toma distancia tanto de Colagiovanni como del reverendo Jacobs.[21]

Eso significa que Colagiovanni habría actuado en solitario, y que miente cuando explica a los representantes del estado de Connecticut que la Monitor Ecclesiasticus recibió hasta mil millones de dólares del Vaticano. Un dinero que el monseñor habría girado a la cuenta de la St. Francis of Assisi Foundation de Frankel. El estafador se habría servido de la fundación para comprar las aseguradoras, prometiendo, además, que los beneficios se destinarían a obras de caridad.

Esta historia se cierra en mayo de 2002, cuando Frankel se declara culpable de veinticuatro cargos que le imputa la justicia federal, entre ellos estafa y fraude. Se expone a una condena de 150 años de cárcel y a una multa 6,5 millones de dólares. Confía en una reducción de la pena. De hecho, ante todo la acusación pretende recuperar una parte de los 200 millones de dólares sustraídos de las arcas de cinco Estados. Por su parte, monseñor Colagiovanni se declara culpable de fraude y blanqueo y admite haber ayudado a Frankel ante la corte federal de New Haven, Connecticut. Reconoce haber mentido cuando afirmaba que el dinero de la fundación de Frankel procedía de su propia fundación. En septiembre de 2004 el monseñor es condenado a pagar una multa de 15 000 dólares y a cinco años de libertad condicional. Tres meses después es el turno de Frankel, condenado a dieciséis años y seis meses de cárcel.

ESTADOS UNIDOS ACUSA AL VATICANO

En el documento acusatorio de mayo de 2002 la corte de Jackson cita a la Santa Sede por haber realizado con fines fraudulentos «actividades comerciales privadas, no soberanas y seculares, no religiosas».[22] La corte estadounidense pide al Vaticano que compense los daños, y la acusación propone una cifra no inferior a 208 millones de dólares.

En 2002 cinco Estados demandaron al Vaticano por daños y perjuicios, alegando su involucración en la estafa de las aseguradoras que les costó 200 millones de dólares. En resumen, según las comisiones Frankel utilizó la Iglesia católica como tapadera, puesto que abonó al Vaticano 55 millones de dólares en concep-

to de donación benéfica a través de la St. Francis of Assisi Foundation. Entre los años 1990 y 1999 el financiero habría organizado varios fraudes contra los Estados, incluida la creación de falsas compañías de seguros con la ayuda de Colagiovanni, que lo introdujo en el Vaticano.

Según las acusaciones del estado de Misisipi, aparecidas en *The Wall Street Journal,* al apoyar a Frankel en sus operaciones de compra, la Santa Sede habría iniciado en Estados Unidos actividades comerciales no vinculadas a su presencia religiosa. En mayo de 2002 el Vaticano se defiende negándolo todo. No tiene ningún vínculo con las dos fundaciones. Además, en la época de los hechos el padre Colagiovanni está jubilado, ya no ejerce ningún cargo en la Santa Sede, así que actuó a título personal. En cuanto al reverendo Jacobs, es suspendido *a divinis* desde 1983. Por último, el Vaticano no recibió ni entregó dinero a las dos fundaciones, es más, pone de inmediato toda la información en su poder a disposición de la corte de Misisipi. Sin embargo, según consta en diversas reconstrucciones,[23] en 1999, cuando ocurrió todo, Colagiovanni aún era un prelado de la curia romana, miembro del colegio de los prelados auditores del Tribunal de la Sacra Rota, consultor de dos congregaciones vaticanas y miembro de la comisión especial para la tramitación de las causas de nulidad de la sagrada ordenación y de dispensa de las obligaciones del diaconado y del presbiterio, además de docente de deontología judicial en el Estudio rotal. De todos modos, ya en marzo de 2006, los tribunales dan la razón a la Santa Sede: no es responsable por la actuación del monseñor. Fracasa la iniciativa sin precedentes de George Dale, el entonces comisionado de seguros de Misisipi, que acusaba a la Santa Sede de complicidad. Todas las indemnizaciones pagadas a principios de 2008 proceden del te-

soro de Frankel, que ve incluso cómo su colección de diamantes se subasta en eBay. La Iglesia se salva, pero es evidente que por primera vez el Vaticano corre el riesgo de ser procesado por culpa de sus ministros.

EL DINERO DEL PAPA Y EL IOR DESPUÉS DE DE BONIS

LOS 72 000 MILLONES DEL PONTÍFICE

Según la Ley fundamental, introducida por Juan Pablo II, «el sumo pontífice, soberano del Estado Ciudad del Vaticano, tiene la plenitud de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial».[1] Por tanto, el papa es el jefe supremo de la Iglesia, con poderes ilimitados sobre bienes y parroquias. Desde San Pedro hasta el último monasterio perdido en la cima de una montaña, todo queda bajo su control. El santo padre gobierna así un reino que se extiende mucho más allá de los límites de la Ciudad del Vaticano. Cuenta con más de cuatro millones de fieles colaboradores que ocupan cargos operativos, entre obispos (4500), curas (405 000), religiosos y religiosas (865 000), diáconos permanentes (26 600), misioneros laicos (más de 80 000) y dos millones y medio de catequistas.[2]

Esta teocracia siempre se ha considerado solo formalmente como una monarquía absoluta de tipo electivo, donde el papa no se identifica tanto con el monarca, sino con el guía espiritual de los mil millones de católicos que viven en el planeta, más del 17 por ciento de la población mundial. Por tanto, un sumo pontífice extraño a la humana gestión del dinero, a las preocupacio-

nes financieras terrenas. En realidad, Juan Pablo II sigue los episodios más controvertidos que sacuden la secretaría de Estado, organismo clave en el organigrama vaticano y brazo operativo del santo padre. Se interesa por las investigaciones que remueven los secretos del IOR, como reflejan los informes enviados en los años noventa por Caloia al secretario de Wojtyla, Stanislao Dziwisz, sobre el caso Enimont y sobre el IOR paralelo de monseñor Donato de Bonis. Es decir, que recibe los dosieres reservados sobre las cuestiones más críticas y fija las pautas que debe seguir la secretaría de Estado. Además, gestiona en primera persona una parte importante de las financiaciones a la Polonia de Solidaridad. Un dinero que constituye su fondo personal y que, al ser de su exclusiva competencia, no consta en los balances oficiales que la Santa Sede hace públicos todos los años.

El fondo personal y reservado del papa es uno de los muchos secretos que envuelven las finanzas de la Iglesia católica. Es bien sabido que el papa dispone directamente de sumas de dinero para obras benéficas y caritativas, pero sobre la procedencia y el importe de este fondo no ha habido más que especulaciones. Nunca se ha confirmado su operatividad ni ha trascendido información sobre el origen del dinero y sobre su contabilidad. Esto por una razón fundamental que justifica muchas de las decisiones de la Iglesia. Aún existe un profundo pudor hacia el dinero o, mejor dicho, se prefiere ocultar cómo se recibe y cómo se gasta. Al Vaticano no le gusta promocionar la red de sociedades que utiliza en los sectores más dispares, desde el turismo religioso hasta la asistencia a enfermos y ancianos, no da a conocer sus cuentas, se guarda bien de detallar partida por partida, diócesis por diócesis, cuánto cobra en el mundo a través de la beneficencia, de ofertas, herencias o legados.

Por esto, en una tradicional rueda de prensa celebrada en primavera, hace públicos solo los balances de siete administraciones que dependen de la Santa Sede,[3] pero evita publicar otros documentos mucho más interesantes. La Iglesia no ama los balances universales y fragmenta sus informes contables entre diócesis, conferencias episcopales y resultados parciales de algunas administraciones del Estado pontificio.

En otras palabras, informa a medias, ofrece datos incompletos: unas zonas de luz, otras de sombra. El Vaticano informa con todo lujo de detalle sobre los gastos de su imprenta y los ingresos obtenidos con la venta de las entradas a los museos, pero nada trasciende, por ejemplo, de las ganancias de su banco. Se detiene en el coste del papel de los sellos conmemorativos, pero no revela cuánto papel filigranado guarda en las cámaras de seguridad del IOR, «que no depende de la pública administración del Estado pontificio, sino directamente del papa».[4] «Nosotros trabajamos en dependencia directa del santo padre —explica Caloia en 1998—, a quien ingresamos todos los años los beneficios.»[5]

Así siempre se omiten muchos, demasiados balances. Los más importantes son el de la Gobernación, es decir, la administración de la Ciudad del Vaticano, y el del IOR y todas las sociedades vinculadas al mundo de la Iglesia romana, que trabajan, por ejemplo, en el sector del turismo religioso, de la administración inmobiliaria y de la gestión de las participaciones financieras. Si existiera un imaginario libro contable de la Iglesia católica, tendría muchas páginas en blanco: tanto las relacionadas con el fondo personal del papa como con los activos y pasivos de las parroquias y de las órdenes.

Puesto que el Vaticano es el único Estado en el mundo, junto

con Brunéi, cuyo parlamento es nombrado por el soberano, es imposible establecer comparaciones. Sin embargo, podemos imaginar qué ocurriría si el gobierno italiano no ofreciera a sus ciudadanos el balance completo del Estado, y callara el coste del Quirinal y de los palacios de la política, u ocultara los balances de ENI, de Finmeccanica y de las demás sociedades importantes participadas por el Estado. Pero en Italia se exige a la política y no se cuestiona a la autoridad eclesiástica. Y esto pese a que la Iglesia católica, según los cálculos más recientes del matemático Piergiorgio Odifreddi, cueste a los italianos hasta 9000 millones de euros al año.[6] Pero ¿por qué se omiten algunos balances y cuáles en concreto? La respuesta se encuentra una vez más en el imponente archivo Dardozzi, donde se conservan documentos que arrojan algo de luz sobre la contabilidad más oculta, y permiten comprender mejor tanto los balances como el silencio que los envuelve. Para hacerse una idea, hay que dar un paso atrás y volver al balance de 1993, presentado a la prensa internacional a mediados de junio de 1994.

El clima es el de las grandes ocasiones y los datos se anuncian a bombo y platillo. Se respiran un optimismo y una disponibilidad muy diferentes de la discreción propia de las tramas y de las intrigas descritas hasta aquí. En particular, una novedad hace que el balance de la Santa Sede tenga repercusión en todos los medios de comunicación del mundo: el Vaticano sale del déficit tras un largo periodo de crisis. Por primera vez en veintitrés años «el papa ya no está en números rojos», se ha cumplido un auténtico «Milagro, la Iglesia cierra en positivo», como titulan dos grandes diarios italianos.[7] El superávit es de 2400 millones de liras; las cuentas gozan de buena salud: unos gastos de 263 400 millones frente a unos ingresos de 265 800 para las siete administraciones incluidas en el balance. Destaca el sector de la construcción, con un activo de 90 400 millones, y la gestión de títulos, que suma 21 800 millones más. Como apuntan las crónicas, tampoco hay que olvidar los 5800 millones que proceden de la Gobernación ni el Óbolo de San Pedro, es decir, las ofertas recogidas en todas las iglesias católicas del mundo el 29 de junio, día de los santos Pedro y Pablo, que en 1993 asciende a 94 400 millones de liras. Al superávit de 2400 millones hay que añadir los 5800 millones de la Gobernación.

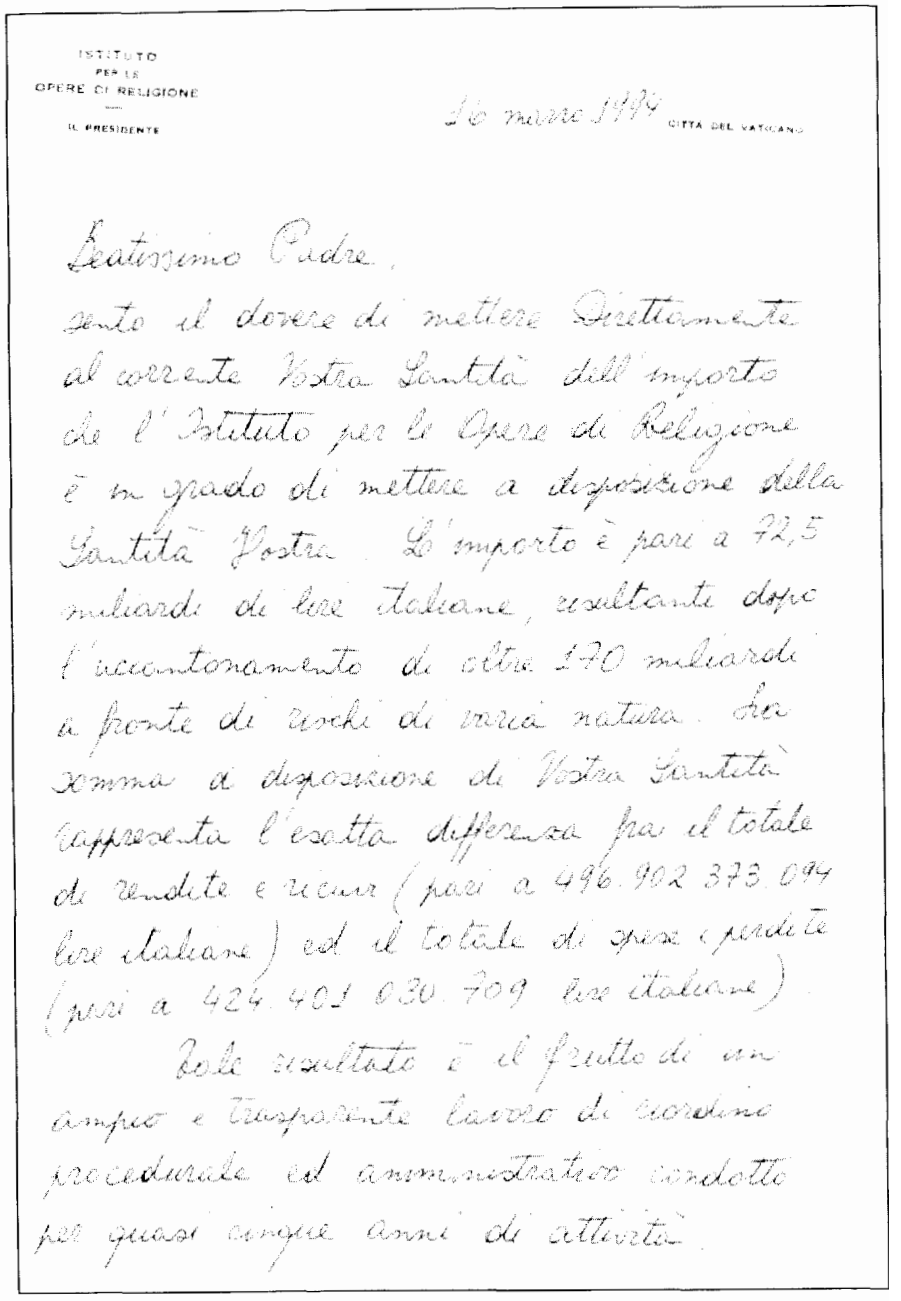
Es un éxito atribuible al rigor en las cuentas impuesto por los cardenales Castillo Lara y Edmund Casimir Szoka, que fue arzobispo de Detroit y ahora preside la prefectura de asuntos económicos, en la práctica el Ministerio de Finanzas de la Santa Sede. Un aire nuevo con respecto al pasado cuando, por ejemplo en 1991, el balance se había cerrado con un déficit de 100 700 millones de liras.

Sin embargo, estos estados financieros presentan varias lagunas. No hay rastro de los datos desglosados de la Gobernación. De los del IOR, tampoco. ¿Por qué no hacer públicos esos balances después de que Caloia ha revolucionado la gestión del banco? «El IOR no forma parte de la Santa Sede—contesta a los periodistas curiosos un picado cardenal Szoka—, se encuentra en el Vaticano, pero, además de los de las órdenes religiosas, también tiene depósitos de propiedad no eclesiástica y, por tanto, presenta sus propios balances.»[8] La frase entra en evidente contradicción con lo defendido hasta ahora. En primer lugar, porque el IOR forma «parte» de la Iglesia, de hecho, fue fundado con un quirógrafo del papa Pío XII; además sus trabajadores son empleados de un ente central del Vaticano, una condición introducida por el Concordato y que años antes había

permitido a Marcinkus evitar la detención por la quiebra del Ambrosiano. Además, ¿dónde acaban los beneficios del banco si no se quedan en las arcas de los palacios pontificios? La verdad es sencilla: el balance del IOR garantiza cuantiosos beneficios, un fondo que se incorpora directamente a la disponibilidad del propio pontífice. Encima, aquel año el resultado es significativo, mejor dicho, extraordinario. Tal vez por esto debe permanecer secreto.

De hecho, en el archivo Dardozzi se conserva un documento valioso, la carta que tres meses antes, el 16 de marzo de 1994, el presidente del banco Angelo Caloia escribe directamente a Juan Pablo II para informarle del enorme tesoro que el IOR pone a su disposición:

> Beatísimo Padre,
> siento el deber de comunicar directamente a Su Santidad el importe que el Instituto para las Obras de Religión puede poner a su disposición. La cantidad asciende a 72 500 millones de liras italianas, obtenidos tras reservar más de 170 000 millones de liras para cubrir riesgos de distinta naturaleza. La cantidad que queda a disposición de Su Santidad es la exacta diferencia entre el total de rentas e ingresos (496 902 373 094 liras italianas) y el de gastos y pérdidas (424 401 030 709 liras italianas). Este resultado es el fruto de un amplio y transparente trabajo de reorganización administrativa, conducido durante casi cinco años de actividad. En nombre del Consejo de Superintendencia deseo presentarle mis más devotos y filiales obsequios, e invocar la bendición de Su Santidad sobre nuestro trabajo, una bendición que me atrevería a pedir en una audiencia que usted podrá fijar cuando lo estime conveniente.

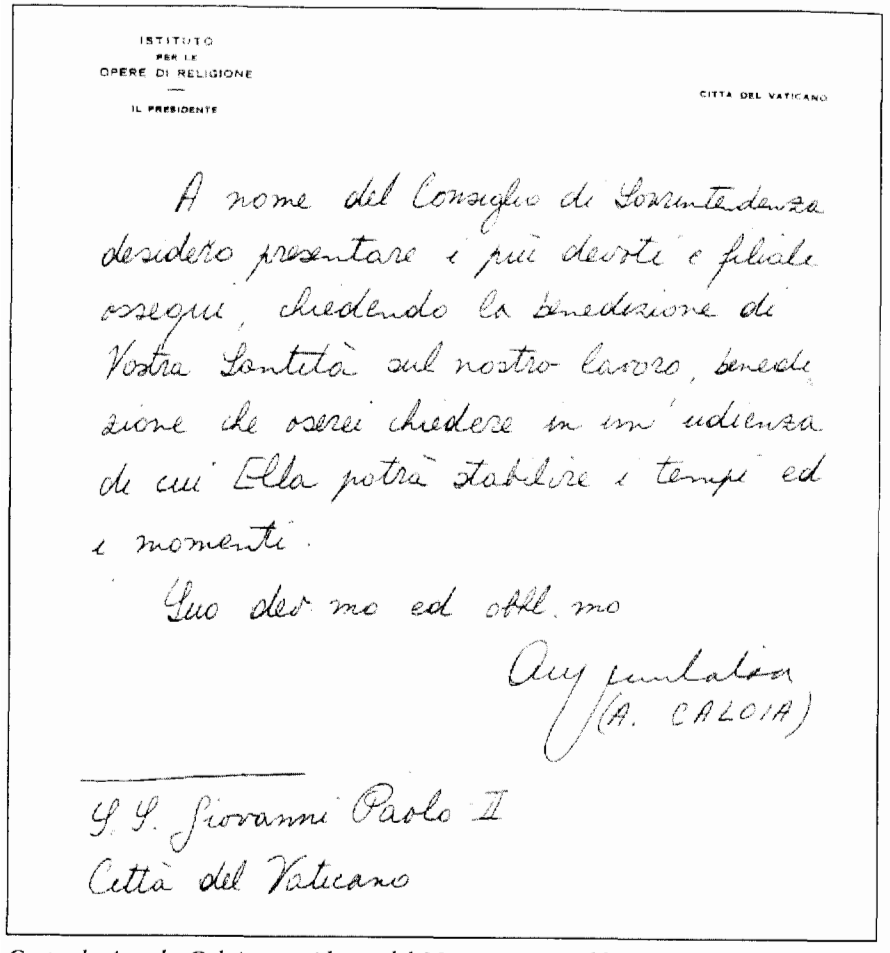


ISTITUTO
PER LE
OPERE DI RELIGIONE

IL PRESIDENTE

16 marzo 1994 CITTÀ DEL VATICANO

Beatissimo Padre,
sento il dovere di mettere direttamente al corrente Vostra Santità dell'importo che l'Istituto per le Opere di Religione è in grado di mettere a disposizione della Santità Vostra. L'importo è pari a 72,5 miliardi di lire italiane, risultante dopo l'accantonamento di oltre 170 miliardi a fronte di rischi di varia natura. La somma a disposizione di Vostra Santità rappresenta l'esatta differenza fra il totale di rendite e ricavi (pari a 496.902.373.094 lire italiane) ed il totale di spese e perdite (pari a 424.401.030.709 lire italiane).
Tale risultato è il frutto di un ampio e trasparente lavoro di riordino procedurale ed amministrativo condotto per quasi cinque anni di attività.



ISTITUTO
PER LE
OPERE DI RELIGIONE

IL PRESIDENTE

CITTÀ DEL VATICANO

A nome del Consiglio di Sovrintendenza desidero presentare i più devoti e filiali ossequi, chiedendo la benedizione di Vostra Santità sul nostro lavoro, benedizione che oserei chiedere in un'udienza di cui Ella potrà stabilire i tempi ed i momenti.

Suo dev.mo ed obbl.mo

(A. CALOIA)

S. S. Giovanni Paolo II
Città del Vaticano

Carta de Angelo Caloia, presidente del IOR, a Juan Pablo II sobre los 72 500 millones de liras que el IOR pone a disposición del pontífice.

Si se suman los 72 500 millones del IOR a los 94 400 millones del Óbolo de San Pedro, se descubre que en 1994 Wojtyla puede contar con una caja personal para obras benéficas y caritativas de 166 900 millones de liras (121,3 millones de euros). A los que en los años se añaden los ingresos de la *Centesimus annus pro pontefice*, el fondo que recoge los frutos de las iniciativas de los empresarios católicos. Se trata, por tanto, de una suma más que considerable, que supera con creces la llamada «Caridad del papa», es decir, los legados anónimos y los cheques que responsables de entidades y asociaciones, personalidades y particulares recibidos en audiencia dejan con discreción al santo padre. Puede que, de todas las entradas, tan solo se quede por debajo del Óbolo de San Pedro.

Si esta suma se incluyera en los balances del Vaticano, condicionaría todas las partidas incrementando notablemente el activo total. Pero no deja de ser una información sensible, un dato que Caloia revela directamente al interesado, Juan Pablo II. Cómo se gasta este dinero, aunque proceda de un banco que custodia las cuentas de las comunidades de fieles y forme parte del patrimonio papal, sigue siendo un misterio más allá de un restringido círculo de cardenales. Una parte del Óbolo de San Pedro y de los beneficios del IOR se destina a obras de caridad en el mundo a través del Consejo pontificio *Cor Unum*, que gestiona admirables proyectos en los países en vías de desarrollo con la contribución de fundaciones benéficas, mientras que cerca de un millón y medio de euros se gasta cada año a través de la Limosnería Apostólica.[9]

Entonces la verdad es otra. Los 72 500 millones de liras quedan «a disposición de Su Santidad», como escribe el banquero a Wojtyla, y son los beneficios de un banco activo en todo el mundo, el resultado de la reestructuración financiera del IOR empezada con la llegada de Caloia al Vaticano en 1989. Se trata de balances en constante crecimiento. Ese año la cantidad a disposición del papa asciende a «solo» 20 000 millones.[10] El IOR es una fuente de dinero seguro para las actividades del pontífice. En 1992, con las cuentas en números rojos, Juan Pablo II

puede disponer de 60 700 millones.[11] En los años siguientes la suma no deja de aumentar. Los documentos del archivo Dardozzi indican un beneficio neto de 75 000 millones en 1994 y de 78 300 en 1995. En febrero de 1996, Caloia confirma a Sodano que puede «poner a disposición de la Comisión Cardenalicia la cifra de 78 300 millones frente a un beneficio bruto de 231 000 millones».[12] A su vez, los purpurados miembros de este organismo encargado de controlar la actividad del banco reciben el «agradecimiento del Instituto por la obra de los eminentes cardenales —explica Caloia en una carta a Sodano—, a cuyas iniciativas benéficas se destina la suma de cincuenta millones por persona».[13] Es lo que en el Parlamento definirían como un «pago por asistencia».

UN IOR VALORADO EN 5000 MILLONES DE EUROS

Pero ¿en qué se ha convertido el IOR después de Marcinkus y De Bonis? El banco ya ha alcanzado unas dimensiones más que respetables: una auditoría interna oficial y reservada, realizada en la primavera de 1996,[14] describe por primera vez los patrimonios gestionados por el misterioso Instituto. Hasta 1388 carteras, tanto en liras como en divisa extranjera. Las primeras pertenecen a 729 clientes que tienen depositados en el IOR 957 000 millones. Las carteras con patrimonios en dólares son 659, y suman 1,2 billones más. En total: 2,1 billones de liras (1,5 billones de euros). Se trata de clientes muy pudientes, ya que una tercera parte es titular de depósitos por encima de mil millones de liras.[15] Clientes que reciben la atención necesaria por parte de los noventa y siete empleados del

banco, a su vez bien remunerados como todos los seglares que trabajan en la Santa Sede: de hecho, los incrementos salariales son del 5 por ciento anual para los «banqueros», mientras que para las demás oficinas llegan hasta el 6 por ciento, puesto que el IOR «no se considera parte de la administración vaticana».[16]

La terapia aplicada por Caloia surte efecto. El 31 de diciembre de 1995, el Instituto tiene un capital de 948 000 millones, mientras que las aportaciones de sus clientes alcanzan los 4,7 billones de liras, 3000 millones de euros. Se trata de las cuentas corrientes de diócesis, institutos, órdenes religiosas e incluso de particulares, por ejemplo, miembros de la Democracia Cristiana. Este dato inédito y oficial confirma la estimación realizada trece años después según la cual los depósitos del IOR ascenderían al menos a 5000 millones de euros.[17] En los consejos de administración el ambiente es eufórico, el IOR empieza a parecerse a un banco de negocios: «Los beneficios obtenidos de la compraventa de divisas y títulos ha superado en un 40 por ciento los resultados pronosticados en el presupuesto»;[18] además: «El crecimiento se debe principalmente al contravalor de los títulos (instrumentos y bonos monetarios) vendidos por 193,1 millones de dólares en la última semana de noviembre e invertidos a corto plazo, con intereses devengados el 1 y el 3 de noviembre de 1993, días en los que se realiza una nueva adquisición de bonos del mismo tipo por un valor de 191,8 millones de dólares».[19]

En 1994 Caloia recorta los generosos tipos de interés del 8 al 6,3 por ciento para las cuentas corrientes, y al 7 por ciento para los depósitos vinculados. Pero los clientes no se quejan. No solo porque la total discreción de la que gozan no tiene

precio, sino también porque reciben un trato inmejorable. Además los intereses siguen siendo elevados. No hay que olvidar que en el Vaticano las ganancias son netas, ya que no se pagan impuestos.

El 11 de marzo de 1994 los auditores de Revisuisse Price Waterhouse Marco H. Rochat y Jacqueline Consoli entregan a los miembros del Consejo de Superintendencia sus conclusiones sobre la salud financiera del IOR: un documento clasificado de veinticinco páginas. El informe resulta ser una preciosa fuente de información. Contiene datos inéditos sobre las dimensiones del instituto de crédito menos conocido en el mundo. El banco del papa reparte entre sus clientes intereses por un valor de 230 000 millones de liras. El año también ha sido positivo porque «los tipos de interés han bajado mucho y ha crecido el valor de nuestra cartera», como destaca Caloia en una carta a Sodano del 15 de marzo de 1994. Por otra parte, el documento de los auditores revela que el Instituto posee un auténtico «tesoro». En sus cajas fuertes guarda 1617 kilos de lingotes de oro, bonos por un valor de 2666 millones de liras (1900 millones de euros) y acciones por 91 000 millones, depositadas en el Vaticano o en varias cuentas abiertas en 141 bancos de todo el mundo. El IOR tiene participaciones conocidas, como en el entonces Ambroveneto (más tarde convertido en Banca Intesa), y otras que no lo son tanto, como en Gestioni Finanziarie e Patrimoniali, S. A. y en la estadounidense Fiduciary Investment Company de Nueva Jersey, por un valor de 17 900 millones de liras. También es sólida su participación en el sector inmobiliario, valorada en 30 000 millones más.

A diferencia de lo que siempre han aireado ciertos medios de

información partidistas, como todo instituto de crédito, el IOR concede préstamos y sufre impagos, ya que tiene créditos en todo el mundo. Y como cualquier banco, también el IOR persigue a los deudores y corre riesgos para recuperar los importes y limitar los daños. No solo trata con la clientela más selecta y «los amigos de los amigos», sino también con frailes carmelitas y monjas enfermeras que atraviesan dramáticas crisis financieras y llaman a la puerta de bronce en busca de ayuda. Pese a actuar con contención, a 6 de noviembre de 1995 el banco del papa ha asignado financiaciones por un valor de 118 500 millones de liras (78,3 millones de euros), de los que 27 700 se clasifican como «préstamos dudosos», es decir, cuyo cobro no está garantizado.

Las más cuantiosas se someten al Consejo de Superintendencia. Hojeando las actas del organismo relativas a los años 1994, 1995 y 1996, se descubren los problemas financieros de monjas y monasterios, que nada tienen que ver con los negocios temerarios de algunos prelados. Como el trámite abierto por los carmelitas descalzos de la casa generalicia de Roma, que piden 2000 millones de liras «con un tipo de interés recalculable del 11,75 por ciento».[20] O la corrección de 10 000 millones en la línea de crédito a favor de la Congregación de las Monjas enfermeras de la Virgen de los Dolores de Como. En este caso la financiación no es en divisa italiana: se opta por una articulada «financiación en francos suizos, que se beneficiará de los ingresos por la gestión de actividades en Suiza incluso frente a algunos riesgos cambiarios».[21] Además está «la extensión del préstamo a favor de las monjas dominicas de Santa Rosa de Lima, en Finalborgo (Savona), por un valor de 2000 millones de liras, sobre una línea de crédito anterior de 4000 millones. La

extensión a un tipo modificable del 11 por ciento anual será devuelta mediante ingresos de no menos de 1300 millones al año».[22]

Distinto es el caso de las estadounidenses Domenican Sisters of Divine Providence, cuyo monasterio se encuentra en Piscataway (Nueva Jersey). El IOR acepta que liquiden su deuda de 420 481,76 dólares con «apenas» 350 000 dólares, «en cuanto el monasterio consiga vender una de sus propiedades inmobiliarias». En cambio, las viejas deudas deben analizarse con lupa: como la de la Sociedade Campineira de Educação e Instrução de Campinas, Brasil, que se remonta a 1981 y asciende a 3 373 005 dólares. Trece años más tarde, el crédito no se ha extinguido y la empresa querría liquidar la financiación, puesto que ya reembolsó todo el préstamo y hoy paga solo los plazos de los intereses. En otros casos la directiva del IOR no concede ni un céntimo, como ocurre en 1996 con la extensión del crédito solicitada en varias ocasiones, pero siempre en vano, por la «Fundación Ma.So.Gi.Ba», con sede en la provincia de Macerata.

También hay hermanas que echan mano de las hipotecas,[23] como las franciscanas del Buen Pastor de Roma,[24] que obtienen 4000 millones de liras para comprar un edificio en Vía Gregorio VII «que se convertirá en hospedería para los peregrinos del Jubileo del año 2000».[25] Se les concede una financiación con un tipo de interés anual del 11,25 por ciento, solo porque las monjas disponen de muchos recursos.[26] Estas franciscanas mueven un volumen de negocios que según la documentación del IOR equivale al de una sólida empresa de provincia.

Como cualquier otro banco, el IOR no solo concede líneas de crédito, sino que también firma avales. Se trata de una práctica rutinaria, aunque a veces, vista su clientela, puede salirse de lo habitual. Por ejemplo, verse vinculada a proyectos en países en vías de desarrollo. Es el caso del aval de mil millones de liras que el entonces director general Andrea Gibellini gestiona a favor del CICS,[27] el Centro Internacional de Cooperación y Desarrollo, como garantía para tres contratos de la Comunidad Europea relativos a otras tantas intervenciones en Angola. En la práctica, el IOR garantiza los créditos que el Centro obtiene de la Banca Nazionale del Lavoro con la posibilidad de resarcirse a través de los otros cuentacorrentistas involucrados, como, en este caso, la provincia meridional italiana de la congregación de los sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Nápoles.[28]

El IOR también es propietario de unos bienes inmuebles[29] valorados en 17 000 millones de liras, aunque se trata de un cálculo virtual, puesto que la cantidad indicada equivale solo «al 75 por ciento de su valor de mercado en 1983». Con un detalle que resulta paradójico: se desconoce el importe real del activo inmobiliario, ya que ni siquiera el banco es capaz de informar a los auditores sobre el número exacto de sus propiedades. Así los expertos tienen que acudir al Catastro de Roma para inventariar los bienes con precisión. Pero no será tan fácil.[30]

La oficina legal del IOR también está saturada de trabajo. Con una particularidad: a diferencia de los demás bancos del mundo, no se ocupa solo de causas y contenciosos relacionados con el crédito, de derecho societario o laboral. Los abogados del IOR también son expertos en derecho sucesorio. De hecho, el banco del papa debe asegurar que todos los legados a favor de entidades eclesiásticas acaben en las arcas vaticanas. Sin negarse a dar

un paso atrás cuando es preciso, como en el caso de la herencia de los nobles Gutkowski y de la «Fundación Bonino» de Caltanissetta.[31] En cambio, las donaciones siempre son bien recibidas. No solo en efectivo, por supuesto, sino también en obras de arte y muebles antiguos. Las cámaras acorazadas del IOR abren sus puertas, por ejemplo, para acoger los regalos de Cristina Grosso, una feligresa que cede «tres obras de arte del Renacimiento, un conjunto de muebles de salón de estilo Luis XV, compuesto por sofá y seis entre sillas y sillones, y una alfombra persa de excelente calidad».[32] Se trata de cuadros muy valiosos: «Una crucifixión, atribuida a la escuela de Amberes, cuyo autor podría ser el artista flamenco Frans Francken (1542-1616), según la evaluación del profesor Giuliano Briganti;[33] un Cristo llevando la cruz y una imagen de la Virgen María (Mater purísima o contemplación). Las tres obras de arte, los muebles y la alfombra están en perfectas condiciones y su valor es de al menos 2000 millones de liras».[34]

¿Y si alguien un día quisiera atracar el IOR o cometer un hábil y espectacular robo, introduciéndose en el corazón del Vaticano? La pregunta puede hacer sonreír a más de uno, al considerar la empresa imposible, solo al alcance de un intrépido Arsenio Lupin. ¿Quién podría atreverse a tanto e intentar abrir una brecha en unos muros de nueve metros de grosor? Sin embargo, esta posibilidad obsesiona a los altos directivos del banco y a los inquilinos de los palacios pontificios. Hasta el punto de que acaba siendo el centro de una discusión del consejo de administración en los noventa:

> La ubicación del Instituto dentro del Vaticano, con un único acceso desde el patio de Sixto V, lo hace suficientemente seguro. Además, se vigila la entrada las veinticuatro horas, también en los días festivos, por el personal de seguridad del Vaticano, que tiene una llave para acceder al Instituto en caso de necesidad. Con respecto a la vigilancia exterior, la presencia de guardias suizos y de personal de seguridad a lo largo de las calles que conducen al patio de Sixto V hace que el Instituto esté bien protegido contra los intentos de robo y fractura. Por el contrario, las ventanillas de los empleados están abiertas, se calcula que los doce cajeros tienen a su alcance billetes por un total aproximado de mil millones de liras. El cajero jefe controla los turnos de los cajeros y dispone de una cámara acorazada, donde guarda billetes, cheques y cupones. Se ha dispuesto que los bienes custodiados allí no puedan exceder la cantidad máxima que cubre el seguro. El espacio limitado y el paso obligado de los empleados por los sectores que ocupan los cajeros aumenta el riesgo para estos últimos. Frente a esta situación, hay que apelar a la honradez de todos, mientras se le exige al Instituto que cumpla con su deber de proteger al personal, especialmente a los cajeros, que son responsables de los bienes en su poder.[35]

En los palacios pontificios el dicho «quien veló, sondó y desconfió, jamás se perdió» se convierte en ley. Así Caloia dispone una imponente remodelación de todas las oficinas: la dirección general de los servicios técnicos de la Gobernación presenta una relación de gastos de casi 10 000 millones, «exceptuando muebles, suministros especiales, aire acondicionado y puertas blindadas».[36] El acceso al IOR desde el patio de Sixto V se limita «a cierta categoría de personas, que recibirán un servicio altamente cualificado, mientras que el acceso principal será en la planta baja, en el lado noreste de la torre, justo enfrente del alojamiento

de los guardias suizos», y se destinará a los comunes mortales.[37] El filtro para los clientes es el último paso claro de una política financiera que orienta cada vez más al IOR hacia el *private banking* a escala mundial.

De hecho, a partir de 1996, en el Instituto se estudian «las iniciativas para extender los servicios del IOR a la Iglesia universal (diócesis y obispos de todo el mundo). [...] Los miembros del Consejo dan algunas indicaciones que abarcan desde el envío del informe anual a las diócesis de todo el mundo hasta la posibilidad de ofrecer mejores retornos en los depósitos y asegurar una más alta calidad del servicio».[38]

EL SUEÑO DE UN BANCO MUNDIAL

El verdadero sueño es el de crear un banco mundial en la única teocracia del planeta. Caloia anima a sus más fieles colaboradores a que «preparen el terreno: se debe organizar una división específica para hacer un seguimiento del desarrollo de la actividad; identificar todas las entidades religiosas potencialmente interesadas en los servicios del IOR; preparar los documentos y los cuestionarios que se presentarán en las distintas conferencias episcopales y redactar una lista de todos los servicios del IOR».[39]

Un banco así es único, sin iguales, y no teme a los competidores. Los clientes aprecian su privacidad, sus generosos intereses y la inaccesibilidad de las cuentas. Y no solo los clientes civiles, sino también las órdenes y las congregaciones religiosas, los monasterios, las monjas y los frailes consagrados a la pobreza, pero que, por otros motivos, son muy celosos de su

dinero. Como en toda buena familia, no quieren que nadie conozca sus cuentas. Menos aún, las parroquias y las congregaciones cercanas.

Como demuestra lo ocurrido el 17 de enero de 1996 durante un curso para 120 ecónomas de la USMI, la poderosa Unión de las Superioras Mayores de Italia, que reúne las más de 600 congregaciones femeninas del país, repartidas en más de 10 000 comunidades que suman 90 000 monjas. Después de la clase de Caloia y del director general Scaletti, el micrófono pasa a las asistentes. Todas saben muy bien qué es el IOR y, muy preocupadas, acosan a preguntas al presidente. Las hermanas piden garantías precisas. Quieren que en el IOR «no se concrete la temida amenaza de injerencia por parte de personas que proceden de otras experiencias bancarias». Caloia intenta calmarlas y «sobre la temida violación del secreto bancario y el mantenimiento del anonimato, el presidente da un mensaje de tranquilidad a los institutos religiosos». Pero a las monjas no les basta: «La asamblea vuelve a hacer hincapié en que el IOR es un banco atípico, muy especial y único, que necesita personal interno no procedente de otras experiencias. Por tanto, se expresa de nuevo la esperanza de que el futuro IOR cuente con personas del propio Instituto».[40] Más que un ruego, es una orden. El director Scaletti recoge los temores de las monjas y los hace propios. Pide un informe sobre las jornadas y envía las peticiones a monseñor Dziwisz, el secretario particular de Juan Pablo II.

En definitiva, el IOR debe aspirar a convertirse en un banco internacional de dimensiones ilimitadas sin perder su naturaleza. Estar preparado para afrontar cualquier situación o problema con la máxima discreción. Como el 6 de noviembre de 1995,

cuando, durante el Consejo de Superintendencia en el torreón del banco, después de tres horas de discusiones, se presenta el secretario de Estado Angelo Sodano en persona acompañado por su fiel colaborador Timothy Broglio. Los banqueros (el número uno del UBS Philippe de Weck, José Ángel Sánchez Asiaín y Theodor Pietzcker) lo saludan con deferencia e invitan a salir a los directivos presentes: «A continuación —se lee en las actas del consejo—, se debaten algunos temas sensibles» durante una hora junto a la mano derecha de Juan Pablo II.

Es evidente que lo ocurrido con Marcinkus, Sindona y Calvi y, al menos en parte, el escándalo Enimont han marcado al Vaticano. La discreción se convierte en una idea fija, el miedo a imprevisibles daños de imagen, en una pesadilla, la prensa debe ser mantenida al margen. Eso es lo que se desprende de la documentación interna del IOR de los años 1995 y 1996, donde se insiste en la necesidad de mantener un perfil bajo. Se vetan folletos y publicaciones sobre el banco, se rechaza el proyecto de un libro pensado para rehabilitar la imagen de las finanzas del papa. A cualquier iniciativa parecida se la tacha de «inútil propaganda» o «aún más inútil exposición de lo que ya recoge de forma sintética y meditada el estatuto. No hay que olvidar que el Instituto debe seguir la antigua política de actuar "detrás de las cortinas", sin provocar, ni siquiera indirecta e involuntariamente, la intervención de la prensa».[41] El punto esencial sigue siendo el mismo: el banco trabaja con «operaciones y procedimientos que, pese a seguir métodos bancarios, "no entran" en los circuitos peligrosos que por desgracia, en otras épocas, dañaron tanto su "imagen" como su economía. El peligro para la "imagen" (que en su momento recibió muchas y justificadas críticas) se ha conjurado».[42]

EL IOR, UNA SUCURSAL DE CARIPLO

En esos años, como da testimonio el archivo Dardozzi, Caloia está estudiando un plan para ampliar las participaciones y la influencia del IOR en el sistema bancario italiano. Ya a finales de 1992, el presidente del banco del papa mueve ficha, aumentando las participaciones del IOR en el banco Ambroveneto con una importante inversión que le permita entrar en el pacto sindical y colocarse al mando del Instituto. Sin embargo, intervienen algunos «círculos cercanos» a monseñor Dardozzi, tal vez el Opus Dei y sobre todo el profesor Giovanni Bazoli, que le paran los pies con una serie de argumentos de peso. Una tesis que el asesor fiscal Felice Martinelli utiliza para neutralizar las ambiciones de Caloia:[43]

> En teoría, las motivaciones del profesor B. son válidas y aceptables. En la operación planteada, el IOR no sería un socio bancario propiamente dicho y no encontraría su sitio en el sindicato de control. No tiene una «misión» a partir de la que desarrollar una política o estrategia de gestión propia y se vería sometido a decisiones tomadas por otros en otras sedes. [...] Sería un socio pasivo pero importante por la posibilidad de instrumentalizarlo. Se ofrecería a la prensa la excusa para renovar viejas críticas. [...] El IOR no es un banco, sino un instituto financiero fiduciario, que puede invertir tanto en Italia como en el resto del mundo. En este momento la operación propuesta podría interpretarse como una revancha. Tal vez pueda plantearse en el futuro, cuando el Instituto cambie por completo su imagen en el exterior, aunque solo será posible dentro de un cuadro estratégico más amplio y meditado. Hoy podría verse como una ayuda al banquero profesor B., o como un

terco deseo de recuperar terreno. En el interés del IOR y de nuestros círculos cercanos, desaconsejaría realizar la operación ahora y esperaría tiempos mejores. [...]

La referencia alude a los importantes movimientos que en 1997 llevarán a la fusión entre Cariplo y Ambroveneto y a una redistribución de los equilibrios en las finanzas católicas italianas. Pero también son años de lucha por hacerse con el control de las cajas de ahorro, unas entidades tradicionalmente sometidas a la hegemonía del mundo católico y que se reconocían en la ya disuelta Democracia Cristiana.[44] Buen ejemplo de ello es lo que ocurre en enero de 1996, cuando el banquero católico Roberto Mazzotta notifica, primero al entonces director general del Tesoro Mario Draghi y luego a la comisión central de Cariplo, su dimisión de la presidencia de la «Fundación de la Ca' de Sass».

Mazzotta deja el cargo tras la condena a cuatro años de cárcel por corrupción en el juicio por las comisiones ilegales pagadas durante las compraventas inmobiliarias de Cariplo. Solo es una sentencia de primer grado, pero el banquero dimite de todas formas, pese a su inocencia. En el año 2001, el Supremo lo absolverá definitivamente por «no haber cometido el delito». El Vaticano y la curia de Milán juegan sus cartas para conseguir el nombramiento de un candidato que sea del «agrado» de los palacios pontificios, aún más al conocer la reestructuración en curso en Ambroveneto y la inminente privatización de Cariplo, cuya cotización se espera para finales de año. La salida de Mazzotta deja libre una casilla importante en el organigrama de las finanzas católicas, que monseñor Dardozzi redibuja en sus apuntes. Hay que volver a asignar el puesto de

Mazzotta y la dirección general de Cariplo, que Angelo Roncareggi dejó libre en diciembre de 1995. Empieza una guerra entre católicos por los nombramientos, que enfrenta a Mediocredito, Cariplo y Ambroveneto, e implica también al Vaticano, aunque de forma no oficial. Además el monseñor consejero de Sodano se da cuenta de que Caloia ya empieza a impacientarse: «Está deseando volver a la fundación, pero los consejeros no lo quieren».[45]

Dardozzi se mueve a dos niveles. Primero pone en marcha unas negociaciones. En su agenda, apunta las llamadas pendientes a los personajes clave: Pontiggia, Bazoli, Testori, monseñor Erminio de Scalzi y Giovanni Battista Re. Pero sobre todo el reservadísimo Giuseppe Camadini, presidente de Cattolica Assicurazioni y «fiduciario de miles de institutos religiosos accionistas de Banca Lombarda». Este banquero, que nunca ha salido de su silencio, es señalado por la prensa como rival de Bazoli en la pugna por el control de las finanzas blancas. El periodista Pietrangelo Buttafuoco lo describe así: «No aparece, no se deja ver, puede que ya no exista, ni siquiera proyecta sombra al caminar».[46]

Para los aspectos operativos, Dardozzi se dirige «al padre Luigi Testori», como se lee en sus apuntes, que es, en realidad, monseñor Testore, el entonces secretario del cardenal Carlo Maria Martini. Acude a él para comunicarle que «se necesitan otras candidaturas», puesto que también quedará libre la dirección general de Mediocredito cuando finalice el mandato de Giovanni Malvezzi «el 30 de abril de 1996».[47] Desde Milán le llega una respuesta reconfortante. Para sustituir a Mazzotta y sostener «la solución interna de Ottorino Beltrami», presidente de Assolombarda desde 1992, el cardenal «Martini pedirá la "intervención"

del padre Luigi». Es la partida que de verdad le interesa a Dardozzi, que no parece gastar mucha energía en el nombramiento del director general de Cariplo. De hecho, evita entrometerse en las negociaciones entre las distintas corrientes de la antigua DC, representadas por el entonces alcalde de Milán Marco Formentini y los demás interlocutores milaneses. A mediados de febrero de 1996 la dirección general de Cariplo es asignada a Carlo Salvatori, administrador delegado de Ambroveneto, en activo desde el día siguiente a la fusión con la Banca Cattolica del Veneto.

Dardozzi es un observador atento y no pierde de vista los movimientos de Caloia. Comprende muy pronto que esta guerra puede tener consecuencias también para el IOR y, como de costumbre, decide informar a su referente principal, el secretario de Estado Angelo Sodano:

> Fuentes reservadas y fiables nos informan desde Milán de que la candidatura del actual director general de Cariplo Angelo Roncareggi a la dirección general de Mediocredito Lombardo desagrada a una parte de los consejeros de la propia Cariplo. Por tanto, su candidatura a Mediocredito Lombardo ha sido rechazada y él se jubilará en los próximos días. Esta circunstancia es muy favorable para el profesor Caloia, que desde siempre aspira a colocar a un alto cargo de Cariplo, y amigo suyo personal, en la dirección general del IOR en lugar de Scaletti, a quien el presidente acaba de recordar que deberá dejar su puesto en marzo de 1997 a más tardar. La información recogida, que no solicité, alimenta alguna sospecha, ya que sugiere que el IOR se convertiría en una especie de sucursal de Cariplo, una camarilla... De este modo, la camarilla no podrá sino operar fuera de todo control, aunque esperamos que no lo haga de forma arbitraria. [...] La veridicidad, la importancia y la objetividad de esta información aconsejan notificársela a su eminencia el secretario de Estado.[48]

Se trata de iniciativas muy reveladoras, que ayudan a entender las maquinaciones que se traman en los palacios pontificios y repercuten en las delicadas y complejas relaciones con la banca italiana. Iniciativas cuyo objetivo es condicionar de manera impropia los nombramientos en institutos de crédito como Cariplo —feudo de las finanzas blancas, pese a que el Vaticano no esté entre sus accionistas—, así como impedir injerencias externas en la actividad de la Santa Sede. Por ejemplo, de parte de los laicos, incluso de los amigos, como demuestra el borrador de la carta de Dardozzi a Sodano. Dicho de otro modo, se procura condicionar a los demás sin ser condicionados. Se pretende influir en las decisiones sobre los altos cargos de los bancos italianos —de hecho, Beltrami acabará siendo elegido presidente de la Fundación Cariplo en marzo de 1996—, pero el simple riesgo de que el director general de Ca' de Sass Roncarelli llegue al IOR de mano de Caloia hace saltar las alarmas.

Sin olvidar otra cuestión general que Dardozzi deja clara en todas las sedes: «Los clientes del IOR, que son todos religiosos o instituciones religiosas, lo escogen como referente en lugar de otros bancos al considerar que es el único capaz de satisfacer su demanda de privacidad». Este es sin duda un argumento de peso. Nadie, ni siquiera el influyente Caloia, consigue la marcha de Scaletti, quien permanece en su puesto once años más, hasta junio de 2007, cuando a la respetable edad de ochenta años cede el cargo a su segundo Paolo Cipriani. La discreción sobre las cuentas de los religiosos debe ser absoluta: es la primera regla

para que a los fieles no les lleguen rumores o simples maledicencias sobre los movimientos financieros que alimentan el exitoso *holding* vaticano.

EL EXITOSO *HOLDING* EN LA ORILLA DERECHA DEL TÍBER

De hecho, es necesario proteger tanto un conjunto de actividades financieras y empresariales en los sectores más diversos —de la sanidad al turismo, del inmobiliario al bancario—, como un tesoro que crece cada vez más. Y el aumento de este tesoro a lo largo de diez años queda reflejado en las páginas del «Estado financiero consolidado de la Santa Sede, año 2007»,[49] que desde el verano de 2008 la Santa Sede distribuye entre los 194 cardenales, los 4800 obispos y las conferencias episcopales de todo el mundo. Una copia del documento acaba en las páginas del semanario inglés *The Tablet*. ¿En qué consiste el patrimonio vaticano? El dosier revela la existencia de una auténtica fortuna: bienes por 1400 millones de euros, los famosos mil kilos de lingotes de oro conservados desde los años noventa y valorados en 19 millones de euros, propiedades inmobiliarias y obligaciones, hasta llegar a los comprometedores bonos. Los datos forman parte del estado financiero que redacta el arzobispo Velasio de Paolis, presidente de la prefectura de asuntos económicos. Tras tres años de bonanza, con activos que suman 15 200 millones de euros, el balance de 2008 se cierra en números rojos. Por supuesto, solo son datos parciales acerca del Vaticano, una criatura financiera cuyos intereses llegan a todos los rincones del mundo: «Los resultados del primer periodo de este año —escriben los prelados ecónomos de la prefectura— son preocupantes y no inducen al optimismo». Las reservas son considerables, 340 600 millones de euros en efectivo y casi 520 millones en títulos y acciones, además del oro y de los milagros que «san Ladrillo» obra en el sector inmobiliario. Pero el optimismo escasea. Según el informe, la Iglesia católica posee viviendas y terrenos en Inglaterra, Suiza y Francia por un monto de 424 millones, que podría llegar a duplicarse si se calculara su valor en cada uno de los mercados. Por ejemplo, Propaganda Fide (la congregación para la evangelización de los pueblos, el dicasterio pontificio que controla las misiones orientales) es dueña de propiedades por un importe aproximado de 53 millones de euros, casi todas en territorio italiano. En 2007 este activo inmobiliario generó cerca de 56 millones de euros en concepto de cánones y arrendamientos, y otros 950 000 euros de beneficios generados por actividades agrícolas.[50]

Tras dejar atrás los procelosos años noventa, las finanzas vaticanas navegan viento en popa por los mercados accionarios hasta junio de 2005, cuando con la muerte de Juan Pablo II todos los altos cargos religiosos son destituidos. Se celebra la elección de Benedicto XVI, tras un funeral y un cónclave por los que la curia de Roma desembolsa 7000 millones de euros.[51] Por razones de edad, poco a poco salen de escena personajes relevantes como Sodano, sustituido el 22 de junio de 2006 por Tarcisio Bertone. Este último hoy preside también la Comisión Cardenalicia, antes a cargo del venezolano Castillo Lara. Mes tras mes, Ratzinger avanza en una discreta obra de depuración de los cargos que controlaban las finanzas vaticanas en la era de Wojtyla. Actúa de acuerdo con su *Einführung in das Chris-*

tentum (Introducción al cristianismo), donde escribía estas palabras:

> Los verdaderos creyentes no dan mucha importancia a la lucha por la reorganización de las formas eclesiásticas. Viven de lo que la Iglesia siempre fue. Y si uno quiere conocer lo que es la Iglesia, debe acudir a ellos. La Iglesia no existe principalmente donde se organiza, se reforma o se gobierna, sino en los que creen con sencillez y reciben en ella el don de la fe, que se convierte en fuente de vida. [...] Esto no quiere decir que hemos de dejar las cosas como están y soportarlas tal y como son. El soportar también puede ser un proceso especialmente activo [...].[52]

Es la hora de los «Ratzi-banker»,[53] religiosos y laicos que en silencio heredan el poder financiero tras el ascenso de Benedicto XVI al trono de san Pedro. El relevo afecta a las cinco oficinas de la Santa Sede que tienen competencias en materia económica: la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica (APSA), la Gobernación del Estado Ciudad del Vaticano, la prefectura de asuntos económicos, la congregación para la evangelización de los pueblos, que financia todas las misiones de la Iglesia romana en el mundo y, por último, el IOR de Caloia, quien desde hace veinte años resiste a la cabeza del banco del papa. El único que sigue en su puesto, pese a los dosieres críticos que Sodano deja sobre el escritorio del santo padre[54] antes de que su sucesor Bertone lo releve en el cargo.

Aun así, Sodano trastoca sus planes al reintroducir la figura del prelado del banco. Y deja el IOR en manos de su secretario de confianza, monseñor Piero Pioppo, que asumirá este puesto vacante desde 1994, cuando el prelado era De Bonis. La iniciativa del secretario pesa como una incómoda herencia tanto para Bertone como para Caloia, que pierde peso dentro del banco. Sodano nombra al nuevo prelado en julio de 2006 y poco después, en septiembre, deja la secretaría de Estado. En el IOR se juegan nuevas partidas. Por supuesto, bajo el más estricto secreto.

SEGUNDA PARTE

LA OTRA INVESTIGACIÓN. EL «GRAN CENTRO» Y EL DINERO DE LA MAFIA

«Para muchos la Iglesia se está convirtiendo en el principal obstáculo hacia la fe. Ya no consiguen ver en ella nada más que la ambición humana por el poder.»

JOSEPH RATZINGER, *1977*

Hasta aquí, los papeles secretos de monseñor Dardozzi. De aquí en adelante, otra investigación fruto de testimonios nuevos e inéditos, que destapa tramas políticas e intrigas financieras con cuentas corrientes a nombre de políticos y hombres de la mafia. Un dinero destinado a capos como Totò Riina y Bernardo Provenzano. Y a la financiación de un nuevo partido de centro capaz de convertirse en el referente de la Iglesia después de la caída de la Democracia Cristiana.

EL GOLPE PÚRPURA

LA IGLESIA PARA TODOS, TODOS PARA LA IGLESIA

La victoria de Romano Prodi en las elecciones políticas de abril de 1996 y las divergencias internas en el Polo de las Libertades, que perjudican el liderazgo de Silvio Berlusconi, convierten 1997 y 1998 en los años del Olivo. Pero el panorama sigue confuso, la moneda única y los aires de cambio de la Segunda República no aceleran la recuperación del país. Las «pruebas técnicas» de bipolarismo avanzan con dificultad, ya que para muchos la conquista del electorado moderado se convierte en un objetivo muy codiciado. De hecho, en el «centro» se multiplican iniciativas políticas fragmentarias cuyo propósito declarado es el de recuperar el protagonismo de los católicos, aglutinando de nuevo las fuerzas tras la fratricida diáspora democristiana.

El gran mundo de los católicos debe volver a la escena política italiana tras el repliegue del bienio 1992-1993, con su revolución judicial y su larga serie de detenciones. Es una necesidad advertida tanto por el electorado como por quien participó en la experiencia de la DC: «En 1994, con la salida a la palestra de Silvio Berlusconi —recuerda hoy el ex ministro Beppe Pi-

sanu—, algunos antiguos miembros de la DC, como Pier Ferdinando Casini, Clemente Mastella y yo, fuimos candidatos en las listas proporcionales de Forza Italia con el compromiso de confluir luego en el mismo grupo parlamentario. Los sorprendentes resultados electorales nos permitieron formar grupos parlamentarios autónomos, al conseguir más de veinte diputados en la Cámara. Entonces se abrió un debate. Por un lado, estaban Francesco d'Onofrio, Mastella y Casini, que apostaban por el grupo autónomo; por el otro, yo defendía la necesidad de permanecer en Forza Italia, el único partido capaz de convertirse en la principal referencia política de los moderados italianos. Ya en aquella época la experiencia de la Democracia Cristiana parecía haber tocado a su fin. Además, la tendencia bipolar se manifestaba no solo en las reflexiones políticas más maduras, sino también en la actitud de los electores italianos. [...] El voto católico se estaba secularizando y redistribuyendo entre las dos formaciones».[1]

Sin embargo, no todo el mundo está de acuerdo con Pisanu. La «salida a la palestra» de Berlusconi no entusiasma a aquellos católicos que ven en la Democracia Cristiana una causa irrenunciable, una garantía de su propia influencia y representatividad. Sobre todo en el terreno de los valores, pero también de los negocios. «En el grupo católico se impuso una línea diferente —continúa Pisanu—, que llevó a la rápida formación de la Unión Demócrata Cristiana (UDC) con la idea de conquistar el espacio político aún disponible en el centro democrático. En realidad, yo tenía la impresión de que el centro ya no era un espacio político definido, sino un sector de electorado inestable, donde las dos mayores formaciones políticas se disputaban la victoria en las urnas. Cuando unos años más tarde el parlamentario Marco Follini lo definió como "tierra de en medio", yo afirmé que se trataba más bien de un campo de batalla.»

En aquellos años, la densa red social y de poder del que había sido durante medio siglo el incontrastable primer partido político italiano se fragmenta en un proceso de inevitable debilitamiento, para volver a recomponerse bajo nuevas banderas, como el Partido Popular Italiano (PPI) de Gerardo Bianco, de orientación izquierdista, el Centro Cristiano Demócrata (CCD) y el Centro Democrático Unido (CDU) de los «primos hermanos» Pier Ferdinando Casini y Rocco Buttiglione, hasta llegar a la Unión Democrática por la República (UDR) de Francesco Cossiga, en 1998. Las sirenas de la vieja DC deslumbran, provocan desequilibrios y conflictos internos en la coalición de centro-derecha y, sobre todo, en Forza Italia. Son muchos los proyectos planteados por movimientos, corrientes y partidos que afirman inspirarse en los valores católicos para hacerse con el enorme legado de la DC. A veces enfrentados, a veces alternativos, todos procuran intuir y acentuar las dificultades a las que se enfrentan los nuevos partidos políticos moderados, como la propia Forza Italia, tras la derrota electoral de 1996.

Roberto Formigoni es uno de los pocos democristianos en ir contracorriente y acercarse a Forza Italia, es decir, a un partido recién nacido que reúne sensibilidades distintas, laicas, católicas, reformistas y liberales, y cuyo líder es tenido en jaque por los jueces, al igual que sus más estrechos colaboradores, desde Cesare Previti hasta Marcello dell'Utri. Al contrario, muchos se preparan para celebrar el funeral político de Berlusconi. Dentro y fuera de la coalición de centro-derecha. El empresario de Arcore es considerado un «intruso» por los «profesionales de la política», que esperan cerrar esta fase de transición y volver a los viejos equilibrios y juegos de casta.

Casini y Buttiglione siguen su camino y lanzan la propuesta de una asamblea constituyente para fundar un solo partido, que deje atrás la experiencia del Polo.[2] Las posturas parecen cada vez más definidas, y Cossiga marca la pauta: «El centro que hay que construir —afirma— debe ser una alternativa tanto a la izquierda del Olivo omnívoro, como a la derecha del Polo informe».[3] Según Buttiglione: «Nosotros no seremos el quinto pilar de la izquierda, tranquilos. Es que tememos que en Italia esté naciendo un sistema con un polo y medio: el de izquierdas, que se organiza y gana, y el de derechas, que se organiza y pierde». Por último, Casini sentencia al Cavaliere: «Ya no es el sol, sino un satélite entre los demás satélites». Según ellos el tiempo del Polo se ha acabado, sus líderes han fracasado. Es el momento de dejar espacio a quienes ofrecen raíces «justas», que no ahondan en el terreno de las ideologías poscomunistas o posfascistas.

En resumen, el proyecto perseguido y abandonado en distintos momentos entre 1994 y 1998 en ambas coaliciones es el de crear un «Gran Centro» que reúna a los católicos bajo una sola bandera y que, sobre todo, elección tras elección, garantice la mayoría a la coalición preferida en aquel momento, con el retorno a un sistema electoral proporcional como objetivo final. En función del momento y de sus impulsores, el plan puede tener algunas variantes. Por ejemplo, en la coalición de centro-derecha hay quien quiere que el Cavaliere se abandone al abrazo mortal de los católicos, con un viraje hacia el centro que aislaría al partido Alianza Nacional. En el centro-izquierda, o mejor dicho en el PPI, no ocultan su intención de acercarse a Forza Italia y separarse así de los aliados comunistas. En ambos bandos, muchos lo consideran un proyecto complementario y no alternativo a las alianzas tradicionales.

Berlusconi descubre estas tramas, nota los contrastes, sospecha posibles conspiraciones. Y responde a su manera: «Dicen que estoy mal, a punto de dejar este mundo, pero no tengo la menor intención de meterme a astronauta. Aún me tendréis mucho tiempo por aquí y no estoy dispuesto a dejar la política». Le hace eco Gianfranco Fini, que arremete contra «los sepultureros, las plañideras, todos los que aguardan en la cabecera del Polo dispuestos a anunciar su muerte». Y va más allá: «¿El adversario más peligroso? La refundación de la DC, pero antes de dinamitar el Polo hay que pensarlo diez veces».[4]

La Iglesia, siempre más compacta cuando se enfrenta a iniciativas internacionales concretas, esta vez muestra dificultades para defender una línea unitaria en la llamada política interna. Quiere aprovechar la ocasión para incrementar su ya profunda influencia. Temas como la educación, la ley del aborto y la procreación asistida cobran cada vez más actualidad, aunque en aquellos años resulta difícil entender su evolución y sus implicaciones por la desaparición de los dos bloques electorales tradicionales. Además, los casos de corrupción han endurecido la postura del ala intransigente del Vaticano, que se posiciona con dureza contra la «vieja» política, incoherente respecto a los principios de la fe. De hecho, la DC no ha sido fiel a los valores éticos cristianos, así que su obra fue un «testimonio negativo», como sintetiza ya en 1995 el cardenal Camillo Ruini, presidente de la CEI, la Conferencia Episcopal Italiana. Ruini da por terminada la unidad política de los católicos e invita a los sacerdotes y a los obispos a no apoyar a ningún partido. Hasta que en el congreso eclesial de Palermo de 1995 Juan Pablo II lanza a todos una advertencia:

> La Iglesia no debe y no pretende involucrarse en la elección de ninguna coalición o partido político [...] pero esto no tiene nada que ver con una diáspora cultural de los católicos, con que consideren que cualquier idea o visión del mundo es compatible con la fe, o con su fácil adhesión a fuerzas políticas y sociales que se oponen o no prestan suficiente atención a los principios de la doctrina social de la Iglesia.

En realidad su advertencia es prematura. En aquellos años, Ruini sostiene que la «política está destinada a encontrarse con la religión y especialmente con la fe cristiana», es decir, que la Iglesia no puede desinteresarse de la política y de los políticos. El cardenal trabaja en la sombra para que los partidos de inspiración cristiana converjan, y los periódicos de la época[5] no tienen dificultad para trazar el mapa de las simpatías del mundo católico. Con las debidas cautelas, en el área cercana al centro-derecha se colocarían el secretario de Estado Angelo Sodano,[6] Giovanni Battista Re, el siciliano Salvatore Pappalardo[7] y Silvio Oddi, al igual que el Opus Dei y la Compañía de las Obras del movimiento Comunión y Liberación.

Favorable a Prodi, o en cierto modo sensible a la llamada de los populares italianos, es otro grupo de purpurados, como Ruini, el arzobispo de Milán Carlo Maria Martini, el Emérito de Rávena Ersilio Tonini, el obispo Luigi Bettazzi, figura de referencia del pacifismo cristiano, y movimientos como Acción Católica, los jesuitas, el sindicato católico ACLI y Pax Christi.

A los pioneros del «Gran Centro» no les falta entusiasmo. En la región de Molise, en febrero de 1998, el PPI da la espalda al Olivo a favor de CCD, CDU, Nueva DC y Renovación italiana. Juntos suman dieciséis votos de un total de treinta y

consiguen desalojar a la vieja junta, instaurando el primer gobierno cristiano demócrata de la Segunda República. Los populares «traidores» son expulsados del partido por anticiparse a la fundación del «Gran Centro». De hecho, ya en primavera se empieza a trabajar en un congreso del PPI, una convención que bendiga el nacimiento del «Gran Centro»: «Estará Maccanico, creo que Dini. Marini insiste en involucrar también a Di Pietro —anuncia Enrico Letta, entonces vicesecretario del PPI—, y creo que también Mastella puede tener interés en el encuentro».

El secretario del partido, Franco Marini, intenta llegar a un acuerdo con Cossiga para poner en marcha unos «laboratorios electorales» ya a partir de las inminentes elecciones administrativas en Friuli. Un «ensayo técnico» general del «Gran Centro». Por supuesto, ninguno de los dos ansía volver a la vieja DC, pero el deseo de una Cosa Blanca, de una casa común cristiana, es incontenible. Y contagioso.

En esos mismos meses de primavera de 1998, la fiscalía de Roma da los primeros pasos hacia la definición de una hipótesis de investigación que se anuncia inquietante. El nacimiento del «Gran Centro» estaría a punto de ser financiado a través del blanqueo de ingentes fondos negros depositados en el extranjero. La operación tendría el beneplácito de algunos exponentes del Vaticano. La instrucción del caso es asignada a un magistrado de probada experiencia: el fiscal adjunto de la capital Giancarlo Capaldo, que hasta 2005 conduce la investigación siguiendo dos reglas sencillas: prudencia y discreción. Capaldo titula el sumario «actas relativas al», llamado «modelo 45», y así inaugura la fase inicial de las pesquisas. Formalmente no hay sospechosos. Y no solo eso. Para evitar influir en la escena política nacional, Ca-

paldo decreta el secreto del sumario y ordena guardar silencio a sus colaboradores. No es difícil intuir las posibles repercusiones. Por primera vez la magistratura intenta averiguar si el Vaticano ha participado en la creación de un partido, o incluso la ha dirigido, con una intromisión sin precedentes en la vida política italiana. Y no solo eso. Este partido se financiaría con fondos blanqueados.

A lo largo de siete años, en silencio, Capaldo escarba en busca de elementos que confirmen esta teoría, una hipotética conexión entre el dinero guardado en unas cajas de seguridad en el extranjero y la plataforma de la nueva DC. Pero lo cierto es que, de haber existido alguna vez, el proyecto de financiar el «Gran Centro» se abandonó rápido. No se descubre nada que tenga relevancia penal, nada útil para formular una acusación. Así que en 2005 Capaldo abandona la investigación y pide que se archive. El sumario acaba en un desván.

Durante casi tres años no se volverá a saber nada, aunque en el año 2000 los periodistas descubren alguna pista, aunque parcial, gracias a una exclusiva firmada por Rita Pennarola para *La Voce della Campania,* que, sin embargo, no tiene mayores consecuencias.[8] Aun así y aunque no tenga relevancia penal, esta historia merece ser contada. Por sus contradicciones, por las conexiones con el pasado y las incongruencias que la han caracterizado. Por sus comienzos inciertos, por la cantidad de inspecciones realizadas, por las oscuras anécdotas que determinaron su devenir entre increíbles coincidencias. Pero también por las dudas que el propio Capaldo siembra hoy tras un largo silencio. La información recogida durante la investigación ha abierto camino a otros procedimientos, algunos en curso y de los que no se había tenido noticia hasta ahora.

NOMBRE EN CÓDIGO, OPERACIÓN SOFÍA

Lo primero que hay que saber es que la operación conocida con el nombre en código de «Sofía» nace de unas acusaciones formuladas por las llamadas fuentes confidenciales que «gestiona» la Policía Financiera. Por tanto, su génesis es parecida a la de muchas otras investigaciones que sacuden el país en aquellos años.

Las fuentes confidenciales son contactadas en abril de 1998 por los hombres del centro reservado de la Policía Financiera de Génova, militares que forman parte del núcleo central de los llamados «centros I», distribuidos en oficinas y apartamentos tapadera en todas las capitales regionales.[9] Lejos de los cuarteles y en dependencia directa de la unidad de inteligencia del mando general, estos militares viven en una especie de clandestinidad operativa. No tienen nada en común con los típicos agentes tributarios. Se trata de auténticos 007, que en este caso se ocupan de recoger y ampliar información para luego, a partir del 16 de septiembre de 1998, coordinarse con sus superiores de la oficina central de «Coordinación informativa y seguridad», entonces dirigida por el coronel Giancostabile Salato. Se trata del corazón pulsante de la II unidad de la Policía Financiera de corso XXI Aprile en Roma. En la práctica, los servicios secretos de este cuerpo.[10]

Desde el 2 de abril hasta principios de septiembre de 1998, los agentes recogen las indiscreciones de sus fuentes en encuentros reservados en distintas localidades de la costa de Liguria. Los militares escuchan con interés sus reconstrucciones, que desvelan un articulado sistema de blanqueo de dinero con fines políticos. No conocemos la identidad de estas «gargantas profundas», a

quienes por comodidad llamaremos Alfa y Beta. Sus nombres están cubiertos por el secreto del sumario, pero según datos de las fiscalías de Roma y de Lagonegro, que interviene en un primer momento, la información se consigue de una forma relativamente sencilla. Alfa, la principal fuente confidencial, un extranjero que trabaja en el sector financiero entre Alemania y Montecarlo, da su parte a un intermediario, que a su vez lo transmite al «centro I» de la Policía Financiera de Génova. Así se tutela la fuente principal. En el caso de Beta, que aparece más tarde para avalar al primer informador y ofrecer nuevos detalles, la comunicación es directa.

Aunque sus nombres no trascienden, sí se conoce su alto nivel de fiabilidad, confirmado por los informes de la investigación.[11] Los militares trabajan durante meses sobre el material reunido. A través del mando general piden ayuda a la Interpol y a las embajadas española y británica, comprueban líneas telefónicas, toman fotos y el 30 de septiembre de 1998 entregan un inquietante dosier «reservado», que describe una auténtica intriga de espionaje:

> En el transcurso de la actividad informativa autónoma desarrollada con la contribución de una fuente confidencial remunerada, se tuvo noticia de que unos exponentes políticos estarían comprometidos en la constitución de un «Gran Centro», con el visto bueno de algunos eclesiásticos del Vaticano. En la financiación de esta «coalición» participarían, entre otros, Antonio Matarrese y Pierluigi Bersani. En particular, Matarrese dispondría de una cantidad de 670 000 millones de liras depositada en distintos bancos, tanto en el extranjero como en Italia. El dinero procedería de los pagos «en negro» efectuados por varias empresas durante la remodelación, financiada con fondos públicos, de las instalaciones deportivas para el mundial de fútbol de 1990, o de otras actividades sin especificar.[12]

Al no existir una denuncia formal, Capaldo no puede imputar a los sospechosos. Además, ¿qué tiene que ver el presidente de la Federación de Fútbol Matarrese, ex parlamentario de la DC y gran admirador de Giulio Andreotti, con unas supuestas y oscuras tramas financieras urdidas junto al entonces miembro del Partido de los Demócratas de Izquierdas (PDS) Bersani? Matarrese siempre ha sido un punto de referencia para el mundo del fútbol italiano, un peso pesado del balón. Presidente de la Liga entre 1982 y 1987, y luego de la Federación Italiana de Fútbol hasta 1996,[13] Matarrese participa como consejero en el comité organizador del mundial de Italia 90, a la vez que vive una larga militancia en la Democracia Cristiana.

Diputado desde 1976 para cinco legislaturas, desde 1992 se convierte en pionero y abanderado de la creación del «Gran Centro», objeto de la curiosidad de los investigadores de la Policía Financiera. Por lo menos hasta 2003, cuando, tras verse redimensionados los deseos centristas, es elegido secretario provincial de la Unión de los Demócratas Cristianos y de Centro de Bari.[14] Demasiado poco para imputarle cualquier delito.

Aún más improbable parece la implicación de Pierluigi Bersani, plasentino nacido en Bettola, nombrado ministro de Industria en el gobierno Prodi tras haber sido presidente de la región Emilia Romaña desde julio de 1993 hasta mayo de 1996. ¿Qué relación puede haber entre un miembro de los Demócratas de Izquierdas y el «Gran Centro»? Sin embargo, no son los únicos políticos que aparecen en el informe. También sale el nombre del

abogado Raffaele della Valle, primer jefe del grupo parlamentario de Forza Italia en la Cámara, que más tarde deja la política para volver a ejercer. Della Valle niega su participación, aunque confirma el papel activo de la Santa Sede: «Nosotros, las llamadas "palomas" de Forza Italia —explica hoy—, éramos abordados por supuestos enviados del Vaticano, que nos lisonjeaban y llamaban a nuestras puertas para presentarnos a obispos y cardenales. El presidente de la República Oscar Luigi Scalfaro también hizo su parte».[15] En cambio, Pisanu minimiza estas maniobras: «No había inspiradores externos —comenta el ex ministro—, ni en la Iglesia católica italiana ni en la jerarquía vaticana, que presionaran para la creación del "Gran Centro". Era un sentimiento común entre los moderados italianos. Dentro de la jerarquía católica siempre hubo opiniones distintas, debido a experiencias y posturas culturales diferentes».[16]

Pero ¿qué tienen que ver Matarrese, Bersani y Della Valle? «Da la sensación —reflexiona Capaldo— de que sus nombres se lanzaron al aire para crear una cortina de humo y restar credibilidad al caso.»[17] El magistrado prefiere no decir más. Pero su mensaje es claro: es probable que estos nombres altisonantes sirvan para distraer a los investigadores, mientras son los actores secundarios quienes realmente pueden destapar escenarios y conexiones sorprendentes.

La segunda parte del informe es más detallada. El sistema empleado para el retorno de capitales parece bastante sencillo: consiste en servirse del IOR y de los bancos extranjeros implicados para transferir en Italia las cantidades destinadas en su mayoría (el 75 por ciento) al proyecto del «Gran Centro», y redistribuir el resto entre intermediarios, bancos y otros miembros de la trama. Luego se identifica a quienes supuestamente desempeñan un

papel operativo de primer nivel «dentro de la organización creada para blanquear dinero en francos suizos y otras divisas».

LA HISTORIA DEL CARDENAL GIORDANO

En total se citan ocho nombres. Los más llamativos son el de «monseñor Mario Fornasari, vinculado a la "Fundación Populorum Progressio",[18] monseñor Giuseppe Monti, vinculado a la Asociación Internacional Apostolado católico», y el cardenal Michele Giordano.

Al cabo de unas semanas, Giordano empieza a tener algún problema con la justicia: en febrero de 1998, un comerciante y un asegurador denuncian una red de usureros en la zona de Potenza e implican al hermano del purpurado, Mario Lucio, junto al empleado de un banco. Al comprobar las cuentas de Mario Lucio Giordano, los investigadores se topan con su más célebre hermano, el cardenal Michele, arzobispo de Nápoles.[19] La investigación por usura contra el purpurado provoca un conflicto durísimo entre el Vaticano y la autoridad judicial. De hecho, es la primera vez que los magistrados intervienen con decisión en los negocios de la Santa Sede. Un procedimiento que se prolonga hasta 2005, y que se cierra con la absolución plena del cardenal. La Santa Sede lamenta que la cojan desprevenida cuando, en agosto de 1998, en un Vaticano desierto, llega la noticia de que Giordano es sospechoso de un posible delito de colaboración externa en asociación criminal. El portavoz Navarro-Valls recrimina: «No se puede pasar por alto la violación del Concordato, puesto que no se ha notificado a tiempo a la autoridad eclesiástica competente que iban a instruirse diligencias previas contra

el cardenal». Hoy el ex fiscal de Lagonegro Michelangelo Russo,[20] titular del caso, confirma las dificultades de la época: «Nos enfrentamos a grandes problemas, ya que ambas partes hicieron un gran esfuerzo para evitar que las necesidades de la investigación provocaran un conflicto entre Estados. Nos movimos en el límite entre la diplomacia y la encuesta judicial propiamente dicha. Añado otro dato relevante: nuestro interlocutor no era un Estado cualquiera, sino el Vaticano, al que todo italiano tiene respeto por motivos históricos».[21]

Los elementos comunes y las coincidencias entre esta última investigación y el caso Sofía dan que pensar. Baste con decir que un mensaje de radio de la Policía Financiera napolitana de mayo de 1999 revela que, entre las «personas implicadas», se cita incluso a un «no mejor identificado Sr. Scaletti, director general del Instituto para las Obras de Religión (IOR) de la Ciudad del Vaticano, por los delitos descritos en los artículos 646, 61 y 110 CP»,[22] es decir, por apropiación indebida. Por tanto, el banco del Vaticano y el nombre de su director aparecen en las actas de la investigación. Y no solo eso. La documentación de la fiscalía de Nápoles también desvela una operación sospechosa de 7000 millones de liras, cuando, por lo menos según el contenido de los informes del caso Sofía, la gestión de la «primera compensación telemática piloto por un valor de 5000 millones de liras» se atribuye a Giordano. En la práctica, antes de repatriar gran parte del dinero, «la organización» habría realizado unos ensayos para comprobar que los canales financieros escogidos eran fiables y que se podía proceder sin trabas:

> En el mes de enero de 1998 se habría efectuado una primera compensación telemática de 5000 millones de liras (liras italianas contra francos suizos) a través de la Banca di Roma, que habría servido de filtro entre el UBS de Ginebra y el Ambroveneto. Más en detalle, el UBS habría pedido a la Banca di Roma que garantizara la existencia de fondos depositados en el Ambroveneto, evitando así el contacto directo entre los dos institutos. Antes de dar el visto bueno a la compensación se habría procedido al control cruzado de capitales, realizado en presencia de dos representantes de las partes implicadas, que confirmarían su existencia.

Justo después de «esta transacción de prueba, monseñor Monti habría asumido la dirección de las operaciones».[23]

El informe relaciona directamente el nombre de monseñor Monti con la Asociación Internacional Apostolado Católico (AIAC), con sede en Roma en Vía della Consulta, 52. Un organismo presidido por un grupo de controvertidos sacerdotes, que vuelve a evocar los más turbios escándalos del pasado.

FANTASMAS DEL PASADO

La operación Sofía y la presencia de la AIAC evocan escándalos y tramas que se remontan a los años ochenta. De hecho, la AIAC es una asociación cuyo nombre aparece relacionado con diversos casos judiciales a lo largo de los últimos treinta y cinco años. Basta con recordar cómo nació para entender los motivos. De hecho, fue fundada en agosto de 1972 en Roma ante el notario Franco Maria Gargiullo por su neopresidente, Mario Foligni, de treinta y siete años y nacido en Frascati, quien firma el acta constitutiva. Entonces Foligni aún es un desconocido. Unos años más tarde, gracias a sus contactos con Umberto Ortolani, Licio

Gelli y algunos prelados de la Santa Sede, salta a la primera plana. Él también, y este es uno de los puntos en común con el caso Sofía, quiere fundar una nueva Democracia Cristiana, es decir, el Nuevo Partido Popular, en este caso «alternativo» a la DC. Según el general Gianadelio Meletti de los servicios secretos SID, cuando era ministro de Defensa Giulio Andreotti ordenó a los espías vigilar a Foligni[24] para descubrir qué estaba tramando contra la «Ballena Blanca». Su actividad es resumida en un dosier más conocido como «informe Mi.Fo.Biali» (acrónimo de Miceli, Foligni y Libia), donde se reproducen escuchas realizadas en el estudio del propio Foligni, que destapan intrigas mucho más graves. Para retratar mejor a Foligni es útil recuperar la sentencia de apelación del juicio de Perugia por el asesinato del periodista Mino Pecorelli:

> Con el término Mi.Fo.Biali se hace referencia a un dosier creado por el SID entre 1974 y 1975 sobre Foligni, fundador del Nuevo Partido Popular, quien, mediante esta formación, quería contrastar a la DC, que, según él, había degenerado y perdido sus valores originarios. La investigación se amplió a la Policía Financiera y se realizaron escuchas telefónicas y ambientales ilegales. [...] El dosier llegó a las manos de Carmine Pecorelli, quien publicó varios extractos, subrayando que el texto no solo dejaba al descubierto la actividad política de Mario Foligni y del Nuevo Partido Popular, sino, sobre todo, episodios de corrupción y exportación ilegal de moneda por parte de altos cargos de la Policía Financiera, y un tráfico de petróleo con Libia en el que estaban involucrados Foligni, el hermano del primer ministro del Estado de Malta, Don Mintoff, petroleros italianos, altos prelados y el comandante Raffaele Giudice.[25]

Además, en el mismo periodo, la AIAC era un club exclusivo frecuentado por personajes de peso, que al cabo de poco tiempo serían arrollados por los escándalos: «Foligni, el general Giudice y yo —declara monseñor Annibale Ilari en el juicio por "el escándalo de los petróleos"— frecuentábamos la Asociación Internacional Apostolado Católico—». En ese momento Foligni reacciona a las acusaciones quejándose por haber sido «utilizado y luego aplastado»,[26] pero confirma que se está moviendo «a través de monseñor Fiorenzo Angelini, desde siempre estrechamente vinculado a Andreotti» para buscar fondos y apoyos a favor del Nuevo Partido Popular, es decir, recurriendo a quien iba a convertirse en «Su Sanidad». Una actividad que resulta ser más criminal que política: Foligni extiende cheques sin fondos para lanzar la formación política, mientras que en 1981 es condenado a diez meses[27] de cárcel por haber recibido 150 millones de un ingenuo contable de Matera a quien había asegurado una brillante carrera política en el Partido Popular. Su expediente penal también incluye imputaciones por corrupción en el «escándalo de los petróleos» y por haber estafado cientos de millones de liras presentándose como presidente de la Asociación Internacional Apostolado Católico.

A día de hoy, el tiempo ha pasado sin que nada cambie. En 1997 en Ancona está a punto de cerrarse la causa por la bancarrota de la Banca Vallesina, a cargo del fiscal Paolo Gubinelli. En realidad el Instituto nunca existió. Entre 1993 y 1994 un comité organizador reúne varios miles de millones aportados por seiscientos ahorradores, y sostiene que la cantidad se destinará a poner en marcha el instituto de crédito. La mente de la estafa es el ex presidente de la recién creada Banca Vallesina, Giuseppe Curzi, que cuenta con dos valiosos cómplices: Mario

Foligni y el padre Giuseppe Aquilanti, nacido en 1936 en el pueblo de Staffolo, en las Marcas, y, curiosamente, abogado de la omnipresente AIAC, que ha atravesado indemne junto a su fundador la tormenta judicial de la década de los ochenta. Foligni no llegará a escuchar la sentencia de diciembre de 1997, ya que fallece pocos meses antes de la condena del padre Aquilanti a un año y cinco meses de cárcel por apropiación indebida. Finalmente, volviendo al caso Sofía, el nombre del padre Aquilanti aparece vinculado a la AIAC en el informe de la Policía Financiera.

Pero lo peor aún no ha llegado: la cárcel. De hecho, el mismo don Aquilanti, entonces párroco en Trastevere, acaba entre rejas en diciembre de 2003, acusado de asociación ilícita para la venta de títulos del Estado falsos. Según Nicola Mezzina, de la fiscalía de Verbania en Piamonte, la estafa asciende a quince millones de euros. En 2001 la policía actúa tras descubrir en Roma, Milán, Sondrio y Verbania los primeros casos de blanqueo de bonos plurianuales del Estado italiano y de bonos de ahorro del Crédit Agricole de París. Todos falsificados. En una redada, detiene a once personas y se incauta de seis mil títulos franceses por un valor de 10 millones de euros, 90 obligaciones del Estado por otros 450 000 euros y 29 millones de cruzeiros brasileños. El truco es sencillo: se depositan los títulos falsos para obtener financiaciones, préstamos y dinero en metálico. Para convencer a la víctima de turno interviene el solícito padre Aquilanti, que garantiza la validez de los títulos, por supuesto, sobre papel corporativo de la AIAC: «Monseñor Aquilanti —se lee en la documentación del fiscal— aprovecha la tapadera de la Asociación, nunca reconocida por la Curia, para presentarse como patrocinador de iniciativas humanitarias,

cuando en realidad se dedica a realizar los objetivos asociativos del grupo».

Pronto se descubre que las operaciones de Aquilanti tienen alcance internacional, ya que encarga a otros sospechosos el desarrollo de proyectos significativos no solo junto a la fundación italiana, sino también a la estadounidense «De Christifidelium Apostolatu Ut Omnes Unum Sint Foundation», con sede en Cheyenne. Cuando lo detienen en su parroquia, la iglesia del siglo XII de San Crisogono en Roma, los feligreses no dan crédito y enseguida se desentienden de él: «Casi no lo conocíamos. Oficiaba la misa de las nueve y se marchaba». En 2006 llega la condena a tres años de cárcel por procedimiento abreviado.

Hoy Aquilanti no deja de lado el compromiso «ético» político. A su manera, claro. Primero recuerda los suicidios de Tangentópolis y, al hacerlo, no pasa inadvertido durante el día del orgullo socialista del año 2000 en Aulla, cerca de Massa Carrara. Cuando se erige una estela de mármol en memoria de las víctimas, es decir, de quienes se suicidaron durante los años de la operación Manos Limpias, el padre Aquilanti no puede contenerse, sube al estrado y arrolla al público con su discurso: «Vayan y vayamos todos a la reconquista de aquella socialidad que ha sido enterrada. Fueron enterrados estos justos castigados por el juicio de los hombres, pero no de Dios». Luego vuelve a dedicarse a cuestiones más terrenales como presidente de la comisión ética del Nuevo Partido Popular, el clon de la formación fundada por Mario Foligni en los años ochenta. Continuará ascendiendo hasta convertirse en responsable nacional de la consulta sobre ética y religión de Alianza Democrática.

Se trata del micropartido liderado por Giancarlo Travagin, a su vez lanzado por otro átomo centrista: el grupo Renacimiento de la Democracia Cristiana. Todos islotes de aquel «Gran Centro» que sigue vivo en el corazón de los antiguos miembros de la DC. Una última coincidencia: entre los compañeros de la directiva de Alianza Democrática, es decir, el grupo de «cabezas pensantes» de AD, aparece el infatigable Gianmario Ferramonti. Es el protagonista de la causa «Phoney Money», instruida en los años noventa en Aosta y luego transferida y archivada en Roma. ¿El objeto de las investigaciones? Dos ramas: una nueva supuesta organización secreta con capacidad para influir en las decisiones políticas desde el año 1994 en adelante, y la compraventa de títulos falsos. Pura casualidad, como siempre en Italia.[28]

La Fundación Populorum Progressio se constituye como persona jurídica canónica en el Estado Ciudad del Vaticano con un quirógrafo de Juan Pablo II en febrero de 1992, con ocasión del quinto centenario del inicio de la evangelización de América Latina. El santo padre, que recuerda la creación de un fondo para los campesinos pobres de América Latina instituido en 1969 por voluntad de Pablo VI, constituye esta fundación «con el fin de promover el desarrollo integral de las comunidades de campesinos más pobres de América Latina. Este quiere ser un gesto de amor solidario de la Iglesia hacia quienes se encuentran abandonados y necesitan mayor protección, como las poblaciones indígenas, mestizas y afroamericanas. Todo ello también para dar continuidad a la iniciativa de mi augusto predecesor». De este modo, cada año se aprueba financiar unos doscientos proyectos en apoyo a los campesinos más pobres, con una inversión total de 1800 millones de dólares.

Hoy, en cambio, Fornasari es jefe de la Fundación Progressio et Pax, nacida en septiembre de 1999, justo un año después de los informes de la operación Sofía. Esta otra fundación promueve «una civilización de la solidaridad»[29] mediante proyectos sociales y de cooperación en todo el mundo, y pronto es reconocida como ente moral por el Ministerio del Interior. Empieza a colaborar con distintas organizaciones no gubernamentales y de cooperación internacional, empezando por la CINS, Cooperación Italiana Norte Sur, dirigida por Rocco Borgia. La llegada de Borgia a la dirección general coincide con la puesta en marcha de proyectos en Sudán, Camerún y Somalia, en los campos de la salud, la formación y las políticas sociales. «La fundación —según se lee en su página web— ha dividido su actividad en dos ámbitos: iniciativas con y sin ánimo de lucro, cuyo objetivo es el de reinvertir los beneficios económicos del primer ámbito en la financiación de proyectos de cooperación.» Además, en 2002, junto con el Instituto Nueva África-América, otra «criatura» de monseñor Fornasari, Borgia inaugura un proyecto de ayuda dirigido a los cuidadores de ancianos en los hospitales y en las residencias de Argentina.

En ocasiones, la solidaridad y los negocios recorren el mismo camino o siguen vías paralelas. Es así como mediante un protocolo específico se desarrolla un *holding* financiero vinculado a la fundación Progressio et Pax, la Fin Social, S. A., con sede en Vía Veneto en Roma, que a su vez tiene participaciones en la inmobiliaria Raf, S. L. y en Link Video. Justamente «del encuentro entre la cultura laica y empresarial de Borgia y la católica de mon-

señor Fornasari —como puede leerse en la web www.finsocial.com— nace en 1999 la fundación Progressio et Pax».[30]

EL PRESIDENTE SCALFARO TIENE QUE SABER

En aquellas semanas de investigaciones a finales del verano de 1998, estas informaciones aún se desconocen. Los agentes juntan las piezas del rompecabezas para corroborar lo que sostienen sus fuentes reservadas. Sin embargo, es evidente que los oficiales de la Policía Financiera, así como algunos magistrados, creen en las palabras de sus confidentes hasta el punto de dar pasos institucionales sin precedentes.

De hecho, la situación se precipita inmediatamente después del envío de los informes sobre la operación Sofía a la fiscalía de Roma. Los magistrados de Lagonegro, tras tener constancia de la actividad informativa, piden una copia del sumario. Es lógico. Están investigando al cardenal Giordano y puede que encuentren algún detalle interesante entre los documentos. Después de recibir la copia, tanto en Nápoles como en Lagonegro no salen de su asombro: las operaciones registradas indican que los movimientos realizados por el cardenal ascienden a cinco mil millones de liras, la misma cantidad que ellos están investigando. El 4 de octubre de 1998 el fiscal jefe de Lagonegro, Michelangelo Russo, se reúne con el comandante del núcleo regional de la Policía tributaria, el coronel Luigi Mamone, que coordina las investigaciones, y le encarga una misión muy delicada.

Lo acontecido es inédito, increíble, y está bien resumido en un memorándum confidencial que ordena redactar el entonces comandante general de la Policía Financiera Rolando Mosca Moschini, hoy consejero militar del presidente de la República Giorgio Napolitano:[31]

> El 4 de octubre de 1998, a través de la centralita del mando general, el comandante del núcleo regional de la Policía tributaria de Nápoles le pedía por teléfono al comandante general permiso para reunirse con él y acometer un encargo delicado y personal recibido del fiscal de la República de Lagonegro, señor Russo, que había mantenido secretos la modalidad y el contenido del mismo. La entrevista con el comandante general se celebró en la tarde del 4 de octubre de 1998 en el domicilio del jefe de Estado Mayor.[32] Durante el encuentro, el coronel Mamone mostró la nota sobre la supuesta fundación de un «Gran Centro» por parte de varios exponentes políticos, con el beneplácito de algunos eclesiásticos. En la financiación de esta «coalición» estarían interesados, entre otros, Antonio Matarrese y Pierluigi Bersani. A este respecto, el coronel Mamone declaró que el señor Russo, de acuerdo con el doctor Franco Roberti de la fiscalía nacional antimafia,[33] le había ordenado que comunicara la noticia al presidente de la República por medio del comandante general, tras informar al fiscal nacional antimafia, señor Vigna.

El informador Alfa goza de tanta credibilidad que los dos magistrados piden que se informe enseguida al presidente Oscar Luigi Scalfaro en el Quirinal. Para comprender mejor la situación, conviene recordar que en aquellos agitados años Scalfaro habla en otra ocasión con un fiscal jefe para tratar una cuestión muy espinosa: es en noviembre de 1994, cuando Francesco Saverio Borrelli le informa de que van a instruirse diligencias previas contra el entonces primer ministro Silvio Berlusconi. En ese momen-

to el fiscal jefe había levantado el teléfono para comunicar una decisión que contribuiría de forma decisiva a la caída del gobierno. Ahora los magistrados solicitan ser recibidos para informar al presidente de las posibles maniobras entre políticos y exponentes del Vaticano para formar un nuevo partido. Si no existieran los documentos que lo demuestran, resultaría muy difícil de creer.

Los generales Mosca Moschini, muy prudente y fino conocedor de los equilibrios políticos, y Giovanni Mariella, de mirada inquieta y lengua afilada, escuchan con atención a Mamone. Entonces Moschini da un meditado paso atrás:

> En relación con lo expuesto y solicitado por Mamone, el comandante general invitó al oficial a seguir las indicaciones del magistrado y a informar al señor Vigna de su deseo de mantener una entrevista con el presidente de la República, que concertaría el propio Vigna. El comandante general habló por teléfono con Vigna, quien le aseguró que al día siguiente recibiría a Mamone. Hasta donde nos es dado saber, el fiscal nacional antimafia no pensó que existieran las condiciones para contactar con el jefe de Estado.

Efectivamente, Vigna pone a los colegas de Lagonegro un límite que parece infranqueable: la documentación se ha remitido a la autoridad judicial de Roma, que ha abierto un sumario y declarado secreto todo su contenido. No se puede avisar a la autoridad política. Sin embargo, el propio Mosca Moschini cree encontrarse frente a una circunstancia excepcional, ya que al día siguiente, el 5 de octubre de 1998, sale del mando general para ir a reunirse con el entonces ministro del Tesoro Vincenzo Visco y contarle los antecedentes de la operación Sofía, como reflejan

los informes del mando general de la Policía Financiera. Se trata de una decisión cuando menos arriesgada, puesto que en el expediente judicial aparece también el nombre de Bersani, ministro del gobierno Prodi, al igual que el propio Visco. Se desconoce si Visco informó también al primer ministro.

En esos días magistrados e investigadores luchan contrarreloj. Quieren saber si el supuesto proyecto está a punto de entrar en su fase operativa, lo que supondría un salto cualitativo en las investigaciones. La reunión decisiva es la que se celebra entre el jefe de Estado Mayor Mariella y el fiscal Russo. Llegan a la conclusión de que los agentes que en Génova mantienen el contacto con la fuente confidencial deben ponerse a disposición de la fiscalía de Lagonegro para informarles. Y así es: el 8 y el 9 de octubre de 1998 dan su versión y confirman el contenido de sus escritos. Su fuente de confianza teme que se ponga en marcha el plan «Sofía». No solo eso. El informador es interpelado de nuevo y lo confirma todo. Con algunas puntualizaciones que en conjunto parecen casi marginales: el primer ensayo habría corrido a cargo de «un tal monseñor Giordani y no del cardenal Giordano, como se indicó en un primer momento», pese a que se confirma «el interés de este último alto prelado en operaciones posteriores».

«SOFÍA», EL GOLPE BLANCO-PÚRPURA

Sobre esta trama, la posible intromisión política y financiera por parte de exponentes del Vaticano en los mecanismos de la República, nunca se aclarará la verdad. Pisanu, por ejemplo, se muestra bastante escéptico: «A menudo —afirma—, se habla con demasiada ligereza de injerencias políticas y de proselitismo sis-

temático por parte de la jerarquía católica. Para los neófitos de la política en Roma, poder ostentar contactos y amistades en el Vaticano se ha convertido incluso en una cuestión de "estatus": los casos en que se ha hecho alarde de estos apoyos son incontables. En realidad, cuando la Iglesia tiene algo que decir, lo hace con claridad en los foros oportunos».[34] Sin embargo, diez años más tarde, el fiscal adjunto de Roma Giancarlo Capaldo, uno de los protagonistas absolutos de esta historia al haber coordinado la investigación, plantea hipótesis aún más inquietantes.

¿Usted creía que las noticias que llegaban de las fuentes confidenciales podían tener algún fundamento?
Las noticias se originaron a partir de algunos proyectos ideados por exponentes de grupos políticos diferentes, que compartían el objetivo de llegar a ocupar aquellos espacios de poder que, según intuían, estaban vacantes tras el derrumbe de la Primera República, y en un contexto difícil para la gestación de la segunda. Sin embargo, la justicia no ha podido demostrar la veracidad de la operación Sofía, es decir, del intento de crear, mediante una suerte de laboratorio político, económico y financiero, un grupo definible como «Gran Centro» destinado a hacerse con el poder. De todos modos, muchos elementos que aportaron nuestros confidentes parecen indicar que dicha operación pudo existir, y causan inquietud puesto que favorecerían una gestión no democrática del poder.

¿A qué se refiere exactamente?
Me refiero, en particular, a informaciones que apuntan a la creación de ingentes fondos negros destinados a dirigir la voluntad de quienes, en aquel momento de desorden o cuando menos de

reajuste institucional, se encontraban en la posición de asumir decisiones políticas. Es probable que la filtración de noticias sobre la operación provocara, o al menos favoreciera, su fracaso.

Según las fuentes, ¿qué intereses tenía el Vaticano en el proyecto?
El «Gran Centro» iba a ocupar el lugar de la Democracia Cristiana. Por tanto, era lógico que el Vaticano llegara a tener un interés directo en su creación. Más tarde, la necesidad que justificó el proyecto se vio satisfecha a través de otras soluciones políticas. De todos modos, los acuerdos iniciales propiciaron exitosas iniciativas económicas, cuyo alcance va mucho más allá de la fase política de la operación Sofía.

¿Qué investigaciones han realizado?
No puedo contestar a esta pregunta. Lo único que puedo decir es que, también para preservar la identidad de las fuentes, las noticias confidenciales mezclaban hechos verdaderos con otros totalmente inventados. La inclusión de algunos sujetos entre los participantes en la operación tenía motivaciones diferentes: había razones para creer que ocultara otros objetivos —los mismos que perseguía la fuente con sus revelaciones—, es decir, perjudicar a esos personajes implicados de forma intencionada. Para ser sincero, uno de los peligros que hubo que evitar durante la investigación fue el de la llamada «autocontaminación» de las pruebas, determinada por el continuo reajuste de la realidad estimulado por la actividad de los investigadores.

¿El hecho de pedir el archivo de la causa le ha dejado algún sinsabor?
No. Era la conclusión correcta para aquella investigación. Sin

duda, queda el mal sabor de boca por no haber logrado comprender plenamente los delicados y complejos mecanismos del universo político, que a diario interviene en nuestras existencias y puede modificar de forma radical la vida de un país. Todavía hoy, pasados los años, pueden darse dos lecturas opuestas de lo ocurrido, tan opuestas que llegarían a complementarse. La investigación arrancó a partir de iniciativas políticas reales que se filtraron solo para boicotearlas de modo sofisticado, o se centraron realmente en personajes de la Primera República que pretendían perpetuar su poder con el nuevo instrumento político representado por el «Gran Centro». En ambos casos, se aproximaron a unas fuerzas que hubieran podido determinar un cambio en la evolución de la política italiana. Y en esto estriba, en mi opinión, el interés que el caso sigue teniendo hoy día.

EL IOR, ESE DINERO PARA PROVENZANO

LAS ACUSACIONES ENVENENADAS DE MANNOIA

«Les había oído decir a Stefano Bontate y a otros hombres de honor de mi familia que Pippo Calò, Salvatore Riina, Francesco Madonia y unos cuantos más del mismo grupo corleonés habían invertido varias sumas de dinero en Roma a través de Licio Gelli, quien gestionaba sus operaciones, y que parte del dinero se había destinado al banco del Vaticano. De estos asuntos hablaban con Bontate y Salvatore Federico, que eran los "hombres de negocios" de nuestra familia. Dicho de otro modo, Bontate e Inzerillo tenían como referente a Sindona, los demás, a Gelli...»[1] Esta grave acusación del arrepentido Francesco Saverio Mannoia, conocido como «el Químico» por su capacidad de refinar enormes cantidades de heroína, a día de hoy no ha tenido consecuencias. Lanzada a mediados de los años noventa en videoconferencia desde Nueva York durante el juicio por mafia contra el parlamentario de Fuerza Italia Marcello dell'Utri, nunca se sustentó en hechos que permitieran a los magistrados sicilianos dar un paso definitivo en la reconstrucción de los flujos financieros de la criminalidad organizada.

Aun así, Mannoia, que colabora con la justicia desde 1989 y fue un hombre muy cercano al capo Bontate primero, y al clan corleonés de Riina después, contextualizó sus recuerdos con otra dura acusación: «Cuando el papa viajó a Sicilia y excomulgó a los mafiosos —sisea refiriéndose a Juan Pablo II—, los capos se ofendieron, sobre todo porque ellos llevaban su dinero al Vaticano. De ahí surgió la decisión de hacer explotar dos bombas frente a otras tantas iglesias en Roma».[2] Es cierto que Juan Pablo II en su viaje a Sicilia de mayo de 1993 pronunció duras palabras contra la mafia, recuperando algunos temas determinantes sobre los fundamentos de la moral en los que profundizaría tiempo después en la encíclica *Veritatis splendor.*

Aún hoy las palabras de Mannoia siguen suspendidas en el limbo. Pese a que el colaborador es uno de los más creíbles[3] dentro del complejo fenómeno de los arrepentidos en Italia, parece difícil demostrar que Cosa Nostra en los años ochenta haya podido llegar a intimidar a la Iglesia y al propio papa por sus mensajes contra la mafia. Del mismo modo, sostener que Gelli engrosara las cajas del IOR con «narcoliras» destinadas a especulaciones secretas es una mera suposición. Todo esto si no pasamos de un primer análisis, superficial y, sobre todo, cómodo. En realidad, la historia viene de lejos.

Ya el juez Paolo Borsellino, poco antes de su asesinato, escucha una primera versión de las revelaciones de Mannoia de boca del arrepentido Vincenzo Calcara, quien relata de primera mano algunos episodios concretos y que no se conocieron hasta hace poco: «Al señor Borsellino —afirma Calcara en su declaración a los jueces de Roma Maria Monteleone y Luca Tescaroli— le conté por encima la historia de los millones de Cosa Nostra entregados al cardenal Marcinkus. No le hablé de Roberto Calvi

porque temía por mi vida y por la suya. El señor Borsellino me dijo que debíamos levantar acta de esa declaración, pero no hubo tiempo porque Cosa Nostra lo asesinó. Tras aquella matanza, cuando los magistrados me interrogaron, no hablé de Calvi. Tenía tanto miedo, acababan de matar a Falcone y a Borsellino. Solo conté el episodio de los 10 000 millones del capo Francesco Messina Denaro,[4] que entregué al cardenal en Roma». Luego Calcara se dirige públicamente al arrepentido Giovanni Brusca, muy cercano a los Denaro, para que contribuya a reconstruir la verdad: «¿Por qué Brusca no ha dicho una palabra sobre este asunto? Tenía una relación muy estrecha con Ciccio y Matteo Messina Denaro y con toda seguridad está al tanto de muchos secretos de los que no quiere o no puede hablar».[5] Pero Brusca no debe de haber respondido a su solicitud.

Las comprobaciones realizadas a partir de las declaraciones de Mannoia y Calcara no llevan a nada y pronto los investigadores abandonan la pista para barajar otras posibilidades. De hecho, en esos años la ciudad de Palermo e Italia entera recogen el legado de los jueces Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, asesinados en los atentados del verano de 1992. El país es testigo del valor, las incertidumbres y las contradicciones del llamado «periodo de los arrepentidos», de los «juicios políticos» con imputados excelentes acusados de mafia, líderes de la Primera República como Giulio Andreotti y Calogero Mannino. Dirigidas por el grupo de magistrados coordinados por Giancarlo Caselli, las investigaciones y las vistas dividieron el país y tuvieron un doble y contradictorio efecto. Por un lado, se impuso una nueva lectura de los vínculos, los compromisos y las indudables afinidades entre política y criminalidad en el sur de Italia, con un importante pero también discutible efecto mediático internacional. La imagen del beso en-

tre Andreotti y el capo mafioso Totò Riina se convirtió en el icono de una época que dividió Italia. Por otro, sus resultados judiciales fueron muy modestos. Los juicios concluyeron casi siempre con sentencias absolutorias que cuestionaron las propias investigaciones e impulsaron una reforma en la gestión, a veces impropia, de los colaboradores de justicia, lo que se concretó en las restricciones introducidas por la nueva ley de 2001 elaborada por Giovanni Maria Flick y Giorgio Napolitano.

Es por esto por lo que también en el sur, al igual que ocurrió en Milán con los fiscales de Manos Limpias, magistrados e investigadores siempre miraron con escepticismo las pistas que conducían al Vaticano. En primer lugar, por una objetiva dificultad a la hora de realizar las pesquisas, vista la eficaz barrera de vetos, silencios y vagas respuestas que la Santa Sede oponía a las comisiones rogatorias y que dificultaba muchísimo la adquisición de pruebas, pero también por la inevitable oleada de polémicas e impopularidad que se arriesgaban a levantar.

Sin embargo, con el paso de los años también esta trama va saliendo a la luz. Bien es cierto que con la tradicional e interminable demora tan propia de los ministerios italianos, pero por fin las sombras empiezan a despejarse. Poco a poco la verdad se abre camino, resiste a las contaminaciones y se llegan a desvelar detalles ocultos sobre hechos muy graves, que aparecen cada vez más relacionados entre sí, pese a no tener aún una explicación definitiva. Como el homicidio del banquero Roberto Calvi, cuyo cadáver fue hallado bajo el puente de los Frailes Negros en Londres el 18 de junio de 1982, y el secuestro de la joven romana Emanuela Orlandi, hija de un empleado del Vaticano, desaparecida el 22 de junio de 1983.

En este escenario se exponen las revelaciones más recientes que

arroja la investigación todavía abierta sobre el homicidio del banquero del Ambrosiano. Va cobrando fuerza la hipótesis del hijo Carlo Calvi, es decir, que «el secuestro de Orlandi sea un mensaje intimidatorio dirigido al Vaticano para exigir el silencio sobre algunos asuntos muy delicados, como los de naturaleza financiera que involucraron a bancos, mafia y partidos políticos. Estas turbias historias resultarán estar cada vez más relacionadas con nuestra historia, con la muerte de mi padre y con el final del Ambrosiano».[6] Sin embargo, hoy todavía no se ha solucionado una cuestión fundamental: comprender el vínculo entre la muerte de Calvi y el dinero que él mismo administró por cuenta de Cosa Nostra. Solo así se podrá desvelar si el banquero fue asesinado porque sustrajo capitales a la mafia incumpliendo su palabra: «El hecho de que la mafia hubiese contraído créditos con Calvi —según el juez Otello Lupacchini— salió a colación en varios procesos, como también se demostró que fue Pablo VI quien puso en contacto a Sindona con Calvi y Gelli cuando aún se encontraba en Milán. Pero que Cosa Nostra haya ordenado el homicidio de Calvi por no haber recuperado dos mil millones de liras de sus inversiones no es del todo creíble. La experiencia nos enseña que los capos primero recuperan su dinero y luego ajustan las cuentas. Por ejemplo, lo hicieron por mucho menos con Domenico Balducci, el principal inversor de la mafia por cuenta de Pippo Calò. Había acumulado una deuda de 650 millones: primero el tesorero Calò se hizo con el dinero, luego Balducci fue asesinado. Otra posibilidad verosímil es que Cosa Nostra haya liquidado a Calvi por encargo tras recibir la garantía del pago de la deuda del banquero».[7] A conclusiones análogas llega Tescaroli, acusación pública en el juicio por el atentado de Capaci y que también se ocupó del caso Calvi-Ambrosiano: «En definitiva, al

sustituir a Michele Sindona, Calvi impulsó la alternancia entre los viejos y los nuevos equilibrios estratégicos dentro de Cosa Nostra después de la que se conoce como la última guerra de mafia. Si Calvi hubiera puesto en práctica su propósito de contar a los investigadores lo que sabía, habría revelado la fuente que alimentaba al Banco Ambrosiano representada por los recursos financieros procedentes de Cosa Nostra, y los destinatarios de aquellos flujos de dinero, incluido el sindicato Solidaridad y los regímenes totalitarios sudamericanos, a los que Calvi se refirió abiertamente en algunas de sus cartas. La financiación se realizó para favorecer una más amplia estrategia del Vaticano encaminada a penetrar en los países de influencia soviética y a congelar el avance comunista en América Latina. Cosa Nostra, y sin duda el propio Calò, no podían aceptar que se destapara aquel tipo de actividad ilícita, que pretendía encauzar los flujos de dinero mafioso en ciertas direcciones, así como la actividad de blanqueo conducida a través del Banco Ambrosiano».[8]

Es interesante analizar algunos hechos inéditos relacionados con las declaraciones de los primeros arrepentidos, que no solo contribuyen a confirmar el papel central del banco del Vaticano en diversas tramas políticas, sobornos y negocios ilícitos, sino también sus vínculos con personajes próximos a la mafia o integrados en ella. En resumen, en algunos casos el IOR da la impresión de ser una auténtica e impenetrable lavandería de dinero sucio. La tarjeta de crédito preferida para los negocios más arriesgados. El puerto seguro desde el que triangular mil millones de liras en los paraísos *offshore* de sindoniana memoria. No solo empresarios y políticos corruptos, sino también capos y padrinos. No solo las tramas de Sindona y Marcinkus y el IOR paralelo de monseñor De Bonis, que deja de existir a mediados de los años noventa, sino también un entramado de protecciones destinadas a figuras innombrables y cuellos blancos, que siguió prosperando hasta hace unos pocos años. Superando toda reforma, todo control instituido por las autoridades de la Santa Sede.

Es la historia que Massimo Ciancimino cuenta al autor en una serie de encuentros entre diciembre de 2007 y enero de 2009. Massimo es el cuarto y último hijo del ex alcalde de Palermo, el democristiano Vito Ciancimino. Junto con Salvo Lima, don Vito fue el punto de referencia de Andreotti en Sicilia y de los capos de Corleone en Palermo. Hijo de un barbero, Vito obtiene el diploma de contable en 1943 y entra inmediatamente después en política para desempeñar el cargo de consejero de Obras Públicas en la ciudad entre 1959 y 1964, durante el «Saqueo de Palermo». En aquellos años el clan de Corleone consigue un número tan alto de licencias de obra que poco antes de la muerte de don Vito el ayuntamiento ya pide al ex alcalde la friolera de 150 millones de euros de indemnización por las especulaciones sufridas.

Ciancimino es el primer político italiano condenado en firme por mafia tras la declaración de Tommaso Buscetta, que ya en 1984 lo señaló como miembro «de pleno derecho» de Cosa Nostra, un hombre de los Corleoneses, provocando su encarcelamiento. En 2001 llega la sentencia: trece años de cárcel por encubrimiento y complicidad externa en asociación mafiosa. Dos años más tarde, don Vito fallece en su casa de Roma.

EL DINERO PARA PROVENZANO EN EL IOR

Tras ser condenado en primer grado a cinco años y ocho meses de reclusión, acusado de haber blanqueado el dinero de su pa-

dre, hoy Massimo ha cambiado de estrategia. Se muestra colaborador con las fiscalías de Palermo y de Caltanissetta, decidido a contar todos sus secretos. Massimo era la sombra de su padre, su mano derecha. Acompañaba a don Vito a las citas más importantes. Escuchaba intimidades. Recibía en su casa día y noche a personas que pedían ayuda para arreglar algún asunto, colocar a los amigos de los amigos. Pero también a poderosos. Como el misterioso ingeniero Loverde, que llegaba sin avisar y se quedaba hasta altas horas de la noche. Solo años después el hijo del ex alcalde reconocerá en los retratos robot aparecidos en los periódicos a Bernardo Provenzano, el inalcanzable padrino en fuga de la justicia desde 1963, que será detenido solo en 2006 tras cuarenta y tres años de *pizzini*,[9] complicidad y protecciones.

Massimo Ciancimino es convocado por la fiscalía tras haber desvelado por primera vez en diciembre de 2007 las relaciones directas entre su padre y Provenzano en una entrevista concedida al autor y publicada por el semanario *Panorama:*[10]

> Tenía diecisiete años cuando empecé a sospechar que Provenzano venía a nuestra casa, en el centro de Palermo, para encontrarse con mi padre. [...] Provenzano se hacía llamar ingeniero Loverde. Un día, cuando aún era un muchacho, estaba hojeando *Epoca* y al ver el retrato robot de Provenzano, uno de los mafiosos más buscados, reconocí al propio ingeniero Loverde, la única persona que venía a ver a mi padre a casa sin concertar una cita. A veces lo recibía en pijama. Se encerraban en el dormitorio y hablaban durante horas. Mi padre era noctámbulo y a menudo dormía de día. Como yo tenía que estudiar, me quedaba en casa y filtraba sus llamadas.[11]

Lo que es cierto es que hoy Massimo Ciancimino no tiene miramientos con nadie. Implica a empresarios, magistrados, oficiales e incluso al número dos del Poder Judicial, Nicola Mancino. Ya ha prestado declaración en unas quince ocasiones en localidades que se han mantenido secretas, y hoy día sigue haciéndolo. Los magistrados se mantienen cautos. Tanto el fiscal jefe de Caltanissetta, Sergio Lari, como el adjunto de Palermo, Antonio Ingroia, han dispuesto numerosos controles para corroborar las acusaciones. No lo consideran un arrepentido, pero lo citan como testigo en los tribunales. Han decretado el secreto del sumario y están comprobando las reconstrucciones, y ya han encontrado las primeras confirmaciones a sus palabras. Hay dos temas principales: el triángulo negocios-mafia-política, que desde siempre condiciona la vida de la isla, y la profunda penetración de la mafia en las instituciones, que le permite incluso influir en las investigaciones. Un caso destaca por encima del resto: la negociación entre la mafia y el Estado por la detención de Totò Riina en 1992 mediante una carta, el famoso *papello,* con las exigencias de Cosa Nostra[12] por la entrega del capo corleonés, que acaba siendo capturado en enero de 1993. Por esta negociación, sobre la cabeza de Ciancimino hijo pende una sentencia de muerte pronunciada por Riina y por otros capos como Leoluca Bagarella, a la que se refiere Brusca: «Riina se la tiene jurada a Massimo Ciancimino, y creo que en breve recibirá alguna sorpresa».[13]

Lo que más nos interesa aquí son las acusaciones que Massimo formula por primera vez contra su padre acerca de la estructura financiera construida en el Vaticano para suministrar dinero a la mafia en la Palermo de los años setenta y ochenta a través del IOR. Con cuentas corrientes y cajas de seguridad gestiona-

das por testaferros, prelados, nobles y caballeros del Santo Sepulcro.

¿Qué relaciones financieras mantenía su padre con el Vaticano?
No eran relaciones bancarias muy complejas. Gracias a las amistades de las que mi padre y su corriente política gozaban dentro del IOR, se abrieron dos cajas de seguridad en el banco del papa. Ambas fueron gestionadas en un primer momento por el conde Romolo Vaselli.[14] Más tarde fue encomendada a otro testaferro, un prelado del Vaticano, para que mi padre pudiera acceder a ella de forma directa. La estructura también incluía unas cuentas abiertas en el mismo IOR, que se utilizaban para realizar discretos intercambios de dinero y para pagar los conocidos «apaños» en la subcontratación de servicios de mantenimiento de las calles y el alcantarillado de Palermo, que se asignaron al conde Arturo Cassina, caballero del Santo Sepulcro.

¿A nombre de quién estaban las cuentas corrientes?
Mi padre siempre prefirió tener el «dinero bajo el colchón». Quería el control directo de las sumas, prefería poder contar los billetes y poder retirarlos de forma inmediata. En cambio, dejaba que las cuentas las gestionaran tanto Cassina como Vaselli, el empresario que en los años setenta controlaba la recogida de basura en la ciudad entera.

Entonces, el dinero en efectivo ¿se depositaba en el IOR o se reinvertía?
Había varios pasos. Todas las transacciones a favor de mi padre pasaban por las cuentas y las cajas de seguridad del IOR. Luego, tras varios encuentros con los directivos del banco, los capitales

se trasladaban a Ginebra a través de su señoría Giovanni Matta y del difunto Roberto Parisi, el ex presidente del equipo de fútbol de Palermo, que gestionaba el mantenimiento del alumbrado público de la ciudad.[15] De hecho, para mi padre era una pesadilla dejar el dinero en Italia, prefería enviarlo al extranjero.

¿Las comisiones eran altas?
No, al contrario. En el IOR los movimientos financieros hacia Estados extranjeros eran mucho más económicos que mediante otros canales, como los clásicos *spalloni*.[16] Se podía operar con total discreción, dejando una mínima oferta al banco del papa.

¿A qué se refiere con «apaños» en las contratas?
Mi padre me contaba que en su época los gastos de mantenimiento de las calles y del alcantarillado de Palermo eran inflados en un ochenta por ciento respecto a su real valor de mercado. Este superávit se destinaba tanto a la corriente de Andreotti, que en Sicilia era controlada por mi padre, como a las llamadas necesidades «ambientales», es decir, las del hombre a quien siempre he llamado Loverde.

¿Se refiere al famoso «ingeniero Loverde», es decir, el nombre ficticio con el que se presentaba Bernardo Provenzano cuando iba a ver a su padre? ¿Quiere decir que el dinero también acababa en los bolsillos del capo?
Se realizaban las clásicas compensaciones, ya que mi padre tenía que responder también de sus cuestiones locales. Es un sistema sencillo, incluso rudimentario. Por ejemplo, cuando mi padre debía recibir cien millones de las antiguas liras del conde Cassina en el IOR de Roma, al saber que un veinte por ciento

iba destinado a Provenzano, alias ingeniero Loverde, adelantaba en Palermo esa misma cantidad. Había una cuota fija que mi padre proporcionaba a Provenzano o, en realidad, a Salvatore Riina, puesto que siempre fue él, más que Provenzano, quien controlaba de forma directa el dinero gestionado por el conde Cassina.

¿Cuánto dinero se conservaba en esas cajas de seguridad?
Cantidades importantes pero no excesivas, unos cientos de millones de liras. El dinero se quedaba allí poco tiempo. Las cajas de seguridad eran empleadas para las transacciones intermedias previas al reparto del dinero, según las indicaciones que impartía mi padre. En otros casos se dejaban en el IOR para disponer de efectivo en Roma por si había que pagar a alguien. De hecho, mi padre no viajaba en avión y no se desplazaba casi nunca. Así que lo mejor era guardarlo todo en el IOR y luego, a la hora de hacer el famoso reparto o reunir las financiaciones, utilizar el dinero acumulado cada vez.

¿Usted tuvo ocasión de ir allí, a la sede del IOR, en el torreón de Nicolás V, detrás de la plaza de San Pedro?
Acompañé una decena de veces a mi padre, oficialmente a la farmacia vaticana, y me quedé fuera esperando.

Disculpe, pero ¿qué tiene que ver la farmacia ubicada dentro de los muros?
Mi padre se hacía prescribir un conocido medicamento llamado Tonopan,[17] escogido expresamente porque solo se distribuye en Suiza y en el Estado del Vaticano, y se presentaba con la receta frente a los guardias suizos, que lo dejaban pasar. Si comprueban

los archivos de la Santa Sede, encontrarán un montón de estas recetas emitidas a nombre de mi madre.

¿Así que se trataba de un truco para pasar el control de los guardias suizos en los accesos?
Por supuesto. Te presentabas con la receta, te daban un permiso y entrabas sin que nadie te molestara. En el IOR siempre había alguien esperando a mi padre. ¿Sabe?, al tratarse de dinero fruto de maniobras de partido, de comisiones, de financiaciones, de «apaños» como le decía, no bastaba con la garantía de un simple, aunque respetable, cajero del IOR.

¿En el Vaticano alguien estaba al tanto de estas compensaciones?
Creo que no eran del todo ajenos a los hechos, puesto que acompañé a mi padre a varios encuentros políticos con ciertos personajes en curias y arzobispados de Palermo y de Monreale.

¿Su padre ofrecía dinero a estos obispos y monseñores?
Sí, sí, claro. En su momento financió a muchos prelados mediante supuestas donaciones, empezando por monseñor Ruffini. Creció en la sombra del entonces jesuita padre Iozzo, que organizó la primera escuela de formación política en la que participaron mi padre y el entonces ministro Giovanni Gioia. La formación política de mi padre se desarrolló enteramente dentro de la Iglesia.

Pero ¿se destinaban a obras benéficas?
Nunca vi a mi padre hacer donaciones sin obtener nada a cambio. Ya era difícil que donara dinero, así que si lo hacía era solo para conseguir algo.

¿Durante cuánto tiempo funcionó este sistema?
Hasta que mi padre lo gestionó directamente. [...] En cambio, las cajas de seguridad siguieron activas mucho más tiempo. Una hasta hace muy poco, las otras y las cuentas, hasta unos años antes.

Además del dinero, ¿se conservaba algo más dentro de las cajas?
Algunos documentos de su propiedad, que me ocupé de retirar y conservar después de su muerte, también para dejar de recurrir a testaferros, puesto que se trataba de sus pertenencias personales, voluntades, notas y anécdotas de toda una vida.

Perdone, pero ¿por qué tenían la exigencia de gestionar este dinero, estas cajas de seguridad, desde el IOR y no desde otro banco cualquiera?
Mi padre me decía que allí la actividad financiera estaba cubierta por la inmunidad diplomática. En el caso de que mi padre fuera sometido a un registro [...] al contrario de quienes piensan que mi padre, que nosotros conservábamos los documentos importantes en el garaje del estudio del abogado Giorgio Ghiron de Fregene [...] yo sabía dónde había que guardar los documentos más valiosos [...] ¡por supuesto, no en los estudios de los abogados! Mi padre no dejaba de repetirme que estas cajas de seguridad eran impenetrables, porque era imposible hacer prosperar una comisión rogatoria dentro del Estado del Vaticano [...] aparte de que hubieran tenido que saber quién las gestionaba.[18]

Además de los sobornos y de las comisiones por las adjudicaciones en Palermo, ¿este sistema de cajas de seguridad y compensaciones servía también para otras operaciones?
Estas cajas de seguridad servían para muchos otros negocios y

para la gestión de los fondos de los carnés del partido. También una parte mínima pero significativa de la famosa comisión Enimont llegó a su destino pasando por el banco del Vaticano. Recuerdo que mi padre recibió de su señoría Lima o del tesorero, como parte de los fondos destinados a los partidos, cerca de doscientos millones de las antiguas liras, y mi padre en aquella ocasión se embolsó su parte, que llegaba de la capital. No recuerdo si de Salvo Lima o del entonces tesorero de la Democracia Cristiana.

Entonces, esto ocurrió en el año 1993. Pero su padre nunca fue ni procesado ni investigado por estos hechos. ¿Por qué?
Son episodios que nunca salieron a la luz. Mi padre fue juzgado solo por hechos anteriores relativos a su actividad política en Palermo, por colusión con la mafia.

EL EXORCISTA Y EL MINISTRO EN EL BANCO DEL PAPA

La versión de Ciancimino hijo, pese a que debe leerse con la prudencia que corresponde en el caso de una persona implicada en hechos aún por aclarar, no deja de ser bastante creíble. Además, se fundamenta en un dato ya ampliamente documentado por primera vez en este mismo libro. Tanto Andreotti como personajes muy próximos a él, por ejemplo Bisignani, o sus amigos, como el cardenal Angelini, preferían el IOR para las operaciones bancarias. El alcalde del «Saqueo de Palermo» era, por tanto, otro relevante exponente de la corriente andreottiana que escogía el banco del papa para encubrir operaciones ilegales. No nos es posible demostrar plenamente la fiabilidad de Massimo Ciancimi-

no, pero es destacable el hecho de que no se echa atrás a la hora de endosar a su padre nuevas y graves acusaciones, ni de atribuirse otras funciones al recordar como él mismo lo acompañaba a los encuentros decisivos.

Los notables de la Democracia Cristiana de aquellos años hacen cola para entrar en el IOR. Algunos para blanquear el dinero de las comisiones ilegales, otros para ajustar cuentas con la mafia o, como es el caso del bresciano Gianni Prandini, poderoso ministro de Fomento en el sexto y en el séptimo gobierno Andreotti (1989/1992), para poner a buen recaudo sus cuantiosas ganancias. La historia tragicómica de Prandini no guarda ninguna relación con los casos de blanqueo tratados hasta ahora, pero hace aún más explícita la presencia de aquella colorida corte de testaferros y virtuosos de los malabarismos financieros que gira alrededor del banco del papa, preparados para toda necesidad, activos incluso bajo la presidencia de Caloia. Testaferros que en realidad persiguen el objetivo número uno del banco, es decir, secundar los deseos de los mayores exponentes del partido del escudo cruzado. En el IOR el ex ministro Prandini está en su casa. Desde mediados de los años ochenta mantiene buenas relaciones con Lelio Scaletti, al que ha visto crecer dentro del banco del Vaticano hasta llegar a la vicedirección. Sobre todo, Prandini comparte militancia con el recién nombrado Caloia, quien procede del grupo democristiano de Vittorino Colombo que se adhirió a la corriente de Arnaldo Forlani. Así que cuando Caloia se adjudica la presidencia, Prandini presenta y acredita a su amigo Scaletti, que tras unos años se convierte en director general, el número dos del Instituto. Entre 1990 y 1991 los ataques en la prensa se hacen más intensos y el ex ministro se dirige al IOR para que guarde su dinero. Una decisión prudente, a la vista de

las investigaciones que lo implicarán poco después y que provocarán la caída de la Primera República, además de detenciones, embargo de bienes y escarnio público. En 2005, quince años después, Prandini, ya absuelto de todos los cargos, se dirige al IOR para recuperar lo que le corresponde, pero mientras tanto el dinero ha desaparecido. El ex ministro monta en cólera, pero nadie sabe nada de esa suma. Entonces Prandini decide recurrir a la vía legal y denuncia al banco del Vaticano. En el auto de citación sostiene que el entonces vicedirector Scaletti ejerció de fiador[19] y encargó formalmente la gestión de sus ahorros a un cura muy conocido, Corrado Balducci, exorcista y «demonólogo», cara conocida de la televisión y autor de libros sobre el satanismo y la ufología. En otras palabras, Balducci, que en cuanto sacerdote puede formar parte de la clientela del IOR, debe servir de testaferro. Y esto ocurre con la apertura de dos cuentas corrientes en el IOR, una en liras y otra en divisa extranjera para proteger el más que respetable tesoro del ex ministro. En la primera se ingresan 3000 millones de liras, en la segunda, 1,6 millones de dólares. Pero cuando Prandini llama a la puerta del exorcista en 2005 para retirar el dinero se da de bruces con una demoniaca sorpresa. El dinero ya no está. Aún no se ha aclarado si el exorcista lo hizo desaparecer o si un abogado amigo suyo, Giorgio Bosio, lo transfirió a otras cuentas para proteger al pez gordo de la DC de las tentaciones de los jueces, que en aquella época tenían en jaque al ex ministro. Lo único seguro es que hoy Prandini reclama 5000 millones de liras a Scaletti y al banco del Vaticano sin saber a quién recurrir con tal de recuperar su tesoro. De hecho, Balducci falleció el 20 de septiembre de 2008 con ochenta y cinco años llevándose sus secretos a la tumba, mientras que el abogado Bosio fue detenido en el invierno de 2008

por circunvención de incapaces. Según la fiscalía de Roma, el profesional habría conseguido engañar al exorcista en los últimos años de la vida del sacerdote; Bosio le habría sustraído bienes por un valor de 1,9 millones de euros entre propiedades inmobiliarias y efectivo. Un pésimo sortilegio que amenaza con dejar a Prandini sin blanca.[20]

AGRADECIMIENTOS

Toda mi gratitud para mi director Maurizio Belpietro. Desde la época de *L'Europeo* e *Il Giornale,* la confianza y la autonomía que nunca me ha negado son un privilegio por el que siempre le estaré agradecido. Belpietro, Ferruccio de Bortoli y Andrea Pucci me han ofrecido un ejemplo de valor a la hora de recorrer las curvas cerradas que acercan a la verdad. Gracias.

Gracias a quien me ha permitido acceder a estos valiosos documentos, por tanto, a las personas cercanas a monseñor Renato Dardozzi, que quisieron hacer público su inmenso archivo tras su fallecimiento, a Simone y Luca Tartaglia por haberse encargado de la seguridad de este delicado material, a Ivan por haberme guardado las espaldas en algunos momentos quizá complicados.

Gracias a todos aquellos oficiales de la Policía Financiera, de los carabinieri y de los servicios secretos, magistrados italianos y suizos, jueces vaticanos, diplomáticos, asesores de las instituciones, abogados, monseñores y sacerdotes, que contribuyeron a mi trabajo de forma extraordinaria. Para algunos de ellos, personas valientes, mi amistad.

Gracias a mi agente Luigi Bernabò por sus estimulantes consejos, a Gian Antonio Stella, a Vittoria Forchiassin, a Cristina

Bassi por sus atentas búsquedas, a las meticulosas traductoras Rosanna Cataldo y Valeria Berra, a los empleados de los centros de documentación de Mondadori, Rcs Periodici e Quotidiani, *Il Messaggero* e *Il Giornale*.

Gracias a mis padres, que, correctores a la fuerza, me ayudaron y me soportaron, y sobre todo gracias a mi familia y a mi Valentina.

NOTAS

Ascenso y caída de Marcinkus

1 Después de la revolución rusa, el comunismo ateo y favorable a la lucha de clases era considerado por el Vaticano como uno de los principales enemigos de la fe. El papa Pacelli lo señalaba como el mal absoluto e identificaba el Pacto de Varsovia y la expansión de los países comunistas como los enemigos que había que derrotar.

2 David A. Yallop, *En nombre de Dios. La verdad sobre la muerte de Juan Pablo I,* Planeta, Barcelona, 1984. Traducción del inglés de Sebastián Bel Spino.

3 David Yallop, óp. cit.

4 Spellman se encargaba también de las financiaciones que debían contribuir a evitar infiltraciones comunistas en los países de la OTAN. Como el cheque de más de diez millones de dólares que los Aliados entregaron a la Democracia Cristiana de Alcide de Gasperi después de la segunda guerra mundial para ayudarla a ganar las elecciones de 1948. Uno de los primeros en sostener esta tesis fue el periodista y escritor norteamericano Christopher Simpson, que también intentó descubrir el origen del dinero:

«Fondos negros que no habían salido de los bolsillos de los contribuyentes norteamericanos, ya que una cantidad importante procedía de los bienes incautados a la Alemania nazi, incluido dinero y oro que las SS habían robado a los judíos» (Christopher Simpson, *Blowback, The First Full Account of America's Recruitment of Nazis and Its Disastrous Effects on the Cold War, our Domestic and Foreign Policy,* Collier/Macmillan, Londres, 1988). En los noventa el Congreso Mundial Judío y algunos historiadores norteamericanos relanzaron públicamente esta tesis y acusaron a la Iglesia acerca del origen de aquel dinero, afirmando que procedía del botín de guerra nazi y de los campos de concentración del Holocausto.

5 Sobre este punto existen versiones discordantes. Angelo Caloia, por ejemplo, niega rotundamente la circunstancia en el libro-entrevista de Giancarlo Galli, *Finanza bianca, la Chiesa, i soldi, il potere,* Mondadori, Milán, 2004.

6 Gianfranco Piazzesi y Sandra Bonsanti, *La historia del banquero Roberto Calvi. De la presidencia del Ambrosiano al puente de Blackfriars,* Planeta, Barcelona, 1984. Traducción del italiano de Esteban Riambau.

7 Fabrizio Rizzi, «L'Oro di Pietro», *Fortune,* abril de 1989.

8 Sindona nace en Patti en la paupérrima provincia de Messina en 1920. Tras estudiar en una institución jesuita, en 1942 se licencia en derecho, mientras las tropas angloamericanas ocupan Sicilia. Se asocia enseguida con el capo de la mafia Baldassarre Tinebra, quien le suministra lotes de cítricos y trigo que él vende al gobierno militar aliado. En la oficina de recaudación de impuestos de Messina se familiariza con el funcionamiento del sistema tributario antes de establecerse en Milán y abrir un estudio de asesoramiento fiscal en el centro de la ciudad en 1947. Sindona exhibe las cartas de recomendación del arzobispo de Messina, que le permiten construir una red de relaciones cada vez más amplia en la ciudad de la Madonnina. Las especialidades de Sindona son la elusión fiscal y la doble facturación. A él acuden empresarios y profesionales que pretenden esquivar el control fiscal. Sindona los satisface buscando refugio en el extranjero. Ya en 1950 funda su primera empresa ficticia en Liechtenstein, la Fasco AG. Entre sus clientes también se encuentran familias mafiosas como los Inzerillo y los Gambino de Nueva York, que se quedan impresionadas por la osadía y la discreción que les garantiza este siciliano. Le encargan la gestión de los narcodólares. Sindona no deja de crecer. Adquiere la Banca Privata Finanziaria, la antigua Moizzi & Co. de Milán, gracias a la mediación del secretario del IOR Massimo Spada, y en 1959 cierra un negocio decisivo para su carrera. Encuentra el terreno y los dos millones cuatrocientos mil dólares que necesita el entonces arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, para abrir la residencia de ancianos Madonnina. Sindona es ascendido a asesor financiero de la curia.

9 Las cartas decían: «Señores, con el presente escrito deseo confirmar que nosotros, directa o indirectamente, controlamos las siguientes sociedades: Manic, S. A. (Luxemburgo), Astolfine, S. A. (Panamá), Nordeurop Establishment (Liechtenstein), United Trading Corporation (Panamá), Erin, S. A. (Panamá), Bellatrix, S. A. (Panamá), Belrosa, S. A. (Panamá), Starfield, S. A. (Panamá). También confirmamos que estamos al tanto de las deudas que contrajeron con ustedes hasta finales de junio de 1981, como muestran los extractos de cuenta adjuntos». Firmaban Pellegrino de Strobel y Luigi Mennini.

10 David Yallop, óp. cit.

11 La nota «memorándum para su eminencia el cardenal secretario de Estado» es del 17 de agosto de 1983 y lleva las firmas de monseñor Dardozzi, copresidente de la comisión constituida con el gobierno italiano «para el esclarecimiento de la verdad sobre las cuestiones pendientes entre el IOR y el Ambrosiano en liquidación», y de dos de sus miembros, Pellegrino Capaldo y Agostino Gambino. Los tres defendían una postura opuesta con respecto al gobierno italiano y sostenían que el IOR había sido una «mera herramienta dentro de una trama oculta urdida por Calvi. [...] Puede que los altos directivos del IOR cometieran alguna imprudencia, sobre todo por la confianza que depositaron en el presidente del Ambrosiano. Es comprensible la dificultad de reconocer el diseño que iba trazando mediante un entramado de operaciones que, vistas por separado, podían parecer normales. También lo es que, debido a la duradera relación de negocios que mantenía con el Banco Ambrosiano, el IOR hubiese de algún modo relajado los controles sobre las operaciones que Calvi planteaba».

12 Extracto de las actas mecanografiadas de la reunión convocada por Casaroli el 29 de agosto de 1983.

13 Renato Bricchetti, por entonces juez de instrucción en el caso de la quiebra del Ambrosiano y autor de numerosos y acreditados ensayos de derecho. Hoy forma parte del Tribunal Supremo italiano. Fue entrevistado por el autor el 30 de octubre de 2008.

14 El futuro papa Ratzinger, al comentar las filtraciones a la prensa que anunciaban la abolición de la excomunión, afirmó que «sigue vigente el juicio negativo de la Iglesia con respecto a las asociaciones masónicas. Sus principios siempre se han considerado inconciliables con la doctrina de la Iglesia, por tanto, la

afiliación a la masonería sigue estando prohibida». Carlo Palermo, *Il quarto livello,* Editori Riuniti, Roma, 1996.

15 Franco Scottoni, «Ecco il testo dell'intesa tra Ior e Ambrosiano», *La Repubblica,* 5 de marzo de 1989.

16 Giancarlo Galli, óp. cit.

17 «También debido a razones de edad (ambos tienen más de setenta años), en la práctica fueron apartados. Residen en el internado de Santa Marta, almuerzan en el comedor común, viven una existencia retirada. Salen muy poco de noche y solo para ir a casa de amigos a rezar el rosario. También Marcinkus salió debilitado tras el episodio. Perdió el cargo de organizador de los viajes del papa. En cambio, mantuvo el de propresidente de la comisión de cardenales que administra la ciudad del Vaticano, el llamado *Governatorato* [Gobernación]. Pero perdió la púrpura cardenalicia. [...] Y también su poder dentro del IOR se redujo mucho a favor de la Comisión de Vigilancia sobre el IOR.» Angelo Pergolini, «Dimenticare Marcinkus», *Espansione,* n.º 222, 1 de noviembre de 1988.

Firma autorizada: Giulio Andreotti

1 En el memorándum del 24 de abril de 1990 se lee: «Una lista orientativa de los servicios adicionales incluye: el alquiler de cajas de seguridad, la conservación de documentos en sobres cerrados, la venta de cheques de viaje, la colocación de tarjetas de crédito, la distribución de nuestra tarjeta de débito, cuyo uso se limita a los cajeros automáticos que se encuentran en territorio vaticano».

2 Memorándum sobre el IOR del 24 de abril de 1996.

3 Con la reforma del IOR, Wojtyla encarga la gestión admi-

nistrativa y los controles a dos nuevos organismos. El primero es el Consejo de Superintendencia, una especie de consejo de administración dirigido por el laico Angelo Caloia junto con cuatro consejeros: el español José Sánchez Asiaín, entonces presidente del Banco Bilbao Vizcaya, el suizo Philippe de Weck, presidente del UBS —ambos considerados cercanos al Opus Dei—, el alemán Theodor Pietzcker y el estadounidense Thomas Macioce, ex presidente de la influyente asociación de los Caballeros de Colón. El segundo organismo es la Comisión Cardenalicia de vigilancia, formada por un grupo de purpurados encargados de velar por el funcionamiento del banco, y presidida por el venezolano José Rosalio Castillo Lara.

4 Giancarlo Zizola, «Banchiere di san Francesco», *Panorama,* n.º 1197, 26 de marzo de 1989.

5 Orazio La Rocca, «Per difendere Marcinkus ora lo Ior rompe il silenzio», *La Repubblica,* 12 de julio de 1987.

6 Giancarlo Zizola, «Banchiere di san Francesco», *Panorama,* n.º 1197, 26 de marzo de 1989.

7 Antonio Padalino, «Nei decenni fedele», *Panorama,* n.º 1320, 4 de agosto de 1991.

8 Giancarlo Zizola, «Banchiere di san Francesco», *Panorama,* n.º 1197, 26 de marzo de 1989.

9 Francesco Pazienza, *Il disubbidiente,* Longanesi, Milán, 1999.

10 Otello Lupacchini, teniente fiscal en Roma, fue el juez de instrucción titular en numerosas operaciones vinculadas con la banda de la Magliana. Entre otros, se ocupó del caso del homicidio de Roberto Calvi, del atentado de Bolonia y del homicidio del general estadounidense Lemmon Hunt. Durante los encuentros que mantuvo con el autor en el verano de 2008, Lupacchini recordó así la autopsia tras la exhumación del cuerpo de Calvi:

«Parece extraño que se haya suicidado tras trepar por la arena, como muchos sostienen. Recuerdo que tenía las uñas perfectamente cuidadas».

11 Valor aproximado calculado con la revaluación monetaria obtenida a través de la web www.irpef.info.

12 La cantidad se refiere a las operaciones realizadas entre 1990 y 1993. Para ser exactos, De Bonis retira certificados del Tesoro por un valor de 22 453 millones de liras e ingresa otros por 19 930 millones. Se puede suponer que la diferencia depende de que algunos títulos no fueron depositados en las cámaras de seguridad del banco del Vaticano.

13 IX legislatura, actas parlamentarias, Cámara de los Diputados, sesión del 4 de octubre de 1984.

14 Quinientos millones de liras llegan de la Banque Indosuez el 19 de noviembre de 1990 con la referencia «cop.ns.tlx dir. dd 6.11.91, rif *Ad Meliora*».

15 La lista se ha reconstruido a partir de todos los extractos y la documentación justificativa del depósito «Fundación Spellman» conservados en el archivo Dardozzi.

16 Del «memorándum para el Consejo de Superintendencia» del 18 de febrero de 1994 firmado por «V.P.»; las iniciales son las de Vincenzo Perrone, asesor del IOR y hombre de confianza de Caloia.

17 Del «memorándum para el Consejo de Superintendencia» del 9 de marzo de 1994, también firmado por «V.P.».

18 En el informe no se especifica porque el dato aún se desconoce, pero esta transferencia ordenada por «P. Star» a favor de la misteriosa «Società Teal» se realiza con parte del dinero de la famosa maxicomisión Enimont que se desvió al extranjero.

19 La nota entre paréntesis hace referencia a la memoria so-

bre el IOR paralelo *Primeros resultados acerca de las fundaciones,* redactada en marzo de 1992.

El IOR paralelo

1 Muy eficaz la intervención de Giancarlo Galli en su *Finanza bianca, la Chiesa, i soldi, il potere:* «Una áurea ley empresarial establece que en caso de conflicto entre un superior y un subordinado es este último quien acaba por sucumbir. Sin embargo, al ser el IOR una institución muy peculiar, cuando un laico entra en colisión con un religioso la jerarquía no cuenta».

2 Se han sumado los importes de las distintas cuentas corrientes como aparecen en la documentación justificativa de los depósitos y en los informes reservados incluidos en el archivo Dardozzi.

3 David A. Yallop, *En nombre de Dios,* Planeta, Barcelona, 1984. Traducción del inglés de Sebastián Bel Spino.

4 Eric Frattini recupera esta tesis en *La santa alianza,* Espasa, Madrid, 2004.

5 Editorial en memoria del padre Pasquale Macchi firmado por Giulio Andreotti, director del mensual internacional de Comunión y Liberación *30 Giorni,* abril de 2006: «El padre Pasquale siempre alimentó el recuerdo de su papa con afecto filial y con gran inteligencia».

6 Gianni Lannes, *Diario,* 16 de marzo de 2007.

7 Alessandra Longo, «Angelini il Richelieu delle medicine», *La Repubblica,* 12 de octubre de 1993.

8 Ibídem.

9 Carta de Caloia al secretario de Estado cardenal Sodano del 20

de octubre de 1993. Cuando habla de «responsables internos», Caloia se refiere a los colaboradores del IOR que en esos meses le ayudaron a reconstruir la red de cuentas gestionada por De Bonis.

Enimont. La maxicomisión

1 En aquellos años abundaban las publicaciones sobre Gardini, que celebraban sus hazañas sin dejar de lado las críticas. De hecho, la palabra «corsario» se empleaba para hacer referencia a su valor y a cierta osadía, hasta el punto de que el término se incorporó al lenguaje corriente (véase Nicola Saldutti y Sergio Bocconi, «Caccia in Borsa ai titoli Comit», *Corriere della Sera,* 29 de septiembre de 1998, y Daniele Mastrogiacomo, «Uranio, tangenti e alta finanza, i pericolosi segreti del manager», *La Repubblica,* 30 de junio de 1994).

2 Tribunal de Milán. V sección penal. Sentencia «Enimont, Altissimo y otros», 27 de octubre de 1995.

3 El retrato más eficaz sigue siendo el que le dedica Alberto Statera en *La Stampa:* «Menudo, ágil, de mirada muy inteligente, capta enseguida los pensamientos de su interlocutor con la rapidez de un hurón, se adapta», 5 de agosto de 1993.

4 Lanzamiento de ANSA, «Logia P2: lista de nombres», 21 de mayo de 1981, «Fasc. 020203, grupo 6, Sr. Bisignani Luigi, Roma, código E. 1977, carné número 1689, fecha inic. 1/1/1977, fecha venc. 31/12/1980».

5 Daniele Martini, «Per far la carità tutti i mezzi sono buoni», *Panorama,* 30 de enero de 1994; Chiara Beria di Argentine y Leo Sisti, «E io vi sposo in nome dello Ior», *L'Espresso,* 26 de diciembre de 1993.

6 El depósito lleva el nombre del fundador Serafino Ferruzzi, fallecido con setenta y un años en 1979, tras sentar las bases del imperio familiar. Su herencia se reparte entre sus cuatro hijos: Idina (nacida en 1936 y casada con Raul Gardini), Franca (nacida en 1938 y casada con Vittorio Giuliano Ricci), Arturo (1940, casado y separado de Emanuela Serena Menghini) y la propia Alessandra Ferruzzi (nacida en 1954, viuda de Ermanno Perdinzani y pareja sentimental de Carlo Sama).

7 En el informe titulado *La reconstrucción de los hechos,* que se remonta al invierno de 1993-1994, se lee: «Para anotar sus operaciones, De Bonis siempre se sirvió de funcionarios y empleados poco críticos hacia su persona o al menos acostumbrados a su forma de actuar: especialmente Carlini, Chiminello y Ciocci. Estas personas no pedían aclaraciones al prelado y en ocasiones, en el caso de Chiminello e Ciocci, actuaban de forma mecánica sin informar previamente a los respectivos jefes de oficina. Tal vez Chiminello sea el único empleado del IOR (aparte de Natalino Aragona, secretario de De Bonis) que vio a las personas que se encargaban de los movimientos de títulos y de efectivo junto a De Bonis».

8 Giancarlo Galli, *Finanza bianca, la Chiesa, i soldi, il potere,* Mondadori, Milán, 2004.

9 Extracto del informe conservado en el archivo Dardozzi titulado *La reconstrucción de los hechos.* El informe, que fue entregado a la secretaría de Estado, se remonta a octubre de 1993.

10 Fernando Proietti, «Andreotti, applausi in chiesa», *Corriere della Sera,* 27 de abril de 1993.

11 La noticia apareció en *Il Resto del Carlino* el 20 de octubre de 1993. Hace referencia a la declaración prestada a los magistrados por Umberto Ortolani, masón vinculado a la P2 de Gelli, quien reveló el contenido de una llamada telefónica recibida años antes por Bruno Tassan Din y Angelo Rizzoli, entonces editores del *Corriere della Sera.* Los dos le informaban de que tenían en su poder unas fotos que retrataban al papa dándose un baño. Según *Il Resto del Carlino,* Ortolani refirió que los editores también se habían puesto en contacto con Gelli, que se hizo con las fotos y se las entregó a Andreotti. Luego el presidente se las dio al pontífice.

12 Carta de Angelo Caloia al secretario de Estado cardenal Angelo Sodano del 27 de julio de 1993.

13 Ibídem.

14 Giorgio Bocca, «Al gran ballo dei corrotti Enimont», *La Repubblica,* 21 de agosto de 1993.

15 Nacido en Cleveland Heights, en el estado de Ohio, jefe del equipo del secretario de Estado y prelado de honor de su santidad, será consagrado obispo por Sodano y por el cardenal Giovanni Battista Re en 2001. A partir de 2007, Benedicto XVI lo escoge como arzobispo de las fuerzas militares estadounidenses y le hace responsable de las complejas relaciones con las fuerzas armadas de ese país. En aquella época, un muy joven Broglio es el oficial de conexión entre Sodano y monseñor Dardozzi. Es testigo del ambiente que se respira en el banco. Señala a la atención del secretario de Estado las anomalías de las cuentas y las maniobras del IOR paralelo.

16 Carta de Angelo Caloia al secretario de Estado cardenal Angelo Sodano del 5 de octubre de 1993.

17 Ibídem.

18 En la carta que Angelo Caloia envía a Borrelli el 5 de octubre de 1993 entre otras cosas el banquero escribe: «Hago referencia a la conversación de anteayer para informarle de que

consulté con mis superiores como me imponen tanto el respeto de las competencias estatales como la mera función orientativa, y no operativa, que ocupo dentro de la institución vaticana. Vista la pluralidad de dichas instituciones, la imposibilidad de que yo ejerza de portavoz y nuestra experiencia pasada y presente, que aconseja mejorar el conocimiento de las preguntas y los fundamentos de toda investigación en curso, mis superiores preferirían seguir las formalidades habituales entre Estados soberanos. No puedo sino acatar su voluntad [...]».

19 Sábado 2 de octubre de 1993; *Panorama* y *L'Espresso* adelantan parte del contenido de las actas de la confesión de Pino Berlini, responsable de las «finanzas paralelas» de Montedison, a los jueces de Milán.

20 Entrevista del autor con el antiguo juez Gherardo Colombo, 23 de octubre de 2008.

21 Bruno Bartoloni, «L'Istituto garantito da un duplice controllo», *Corriere della Sera,* 17 de octubre de 1993.

22 Carta de Angelo Caloia al secretario de Estado Angelo Sodano del 19 de octubre de 1993.

23 Ibídem.

24 Andrea Giacobino, «Meno Stato più papato», *Milano Finanza,* 4 de diciembre de 1993.

25 Ibídem.

Enimont. La contaminación

1 Carta del 6 de noviembre de 1993, enviada por el secretario de Estado Angelo Sodano al cardenal Agostino Casaroli, miembro de la Comisión Cardenalicia de Vigilancia sobre el IOR.

Sodano también informa a Casaroli de que la «secretaría de Estado transmitió al Tribunal del Estado de la Ciudad del Vaticano la comisión rogatoria en cuestión para que consulte con los responsables del Instituto».

2 Extracto del informe conservado en el archivo Dardozzi titulado *La reconstrucción de los hechos.* El informe, que fue entregado a la secretaría de Estado, se remonta a octubre de 1993.

3 Ibídem.

4 Extracto del informe conservado en el archivo Dardozzi, titulado *La reconstrucción de los hechos,* que se remonta al invierno de 1993.

5 Carta de Angelo Caloia al secretario de Estado cardenal Angelo Sodano del 29 de octubre de 1993.

6 Extracto del informe conservado en el archivo Dardozzi, titulado *La reconstrucción de los hechos.* El informe, que fue entregado a la secretaría de Estado, se remonta a octubre de 1993.

7 Ibídem.

8 Ibídem.

9 Ibídem.

10 Ibídem.

11 Ibídem.

12 Ibídem.

13 Ibídem.

14 Ibídem.

15 En la reunión del Consejo de Superintendencia, que se celebra a partir de las once del 17 de noviembre de 1993 en una sala del hospital Policlínico Gemelli de Roma, participan, además de Caloia y De Weck, los consejeros profesor José Ángel Sánchez Asiaín y Virgil Dechant, el director general del IOR An-

drea Gibellini, el vicedirector Lelio Scaletti, el jefe de oficina Pier Giorgio Tartaglia y el asesor Vincenzo Perrone. Durante la reunión «el Consejo reitera su deseo de cooperar sin reservas con las autoridades italianas y alaba la conducta seguida hasta hoy por las autoridades de la Santa Sede. El Consejo establece que, por lo que respecta a las relaciones con la prensa, nadie deberá hablar con los periodistas, puesto que esta es una prerrogativa de las autoridades del Vaticano».

16 Carta del abogado Franzo Grande Stevens a Angelo Caloia del 9 de diciembre de 1993.

17 Carta sin dirección que Caloia remite a Dardozzi con esta nota: «Carta sin dirección que debe ser utilizada para Emerito y Edoardo junto con la fotocopia de la carta enviada a Castillo. ¡Gracias por todo!».

18 Fax con los dos borradores de carta del penalista para Angelo Caloia, enviado a Renato Dardozzi desde el bufete de Grande Stevens el 2 de diciembre de 1993.

19 Carta manuscrita de Dardozzi «a su eminencia el señor cardenal Angelo Sodano, a 6 de diciembre de 1993», donde se indica también la hora, es decir, las «18.30».

20 «Sodano 20.00 horas todo ok», es lo que anota Dardozzi sobre las copias de la documentación enviada poco antes al secretario de Estado.

21 Nota titulada *Consideraciones,* redactada por Dardozzi, que, pese a no estar fechada, se remonta a un día cercano al 9 de diciembre de 1993.

22 Nota mecanografiada titulada *Hipótesis de respuesta al Tribunal vaticano,* corregida a mano por monseñor Dardozzi, sin fechar y con «adjuntas dos versiones (A y B) de la respuesta» para los magistrados.

23 Nota mecanografiada de monseñor Dardozzi, que parece un resumen del encuentro con Grande Stevens listo para ser sometido a alguien, puesto que vienen subrayadas la «primera» y la «segunda» pregunta relativas a «la audiencia de ayer, sábado 11 de diciembre de 1993».

24 Ibídem.

25 En aquellos años, Sbardella y Moschetti eran quienes controlaban la Democracia Cristiana en la capital. Moschetti fue nombrado senador en agosto de 1992 tras las dimisiones de Claudio Vitalone.

26 Nota del 11 de diciembre de 1993 manuscrita sobre papel oficial del hospital pediátrico Bambino Gesù, titulada *Cuestiones pendientes de plantear a Grande,* sobre la cita que Dardozzi tendría al día siguiente con el abogado Grande Stevens. En el tercer punto se lee: «Di Pietro volvió a llamar a la Srta. para anunciar su via [tal vez quería decir visita. *N. del A.*]. Le pidió que diera el mensaje a sus superiores. Anunció que viajaría en breve a Roma y que podría pasar a recoger la propuesta en persona».

27 Véase la nota 15.

28 Lucio Brunelli, «In verità vi dico: ci hanno imbrogliati», *Epoca,* 25 de enero de 1994.

29 Lucio Brunelli, «Conto di nozze», *Il Mondo,* 3 de enero de 1994.

30 Marco Politi, «La *glasnost* della Santa Sede», *La Repubblica,* 22 de diciembre de 1993.

31 L. Brunelli, artículo antes citado.

32 Juicio por el caso Enimont, motivaciones de la sentencia de la V sección del tribunal de Milán pronunciada el 27 de octubre de 1995 y confirmada en los grados posteriores del juicio.

33 Fax del abogado Franzo Grande Stevens del 19 de enero de 1994 enviado a monseñor Dardozzi.

34 Ibídem.

35 Extracto del memorándum «para el Consejo de Superintendencia del IOR» del 9 de diciembre de 1993.

36 Extracto del memorándum «sobre el servicio de tesorería única» del 17 de diciembre de 1993 conservado en el archivo Dardozzi.

37 El artículo firmado por Lucio Brunelli «C'è Piovano in pole position», que provoca la reacción de Dardozzi, aparece en el semanario *Il Mondo* del 26 de diciembre de 1993.

38 «Nota reservada confidencial», fechada «diciembre de 1993», que Dardozzi adjunta a la carta manuscrita del 28 de diciembre de 1993 para Sodano.

39 El puesto de prelado del IOR seguirá vacante hasta 2006.

40 Lucio Brunelli, artículo antes citado.

41 Fax de Dardozzi a Grande Stevens del 18 de enero de 1994.

42 Nicola Pini, «Il finanziere: così utilizzammo lo Ior per incassare quei Cct in Svizzera», en *Avvenire,* 18 de febrero de 1994.

43 Andrea Pamparana, *Il processo Cusani, politici e faccendieri della Prima Repubblica,* Mondadori, Milán, 1994.

44 Carta de Caloia a Sodano del 15 de junio de 1994.

45 Nicola Pini, «Processone in aula. Molti vip alla sbarra per l'affare Enimont», *Avvenire,* 5 de julio de 1994.

46 Carta de Caloia a Sodano del 28 de julio de 1994.

47 Extracto del auto de procesamiento del procedimiento penal «Anna Maria Amoretti y otros», Fiscalía de Perugia, 5 de enero de 1999.

48 Extracto de los tres folios de la comisión rogatoria del 20 de agosto de 1997 firmada por los fiscales de Perugia Fausto Cardella, Silvia della Monica, Michele Renzo y Alessandro G. Cannevale.

49 Giuliano Gallo, «Enimont, l'atto di accusa finale», *Corriere della Sera,* 16 de diciembre de 1998.

Enimont. El encubrimiento

1 En la homilía pronunciada durante el entierro del 6 de septiembre de 1979, Juan Pablo II reconoció al purpurado grandes virtudes: «Todo el arco de su larga vida estuvo al servicio del Señor y de la Iglesia. En especial, se volcó en esta Sede Apostólica, por la que gastó sus mejores energías. Tenemos por tanto un deber de reconocimiento hacia él, que cumplimos una vez más hoy, aquí, públicamente ante el Señor. Toda su existencia terrena se puede sintetizar en estas tres características: fue un buen sacerdote, un administrador diligente y un generoso bienhechor. De la primera es índice la múltiple actividad del sagrado ministerio, que ejerció desde los primeros años de presbiterado; prueba de la segunda son las varias décadas de servicio, tanto al Vicariato de Roma, como a la Santa Sede; la tercera es documentada con elocuencia por varias iniciativas de promoción social, cultural y eclesiástica. Se trata de cualidades buenas y de obras buenas, que el Señor ciertamente aprecia, tal como alabó, aunque sea en términos de parábola, al siervo bueno y fiel, que había hecho fructificar ampliamente los talentos recibidos, sin guardarlos para él, sino devolviéndolos multiplicados a su señor. Pues bien, la recompensa para un servicio tan prolongado, fiel y fecundo no pue-

de menos de concedérsela el propio Señor, y nosotros estamos aquí para implorársela, grande y beatificante».

2 Extracto de la «Nota para el Consejo de Superintendencia» del 18 de febrero de 1994 firmado «V.P.», iniciales que se corresponden con las de Vincenzo Perrone, asesor del IOR y hombre de confianza de Caloia. El documento sigue así: «De hecho, es muy difícil moverse entre todos estos papeles, notas, voluntades e indicaciones, pero también es verdad que el cardenal pretendía claramente que su primer testamento, con fecha 12 de agosto de 1953, fuera el único y el fundamental. Esta circunstancia queda corroborada por el hecho de que, cada vez que se hace referencia a un testamento, se trata del de 1953. Estas referencias también se encuentran en los últimos documentos (31 de julio de 1973), citados más arriba. Con respecto al supuesto poder de cambiar sus disposiciones conferido al "Consejo" de los albaceas, hay que tener en cuenta que, según los principios del código civil italiano, la condición debe considerarse nula, y lo mismo ocurriría de acuerdo con cualquier principio del derecho común. En todo caso, cabe recordar que el poder real reconocido por el difunto cardenal a sus albaceas es mucho menor de lo que puede parecer, puesto que sus palabras hacen referencia a la "actitud de abierta liberalidad y lealtad" a la hora de adoptar decisiones conjuntas sobre los legados. El IOR nunca recibió la herencia, ni el dinero, ni los bonos, ni las obligaciones o los bienes inmuebles. Los albaceas, hasta donde nos es dado saber, nunca actuaron conjuntamente. Podemos afirmar que hasta ahora solo uno de los albaceas designados (monseñor De Bonis) actuó y dio disposiciones sobre la herencia. Según los principios del derecho común y los artículos del código civil italiano (sec. 709.1), el (los) albacea (s) debe (deben) proporcionar la información contable acerca de su gestión al menos al final de cada año, cuando la gestión se prolongue por un periodo superior a un año».

3 Hubiera bastado con la resolución adoptada el 1 de abril de 1992 por el Consejo de Superintendencia del IOR, presidido por Caloia, para arrinconarlo y desmantelar «el banco dentro del banco». De hecho, aquella resolución afirma el principio según el cual «ningún individuo vinculado de cualquier manera con el IOR, ya se trate de un empleado en activo o jubilado, un directivo, un auditor, un prelado o un miembro del Consejo, está autorizado a gestionar cuentas y fondos cuyos recursos no le pertenezcan personalmente». Hubiera bastado con el inquietante informe de la comisión secreta, enviado al papa en el verano de 1992, para descabezar un sistema que se escapa a los controles y que entraría en crisis solo en octubre de 1993 con la intervención de la magistratura italiana. En realidad, De Bonis tiene muchas protecciones importantes.

4 Marco Politi, «Roma al papa? No grazie», *La Repubblica,* 22 de agosto de 1993, y Riccardo Orizio, «Nella dealing room vaticana», *Corriere della Sera,* 20 de julio de 1998.

5 El 25 de enero de 1994, en una entrevista a *Epoca,* a la pregunta de si «empresarios como Agnelli, Berlusconi o De Benedetti habían ingresado alguna vez dinero en el IOR», el cardenal Castillo Lara contesta impasible: «No, no me consta».

6 En particular, Bonifaci abre tres cuentas en el IOR: el 11 de julio de 1991, la cuenta de depósito de valores n.º 91003, autorizada por los directivos Carlini y Bodio. Ellos mismos le autorizan para que abra la cuenta corriente 001-3-17624 el 21 de noviembre del mismo año. Finalmente, el 12 de agosto de 1992, abre otro fondo (001-6-02660-Y) «para permitir la aplicación de tipos especiales», según se lee en la ficha del archivo.

7 En 1997 la región para todas las obras y establece la creación de una zona protegida que incluye 249 hectáreas entre Aurelia, Boccea y la carretera de circunvalación GRA.

8 Extracto del acta del Consejo de Superintendencia del IOR del 20 de enero de 1994.

9 Carta del cardenal Castillo Lara al abogado de Roma Alberto Gallo del 9 de octubre de 1990.

10 Carta de agradecimiento de Castillo Lara del 16 de febrero de 1994, escrita a mano sobre papel oficial de la Comisión Pontificia para el Estado Ciudad del Vaticano y destinada a Caloia.

11 Carta de Caloia a Sodano del 17 de febrero de 1994.

12 Carta de Caloia a Sodano del 21 de junio de 1994.

13 Entrevista de Gianfranca Giansoldati a Castillo Lara, *Il Messaggero,* 29 de julio de 2007.

14 Bertone cita las palabras de Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* n.º 29 y se reivindica a sí mismo como discípulo de Castillo Lara: «Su recuerdo nos induce a pensar en su temple fuerte y apasionado a la hora de abordar las cuestiones de la justicia, sobre todo cuando se trataba de defender a la Iglesia, pero a la vez —como decía antes— debe hacernos reflexionar sobre su perfil de hombre de fe, de espiritualidad, de oración, sobre su amor filial por la Beata Virgen, a quien, siguiendo su corazón de salesiano, veneraba como Auxiliadora. Continuemos pues nuestra oración con la misma fe y con la misma pasión por Cristo y por la Iglesia de los testigos que nos precedieron, entre los que contamos sin duda a nuestro hermano, el cardenal Rosalio Castillo Lara. El trato, la sencillez, la manera de plantear las relaciones con las personas, el fervor pastoral eran manifestaciones de su serenidad interior. Aún sigue muy vivo en mí el recuerdo de aquel círculo de profesores y discípulos que se había formado a su alrededor, del que yo también formaba parte. Un cenáculo que se reunía periódicamente y, entre rezos y charlas, encontraba en la memoria eclesial motivos de agradecimiento a Dios, de fidelidad renovada a la vocación salesiana, de esperanza y de compromiso constante por la edificación de la Iglesia».

15 Después de la muerte de Mazza, ocurrida en 1997, Fiorani es nombrado codirector general, y más tarde, en 1999, asume el cargo de administrador delegado hasta septiembre de 2005.

Estafas y chantajes en los palacios pontificios

1 Los otros eran Lanfranco Gerini y Franco Spreafico. Martinelli, profesor asociado y miembro del consejo de administración de la Universidad Católica de Milán, también formó parte junto a Caloia de los órganos de administración de Opera Don Gnocchi y de Cattolica Assicurazioni. Fue una de las últimas personas en ver al abogado Giorgio Ambrosoli con vida. Años antes Martinelli había trabajado como asesor del juez que investigaba la actividad del banco de Sindona. El Banco de Italia ya había nombrado responsable de la liquidación de la Banca Privata Italiana al abogado Giorgio Ambrosoli, asesinado por un sicario una noche de julio de 1979. «La tarde en que lo asesinaron, me reuní con Ambrosoli para compartir la información que íbamos conociendo sobre el caso», cuenta Martinelli. «Trabajamos hasta la hora de cenar. Luego, el trágico desenlace. Después de esta historia empecé a tener canas.» Fabio Sottocornola, «Il professore commercialista tra Bach e bilanci», *Il Mondo,* 26 de mayo de 2006.

2 El diario se convirtió en el detonante de la investigación sobre los llamados «palacios de oro» a cargo de la fiscalía de Roma y del entonces coronel de la Policía Financiera Niccolò Pollari, que descabezó la junta de Franco Carraro. Entre los implicados se encontraba también Claudio Merolli, subsecretario de Finanzas en el séptimo gobierno de Andreotti y su fiel colaborador. Su nombre aparecía en un apunte del 13 de febrero de 1990, donde el marqués indicaba que había recibido comisiones a cambio de la venta al Ministerio de Finanzas de unas propiedades de Gerini en el Eur por 171 000 millones de liras. Merolli pidió el 9 por ciento y lo obtuvo tras la muerte del marqués, cuando a través de la Fundación Gerini recibió un soborno cuyo último plazo se le ingresó en julio de 1991.

3 El decreto del ministro de Interior del 10 de mayo de 1994 autoriza a la fundación a aceptar la herencia: «Según el inventario del notario Pietro La Monica, iniciado el 23 de julio de 1990 y concluido el 8 de noviembre de 1990, la herencia se compone de bienes muebles (mobiliario, cuadros y otros objetos, obras de arte, títulos, depósitos bancarios, maquinaria agrícola, existencias y participaciones en sociedades) por un monto de 201 660 324 568 liras, así como los siguientes inmuebles ubicados en los municipios que se indican a continuación: en Roma: terrenos y edificios en las localidades de Caffarella, Roma Vecchia, Acquasanta, Olivetaccio, Torre Spaccata, Cecchignola, Falcognane, Pietralata, Quartaccio di Ponte Galeria, Fiumicino, Vannina (Ponte Mammolo), Monte Olivario (o Monte Tondo); dos apartamentos y dos locales comerciales en Vía Gregorio VII; un apartamento en Vía Ciro Menotti; una finca rústica en Vía Portuense; dos campos de tenis en Vía Ciamarra. En el municipio de Velletri (Roma): un terreno en la localidad de

Faiola. En el municipio de Umbertide (Perugia): varios terrenos en la localidad de Collemari. Dichos inmuebles aparecen descritos en el informe jurado del 3 de octubre de 1990 [...] y son valorados en 220 036 650 000 liras». Pero no se trataba ni mucho menos de su valor de mercado, que, según algunas fuentes, podría rondar los dos billones de liras. En realidad la prudente estimación de los bienes inmuebles realizada por el estudio técnico UTE en 1993 cifraba su valor en 800 000 millones de liras.

4 Destacamos el retrato de Gerini que Pierangelo Maurizio traza en su artículo «L'ultima beffa del costruttore di Dio, muore e lascia 1500 miliardi», aparecido en *La Repubblica* del 24 de junio de 1990: «Don Alessandro Gerini, uno de los hombres más ricos de Italia, senador democristiano durante dos legislaturas, fallecido unos días antes de cumplir noventa y tres años, deja un inmenso patrimonio. ¿Inmenso hasta qué punto? Es difícil decirlo con precisión. Según algunas estimaciones, su valor oscilaría entre 1,3 y 1,5 billones de liras. Un cálculo a la baja, por supuesto. De acuerdo con una investigación del CNR [Consejo de Investigación Nacional *Italiano. N. de la T.*] del año pasado, las propiedades de Gerini sumarían 927 hectáreas, concentradas sobre todo en Roma. Pero el imperio levantado por don Alessandro incluía participaciones en empresas financieras, como Brioschi, decenas de sociedades, una red de testaferros. Sin hablar de los terrenos que suponen cuatro millones de metros cúbicos del futuro plan urbanístico Sistema Direccional Oriental, y de las áreas que, tras interminables batallas legales, se han declarado o están a punto de declararse edificables, y de disparar así su valor. Sin duda pasarán años antes de que se consiga el inventario completo de los bienes. [...] De baja estatura, alrededor de un metro sesenta, delgado, con perilla blanca, in-

crementó su patrimonio con una serie de operaciones acertadas. En los años cincuenta adquirió 170 hectáreas de campo, que en breve dejarían sitio a las urbanizaciones intensivas de Cinecittà, el Quadraro, etcétera: le costaron 1500 millones de liras y al año siguiente las revendió por 27 000. Rico, muy rico, viajaba en un viejo fiat 1500 que se decidió a sustituir, cuando ya no era más que chatarra, por un citroën Visa. A menudo sus camisas tenían los puños y el cuello desgastados y para él radioteléfonos y grandes cilindradas eran un simple insulto. Pero sus donaciones a la Iglesia ascendieron a decenas de miles de millones: las más recientes habían servido para financiar ocho parroquias en zonas periféricas».

5 Unos días más tarde, Lajolo será escogido como nuncio apostólico en Alemania y en los años siguientes se convertirá en uno de los obispos más cercanos a Benedicto XVI. En 2006, el papa lo designó presidente de la Gobernación y de la Comisión Pontificia para la Ciudad del Vaticano, para luego nombrarlo cardenal en el Consistorio del 24 de noviembre de 2007.

6 Este texto también es un extracto del resumen de la reunión conservado en el archivo Dardozzi. Es probable que el documento sin firma fuera redactado por él o, tal vez, por Scaletti.

7 Actualmente la línea corresponde a una oficina de la Cámara que da asistencia a los ex parlamentarios.

8 Recibió el encargo el 15 de enero de 1994 del propio rector mayor Egidio Viganò, el cargo más alto de la sociedad salesiana y sucesor directo de Don Bosco. Cuatro meses después el ministerio dio su aprobación.

9 En la nota conservada en el archivo se lee: «Del card. Laghi, prof. Sergio Scotti Camuzzi [profesor ordinario en la Universidad Católica, además de miembro de la Comisión Federconsorzi en 1996. *N. del A.*], abogado Pappalardo, (sra. Dini), abogado Favino [asesor del Vaticano por el caso Gerini. *N. del A.*], sra. Giovanna – Silvera». Otra nota del 2 de febrero de 1996 revela que, sobre la misma cuestión, el cardenal vuelve a mencionar el nombre del profesor Scotti Camuzzi al directivo del IOR, quien informa a Dardozzi. Tras su polémica etapa como nuncio apostólico en la Argentina de los generales, que levantó ampollas por su apoyo y amistad, entre otros, con el almirante Emilio Massera, el cardenal Laghi se acercó mucho a Wojtyla. Fue ascendido a cardenal justo después de desarrollar, como delegado apostólico del papa en Washington, un papel relevante en la coordinación de la ayuda al movimiento de disidencia polaco Solidaridad junto a las autoridades norteamericanas.

10 Tal vez por culpa del tiempo transcurrido, monseñor Dardozzi se confunde al citar el nombre del hijo de Gelli, Luigi. De hecho, el jefe de la logia masónica P2 tiene tres hijos llamados Maurizio, Raffaello y Maria Grazia.

11 Efectivamente, los controles realizados demostraron que en ese momento en la sede del UBS en Zúrich trabajaba una persona con ese nombre que gestionaba los patrimonios privados y que años después se trasladaría a Londres.

12 El documento sigue así: «Que la Fundación Gerini dé los pasos que considere oportunos. Es conveniente que la supuesta cantidad depositada en el banco de Montevideo se quede donde está a la espera de tiempos mejores, es decir, de que se pueda operar correctamente y recuperar parte de la suma del banco, sin importar su titularidad original. Es bastante probable —mejor dicho, casi seguro— que forme parte de aquellos últimos importes que el Vaticano abonó a través del Banco de Italia a los bancos acreedores a quienes el IOR había enviado las (igualmente famo-

sas) cartas de "garantía". Todo se cerró con el acuerdo entre Italia y el Estado Ciudad del Vaticano y con el pago por parte del Vaticano del equivalente en dólares de cerca de 475 000 millones de liras, cfr. actas de la audiencia del santo padre en Castelgandolfo de 29 de agosto de 1983, en la que el santo padre dio el mandato al secretario de Estado. He entregado una copia reservada de las actas al profesor Caloia. Con esta premisa, le he sugerido con discreción que se quede al margen del episodio, con el que el IOR no tiene ninguna relación, ni sustancial ni formal». El documento es muy detallado. Da fe de todos los encuentros y las pesquisas realizadas: «Desde hace algunas semanas, se pretende vincular al IOR con una cuestión que ve implicada a la fundación eclesiástica Instituto Marqueses Teresa, Gerino y Lippo Gerini, heredera universal del patrimonio del difunto marqués Gerini. Un abogado está intentando que el Ior interceda para desbloquear el pago de unos honorarios no correspondidos por la fundación junto a otra cantidad, que serviría para "arreglar las cosas" con los demás herederos (sobrinos) de Gerini. Él (el abogado) también insinúa que en Montevideo (en un banco) sigue depositada una importante (pero inasequible) suma, supuestamente vinculada con los personajes del ex Banco Ambrosiano y con Gerini. Tal vez por esto el abogado se dirige al IOR. Yo también he sido instado por el mismo abogado a interceder ante el IOR, presumiblemente por sugerencia de personas del ex Banco Ambrosiano. Por supuesto, me he negado. De todos modos, ya he informado al profesor Caloia, que ha recibido presiones análogas de otras partes. [...] La referencia a Montevideo no es nueva. Me explico. Oí hablar de ello a un abogado de Estados Unidos en los años de la Comisión (80/82) y más tarde, en 1992. [...] Informé al secretario de Estado (Casaroli). No volví a saber

nada del tema. Aunque creo que todo acabó en agua de borrajas. [...] Las reiteradas referencias a Montevideo sugieren que hay algo cierto en esta "historia", aunque en mi modesta opinión es mejor no inmiscuirse. Se correría el riesgo de poner en duda el acuerdo entre el IOR e Italia».

13 En las actas de la reunión del 26 de septiembre de 1995 se lee: «Parece posible alcanzar un acuerdo sobre las siguientes propuestas: el pago antes de finales de octubre de una cantidad de 6500 millones de liras en efectivo, seguido por otro más modesto (2500 millones) cuando todo lo relacionado con la fundación se haya resuelto».

14 Nota reservada del banco del 27 de marzo de 1996 destinada al Tribunal vaticano.

15 En una nota del IOR del 3 de agosto de 1995 se lee: «En realidad, el susodicho deudor no se niega a contestar a nuestras solicitudes, en su mayoría telefónicas, y nos remite de forma ocasional vía fax otra documentación, que demostraría sus esfuerzos por correspondernos el importe. De todos modos, no hemos conseguido nada concreto y nuestra esperanza de poder recuperar la ingente cantidad prestada, que ya había menguado con el tiempo, ahora se ha desvanecido por completo. Debido al estatus eclesial del susodicho y a la obra que fundó, por la que parece haber obtenido los reconocimientos habituales, pero de la que sabemos muy poco, no solo nos cuesta imaginar una estrategia de recuperación consensuada, sino también la posibilidad de recurrir a las autoridades judiciales competentes».

16 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 26 de septiembre de 1995.

17 «El padre Izzi no ha vuelto a dar señales de vida. Sin embargo, la mala fe del religioso queda demostrada por pequeñas

anécdotas, como cuando intentó cobrar un cheque de diez millones de liras a través de una cuenta del BNL que, según sabíamos, ya había sido cerrada», reza la carta que Caloia envía a Sodano el 1 de febrero de 1996.

18 Entrevista con el autor del 3 de enero de 2009. Aquella noche entre los muros leoninos se consumó una tragedia. Fueron asesinados a tiros el comandante de la Guardia Suiza Alois Estermann, su mujer Gladys Meza Romero y el vicecaporal Cedric Tornay. Según la versión oficial, este último mató a la pareja por motivos de rivalidad profesional y luego se quitó la vida. Una tesis desmentida en numerosos ensayos y reconstrucciones, empezando por la de John Follain en *City of secrets,* publicado por HarperCollins, Nueva York, en 2003.

19 El cardenal es favorable a la operación y cobra una donación de 100 000 dólares para un hospital. Laghi escribe a Frankel para darle las gracias, pero Jacobs le pide que reescriba la carta y atribuya el mérito a la recién creada St. Francis of Assisi Foundation, a lo que Laghi accede sin problemas. Laghi no es el único que recibe regalos, también lo hace monseñor Giovanni d'Ercole a nombre de su orden religiosa, la Don Orione, y el arzobispo Alberto Tricarico, nuncio apostólico para las relaciones con la antigua Unión Soviética.

20 Se trata de varios artículos aparecidos en el diario norteamericano en junio de 1999.

21 En la nota difundida por el entonces portavoz del Vaticano Joaquín Navarro-Valls del 1 de julio de 1993 se lee: «La Santa Sede no mantiene relaciones con el reverendo Jacobs y no ha recibido ni entregado fondos a la Monitor Ecclesiasticus ni a la St. Francis of Assisi Foundation, que no tiene cuentas en el IOR. Monseñor Colagiovanni es el presidente de la Monitor Ecclesiasticus, fundada por la archidiócesis de Nápoles en 1967, que siempre actuó al margen del Vaticano, al que no pertenece».

22 La responsabilidad es atribuida a Re, Laghi y Agostino Cacciavillan, que fue nuncio en Estados Unidos y jefe de la APSA en el momento de los hechos. También resultan implicados el arzobispo Salerno, monseñor D'Ercole y los directivos del IOR Scaletti y Antonio Chiminello.

23 Por lo menos según la reconstrucción de Adista, página web y editorial que difunde noticias sobre el mundo eclesiástico.

El dinero del papa y el IOR después de De Bonis

1 La nueva Ley fundamental del Estado Ciudad del Vaticano se publica el 26 de noviembre del año 2000 en el suplemento de los *Acta Apostolicae Sedis,* que divulga las leyes vaticanas, y entra en vigor el 22 de febrero de 2001. Sustituye la anterior, la primera, promulgada en 1929 por el papa Pío XI.

2 Paolo Forcellini, «San Pietro holding», *L'Espresso,* 21 de abril de 2005.

3 Por lo general, el balance consolidado que se hace público se refiere a siete administraciones: la APSA; Propaganda Fide, es decir, el ministerio de las misiones; la cámara apostólica, que entra en función en caso de sede vacante; Radio Vaticana; *L'Osservatore Romano;* Libreria Editrice Vaticana, y Tipografia Vaticana. Desde 1994 el balance de la Gobernación se presenta por separado.

4 Riccardo Orizio, «Nella dealing room vaticana», *Corriere della Sera,* 20 de julio de 1998.

5 Ibídem.

6 Más en detalle, en *Por qué no podemos ser cristianos (y menos aún católicos)*, RBA, Barcelona, 2008, se lee: «A los mil millones de euros del 8 por mil de los contribuyentes, debe añadirse todos los años una cifra del mismo orden de magnitud desembolsada solo por el Estado (sin contar regiones, provincias y ayuntamientos) de las maneras más heterogéneas: en 2004, por ejemplo, se dispensaron 478 millones de euros para los sueldos de los profesores de religión, 258 millones para la financiación de las escuelas católicas, 44 millones por las cinco universidades católicas, 25 millones para el suministro de los servicios hídricos a la Ciudad del Vaticano, 20 millones para la Universidad Campus Biomédico del Opus Dei, 19 millones para la contratación en plantilla de los profesores de religión, 18 millones para los bonos escolares de las escuelas católicas, 9 millones para el fondo de seguridad social de los empleados vaticanos y sus familiares, 9 millones para la reestructuración de edificios religiosos, 8 millones para los sueldos de los capellanes militares, 7 millones para el fondo de previsión del clero, 5 millones para el Hospital del Padre Pío en San Giovanni Rotondo, 2 millones y medio para la financiación de los oratorios, 2 millones para la construcción de los edificios de culto, y así sucesivamente.

»Añadiendo a todo esto una buena rebanada de los mil quinientos millones destinados a financiaciones públicas de la sanidad, gran parte de la cual es administrada por instituciones católicas, se llega fácilmente a una cifra global anual de al menos tres mil millones de euros. Pero eso no es todo, porque a estas exitosas salidas deben añadirse, naturalmente, las entradas fallidas del Estado por exenciones fiscales de todo tipo de las que se beneficia la Iglesia, valoradas en torno a otros seis mil

millones de euros». [Traducción del italiano de Juan Carlos Gentile Vitale.]

7 Se trata de los títulos de dos artículos, uno de Benny Lai, el otro de Marco Politi, aparecidos respectivamente en *Il Giornale* y *La Repubblica* del 18 de junio de 1994.

8 Fabio Negro, «In attivo il bilancio del Vaticano», *Il Tempo*, 18 de junio de 1994.

9 En una entrevista a Nicola Gori, publicada en *L'Osservatore Romano* del 29 de diciembre de 2007, el arzobispo Félix del Blanco Prieto, limosnero de su santidad, explica así la actividad de la Limosnería Apostólica: «Todos los días enviamos un centenar de cartas a las que adjuntamos dinero en efectivo o un cheque. Cada año donamos cerca de un millón de euros a particulares y unos 400 000 euros más a instituciones benéficas, pequeños proyectos de caridad y a los monasterios de clausura necesitados, por un total de más de 10 000 intervenciones. En el despacho redactamos unos 122 000 pergaminos al año, en respuesta a las solicitudes que nos llegan por carta, por fax y en persona; otros 180 000 son repartidos a través de organismos colaboradores».

10 Carta del banquero helvético miembro del Consejo de Superintendencia del IOR, Philippe de Weck, a Angelo Caloia del 23 de mayo de 1996.

11 Importe indicado por los auditores Marco H. Rochat y Jacqueline Consoli en su informe sobre el balance del 31 de diciembre de 1993.

12 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 24 de enero de 1996 y carta de Angelo Caloia al secretario de Estado Angelo Sodano del 1 de febrero de 1996.

13 Carta de Caloia a Sodano del 15 de marzo de 1994.

14 El informe del IOR *El servicio de gestión de los patrimo-*

nios, conservado en el archivo Dardozzi, está fechado el 4 de junio de 1996.

15 En el informe se hace referencia a 218 carteras por encima de 1000 millones de liras, por un importe total de 733 000 millones y un valor medio de 3300 millones. En cambio, las carteras en dólares que superan los 1000 millones son 229, su importe medio es de 4300 millones por un monto total de 984 000 millones.

16 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 26 de septiembre de 1995.

17 Curzio Maltese, *La questua. Quanto costa la Chiesa agli italiani,* Feltrinelli, Milán, 2008.

18 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 17 de noviembre de 1993.

19 Ibídem.

20 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 20 de enero de 1994.

21 Ibídem.

22 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 25 de julio de 1995.

23 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 20 de enero de 1994.

24 Con sede en Vía di Vallelunga, 10.

25 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 6 de noviembre de 1995.

26 «La congregación posee propiedades inmobiliarias por un valor de 45 000 millones de liras y su flujo financiero asciende a 14 000 millones al año. Pese a que los costes operativos alcanzan más o menos la misma cifra, la financiación se devolverá regularmente gracias a las ganancias obtenidas de la reestructura-

ción de la residencia geriátrica que el solicitante posee en Vía Cornelia, 8, en Roma», se lee en las actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 6 de noviembre de 1995.

27 Centro con sede en Roma, en Vía Crescenzio, 82.

28 El trámite fue abierto después de que el IOR recibiera la solicitud del padre Giacomo Casolino, hoy sacerdote de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo de la diócesis de Roma y entonces superior provincial de la provincia meridional italiana de la congregación. Antes, en mayo de 1994, Casolino había presentado al IOR una garantía escrita de hasta 500 000 millones de liras «para conceder un aval a favor del CICS, destinado a los proyectos», es decir, el contrato CEE-Angola-Cuando Cubango n.º 92-7-5071/10. Más tarde, el 16 de junio, el IOR expide avales al BNL, filial de Roma centro, por un valor de mil millones de liras para tres proyectos en Angola (Menongue, Moxico y el propio Cuando Cubango).

29 La lista incluye ocho inmuebles ubicados en Roma, en Vía delle Traspontine, 21, Vía Casetta Mattei, 439, Vía dei Massimi, 91, Vía Boezio, 21, Vía Roberto Bricchetti, 5, Vía dell'Ara di Conso, 9, Vía delle Medaglie d'Oro, 285 y Vía Macchia dello Sterparo.

30 «No hemos podido obtener información reciente del registro de propiedad de Roma para dar fe de las propiedades del Instituto, ya que, aparentemente, los archivos del registro no han sido actualizados», es lo que se lee en su informe.

31 «Se trataba del patrimonio inmobiliario atribuido al Instituto en virtud del testamento cuya invalidez, a lo largo del proceso, demostró el heredero Gutkowski, puesto que existen otros testamentos posteriores a su favor. Tras valorar la situación de forma objetiva, el Instituto ha renunciado a toda pretensión y la

causa civil ha sido cerrada», según se lee en las actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 17 de noviembre de 1993.

32 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 20 de enero de 1994.

33 Ordinario de Historia del Arte en la Universidad de Roma y uno de los más apreciados expertos de arte de la época.

34 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 20 de enero de 1994.

35 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 17 de noviembre de 1993.

36 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 26 de septiembre de 1995.

37 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 17 de noviembre de 1993.

38 Actas de la reunión del Consejo de Superintendencia del IOR del 6 de noviembre de 1995.

39 Ibídem.

40 Informe de la Unión de las Superioras Mayores de Italia del 22 de enero de 1996.

41 Notas escritas sobre la copia de prueba del fascículo titulado *Instituto para las obras de religión,* mayo de 1996.

42 Nota, *Instituto para las obras de religión,* mayo de 1996.

43 Fax del 15 de octubre de 1992 enviado por el profesor Martinelli a Dardozzi y conservado en una carpeta titulada: «IOR/Bazoli Martinelli/15 X 92 IOR: Instituto de crédito no Banco, "operación no aconsejable"».

44 Sergio Rizzo, «Bossi fa la prima mossa», *Il Mondo,* 7-14 de febrero de 1994.

45 Es una referencia a la fundación Cariplo contenida en un

apunte escrito a mano por monseñor Dardozzi y con fecha 31 de enero de 1996.

46 Sergio Bocconi, «Camadini, banchiere tra Tovini e Paolo VI», *Corriere della Sera,* 13 de noviembre de 2006.

47 Indicaciones contenidas en los apuntes de monseñor Dardozzi sobre los cambios en la dirección de Cariplo.

48 Carta dirigida «a su eminencia reverendísima, el señor cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado, información reservada a su atención».

49 Orazio La Rocca, «I conti della Vaticano S.p.A., un bilancio rosso cardinale», *La Repubblica,* 3 de noviembre de 2008.

50 Ibídem. El artículo prosigue apuntando que «dentro de la partida "ingresos" cabe destacar las contribuciones anuales que las conferencias episcopales de todo el mundo y las órdenes religiosas deben enviar para el mantenimiento de la curia romana en cumplimiento del canon 1271 del Código de Derecho Canónico. En 2007, se enviaron cerca de 90 millones de euros, una cantidad en poco superior a la de 2006. "Gastos, personal, pérdidas": según el estado financiero consolidado de 2007, los gastos más importantes de la Santa Sede son generados por el personal que trabaja en el Vaticano, en las nunciaturas apostólicas (las embajadas del papa) y en los medios de comunicación (Radio Vaticana, *L'Osservatore Romano,* Centro Televisivo Vaticano). Hasta finales de 2007, los trabajadores y los jubilados (tanto laicos como religiosos) remunerados eran respectivamente 2748 y 466. La fuerza trabajo está integrada en su mayoría por personal civil (1212 varones y 425 mujeres), curas (778) y religiosos (243 monjes y 90 monjas), lo que supone un gasto total de 77 millones de euros en salarios y de más de 100 millones de euros entre pensiones, cobertura sanitaria y otras prestaciones.

Para el mantenimiento de los veinte cardenales que trabajan en la curia de Roma (sueldos, impuestos, gastos de secretaría), en 2007 apenas se superaron los tres millones de euros. La mayoría de los asalariados (1974 trabajadores hasta finales de 2007) trabaja en las oficinas del "gobierno central" de la Santa Sede, desde la secretaría de Estado, dirigida por el cardenal Tarcisio Bertone, hasta las congregaciones vaticanas (ministerios) y los consejos pontificios. Solo en Propaganda Fide, que por tradición goza de autonomía financiera y jurídica, trabajan unas 160 personas. Estos organismos, a los que el informe suma los trabajadores de las diócesis de Roma y de determinadas instituciones para la formación del clero, el año pasado acarrearon un gasto de 29,7 millones de euros. Por otro lado, las cuatro instituciones mediáticas (Radio Vaticana, *L'Osservatore Romano,* Centro Televisivo Vaticano, Libreria Editrice Vaticana) dan trabajo a 600 personas, de las que 367 son empleadas en Radio Vaticana, que en 2007 contó con un presupuesto de 24,3 millones de euros, cerca de medio millón más con respecto a 2006. Un gasto sin retorno económico, ya que la emisora pontificia no emite publicidad, ni cobra canon. En negativo también *L'Osservatore Romano,* que cerró 2007 con 4,8 millones de pérdidas. Rompen la tendencia el Centro Televisivo Vaticano (CTV) y la Libreria Editrice Vaticana, que el año pasado arrojó un balance en positivo. En 2007, para las 190 nunciaturas apostólicas y las 17 representaciones pontificias acreditadas ante organismos internacionales (ONU, UE), se gastaron 20,1 millones de euros. "Óbolo de San Pedro": por último, un discurso aparte merece el Óbolo de San Pedro, la oferta anual que cada 29 de junio (festividad de los santos Pedro y Pablo) los fieles de todo el mundo envían al papa para "obras de caridad". Es una "entrada" que nunca se contabiliza en los

balances oficiales de la Santa Sede, al ser de competencia exclusiva y personal del pontífice. Por tanto, tampoco aparece en el estado financiero consolidado de 2007, publicado por *The Tablet.* De todos modos, según las cifras difundidas por el Vaticano, en 2007 el Óbolo papal recibió aportaciones por un valor de 79,84 millones de dólares estadounidenses, en descenso con respecto a los 101,9 millones de dólares de 2006, hasta hoy, el año estelar de la era Ratzinger».

51 Bruno Bartoloni, «Sette milioni per funerale e Conclave. Chiude in attivo il bilancio del Vaticano», *Corriere della Sera,* 13 de julio de 2006.

52 Joseph Ratzinger, *Einführung in das Christentum,* edición Queriniana-Vaticana, 2005.

53 Un brillante mote acuñado por el semanario *Milano Finanza* y que aparece en el artículo «I segreti dei Ratzi-banker», publicado el 26 de abril de 2008.

54 Franco Bechis, «Scontro sulla banca santa», *Italia Oggi,* 8 de septiembre de 2006.

El golpe púrpura

1 Entrevista del autor del 6 de febrero de 2009. Giuseppe Pisanu fue diputado de la Democracia Cristiana durante veinte años, entre 1972 y 1992, y desempeñó diversos cargos en los gobiernos encabezados por Bettino Craxi, Arnaldo Forlani, Giovanni Spadolini y Amintore Fanfani. Luego entró en las filas de Forza Italia y a partir de 1994 fue elegido en varias ocasiones diputado del partido de Silvio Berlusconi. En 2001 fue el ministro encargado del seguimiento del programa de gobierno, y en julio

de 2002 sucedió a Claudio Scajola como ministro de Interior hasta 2006. Tras ser reelegido senador en 2008 como cabeza de lista en Cerdeña, desde el 11 de noviembre de ese año es presidente de la comisión antimafia.

2 La fractura se produce de forma simbólica tras la «refundación del Centro» propiciada por el CCD, el Centro Cristiano Democrático, durante el cuarto aniversario de la creación de este partido católico en enero de 1998 en el teatro Eliseo de Roma.

3 Cossiga seguía su razonamiento y afirmaba que «un nuevo "Centro reformador", como alternativa natural a la izquierda democrática, en el ámbito de una democracia madura no establece alianzas orgánicas con la derecha. Aun así, con una derecha democrática es posible alcanzar las mismas alianzas electorales y políticas que unen a Ciampi y al partido de la Refundación Comunista».

4 Entrevista en el semanario *Lo Stato,* 21 de enero de 1998.

5 Marco Tosatti, «Vescovi e preti non schieratevi», *La Stampa,* 28 de marzo de 1995.

6 Sodano seguirá como secretario de Estado hasta el 2 de abril de 2005, cuando fallece Juan Pablo II. Apenas tres semanas más tarde, es confirmado en el cargo por el sucesor de Wojtyla, Benedicto XVI, a la vez que es elegido decano de los cardenales del colegio cardenalicio, en sustitución del propio Joseph Ratzinger. En junio de 2006 Benedicto XVI acepta la renuncia de Sodano por razones de edad. El 15 de septiembre de 2006, le sucede el cardenal Tarcisio Bertone.

7 Salvatore Pappalardo (1918-2006), arzobispo metropolitano de Palermo, nombrado cardenal por Pablo VI en el consistorio del 5 de marzo de 1973, renunciará a la archidiócesis de la ciudad siciliana el 4 de abril de 1996 por razones de edad. Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Italiana, participó en los cónclaves para la elección de Juan Pablo I y Juan Pablo II. Los funerales de Pappalardo se celebraron en la catedral de la ciudad en presencia del enviado especial de Benedicto XVI, el cardenal Sodano.

8 En aquel periodo trascienden muy pocas noticias. Tan solo a finales de diciembre de 2000 *Il Giornale* publica dos artículos del autor sobre el caso, que reconstruyen únicamente una parte de la investigación.

9 Años más tarde, tras unos incidentes operativos registrados en el verano de 2001 y el consiguiente traslado de oficiales del mando de la unidad lombarda, se acomete una reforma dentro de la Policía Financiera que lleva a la reestructuración de los «centros I» (Centros de Información). En primer lugar, para garantizar un control más directo se eliminan las oficinas de cobertura y se encuadran las unidades periféricas en los mandos regionales de los que dependen hoy. En la práctica, estos 007 jerarquizados responden directamente ante su comandante regional. La reforma fue decidida por un grupo de trabajo presidido por el general Cosimo Sasso, entonces comandante de la inteligencia y hoy mano derecha del prefecto Gianni de Gennaro en el DIS (Departamento de Informaciones para la Seguridad), el organismo de coordinación de los servicios secretos italianos.

10 En la época de los hechos, el comandante de la II división era el coronel Emilio Spaziante, hoy general de armada. Una vez cerrado el episodio, pasará al SISDE, los servicios secretos civiles.

11 En los partes de servicio, los agentes secretos deben incluir ciertos datos para evaluar de forma coherente la fiabilidad de los informadores, según tres grupos de criterios específicos: «infor-

mación», «fuente» y «evaluación». Esta última considera tanto la fiabilidad del confidente como la calidad de la información que aporta. En este caso reciben una calificación elevada, ya que las fuentes se consideran «generalmente fiables», es decir, clasificables en la llamada clase «B». De hecho, para «evaluar» a los informadores se utiliza una jerarquía de credibilidad creciente que consta de cuatro niveles: desde el más bajo, el «D», si la «evaluación no es posible», pasando por el «C», «no fiable», hasta llegar al «A», plenamente «fiable». En este caso, ambas fuentes son juzgadas como «generalmente fiables». La importancia de sus revelaciones es confirmada también por la calidad de las noticias. Se trata de información de clase 2, esto es, directamente «recabada por la fuente», por tanto, no se trata ni de la categoría menos valiosa «oída y confirmada», ni de la poco fiable «oída pero no confirmada».

12 El informe prosigue especificando que «dicha cantidad en billetes de cien mil liras se ocultaría en cajas de seguridad de los siguientes bancos:

»— Crédit Suisse de Berna.

»— UBS (Union Bank of Switzerland) y Crédit Suisse de Ginebra.

»— Un instituto de crédito no especificado ubicado en la zona franca de Nyon, una localidad cercana a Ginebra donde tiene su sede la FIFA [en realidad cerca de Ginebra se encuentra la sede de la UEFA. *N. del A.*], donde se habría depositado la cantidad más importante.

»— Credito Agrario Bresciano, filial de Trieste, donde se habrían depositado 40 000 millones de liras procedentes de los países del Este, y donde deberían cambiarse en dólares estadounidenses.

»— Banca Popolare de Milán, agencia situada cerca del hotel Executive.

»— Ca.ri.plo. de Milán.

»— Ambroveneto de Milán, donde se habrían depositado cantidades por encima de 20 000 millones de liras en tres cajas de seguridad. De este banco se habrían retirado cinco muestras de billetes —la primera serie emitida llevaba la firma del gobernador del Banco de Italia, Ciampi— para que el UBS las evaluara y determinara si pertenecían a las series que debían ser destruidas por el Banco de Italia o si estaban fuera de curso legal. Pese a confirmarse lo último, no se habría vencido el plazo para cambiar los billetes en el Banco de Italia».

13 Pero también de la FIFA hasta 2002 y de la UEFA durante diez años.

14 Sin duda, la historia de esta familia apuliana adquiere tonos míticos cuando se recuerda la figura del padre, el autoritario Salvatore Matarrese, originario de Bari, que empezó como albañil y ascendió hasta convertirse en jefe de una empresa de dimensiones notables. Cinco hijos varones, todos con una trayectoria brillante. Uno, Giuseppe Matarrese, incluso es nombrado obispo de Frascati. Un tipo duro, que en aquellos años acogió a Wojtyla con las palabras «bienvenido a mi casa, santo padre». El pontífice no debió de tomárselo bien. «Con él no me confieso —admitió una vez su hermano Antonio—, es demasiado severo, no me va a absolver.»

15 Entrevista con el autor, 19 de enero de 2009.

16 Véase nota 1.

17 Entrevista con el autor, 14 de enero de 2009.

18 El mismo nombre de una de las encíclicas más famosas y controvertidas de Pablo VI, publicada el 26 de marzo de 1967.

El tema central es el de la pobreza y el desarrollo de los pueblos. La encíclica reclama «un humanismo plenario» para toda la humanidad, mediante la creación de un fondo mundial de ayuda para las poblaciones de los países en vías de desarrollo.

19 Las oficinas de la sede del obispado de Nápoles son sometidas a dos registros, con una larga lista de polémicas que alcanza los palacios pontificios.

20 Después de la investigación sobre el cardenal, el juez Russo, que pertenece a la corriente Magistratura Democrática, llega al tribunal de Salerno como fiscal adjunto y más tarde al tribunal de apelación de Roma como juez. Actualmente trabaja como asesor en la oficina legislativa del Ministerio de Medioambiente.

21 Entrevista con el autor, 30 de enero de 2009.

22 Mensaje radiofónico, protocolo número 24467, del 18 de mayo de 1999 con asunto «Resultado de servicio en materia de asociación ilícita, falsificación de cuentas, fraude fiscal, apropiación indebida y blanqueo de capitales», enviado al mando general de la Policía Financiera por el comandante del núcleo regional de Nápoles, el coronel Luigi Mamone.

23 Monti estaría organizando una transacción con el objetivo de cambiar los 270 000 millones de liras (depositados en el IOR) en divisa extranjera a través del UBS. Las negociaciones aún estarían en su fase inicial, y quedarían pendientes algunos detalles. Supuestamente, se pretende trasladar todo el dinero a la vez mediante un servicio de «transporte de efectivo». No ha sido posible comprobar bajo qué modalidades regresó el capital blanqueado, pero es probable que fueran las siguientes: una donación ficticia a las mencionadas fundaciones benéficas, que no tienen obligaciones contables, o la realización de operaciones comerciales de conveniencia con la participación de sociedades italianas y extranjeras creadas con este fin.

24 Las escuchas las realiza el oficial Augusto Ciferri, fallecido en un misterioso accidente a las afueras de Roma el 12 de octubre de 1979, siete meses después del homicidio, en marzo de 1979, del periodista Mino Pecorelli, el primero en publicar extractos del dosier Mi.Fo.Biali en la revista *Op*.

25 La sentencia de noviembre de 2002 condena a Andreotti, entre otros imputados, a veinticuatro años de reclusión, pero en octubre de 2003 el pleno del Supremo anula la sentencia y absuelve al senador vitalicio.

26 Entrevista a Mario Foligni, *L'Espresso,* 21 de junio de 1981.

27 Pena condonada.

28 Una vez más, pasado y presente se unen a través de otro escándalo, que arrolla de nuevo a Foligni y que el escritor David Yallop reconstruye en su brillante *En nombre de Dios*. En 1971 los detectives William Lynch, jefe de la sección contra el crimen organizado y la extorsión del Departamento de Justicia de Estados Unidos, y William Aronwald, número dos de la fuerza de choque del distrito sur de Nueva York, investigan una macroestafa con bonos norteamericanos falsificados por afiliados a la mafia estadounidense. El plan es ingenioso: al primer paquete por un importe de 14,5 millones de dólares le seguirán otros mucho más valiosos hasta alcanzar un total que, según los investigadores, asciende a 950 millones de dólares. Según Lynch, fue el propio Marcinkus quien ordenó falsificar todos aquellos bonos. Su objetivo: disponer de los capitales necesarios para ayudar a su amigo Sindona a obtener el control de la financiera Bastogi. Hasta 950 millones en títulos falsos a cambio de 635 millones

de dólares verdaderos. Para cerrar la operación y confirmar la calidad de los títulos falsificados, de igual modo que se hizo para comprobar el canal de la operación Sofía, se organiza una operación de prueba, un depósito de 1,5 millones de dólares en el Handelsbank de Zúrich. Para protegerse, Foligni colaboraba con la justicia. Revela que «la intención de Marcinkus», según reconstruye Yallop, «era comprobar por sí mismo que los bonos podían pasar por auténticos. A fines de julio, la "prueba" fue solícitamente efectuada por el propio Foligni, que depositó los bonos falsos en una cuenta cuyo titular era un clérigo: monseñor Mario Fornasari». La prueba se supera con éxito. Tras un primer control, nadie detecta la falsificación de los títulos. Pero el entusiasmo se apaga rápido. Poco después la estafa es descubierta y neutralizada con numerosas detenciones en Estados Unidos. Aquí ya aparecía Fornasari, uno de los tres prelados que se ven involucrados en la organización descrita por el informe del caso Sofía. Una de las personas que, según el mismo informe, deberían recibir, «junto a las fundaciones y a Monti, el diez por ciento» de los beneficios. Así que, aunque no se cite en el informe «Sofía», el imprevisible Foligni, que también se sumó a la construcción de una nueva DC en los años setenta, se convierte en el sorprendente nexo de unión entre monseñor Monti de la AIAC y Fornasari. Nacido en Salvaterra, en la provincia de Reggio Emilia, en 1923, Fornasari fue vicedirector del seminario episcopal de Plasencia y hoy es abogado en la Sacra Rota, además de latinista, estudioso de textos antiguos y autor de numerosas publicaciones especializadas. Tras graduarse cum laude en derecho civil y canónico en la Pontificia Universidad Lateranense, es elegido para dirigir el Centro de Documentación para el Estudio y la Publicación de las Fuentes Eclesiásticas en Italia, después de

haber sido durante muchos años comisario de la Sacra Congregación de los Sacramentos de la Santa Sede. El que cuenta Foligni parece ser un episodio ya concluido.

29 Extraído de la página web www.progressioetpax.org

30 Sin descuidar las iniciativas inmobiliarias de corte social. Como en el año 2000, cuando la fundación obtiene del Instituto de Santa Maria in Aquiro la gestión durante treinta años de un edificio en la provincia de Ancona destinado a convertirse en una residencia para personas mayores. Así Fornasari se suma a la iniciativa privada para crear la sociedad Bfb, S. L., que se hará cargo de la remodelación del edificio y de la actividad de acogida de los ancianos no autosuficientes. Por otro lado, Fin Social, de acuerdo con su estatuto, destina un porcentaje de los beneficios a fines humanitarios y cuenta entre sus socios, además de la fundación Progressio que controla un 10 por ciento, a la financiera irlandesa Finchlane, S. L., que posee la cuota mayoritaria del 55 por ciento. Según publica la página web de Fin Social, «Finchlane, S. L. es un *holding* activo en los sectores inmobiliario, de las comunicaciones y de las relaciones públicas. En Finchlane, S. L. (registrada el 23 de enero de 2008 en la Cámara de Comercio de Dublín y con sede en el 22 de Richmond Hill Rathmines, en la capital irlandesa) participa una serie de socios, que en calidad de accionistas minoritarios comparten sus mismas estrategias y objetivos». Por su parte, Borgia es titular de cuotas de todas las empresas italianas, empezando por el 25 por ciento de Fin Social, S. A.

31 El documento consta de tres páginas, tiene número de protocolo 17490 del 9 de enero de 2001 y lleva el sello de la «oficina del comandante general».

32 En aquel momento, el jefe de Estado mayor de la Policía Financiera era el general Giovanni Mariella.

33 Desde 2009 Roberti es fiscal jefe de Salerno.

34 Entrevista del autor a Pisanu, 14 de enero de 2009.

El IOR, ese dinero para Provenzano

1 Giuseppe d'Avanzo, «I due banchieri e l'oro del boss», *La Repubblica,* 10 de abril de 1997.

2 Curzio Maltese, *La questua. Quanto costa la Chiesa agli italiani,* Feltrinelli, Milán, 2008.

3 Giovanni Falcone lo consideraba como «el más fiable entre los colaboradores de justicia».

4 Francesco Messina Denaro es el padre de Matteo, uno de los capos de Cosa Nostra huido de la justicia.

5 Francesco Viviano, «Portai a Marcinkus e a Calvi due valigie con dieci miliardi dei clan», *La Repubblica,* 15 de octubre de 2002. Calcara continúa afirmando que «ese dinero fue retirado por mí y por tres personas más del domicilio de Ciccio Messina Denaro en Castelvetrano y guardado en dos maletas. Embarcamos en el avión con nombres falsos y llegamos a Fiumicino, donde nos esperaban dos coches con matrícula extranjera. En el primero se encontraba el cardenal Marcinkus junto a su chófer, en el segundo otro prelado que también iba acompañado de un chófer. Fuimos todos al estudio del notario Albano. Mientras los demás subían al estudio, yo me quedé en la calle esperando. Al cabo de unos minutos vi llegar a aquel hombre calvo con bigote, que subió a su vez y que recordé haber visto meses antes en el aeropuerto de Linate». Se trata de Roberto Calvi.

6 Giovanni Bianconi, «Il figlio di Calvi: la Orlandi rapita per intimidire la Santa Sede», *Corriere della Sera,* 26 de junio de 2008.

7 Entrevista con el autor, 21 de enero de 2009. Lupacchini es el magistrado que en 1999 hizo exhumar el cadáver de Calvi cuando indagaba sobre la muerte del banquero, y que dirigió las investigaciones más exhaustivas sobre la banda de la Magliana, una organización que recientemente también apareció implicada en la desaparición de Orlandi.

8 Ferruccio Pinotti y Luca Tescaroli, *Colletti Sporchi,* Bur Rizzoli, Milán, 2008.

9 Se trata de la adaptación italiana del siciliano *pizzinu,* que literalmente significa «pequeño trozo de papel». Sin embargo, en italiano indica los papelitos con mensajes cifrados que los capos de la mafia utilizan para transmitir sus mensajes. *[N. de la T.]*

10 *Panorama,* 20 de diciembre de 2007.

11 En la misma entrevista Ciancimino añade: «Me decía: "Despiértame solo si viene a verme el ingeniero Loverde" y [...] al hojear *Epoca,* que publicaba en exclusiva la reconstrucción digital del rostro de Zu Binnu, lo entendí todo». Inmediatamente después de la publicación de la entrevista, Ciancimino empezó a ser interrogado por los fiscales de Caltanissetta y de Palermo hasta el año 2009.

12 En el *papello* escrito por Riina, es decir, el famoso folio con las condiciones de Cosa Nostra, se pedía la anulación del régimen carcelario 41bis, el bloqueo de los embargos de los bienes de la mafia, que se limitara el papel de los colaboradores de justicia, además de varios beneficios carcelarios.

13 Interrogatorio del fiscal Piero Grasso a Giovanni Brusca, celebrado el 17 de mayo de 2005.

14 El 7 de junio de 1999, tras muchos años huido de la justicia, es detenido en Roma el conde Romolo Vaselli, acusado de haber sido socio de Vito Ciancimino. Está en busca y captura

desde 1996 «para cumplir una pena de cuatro años de cárcel por encubrimiento, complicidad en abuso de poder y falsedad ideológica». Según reconstruye la web centroimpastato.it, «la empresa controlada por Vaselli desde los años cincuenta fue subcontratada por el ayuntamiento de Palermo para la gestión de varios servicios, como la recogida de basura. Además, la condena está relacionada con algunas contratas obtenidas también durante la llamada "primavera de Palermo" por las compañías Cosi y Sico de los empresarios romanos Cozzani y Silvestri, controladas por Vaselli, pero tras las que estaba Ciancimino». De acuerdo con la reconstrucción de los jueces de instrucción sicilianos, Vaselli era uno de los testaferros del ex alcalde Ciancimino. Frente a los jueces se defendió así: «Accedí a los requerimientos de Ciancimino porque, dada la calidad del personaje, hubiera sido imposible rechazarlos».

15 El empresario Roberto Parisi, nacido en 1931 y fallecido en 1985, es un ingeniero que alcanza cierta notoriedad con su empresa Icem tras convertirse en el adjudicatario del servicio de mantenimiento del alumbrado público de Palermo y por llegar, en junio de 1982, a la presidencia del Palermo. En 1985 Parisi es asesinado en una emboscada mafiosa en la zona de Partanna Mondello.

16 Personas que reciben el encargo de transportar sumas de dinero u otros bienes fuera del territorio nacional.

17 Medicamento analgésico producido por Sandoz, en grageas de 0,5, 40 y 125 miligramos. Contiene cafeína, propifenazona y dihidroergotamina, y garantiza un efecto prácticamente inmediato contra la migraña.

18 En esta última frase Ciancimino hace alusión a la acción de los magistrados, sin nombrarlos expresamente.

19 Ignazio Ingrao, «Il giallo dell'esorcista milionario», *Panorama,* 23 de octubre de 2008.

20 La investigación dirigida por el fiscal de Roma Alberto Caperna aún no ha concluido. En el artículo citado, Ingrao escribe: «Bosio se habría hecho nombrar ejecutor testamentario con el encargo de instituir una fundación de estudio sobre el satanismo, heredera de todo el patrimonio del prelado», mientras que Balducci luego habría «transferido el dinero de Prandini del IOR a una cuenta corriente a nombre de la madre del abogado Bosio, Anna Maria Sforza, fallecida el día de la detención de su hijo. Dos veces viuda, Sforza estaba unida al sacerdote por una larga amistad».

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Renato Dardozzi, Angelo Caloia, Donato de Bonis y Angelo Sodano (protagonistas principales de los acontecimientos que tratamos aquí y presentes en casi todas las páginas) no aparecen en este índice.

Algunos nombres no están completos porque así es como figuran en los documentos y no ha sido posible identificarlos con seguridad.

Adonis, Joe, 39
Agnelli, Gianni, 122
Albano, Antonio, 364
Altissimo, Renato, 181, 182, 327
Ambrosoli, Giorgio, 41-43, 54, 339
Amoretti, Anna Maria, 334
Andreatta, Beniamino, 44, 45, 48
Andreotti, Giulio, 40, 57, 68-75, 77, 79, 93, 98, 100, 104, 108, 109, 111, 119, 128, 149-151, 153, 154, 161, 172, 187, 188, 198, 281, 286, 287, 301, 302, 305, 309, 313, 314, 323, 326, 328, 329, 340, 361
Angelini, Fiorenzo, 104, 106, 197, 287, 313
Aquilanti, Giuseppe, 288, 289
Aragona, Natalino, 117, 328

Arnou, R., 30
Aronwald, William, 361
Ascari, Odoardo, 74

Bagarella, Leoluca, 307
Balducci, Corrado, 315
Balducci, Domenico, 303
Bartoloni, Bruno, 330, 355
Bazoli, Giovanni, 55, 62, 216, 261
Bechis, Franco, 355
Bedogni, Anna, 85, 86
Beltrami, Ottorino, 261, 263
Benelli, Giovanni, 35, 100
Beria di Argentine, Chiara, 327
Berlini, Pino, 330
Berlusconi, Silvio, 271-273, 275, 293, 337, 355
Bernasconi, Paolo, 52
Bersani, Pierluigi, 280-282, 293, 295
Bertoli, Paolo, 39
Bertone, Tarcisio, 212, 265, 266, 267, 338, 354, 356
Bettazzi, Luigi, 276
Biagiotti, Laura, 197
Biagiotti, Lavinia, 197
Bianco, Gerardo, 273
Bianconi, Giovanni, 364
Bisignani, Luigi, 83, 98, 109-111, 113-115, 120, 146, 148, 154, 156, 157, 159, 161, 163, 165, 166, 170-174, 181, 184, 313, 327
Blanco Prieto, Félix del, 349
Bocca, Giorgio, 122, 329
Bocconi, Sergio, 327, 353
Bodio, Giovanni, 63, 75, 114, 115, 117, 121, 148, 165, 180, 195, 201, 337
Bolan, Thomas, 232, 233
Bonifaci, Diletta, 201
Bonifaci, Domenico, 109, 114, 124, 129, 146, 153, 159, 160, 165, 175, 179, 181-185, 200-206, 208, 337
Bonifaci, Federica, 201
Bonifaci, Flaminia, 201
Bonsanti, Sandra, 320
Bontate, Stefano, 299, 300
Borgia, Rocco, 291, 363
Borrelli, Francesco Saverio, 124, 125, 127, 129, 132, 133, 143, 293, 329
Borsellino, Paolo, 128, 300, 301
Bosio, Giorgio, 315, 316, 367
Bossi, Umberto, 93, 181, 182, 352

Bricchetti, Renato, 49, 60, 322, 351
Briganti, Giuliano, 254
Broglio, Timothy, 123, 125, 258, 329
Brunelli, Lucio, 333, 334
Brusca, Giovanni, 301, 307, 365
Buratti, 98
Buscetta, Tommaso, 128, 305
Buttafuoco, Pietrangelo, 261
Buttiglione, Rocco, 273, 274

Cacciavillan, Agostino, 347
Cagliari, Gabriele, 108, 118, 120
Calabresi, Luigi, 74
Calabresi, Ubaldo, 227
Calcara, Vincenzo, 300, 301, 364
Calò, Pippo, 299, 303, 304
Calvi, Carlo, 303
Calvi, Roberto, 28-30, 40-46, 48, 49, 51, 52, 54, 64-66, 109, 110, 128, 192, 193, 215, 216, 220, 223, 224, 258, 300-304, 320, 322, 324, 364, 365
Camadini, Giuseppe, 261
Cannevale, Alessandro G., 335
Capaldo, Giancarlo, 277, 278, 281, 282, 296
Capaldo, Pellegrino, 45, 322
Caperna, Alberto, 367
Capone, Al, 35
Cardella, Fausto, 335
Carlini (IOR), 114, 328, 337
Carnevale, 221
Carraro, Franco, 340
Casalis, Alina, 86, 190
Casaroli, Agostino, 30, 31, 42, 44, 45-49, 52, 53, 55, 61, 133, 143, 154, 156, 181, 182, 206, 208, 216, 223, 322, 330, 331, 344
Caselli, Giancarlo, 301
Casini, Pier Ferdinando, 272-274
Casolino, Giacomo, 351
Cassina, Arturo, 308-310
Castillo, Lucas Guillermo, 198
Castillo Lara, José Rosalio, 63, 105, 117, 128, 133, 136-139, 156, 163-165, 170, 173, 176, 181, 187, 189, 194, 197-200, 203-214, 218, 227, 243, 265, 324, 332, 337, 338
Chávez, Hugo, 242
Checchia, Clorinda, 201

Chiesa, Mario, 76
Chiminello, Antonio, 114, 328, 347
Ciampi, Carlo Azeglio, 356, 359
Ciancimino, Massimo, 305-307, 313, 365, 366
Ciancimino, Vito, 305
Ciferri, Augusto, 361
Ciocci, Pietro, 114, 134, 195, 328
Cipriani, Paolo, 263
Ciprotti, Pio, 158
Citaristi, Severino, 74, 108
Clapis, Mario, 129, 167, 168, 181, 203, 205
Clemente XII, 54
Colagiovanni, Emilio, 230, 232-236, 346
Colombo, Emilio, 119
Colombo, Gherardo, 43, 132, 133, 330
Colombo, Vittorino, 62, 314
Conso, Giovanni, 142
Consoli, Jacqueline, 250, 349
Cossiga, Francesco, 93, 119, 273, 274, 277, 356
Cozzani, 366
Craxi, Bettino, 113, 151, 181, 182, 355
Cremona, Carlo, 100
Cuccia, Enrico, 42
Curzi, Giuseppe, 287
Cusani, Sergio, 84, 109, 111, 113, 116, 123, 154, 166, 171, 172, 175, 181, 192, 334

D'Agostino, Filippo, 196
D'Andrea, Antonio, 196
D'Avanzo, Giuseppe, 364
D'Ercole, Giovanni, 346, 347
D'Onofrio, Francesco, 272
D'Orazio, Alberto, 217
Dale, George, 236
Davigo, Piercamillo, 132
De Benedetti, Carlo, 337
De Donno, Antonio, 54
De Filippo, Eduardo, 65
De Gasperi, Alcide, 319
De Gennaro, Gianni, 357
De Guida, 98
De Lorenzo, Francesco, 106
De Luca, Giuseppe, 125
De Paolis, Velasio, 264
De Scalzi, Erminio, 261
De Strobel, Pellegrino, 38, 42, 49, 54, 55, 60, 61, 64, 89, 95, 191, 321
Dechant, Virgil, 331

Del Ponte, Carla, 170, 171
Della Monica, Silvia, 335
Della Valle, Raffaele, 282
Dellorfano, Fred M., 223
Dell'Utri, Marcello, 273, 299
Di Carlo, Valerio, 74
Di Feo, Gianluca, 135, 163
Di Jorio, Alberto, 61, 62, 64, 87, 96, 97, 146, 153, 190, 191
Di Pietro, Antonio, 105, 120, 132, 158, 162, 172, 181, 277, 333
Dini, Lamberto, 277
Draghi, Mario, 260
Dziwisz, Stanislao, 78, 80, 93, 94, 111, 123, 182, 212, 240, 257

Estermann, Alois, 346

Falcone, Giovanni, 93, 128, 301, 364
Falez, Stefano, 74, 75
Famiglietti, Tekla, 73, 74
Fanfani, Amintore, 355
Favino, Giulio, 343
Fazio, Antonio, 136, 137
Federico, Salvatore, 299
Felder, Franco, 170
Fellah, Raffaello, 74
Ferramonti, Gianmario, 290
Ferruzzi, Alessandra, 84, 111, 113, 154, 328
Ferruzzi, Arturo, 328
Ferruzzi, Franca, 328
Ferruzzi, Idina, 328
Ferruzzi, Serafino, 84, 111, 328
Fini, Gianfranco, 275
Fiorani, Gianpiero, 213, 214, 339
Flick, Giovanni Maria, 302
Foligni, Mario, 285-289, 361-363
Follain, John, 346
Follini, Marco, 272, 273
Forcellini, Paolo, 347
Forlani, Arnaldo, 108, 151, 181, 182, 314, 355
Formentini, Marco, 262
Formigoni, Roberto, 273
Fornasari, Mario, 283, 291, 292, 362, 363
Francken, Frans, 254
Frankel, Martin, 229-237, 346
Frattini, Eric, 326
Frigerio, Gianstefano, 116

Galli, Giancarlo, 320, 323, 326, 328

Gallo, Alberto, 217, 338
Gallo, Giuliano, 335
Gambino, Agostino, 45, 49, 322
Gardini, Raul, 107, 108, 111, 118, 120, 172, 200, 327, 328
Gargiullo, Franco Maria, 285
Garofano, Giuseppe, 116, 118, 120, 124, 150, 172, 182
Gelli, Licio, 39, 43, 110, 119, 223, 286, 299, 300, 303, 329, 343
Gelli, Luigi, 223, 343
Gelli, Maria Grazia, 343
Gelli, Maurizio, 343
Gelli, Raffaello, 343
Genovese, Vito, 39
Gerini, Alessandro, 209, 210, 217, 220, 225, 340, 341, 344
Gerini, Giannina, 219
Gerini, Lanfranco, 339
Geronzi, 98
Ghiron, Giorgio, 312
Giacobino, Andrea, 330
Giallombardo, Mauro, 113
Giansoldati, Gianfranca, 338
Gibellini, Andrea, 63, 117, 136, 137, 161, 162, 169, 187, 189, 207, 209, 226, 253, 331, 332
Gioia, Giovanni, 311
Giordano, Mario Lucio, 283
Giordano, Michele, 196, 283, 284, 292, 295
Giudice, Raffaele, 286, 287
Gori, Nicola, 349
Grande Stevens, Franzo, 122, 125, 142, 156, 158, 160-162, 166-168, 170, 174, 179, 222, 332-334
Grasso, Piero, 365
Greco, Francesco, 132
Grosso, Cristina, 254
Gubinelli, Paolo, 287
Gutkowski, 254, 351

Hunt, Lemmon, 324

Ilari, Annibale, 287
Ingrao, Ignazio, 367
Ingroia, Antonio, 196, 307
Izzi, Domenico, 225-229, 345

Jacobs, Peter, 232-234, 236, 346
Juan XXIII, 37, 38

Kennedy, David M., 39

Kuharic, Franjo, 74

La Malfa, Giorgio, 181
La Monica, Pietro, 340
La Rocca, Orazio, 324, 353
Laghi, Pio, 196, 222, 233, 342, 343, 346, 347
Lai, Benny, 349
Lajolo, Giovanni, 218, 219, 342
Lannes, Gianni, 102, 326
Lari, Sergio, 307
Lavezzari, Carlo, 73
Lelli, Eligio, 101
Leone, Giovanni, 38
Leone, Lorenzo, 88, 89, 101-104
Letta, Enrico, 277
Letta, Gianni, 197
Ligresti, Salvatore, 207
Lima, Salvo, 305, 313
Lobato, Abelardo, 74
Longo, Alessandra, 326
Lorenzini, Mauro, 195
Luciani, Albino (Juan Pablo I), 28, 42, 43, 357
Lupacchini, Otello, 65, 303, 324, 365
Lynch, William, 361

Maccanico, Antonio, 277
Macchi, Pasquale, 37, 38, 100, 101, 118, 197, 326
Macchiarella, Pietro, 72
Macioce, Thomas, 324
Madonia, Francesco, 299
Maltese, Curzio, 350, 364
Malvezzi, Giovanni, 261
Mamone, Luigi, 292-294, 360
Mancino, Nicola, 307
Manguso, 98
Mannino, Calogero, 301
Mannoia, Francesco Saverio, 299-301
Marcinkus, Paul Casimir, 28, 35-45, 49, 52, 54, 55, 58, 60, 61, 64, 66, 67, 76, 78, 89, 91, 95, 97, 100, 114, 128, 136, 164, 189, 190, 197, 206, 207, 244, 248, 258, 300, 304, 319, 323, 361, 362, 364
Margonda, 207
Mariella, Giovanni, 294, 295, 363
Marinelli, Giovanna, 221
Marini, Franco, 277
Martelli, Claudio, 181
Martinelli, Felice, 216, 220, 259, 339, 352

Martínez Somalo, Eduardo, 49, 133, 156, 181, 182, 208
Martini, Carlo Maria, 62, 130, 132, 133, 136, 261, 276
Martini, Daniele, 327
Massera, Emilio, 343
Mastella, Clemente, 272, 277
Mastrogiacomo, Daniele, 327
Matarrese, Antonio, 280-282, 293
Matarrese, Giuseppe, 359
Matarrese, Salvatore, 359
Matta, Giovanni, 309
Maurizio, Pierangelo, 341
Mazza, Angelo, 213, 214, 339
Mazzotta, Roberto, 260, 261
Meletti, Gianadelio, 286
Melpignano, Sergio, 183, 184
Menghini, Emanuela Serena, 328
Mennini, Luigi, 38, 41, 42, 49, 54, 55, 60, 61, 114, 190, 191, 321
Merolli, Claudio, 340
Messina Denaro, Francesco, 301, 364
Messina Denaro, Matteo, 301
Meza Romero, Gladys, 346
Mezzina, Nicola, 288
Micara, Clemente, 62
Michels, Alexandre, 75
Miglio, Giuseppe Giampiero, 105
Mintoff, Don, 286
Mondatore, Cinzia, 101
Monteleone, Maria, 300
Monti, Giuseppe, 283, 285, 360, 362
Montini, Giovanni Battista (Pablo VI), 36-40, 42, 43, 67, 87, 100, 191, 198, 290, 303, 321, 356, 359
Moreira Neves, Lucas, 74
Mosca Moschini, Rolando, 292-294
Moschetti, Giorgio, 161, 333
Mussolini, Benito, 38

Napolitano, Giorgio, 293, 302
Navarro-Valls, Joaquín, 105, 155, 234, 283, 346
Negro, Fabio, 349
Nixon, Richard M., 39, 223
Nogara, Bernardino, 36
Nolé, Francescantonio, 228

O'Connor, John, 74, 133, 181, 198, 208
Oddi, Silvio, 276
Odifreddi, Piergiorgio, 242

Onorati, Frank, 223
Orizio, Riccardo, 337, 347
Orlandi, Emanuela, 302, 304, 364, 365
Ortolani, Umberto, 285, 328, 329

Pacelli, Eugenio (Pío XII), 36, 243, 319
Padalino, Antonio, 324
Palermo, Carlo, 323
Pamparana, Andrea, 334
Pappalardo, Alberto, 216-222, 224, 343, 357
Pappalardo, Marina, 221
Pappalardo, Salvatore, 356
Parisi, Roberto, 309, 366
Pavina, Luciano, 154
Pazienza, Francesco, 324
Pecorelli, Carmine, 42, 128, 286, 361
Pennarola, Rita, 278
Perdinzani, Ermanno, 328
Pergolini, Angelo, 323
Perrone, Vincenzo, 123, 189, 325, 332, 336
Piazzesi, Gianfranco, 320
Picchi, Mario, 73, 85
Piccoli, Flaminio, 72
Pietzcker, Theodor, 164, 258, 324
Piga, Franco, 108
Pini, Nicola, 334
Pinotti, Ferruccio, 365
Pío XI, 36, 243, 347
Pioppo, Piero, 266
Piovano, Gianfranco, 169, 233, 334
Pisano, Isabel, 65
Pisanu, Giuseppe, 272, 282, 295, 355, 364
Pivetti, Irene, 221
Poggiolini, Duilio, 104
Poletti, Ugo, 42
Politi, Marco, 333, 337, 349
Pollari, Niccolò, 340
Pomicino, Paolo Cirino, 181
Pontiggia, 261
Prandini, Gianni, 314-316, 367
Prela, Nike, 74
Previti, Cesare, 273
Prodi, Romano, 271, 276, 281, 295
Proietti, Fernando, 328
Provenzano, Bernardo, 299, 301, 305, 306, 310, 364
Pujats, Janis, 210, 211

Quarracino, Antonio, 227

Ratzinger, Joseph (Benedicto XVI), 31, 53, 212, 219, 265, 266, 269, 322, 338, 342, 355-357
Re, Giovanni Battista, 182, 233, 261, 276, 329, 347
Reagan, Ronald, 232
Recchia, Carmine, 134
Renzo, Michele, 335
Ricci, Vittorio Giuliano, 328
Riina, Salvatore, 196, 270, 299, 300, 302, 307, 310, 365
Rizzi, Fabrizio, 320
Rizzo, Sergio, 352
Rizzoli, Angelo, 119, 329
Roberti, Franco, 293, 364
Rochat, Marco H., 250, 349
Rogers, William, 223
Roncareggi, Angelo, 261, 262
Rossi, Giancarlo, 161
Ruini, Camillo, 275, 276
Russo, Michelangelo, 284, 292, 293, 295, 360
Russo, Nanni, 224

Salato, Giancostabile, 279
Saldutti, Nicola, 327
Salerno, Francesco, 233, 347
Salvatori, Carlo, 262
Sama, Carlo, 84, 109, 111, 113, 114, 116, 120, 123, 124, 154, 181, 182, 328
Sánchez Asiaín, José Ángel, 258, 324, 331
Sasso, Cosimo, 357
Sbardella, Vittorio, 161, 333
Scajola, Claudio, 356
Scaletti, Lelio, 63, 170, 181, 194, 202, 205, 216, 219-222, 233, 257, 262, 263, 284, 314, 315, 332, 342, 347
Scalfaro, Oscar Luigi, 93, 282, 292, 293
Scandiffio, Michele, 118
Scarpinato, Roberto, 196
Scotti Camuzzi, Sergio, 342, 343
Scottoni, Franco, 323
Secchia, Domenico, 103
Senn, Nicholas, 223
Sereny, Eva, 75
Sforza, Anna Maria, 367
Silvera, 218-221, 343
Silvestri, 366
Silvestrini, Achille, 222
Simi de Burgis, Romeo, 181
Simpson, Christopher, 319, 320

Sindona, Michele, 28, 38-45, 54, 64, 72, 128, 220, 223, 232, 258, 299, 303, 304, 320, 321, 339, 361
Sisti, Leo, 327
Sogno, Edgardo, 74
Soldati, Fabio, 170
Sottocornola, Fabio, 339
Spada, Massimo, 38, 41, 321
Spadolini, Giovanni, 355
Spaziante, Emilio, 357
Spellman, Francis J., 36, 67-69, 73, 75, 111, 202, 319
Spreafico, Franco, 222, 339
Stammati, Gaetano, 109
Statera, Alberto, 327
Szoka, Edmund Casimir, 212, 243

Tancredi, Armando, 75
Tarantola, Giuseppe, 166
Tartaglia, Pier Giorgio, 332
Tassan Din, Bruno, 329
Teodori, Massimo, 72
Tescaroli, Luca, 300, 303, 365
Testori, Luigi, 261
Tinebra, Baldassare, 320
Togna, Trabaldo, 213, 214
Tonini, Ersilio, 276
Tornay, Cedric, 346
Tosatti, Marco, 356
Travagin, Giancarlo, 290
Tremonti, Giulio, 204
Tricarico, Alberto, 346
Tricerri, Carlo, 228
Tumedei, Cesare, 86, 95, 190
Turone, Giuliano, 43

Urosa Savino, Jorge Liberato, 212
Ursi, Corrado, 118
Uva, Pasquale, 102

Vannucchini, 190
Vaselli, Romolo, 308, 365, 366
Vetrano, S. E., 85, 86, 98
Viganò, Egidio, 342
Vigna, Pierluigi, 293, 294
Villot, Jean, 42
Viola, E., 98
Visco, Vincenzo, 294, 295
Vitalone, Claudio, 333
Viviano, Francesco, 364

Weck, Philippe de, 155, 164, 258, 324, 331, 349
Wiederkehr, 210

Wojtyla, Karol (Juan Pablo II), 28, 30, 43-45, 49, 53-55, 58, 61, 63, 78, 80, 89, 95, 99, 100, 104, 119, 124, 136, 149, 179, 196-199, 209-211, 222, 239, 240, 244, 246, 247, 257, 258, 265, 275, 290, 300, 323, 335, 343, 356, 357, 359

Yallop, David A., 36, 43, 100, 319, 321, 326, 361

Zizola, Giancarlo, 62, 324